

Paredes que laten...

*Cuando la escuela es un Paraíso,
regido por normas infernales*



EDICIONES AGL

HORACIO SACHELLO

HORACIO SACHELLO

Paredes que laten...

-Cuando la escuela es un Paraíso,
regido por normas infernales-



Ediciones AqL

TAPA: Obra de Viviana Funes (artista plástica). Tapa y pág. 11 [Diseño: AqL].

Sachello, Horacio

Paredes que laten : cuando la escuela es un paraíso, regido por normas infernales / Horacio Sachello ; ilustrado por Viviana Funes.

- 1a ed. - Loma Hermosa / Tres de Febrero : AqL, 2017.

230 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-3837-60-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Biográficas. I. Funes, Viviana, ilustr. II. Título.

CDD A863

Correcciones: Mariana Aznárez (marianaaznarez@yahoo.com.ar)

Marcelo Mezza (marce678@yahoo.com.ar)

Luis Alberto García

© Horacio Sachello

[profsachello@yahoo.com.ar]

Ediciones AqL

En *El Camino del Libro* desde 1998.

C. Melo 4155 (1603) Villa Martelli. Vicente López.

5293-3628 – 15-6162-1273

edicionesaql@yahoo.com.ar / www.edicionesaql.blogspot.com

ISBN: 978-987-3837-XX-X

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina, en La Imprenta Ya SRL.

*Dedicado a mis ex alumnos
y ex compañeros docentes.*

El desafío de crecer

Hablar de la hoy Escuela de Educación Secundaria Técnica Nro. 5, antes EDET Nro 11, mucho antes ETI N° 2, significa para mí hacerlo desde la subjetividad más absoluta y dejando de lado cualquier pretendida técnica de escritura. Porque estuvo presente las dos terceras partes de mi vida; porque se mezclan en mi mente, casi sin querer, las imágenes de mis viejos acompañando mi primer día de clases y la entrega de mi diploma de técnico electromecánico, con la de mis hijas y mi nieto recibiendo conmigo un presente el día de mi jubilación. Entre esos momentos extremos, una vida transcurrió en esa escuela (nunca pude decir “mi escuela”, no por faltarme sentido de pertenencia, sino por considerarla tan importante que sería una falta de respeto pretenderla “mía”).

Miles de momentos, buenos y malos, obviamente, aunque estos últimos se transformaron hoy, casi mágicamente, en anécdotas risueñas. En los primeros años me dolía mucho escuchar a un profesor cuando contaba que sus hijas llamaban a la Técnica 5 “la escuelita pobre”, ya que la comparaban con otra en la que él daba clases. Hasta que un día escuché a Enrique Pinti hablar de la que consideraba “pobreza digna”, y ahí entendí: lo de la escuela era una pobreza dignísima, porque le faltaban recursos materiales pero le sobraban recursos humanos y voluntad de crecer. Y por eso creció, por suma de voluntades. Entonces entendí por qué me sentí tan bien ahí, como alumno y como docente: porque había todo por hacer, y ese es un desafío personal y profesional tan grande que recomiendo a todos los jóvenes (y no tanto), como una forma de crecer y encontrar sentido a sus acciones, aceptar este tipo de desafíos y encararlos con trabajo, dedicación y honestidad.

PROF. OMAR SANTORO

PROMOCIÓN 1990, EET N° 5 (Ex EDET N° 11)

Su intacta esencia

Hace poco, de noche, al irme del colegio y apagarse las luces (no todas) pensé, qué linda es mi escuela. Y digo mía, porque así la siento, porque ella se apropió de mí, “nunca me dejó ir”, nunca lo quise... Yo, ya no soy aquel que egresó en el año 1992, pero, sin dudas, parte de esas paredes, sus historias, sus anécdotas, sus profes, quedarán grabadas para siempre en mi corazón.

Hoy me toca estar como profe y mi escuela, creció, pero su esencia está intacta... Si cierro los ojos veo el ayer y el hoy, pero también veo el mañana. Puedo ver al CONIC creciendo y siento sus paredes, eterna fábrica de personas de bien.

PROF. JORGE SÁNCHEZ

PROMOCIÓN 1992, EES N° 37 (Ex CONIC)

Este privilegio

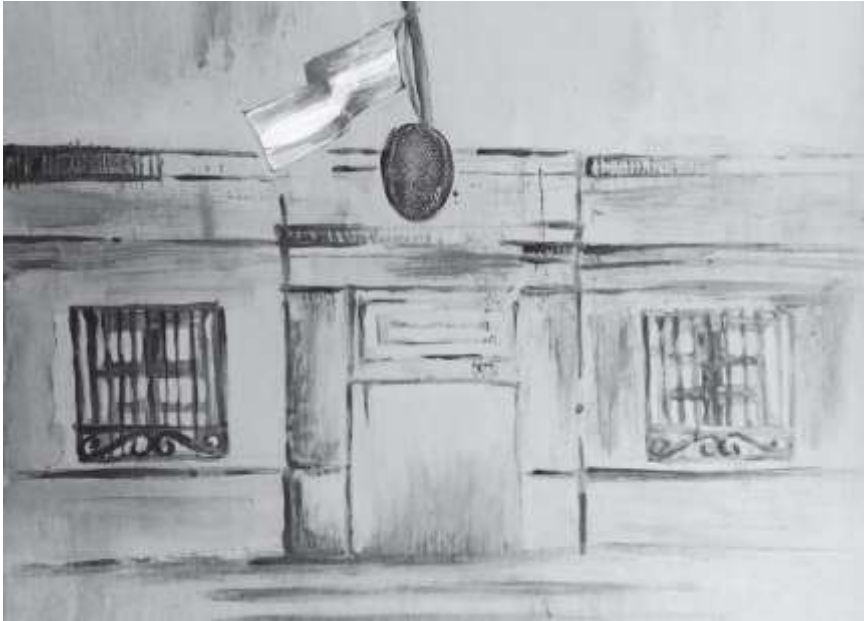
No creo que muchas personas tengan la 'posibilidad de volver a trabajar, donde vivieron sus momentos más felices, donde la locura y la magia de la juventud es lo que te rodea... Un día de abril (no recuerdo bien el año), volví a cruzar el portón verde de mi querida escuela, pero lo hacía desde otro lugar, desde el rol de profesora. Ahora me tocaba a mí, el desafío de acompañar a esos jóvenes que me recibían, a ayudarlos a soñar despiertos, a cruzar puentes, a crecer, y tenía el privilegio de hacerlo, donde me había formado en valores e ilusiones.

Llena de anécdotas y recuerdos, de aulas, amigos, patio, clases y recreos, intento cada día desde mi lugar, sembrar y construir, el sueño de un futuro mejor en cada uno de ellos, se podría creer que esto es una utopía... como bien escribió, Eduardo Galeano, "La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar". Tarea noble la docencia, cargada de una gran entrega y responsabilidad. No dudo que la guía la pasión, quizás... no, quizás no, sin dudas, la misma que yo siento por mi amada escuela y mi amada profesión.

PROF. FIAVIA CORREA

PROMOCIÓN 1994, EES N° 37 (Ex CONIC)

Paredes que laten...



*La aventura de enseñar, escrita con polvo de tiza,
es más intensa que cualquier profesión u oficio de riesgo.*

Ser Maestro de alto vuelo

Hoy casi llegando al final de mi carrera como profesor, es inevitable recordar algunos hechos que quizás solo para mí, y unos pocos más, sean interesantes. Parte fundamental de mi vida, para mí es vital no olvidarlos. Siempre fui desmemoriado en extremo y cada vez lo soy más. He decidido escribir para recordar en el proceso de hacerlo. Más adelante, cuando quiera, al leerlos, podré volver a vivirlos.

Decidí hacerlo por capítulos. En cada uno de ellos nombraré a cierta cantidad de establecimientos en los que trabajé. No seguirán un estricto orden cronológico, puesto que en algunas instituciones trabajé en distintos períodos, en otras estuve mucho tiempo o bien muy poco. Apelo a la buena voluntad del lector para que me siga en este ir y venir en el tiempo. Si no puede, obvio, la culpa es mía, usted no se haga problema, lea nomás.

No sé cómo hicieron mis padres para arreglárselas y no dejarme de pequeño en un jardín maternal, jardín de infantes, o algo que se le pareciese, con lo mucho que trabajaban y lo poco que estaban en casa. Alguno, mientras lee, ya esperará encontrarse con que mi vida de niño transcurrió con mis abuelos, o la “chica”, pues no, se equivoca estimado lector/a, no fue así.

El jardín y el patio de casa eran los hospitales donde trabajaban.

Bueno, en aquella época no era obligatorio el preescolar o como se dice hoy en día, (cuidado, ¿eh?), “nivel inicial”, (todo un cambio con el nuevo título). Al nacer durante un gobierno radical, se podría esperar que instalasen como obligatoria la educación preescolar, (pero no, eso sucedió años después). No nos olvidemos que el pobre Doctor Illia no pudo terminar su mandato, llegaron algunos militares bien acompañados de algunos oligarcas, civiles conserva-

dores, y manejados por el gobierno del país del norte con sus socios de la isla pirata. Y a toda esta gentuza no le interesa la educación de las masas.

Pues bien, pese a que mis padres trabajaban muchas horas, más las guardias semanales y los pacientes particulares, era imposible que tuvieran tiempo para que este pobre vástago estuviese con ellos en casa. Pero los viejos lo lograron y no me metieron de lleno en ese enjambre de humanoides llamada *institución escolar*

Viví, a pesar de las idas y venidas, con ellos, y en algunas raras ocasiones con mis abuelos. Mi primer contacto con la cruenta realidad de la disciplina escolar fue la primaria. Recuerdo lo cruento que fue para mí formar fila y tomar distancia. Pese a los autoritarios gobiernos de facto el buen docente se las arregla para hacer las cosas como corresponde y ese caso no era la excepción.

En primer grado tuve a una maestra bastante didáctica, más allá de la de música, el de plástica, el profe de educación física y no recuerdo qué otro. Era buena, seria, bonita, no muy afectiva, toda una señora joven. Imagine encontrarse con un pibe que jamás había tenido a un extraño que le dijera lo que hacer. La docente necesita de una buena experiencia pedagógica. Me manejó bastante bien y yo era... digamos, medianamente dócil. Cómo no tener un buen recuerdo si me enseñó a leer y escribir, a sumar y restar. Porque así entré a la primaria, sin poder distinguir ni el nombre de la carnicería de la vuelta. Y diga que en aquella época la honestidad era moneda corriente porque no tenía idea de cómo contar un vuelto... bueno, hoy tampoco lo tengo, ni sé sumar “mentalmente” por eso no juego a la escoba de quince, pero lo básico estaba.

En tercer grado tuve un maestro bastante feo que, vaya usted a saber cuál fue el motivo, estuvo solo hasta las vacaciones de invierno. Recuerdo aquel 3° –“C”, turno tarde– del famoso colegio privado católico de Ramos Mejía “Silfrid Durand” y sus arcángeles, obra de Don Luigi, en 1973. Hasta ese momento no había tenido demasiados amigos en la escuela –ni en la colonia del Ateneo durante los veranos–, excepto uno, cuyos padres eran compañeros de los míos en alguno de los hospitales donde trabajaban, por esa causa de vez en

cuando nos quedábamos juntos en su casa o en la mía, ya que ni los suyos ni los míos estaban demasiado tiempo en sus hogares. En la escuela se dictaban las materias formales y obligatorias, además de las extraprogramáticas.

En la colonia, por su parte, teníamos talleres de actividades prácticas, era obligatorio aprender a nadar y debíamos realizar todo el deporte que se nos proponía. Era por demás evidente el porqué tampoco hacía amigos durante el verano. Para mí no hay nada más inútil que los deportes y más aún la competencia, el querer ganar. Lo siento muy similar al sexo apurado. El Ateneo tenía un pequeño atractivo extra, al ser la colonia mixta, no así el cole.

Ya de muy pequeño pensaba en mi futuro, y entendía que era muy importante ser piloto, si era militar mejor y si era piloto de la marina, aún mejor. Otra opción que contemplaba era la de dedicarme a algo que tuviera que ver con el mundo de la sanidad: bioquímico, médico, farmacéutico, radiólogo, kinesiólogo, enfermero, chofer de ambulancia, camillero, mucamo... Más importante que el trabajo que eligiera, veía como fundamental el hecho de ser serio, responsable, comprometido con la sociedad. Eran las dos condiciones, *sine qua nom*, que me trasmitían papá y mamá.

Nunca me subyugaron las fuerzas armadas, no por nada en especial —sé distinguir lo bueno de lo malo—, sino por algo en particular: el cabello corto. Aunque sí odio profundamente a los aviones y esa irracional sensación de volar. No solo no me gustan los aviones ni volar, sino que sufro de vértigo, si me subo a una silla o hamaca me mareo, además siempre fui muy corto de vista y si me dan dos vueltas fuertes, vomito.

Con respecto a la salud, siempre prioricé la de los animales antes que las personas. Por ese lado la sanidad no iba conmigo, tal vez por mi interés hacia los felinos, —de los que maúllan, no de los otros—, podría haber elegido veterinaria, pero prefiero disfrutarlos antes que trabajar con ellos.

Curar gente me parecía más piola, pero esto se transforma en un problema cuando te conmueve más la vida de una laucha que la de un humano y nunca me pareció excitante hacer un enema. Todo

esto —que ya lo pensaba en aquella época— me hacía un *lío bárbaro* en mi pequeño cerebro. Ya comenzaba a estar, como lo estuve siempre tan preocupado por el futuro que no podía disfrutar el presente...

Aquel maestro de tercero, que mencioné antes, de tez aceitunada —como si fuera un inmigrante del Cercano Oriente o de la India—, con cabello muy engominado, peinado para un costado, medio desgarrado, flaco y petiso iba a ser un referente en mi vida profesional. Bueno y tranquilo como pocos. De charla pausada, suave y baja, hizo que nuestros padres compraran el libro *El Principito*. Ese sería nuestro texto de lecturas obligatorio. Lo comenzamos a leer, y desde la primera frase nos hizo analizarla de manera minuciosa para que pudiéramos entenderla. *¿Qué nos quería decir realmente el autor?, ¿Lo valioso e insuperable de la amistad? ¿El cuidado del amor? ¿El desprecio por lo material o superficial? ¿El afecto por lo simple y sencillo?* Recuerdo que nos traía grabaciones de todo tipo de música y nos decía: *Dibujen esta canción*, o nos hacía cruzar los brazos cerrando los ojos y susurraba: *Traten de escuchar el sonido más lejano de todos... descubran de dónde viene... descríbanlo...* Como un trueno en medio de la noche, como una tormenta que no te percataste que se había formado... quise hacer lo que él hacía. Quería enseñar eso, ¡ese libro! ser como él. Transmitir lo que me hacía sentir. Llegar a los demás como lo hacía conmigo. Digo bien, solo conmigo, ya que con otros o con la mayoría era lo más idiota que había en la institución. Hubo otros maestros de excelencia, pero ése fue el primero que me hizo sentir esa sensación, ese deseo... que de inmediato saqué de mi cabeza de ocho años. Puesto que me autoconvencí que eso era demasiado sencillo, pues yo me estaba preparando para algo mucho más audaz, ser piloto, o más serio, ser bioquímico... Pues es lo que creía que mis padres esperaban de mí. De estudiante terciario llegué a pensar que era un libro muy complejo para chicos de tercer grado, aunque... con ese maestro hubiéramos entendido el *Martín Fierro*. Grave error el mío haber subestimado a los niños y su perspicacia. Nunca más supe de él. Grande fue mi decepción y tremenda tristeza cuando luego de las vacaciones de invierno estaba en su lugar una maestra con cara de bruja y actitud de cerdo rabioso. Flaca, histérica

y mal humorada, desde el primer momento no nos caímos bien. Fue odio a primera vista. En mi caso, porque con los años me descubrí un tanto conservador para cambios afectivos, en el caso de ella nunca lo sabré. Desde chico uno perfila la estupidez humana, entre tantas que tengo una de ellas es “el comparar”. Comparé al maestro con el cerdo rabioso, cuyo apellido no recuerdo. Luego al compararla con otros docentes que tuve o padecí, supe que lo malo siempre es menos que lo bueno, solo que molesta más. El de quinto retomó *El principito*, pero solo unas partes. Aunque a este último nunca le caí bien, ni él a mí, (demasiado deportista), pero se sorprendió cuando yo, uno de sus peores alumnos, interpretaba perfectamente lo que nos quería decir Exupéry. Parecía que mis compañeros se habían olvidado de lo que nos había enseñado el de tercero. Permítanme, recordar —aunque sea un poquito— al viejo de matemática de sexto, un verdadero déspota, agresivo y racista que, desde el vamos, con su apellido anglosajón mostraba su autoritarismo. ¿Qué podés esperar de un apellido de esa naturaleza y de matemáticas? Era el desprecio personificado hacia las distintas clases sociales.

Otro personaje que me influyó sobre mi vocación de ser maestro fue mi sacerdote consejero. Un esloveno que parecía enviado del cielo. Al igual que el maestro titular de séptimo, que dictaba Ciencias Sociales. Él fue quién volvió a hacerme sentir esa sensación que había reprimido de mí, en tercero. Era un hombre mayor que dictaba Historia y Geografía. Por edad, casi un anciano, con una pedagogía más tradicional, pero con la misma calidez humana, paciencia y —hoy puedo afirmarlo, en base a mi experiencia y conocimientos— con igual calidad didáctica que el de tercero. Tenía —le habíamos puesto— muchos apodos: *el viejo, el pelado, el dolape*. Para mí era *El viejo*. Él fue quien retomó el tema de las charlas de Educación Sexual que ya habíamos tenido en quinto, pero desde otra perspectiva. Antes había sido desde lo biológico, ahora era desde lo sexual y el amor. ¡Qué experiencia, qué momento! ¡Cuántas risas, cuántos retos!, como cuando un compañero nuevo, del que después me hice amigo, —un tanito de rulos que se peleaba con todos—, estalló en una carcajada desde el fondo y *El viejo* lo mandó en penitencia al medio del patio. Imagínense al pibe, la escuela de Ramos que parece la casa de Tu-

cumán con aljibe y todo. El gordo, —que en aquella época era flaco—, estaba parado en el medio del patio, quietito, sin moverse, contando hormigas, hasta hacía juego con el aljibe rosa. Con este docente fue la primera vez que escuché a un maestro hablar de política. Cuestión que me pareció increíble. Estaba en séptimo grado y el gran asesino de Videla, a la cabeza del gobierno de facto, —junto a los civilitos buchones, no nos olvidemos, en su mayoría abogados y jueces—. Una mañana el maestro dijo *Bueno ante un gobierno militar...* No recuerdo cuál era el tema que estábamos viendo, me quedó esa expresión grabada. Era toda una frase en esa época. Como verán, en sí no dijo nada, pero sus palabras significaban mucho a pibes de séptimo de los cuales muchos eran hijos de esos oligarcas y militares.

No entendí muy bien aquella época, aquel lugar, ahí parecía que todo era idílico, que todo estaba bien. Y si no lo estaba no se decía, se disimulaba. Lo importante para mí fue que volvió a encender esa pequeña brasa que había dejado el otro. *¡Qué buen maestro!* me decía a mí mismo, pero no podía entender por qué él y el de tercero sobresalían de los otros ¿Qué los hacía tan buenos? ¿Qué era aquello que los hacía verse distintos o qué a mí me hacía sentirlos especiales? Este querido maestro fue el que terminó preparándome para que yo rindiese el examen de ingreso en la Escuela Técnica de Aeronáutica y así, andando el tiempo, pudiera acceder al tan deseado título de Técnico Aeronáutico. Si me hubiera quedado... ya que así como entré, huí, una semana estuve nada más. Lamento que por ese rápido abandono mío, no pudo *adivinar*, lógico, mi futuro de insigne maestro. Aunque, por suerte, antes de que falleciera volví a verlo y me di el gusto de contárselo. El hombre solo había tratado de estimularme en lo bueno que era ser técnico y, mucho mejor, especializado en Aeronáutica, en las hélices, las alas, todas esas cosas tan bellas y conmovedoras...

Desde este presente, cada vez más añoso, recuerdo a casi todos mis maestros, con nombre y apellido. No me sale el apellido del viejo anglosajón, ni de aquellos que no me dejaron nada, solo espero que a algún alumno le hayan enseñado algo. No me refiero solo a su materia, que es de suma importancia, sino a lo esencial, que suele brindar un verdadero maestro. Si bien fueron el de tercero y el de

sociales de séptimo quienes me hicieron sentir *ser maestro*, y un poco el sacerdote esloveno, que me hizo mejor persona, de todos aprendí que mi profesión es más que eso. Oficio o sacerdocio, como algunos intentan hacernos creer... En realidad lo es todo. Es la profesión que crea profesiones. ¡Cuidado! que de esto no se agarre un político travieso y pícaro para decir que por ser un sacerdocio debemos cobrar migajas, por el contrario, dada la responsabilidad debemos, deberíamos, cobrar muy bien.

A esos docentes que encendieron en mí la llama de la docencia, que quizás me están mirando desde *allá arriba*, espero no haberlos defraudado.

Luego de haber entrado a tan prestigiosa escuela secundaria gracias al viejo y sus mil ejercicios, escapé junto a mis dos amigos. Dejamos allá, solo, como un perro sin hogar, a otro buen amigo... y que se arreglara solo con los avioncitos. Al tiempo él también huyó para completar sus estudios en una escuela de arte. Era demasiado sensible para andar con hélices. Para ser más claro —no tan duro—, conocí más adelante a dos egresados de la Escuela de Aeronáutica, en la actualidad son dos grandes amigos, buena gente, aunque no muy sensibles.

A veces reflexiono que no puede ser que Exupery fuera piloto, debe haber un error...

Política y Teatro

Así como corrí de esa escuela técnica, caí en otra con mucha herramienta y grasa, pero sin hélices ni motores a reacción, tanto no podía defraudar a mi pobre viejito. Encontré en ella todo y más. No solo aprendí y entendí que mis padres tenían razón en lo importante que era ser técnico y cuánto me serviría ese título para mi futuro. Tanto por abrir mi cabeza y hacerme muy práctico, como para abrir puertas laborales antes de completar estudios superiores. Además, conocí a grandes profesores, y de los otros, como en todos lados, pero entre los grandes estaba quien me mostraría mi camino definitivo, el profesor de Lengua y Literatura, mi querido profesor *Suave*.

Si bien ayudaron a mi formación técnica otras grandes personas, no solo profesores, también preceptores, *El Suave* supo ver en mí otra cosa. Como buena escuela técnica casi todos los profes eran varones, ninguna de las chicas –llámeselas profesoras–, nos dedicó demasiado tiempo, creo que las intimidábamos. No sé si con las pocas compañeras que teníamos tuvieron algún tipo de diálogo o más llegada. Desde el primer día que tuvimos al profe de Lengua me gustó lo amable y desestructurado que era, aunque era formal en el vestir y en su forma de hablar. De primero a sexto año lo tuve en distintas materias. En los primeros en Lengua o Castellano, en los últimos Psicología, Lógica y Filosofía. Verdaderas islas en un mar turbulento de estática, mecánica, laboratorio de mediciones eléctricas y electrotecnia, y ni hablar de los tan ponderados análisis matemáticos. ¡Insoportable, está en todos lados!

El suave, como me gustaba decirle, ya en cuarto año se había dado cuenta de que entre las herramientas y yo no había demasiada *buena onda*. Las manejaba bien y era medianamente aceptable y

capaz en el taller, pero supo ver mi falta de afinidad con ellas. Cautó, una mañana mientras nos instruía a un compañero, una compañera y a mí, en la lectura de glosas, para un acto, dijo:

—Joven, ¿usted qué tiene pensado seguir estudiando? —dicho esto de espalda, con sus manos en ella y mirando por la ventana a unos dos metros mío mientras jugaba con sus dedos.

En el aula se encontraban la compañera, que leería uno de los discursos, un alumno de sexto que preparaba unas palabras alusivas y yo. Los tres lo miramos como preguntando a quién le hablaba. Se dio vuelta y nos miró a los tres, dándose cuenta del error e indiscreción que había cometido al pretender preguntarle a uno solo. No podía, semejante profesor, dejar soslayar preferencia por uno de los tres. Pero yo sabía que era a mí...

—Este... a los tres, —titubeó.

Por un momento nos quedamos callados, pero con la caballerosidad que ordenaba la época, sin gestos innecesarios, solo mirándola a la compañera ésta entendió que le dábamos la prioridad de la respuesta por ser la única dama en el recinto áulico.

—No sé... —respondió ella, con voz aguda y chillona, como quien no se decide qué zapatos elegir, y agregó, casi con timidez:

—Creo que ingeniería.

—Bien, bien, —respondió el profe— le va a costar, es una carrera de muchos varones, pero usted tiene gran actitud.

—Sí, pero aquí también hay muchos varones y todos me ayudan, respondió la señorita con la misma carencia de los graves.

Yo no quería ser el segundo en responder, quería que mi respuesta fuera larga y que fuera tenida en cuenta, así que dejé, por cortesía, al de sexto, el mayor, a punto de recibirse, —todo un futuro técnico—, a que se luciera.

—Y sí, yo también, —dijo muy seguro, y agregó con voz grave, de muy macho, sacando pecho y con bello tupido—, para eso nos estamos preparando.

Luego de una pausa iba a continuar yo, pero el casi egresado me interrumpió:

—Creo que es una carrera importante y con mucha salida laboral, además mi viejo tiene una tornería que con el tiempo me gus-

taría agrandar y modernizar. Bah... mi viejo no entiende nada... –ya recio y seguro de sí mismo, el pecho se le inflamaba, engrosándose la voz, a punto de explotarle un bíceps.

El profe lo miró con detenimiento y expresó:

—Bueno en tal caso usted propondrá ideas a su padre, no va querer cambiarle el negocio que seguro con mucho sacrificio él fundó.

—Lo que pasa es que el tano está viejo y...

—Y nada –interrumpió *El suave* con su típica voz, aflautada, pero firme, como limitándose–, primero que no es viejo sino padre, segundo no es tano, sino italiano y tercero trate de atender los viejos y antiguos consejos de su papá antes de emitir opinión. Si dice *tano* que sea con afecto no despectivamente...

Como susurrando dejó escapar una frasecita: *El huevo a la gallina...*

El ambiente quedó tieso, el reto fue breve sin gritos y eficaz. Con solo una mirada quedó claro el abismo generacional.

Luego de unos segundos me preguntó:

—¿Y usted, joven?

Ah, era la pregunta que estaba esperando desde hacía cuatro años, quería decirle todo lo que tenía en mi mente pero no encontraba las palabras.

—No sé... titubeé, –*pero no puedo ser tan idiota pensaba*– creo que ingeniería, porque a mi papá siempre le gustaron los aviones y a mi mamá la sanidad.

No podía creer lo que había respondido.

—¿Pero alguna vez le dijeron sus padres que sea ingeniero o médico?

—Bueno, tan abiertamente no, pero no creo ser tan tonto y siento que me lo sugieren, aunque en realidad nunca me presionaron con nada.

—Mire por lo poco que conozco a sus padres me parece que es más idea suya que de ellos, algo que usted mismo se impone. En realidad yo creo que sus padres lo orientan y le dan ciertas referencias sobre lo que ellos más conocen y creen bueno para usted, sin embargo, creo que usted sería un excelente profesor de lengua.

No pude contener mi euforia.

—Sí, profesor, eso —y me quedé.

¿Pero de lengua, por qué de lengua? Yo quiero ser maestro. No me gusta leer, me duele la cabeza y la vista. Quiero conocer el final antes de la segunda hoja, no sé, no me veo, pensaba. Me quedé callado mientras volvimos a repasar el acto.

Por otro lado, sin que nadie supiera, me había anotado en un taller de teatro que se dictaba en Morón. Decisión que había tomado por un reportaje que había visto a Miguel Ángel Sola, actor que yo recién conocía por los unitarios que iban apareciendo. Me deslumbraba su interpretación, sentía su decir. Me dio vergüenza contarle delante de mis compañeros. Se iba a enterar toda la escuela y seguro que me pegarían el mote de *marica*, pues en aquel entonces, y en mi entorno, hacer artes era considerado como cosa de *maricas*. Los dos compañeros que se encontraban conmigo dieron tanta importancia a mis dudas como cuando llueve.

—Mire —dijo el profe acercándose a mí y poniéndome la mano en el hombro luego de haber terminado de repasar todo el acto— yo creo que usted sería un excelente docente. La materia para el docente de alma, al menos en secundaria, es lo de menos, es la excusa. Primero el alumno, después lo que se enseña... al menos que desee enseñar en una institución terciaria o universitaria. Pero si es secundaria debe equilibrar... Y si es maestro, bueno, usted sabrá. Los pequeños son muy sensibles...

La conversación terminó ahí.

Los días con sus clases pasaban, hasta que una tarde por la tele nos enteramos de la cruenta Guerra de Malvinas. Corta, solo dos meses, pero lo suficiente para que de golpe un fuerte sentimiento nacionalismo naciera en mí, mucho más de lo que ya se venía gestando. Comencé a leer sobre el tema y escuché atentamente a mi familia, lo que se decía sobre los británicos y la Segunda Guerra. Sobre la Guerra Fría y aquella famosa frase del primer ministro Churchill hablando de Sud América: *Hay que destruir a la Argentina, si ese país sale a flote, arrastra a todo Sudamérica...*¹

¹ *No dejen que Argentina se convierta en potencia. Arrastrará tras ella a toda América Latina.* Winston Churchill. Yalta. 1945.

Ese discurso me quedó bien grabado. Supe separar el odio a los gobiernos, de la simpatía por sus pueblos. Mis padres me ayudaron mucho en ese tema, con conceptos claros sobre la sociedad, no tanto de política, sí de humanidad.

La charla con el profe no se volvió a dar hasta el comienzo de sexto año, cuando en uno de sus diálogos nos comentó que estuviéramos atentos a las fechas de inscripciones de los distintos institutos terciarios o universitarios.

—Es probable —nos dijo— que las casas de altos estudios privadas ya les habrán enviado cartas para que se anoten, pero tengan en cuenta que en las estatales las inscripciones para los exámenes de ingresos enseguida llenan los cupos.

Ya no había opción, más allá del entusiasmo por nuestro viaje de egresados se hacía cierto lo tan comentado en los últimos dos años: se nos terminaba el secundario. La cuestión no era que se concluya la época de la jarana, sino que ahora había que decidirse. Como yo tenía muy claro que quería ser profesor de Lengua, como me había sugerido *El suave*, fui y me anoté en Medicina. Eso es un tipo decidido y que tiene las cosas claras. Solo yo y mi alma en Ciudad Universitaria, rodeados de mil humanos. No obstante, al día siguiente, durante uno de los recreos donde comentábamos con mis compañeros nuestro futuro, me convencieron que por mis habilidades en el taller —lugar que yo odiaba profundamente—, por lo que había comentado el profesor de dibujo técnico, —el esloveno—, amigo del dueño de la fábrica en la que trabajaba, —él mismo me había conseguido el puesto—, yo sería un excelente ingeniero. Por lo tanto un día más tarde también me anoté en ingeniería. Así es, iba a ser ingeniero y médico, ¡que tal! ¡tomá mate! Me imagino haciendo un tacto con una broca o metiendo una sonda a un alemite. Pero yo estaba contento porque había zafado de los aviones, puesto que seguiría ingeniería en electromecánica como reza mi título de técnico. No sabía muy bien qué elegir como médico, pero me tiraba el tema de la ginecología, no por introducirme en comunes y enfermas vaginas, simplemente por parientes que deambulaban por ahí que eran de la especialidad. Había elegido dos carreras muy serias, donde cada vez que yo diría que estaba cansado todo el mundo di-

ría: *Y claro viene de diseñar, no, no de curar* ¡qué importante! ¡qué serio! ¡cuánta responsabilidad! ¡qué sublime! Dios arriba y luego yo, ahí nomás, bien cerquita.

Mi decisión era la correcta, cuando fuera adulto mayor toda la gente estaría muy conforme de haber conocido a una persona tan seria como lo iba a ser yo, *Que supiera hablar de corbatas o de bridge*, según Exupery, en este caso se trataría de enemas y alemites.

Parafraseando al Principito: “De un simple vistazo iba a ser capaz de diferenciar una cruceta del miocardio”.

Era evidente que el maestro de tercero no se había equivocado en la elección del libro de lectura de tercer grado. Pero tampoco *El suave* con el *Martín Fierro*, *Don Segundo Sombra*, el *Quijote* o *La vida es sueño*.

El suave nos enseñó a interpretar el resentimiento del pobre gaucho maltratado o los sueños de justicia del gran caballero español. Y esas historias algunos la tomaban como tales, pero a otros se les metió en la carne y se convirtieron en idealistas.

A fines de sexto, luego de haber vuelto del tan desbordado viaje de egresados, el profe se acercó y me entregó, de regalo, un papel —una hoja de carpeta— arrugado y maltrecho, con una dirección, y un pequeño librito basado en *El Principito*. Algo que tendrían que haber hecho mis profes en el taller de teatro donde asistía y no hicieron. En ese trozo de papel mal cortado estaba la dirección de un profesorado en teatro.

—¿Qué es esto profe?, —dije sorprendido.

—Un librito de regalo, joven. Usted me comentó que le gustaba mucho el texto de Exupery y que estaba asistiendo a un taller de teatro, bueno, tal vez yo me equivoqué pero... hay un profesorado nuevo en teatro, que ni yo sabía que existía. Fíjese, en una de esas, está más cerca suyo que un profesorado en literatura... aunque bueno, me enteré que usted, ya se anotó en medicina e ingeniería. Sí, claro, muy buenas carreras ambas...

Y se calló, dejando esbozar una leve sonrisa sarcástica mientras yo miraba ese papel como si fuera una foto de Graciela Alfano o Laura Bobe. Luego de un momento agregó:

—Lo que sí creo no equivocarme si le digo que usted sería un

excelente profesor... pero bueno, usted sabrá. Y se fue cruzando el patio con la cabeza en alto y a paso ligero, como era su costumbre.

Durante la noche mi cerebro, siniestro y oscurecido aún más entre las tinieblas de todos los conflictos, elucubraba como podría convencer a mis viejos que una carrera de profesor era una posible y excelente propuesta de vida. Durante la mañana mi mente retorcida decidió convencer a mi profe que viniera un domingo a almorzar a casa. Mis viejos habían hablado algunas veces con él y siempre mencionaban lo profesional que era ese profesor, su compromiso con la educación de las nuevas generaciones y que *para ser docente* era muy culto.

Una vez más mentí y le dije, al profe, que mis viejos, dado lo cerca del fin de año, lo invitaban, y si él decía que sí, entonces les diría a mis padres que el profe, por cariño hacia mí, se había invitado solito. Total, si algo me encantaba era manipular a la gente. Dicho y hecho, mi viejo se luciría con uno de sus magistrales asados, y mi vieja con su postre de vainillas. Ahora bien, el tema era cómo hacerles saber, en algún momento, lo de mis dotes de profesor. Y sí... la única manera sería diciéndole un poco la verdad al profe... una parte al menos. Sin disimulo ni rodeos el viernes antes del fin de semana que vendría lo encaré. Con mucho tacto como para que no pensase que lo había utilizado para convencer a mis viejos, recurrí a unos de los tantos artilugios de buen versero: dar lástima y hacerme la víctima.

—Mire, profe, —dije con voz baja y entrecortada— yo le quería pedir, más que pedir, suplicar...

Con sonrisa pícara el profe me miraba como quien sabe que lo están engatusando, pero que se deja, así que continué:

—Sabe, mis viejos son rebuenos, pero un tanto antiguos y muy severos, y vio, que usted sabe que mi papá fue piloto de joven y mi mamá con sus pacientes..., y bueno, ahora mi papá también con esos pacientes... y yo... porque yo voy a ser ingeniero... pero... y médico, (más hablaba, más titubeaba)..., pero sabe yo quisiera que ellos no piensen que soy un vago, un loco porque me gusta el teatro..., y... y...

—¿Severos sus padres, está seguro? quién lo hubiera creído. Bueno, bueno, espere joven, creo que usted se imagina cosas, una vez se lo dije... pero ya entendí, nos vemos el domingo... —y se fue.

Y ahí me quedé solo, tartamudeando mis mentiras en el medio del patio soleado.

Y llegó el domingo. Estaba para variar ansioso e impaciente, andaba como gato enjaulado, daba vueltas y vueltas. Ayudé a mi vieja a acomodar la casa, lavé el auto, prendí el fuego para el asado. Puse discos de tango, boleros y folklore. Fui, en esos momentos, el hijo modelo... hasta que apareció el profe. Para mí era todo un honor que viniera a casa y de pronto me di cuenta que mis viejos también lo consideraban así. Eso me dio ánimos, si era un honor para ellos, quería decir que no era que despreciaban a todos los docentes. De hecho mi mamá era maestra, de la época en que se recibían con el secundario, y aunque nunca había ejercido, el título lo tenía, era maestro.

Almorzamos y cuando ya pensaba que el profe se había hecho el tonto —ya entrado el postre, el mate, café y té— les largó:

—Y sí, la verdad es que Leonardo tiene mucha actitud para seguir una carrera. Pese a que es un pésimo estudiante...

La puta que te parió pelado, pensé, que le pasa a mi ídolo, me está cagando. Al viejo le saltó el disyuntor.

—Cualquier carrera que elija hará de ella algo muy bueno.

—Sí, seguro, —agregó mi mamá—: el *nene* es lo mejor, porque todo lo que se propone lo hace muy bien.

Basta vieja, pensaba yo por dentro.

—Sí, es muy bueno —dijo mi viejo— constancia le sobra, pero creo que no tiene método de estudio, nada más.

Uy, la puta madre, esto se va al carajo. Y ahí, sobre el toque, mi vieja, tenía que ser mi vieja, haciéndome quedar mal:

—Y... tiene que elegir lo que él quiera, lo que realmente lo haga feliz.

—Mientras sea algo honesto —comentó mi papá riendo y continuó— claro, uno aconseja lo que cree lo mejor, pero la última palabra la tiene él.

Me quería matar, el profe pensaría que era un mentiroso, que imaginaba o fabulaba. La puta que los parió a todos. Estaban todos en mi contra, hijos de puta me estaban haciendo quedar para la mierda. O bien esa era la realidad: Mis viejos solo sugerían, yo era un perseguido. En tanto miraba a todos con sonrisa de no saber de qué hablaban.

—Es verdad, yo sabía que un joven como Leonardo tenía que tener estos padres. Bueno de hecho es así, siempre supimos en la escuela que ustedes eran padres muy presentes, pese al poco tiempo con que cuentan. Criterio, sentido común, eso es lo que le falta a tantos papás...

Por un lado me sentía un estúpido, por otro era un gran alivio, pero inmediatamente me abrumó el sentido de culpa, ¿y si mis viejos en realidad esperan *algo* de mí, y no soy capaz de dárselos? ¡Soy hijo único, carajo! ¡No puedo ser tan imbécil de no hacer el mínimo sacrificio y darles el gusto! Total, quién no puede ser profesor de teatro, médico e ingeniero al mismo tiempo. Si es una pavada...

El lunes no sabía cómo encarar al profesor por haber venido a mi casa, despacio pero decidido fui hasta la sala de profesores a buscarlo. Justo al llegar frente a la puerta de la sala, escuché una discusión encarnizada entre los profes sobre el justicialismo, el radicalismo, el socialismo y el comunismo. No me atreví a golpear la puerta. Pegué la vuelta y me volví al aula.

Los profes en clase no hablaban de política. Solo nos explicaban cómo funcionaba la democracia y que el Congreso de la Nación no era solo un hermoso edificio, sino que cumplía una función muy importante... Me enganché con lo que había escuchado, con la pasión de la discusión y comencé a leer sobre el tema.

Una amiga me contó que en su escuela estaban armando un Centro de Estudiantes. Un profesor pelilargo —que una vez fue a trabajar en zapatillas—, no muy querido por sus compañeros, los ayudaba en forma casi clandestina. Comencé a leer los diarios, pero no tenía una guía, nadie que realmente me lo aclarase. En eso, mis padres eran bastante discretos, muy respetuosos del pensamiento del otro. Mi papá, liberal, y mamá, radical. Tanto respeto ante el tema a mí no me servía. Quería un poco más de acción. *¿Y si formamos un centro en la escuela?*, me pregunté. Hablé con los chicos, pero no le dieron importancia a mi propuesta, excepto uno, que tampoco tuvo éxito al intentar convencer a los compañeros.

Sin embargo... había un par de compañeros de la villa que la tenían más clara que yo. La mayoría de mis compañeros —hijos

de inmigrantes—, parecía que no entendían o no les importaba. Los pocos compañeros que vivían a tres cuadras de la escuela, en casas humildes, se planteaban la pobreza, los derechos y la explotación. Es decir, eso que yo veía y sufría donde trabajaba, que creía que era la normalidad, ellos me decían que no estaba bien.

Me hicieron entender que había otra cosa que la explotación del patrón a sus empleados. Que había patrones honestos, pero que eran los menos.

Los profes no decían nada de eso, todavía no se hablaba del tema. Tenían miedo, yo no lo sabía pero los *desaparecidos* eran muchos. Mi ignorancia era total. El miedo perdura durante años cuando la crueldad sobrepasa todo lo imaginable. Mi sueño del centro quedó trunco, aunque tampoco reflexioné demasiado en lo ocurrido, en la imposibilidad de hacerlo.

¿Y si le digo a ‘La’ lo del teatro...? ‘La’ era Laura, mi novia. Una chica muy buena, con una familia de porquería. Todos ellos pensaban que lo más importante en la vida del ser humano era la plata, la guita, el dinero. Las apariencias, el qué dirán o pensarán de uno, qué tengo, cuánto y cómo lo muestro, todo parte de una manera de pensar. ‘La’ no era así, sabía que yo hacía mi taller de teatro, pero como a mí no me gustan los deportes ni la caza, ni la pesca y solo iba a la cancha si me llevaban, era como que me dejaba divertirme con ese taller. Pero ¿qué iba a opinar ‘La’ si le decía que quería hacer un profesorado en teatro? La familia terminaría de convencerse que lo peor que le había pasado a esa chica era haberme conocido. Porque en su familia, en la que nadie tenía estudio —el hermano mayor aún no se había recibido de contador, y los padres apenas sabían leer y escribir—, tenías que ostentar una maestría o doctorado para estar a la altura de ellos. *Y bueno —pensé— la solución es fácil*, como mi vida era un verdadero candombe, y nunca estaba en ningún lado, ya que hacía mil cosas, no le diría nada y listo. Me evitaba una discusión inútil, sin necesidad de fundamentar, justificar ni convencer a nadie.

De estudiante a profesor.

Para los últimos días de diciembre tenía el examen de ingreso en el conservatorio. Junto a la planilla de inscripción nos habían entregado algunos temas generales para que realizáramos un repaso. A simple vista parecía *pan comido*. Confiado y seguro de mí mismo entré al examen con apenas algunas lecturas de lo que se tomaría. Fue muy extenso y *de pan comido* no tenía nada. Llegó un momento que ni sabía lo que me preguntaban y menos lo que yo respondía. A los quince días, con temor, fui a preguntar si había aprobado.

—Fíjese en los papeles pegados en la vitrina —me contestó un tipo poco amable.

No me encontré. Yo me buscaba por apellido, porque me creía importante, *salame* me dije, no te das cuenta que están ordenados por documento. Y ahí estaba yo, pero no entendía si había entrado, solo había un setenta coma cero uno. Le pregunté de nuevo al simpático de la secretaria que, con asco, sin siquiera levantar la vista de sus papeles, me dijo:

—Sí. Entró, apenas. Se aprueba con siete.

No lo podía creer. Contento me fui a tomar el subte. Mientras viajaba me pregunté con qué me encontraría.

Para la facu no tuve tanta excitación, simplemente me anoté, tras hacer unas colas de hasta siete horas, con una organización queapestaba. No me encontré en ninguna de las comisiones que me había anotado. Para poder cursar en los horarios que quería tuve que presentar hasta un espermograma y de pronto me encontré cursando, sentado en el piso, escuchando a una piba que, parada a unos cincuenta metros, me hablaba de los aminoácidos. Por suerte en el Ciclo Básico Común (CBC) de la universidad había materias comunes para ingeniería y medicina. Entre ellas estaba matemáticas, ma-

teria desagradable, tanto como el abominable inglés. Así fue cómo mi vida avanzó rumbo a un verdadero caos, más de lo que ya era. Anduve trabajando desde muy temprano para poder cumplir con las horas mínimas, cursando en una facu temprano, en otra a media tarde, y a la noche el placer del profesorado.

Una vez que completé el ciclo básico descubrí que, Medicina no me resultaba difícil, pero tampoco interesante; Ingeniería en cambio me sorprendió, no tenía idea de todos los matices que tenía la matemática. No entendía por qué le ponían distintos nombres a las materias que cursaba en esa carrera, para mí todas eran matemáticas.

Un año padecí mintiendo, aprobando solo el quince por ciento. No lo soportaba, era como hacer deportes, lo sufría, me dolía, transpiraba y hasta me descomponía. Como se evaporan las nubes en el cielo de verano, así fui desapareciendo de esa facultad, sin culpas ni tristezas. No había hecho siquiera un amigo, no tenía nadie con quien hablar.

Respeto a los ingenieros, dado que trato mucho con ellos por uno de mis trabajos actuales. Los conozco bastante bien, de cerca, hasta tengo algunos amigos y parientes que lo son, ¡imagínese! Sé muy bien que son casi humanos. Esto lo sé ahora, en esa época tal vez fueran como las mariposas... Nunca sé en qué momento se produce la metamorfosis, cuando deja de ser lo que son mientras estudian, y pasan a ser seres con los que medianamente se puede charlar, aunque sin exagerar, pues ellos están creídos de que los universitarios son los únicos que estudian de verdad, y con esa vara juzgan a los demás. No podemos decir ¡Guau, cuánta cultura general tienen!, pero al menos ya se puede convivir.

Una cosa debo decirles, nunca los escuché hablar de sexo, ni a ellos, ni a ellas, ni entre ellos. Era algo que me preocupaba puesto que si el mundo estuviera habitado solo por ingenieros se acabaría pronto la especie. Solo tienen orgasmos matemáticos.

En Medicina nada que ver, por el contrario, hablaban todo el tiempo de sexo... no tenían demasiado. Se alardeaba mucho, como es común entre la gente de sanidad, donde reina una exagerada autoestima. Cada uno creía que ser médico era ser único. Increíble, en la Argentina hay más médicos que humanos, sin embargo, ellos es-

taban creídos que entre Dios y el médico la diferencia era que Dios no usaba delantal. No tenían presente lo que el dicho dice de esa facultad *Poné a un burro con un ladrillo atado a la cola y en diez años es médico*. Algunas materias eran muy amenas y digeribles, la pasabas bien. Pude hacer grupos y hasta fui reconocido como buen alumno, hasta ahí nomás, nunca me saqué buenas notas en los finales, pero sabía.

En el profesorado, por su lado, no solo se hablaba de sexo como en medicina, sino que además de ser casi el único tema de conversación, tenían sexo en todo momento. Entre ellos, entre ellas, entre todos, ahí mismo, en otros lugares, en los pasillos, en las aulas, en las escaleras. Con cultura, eso sí. Siempre estaba el arte y las tendencias vanguardistas de por medio. Las discusiones filosóficas y políticas nos hacían creer que arreglaríamos el mundo esa misma noche, entre las veintitrés y las seis de la mañana en algún café cercano. Sobre todo en las cervecerías alemanas del bajo. ¡Que época, cuánta belleza, cuánta bohemia!, hoy en día estoy más que convencido que lo que abre la cabeza es el arte, y lo digo de verdad.

Ahí entendí lo que era la política, comprendí la problemática social. Me pude mezclar con todas las clases sociales. Desde el tipo que no tiene para comer y quiere estudiar para crecer y olvidarse de donde salió; otros que, por suerte, no se quieren olvidar; un pequeño puñado que tiene mucho y se rebela, mandan a todos a pasear y se convierten en grandes idealistas; está también el seudoprogresista que piensa que el esfuerzo basta para crecer, y no tiene en cuenta que no todo es como él cree. Esa diversidad de humanos que pude ver en las dos facultades y el conservatorio me hizo comprender la complejidad de una sociedad heterogénea. Una gran mayoría piensa solo en su bolsillo, ama al país, pero siempre y cuando el país les devuelva lo que ellos quieren, dinero. En muchos casos hay gente que quiere poder, el poder mínimo, insignificante, miserable, de decidir sobre el otro, aunque no haya dinero. También están aquellos a los que les interesa pertenecer, ser conocidos, conseguir contactos, que los vean, aunque no tengan ni dinero ni poder. Por supuesto hay otro grupo, que son los peores, ocultos, poco visibles, son los que tienen dinero y poder, verdadero poder, son los que manejan la vida de la mayoría.

En segundo año tuve mi primer título, el de maestro de teatro y ya en cuarto me recibí de profesor.

Mi primera vez frente a un aula, nunca me lo voy a olvidar. Fue antes de recibirme de maestro. A los dos meses de haber comenzado segundo año, en una escuela primaria de capital. Ahí conocí a otro referente, el profesor coordinador de prácticas y residencias. Muy poco simpático y amable, pero buen docente. En terciario no podés pretender ni didáctica, ni afecto, pero éste trató de tener ambas.

En alguna de sus charlas nos comentaba de la problemática de los indígenas. Del arte precolombino. Por primera vez escuché la palabra *originarios*, con un respeto y solemnidad que no volví a escuchar hasta ya entrada la primera década del dos mil. Nos acompañó hasta una sala que era solo para nosotros, el grupo que yo integraba realizaría su primera práctica luego de las observaciones. En la puerta del aula, antes de golpear para que el docente que se encontraba dando clases me permitiera entrar, me advirtió:

—No se olvide practicante, recuérdelo para siempre, *si un médico se equivoca mata un paciente, si un ingeniero se equivoca se cae el puente y mueren diez, pero si un docente se equivoca, mata una generación...* Con esa frase me dejó con el maestro, la llevo, desde ese momento, atravesada en el alma y el cerebro.

Estar con los chicos, no me gustó, no lo soportaba, sentí que me había equivocado, no aguantaba a esos pibes bochincheros que lo único que querían era no estar con la pobre vieja maestra. No encontraba la herramienta para llegar a ellos. La actitud de la señora justificaba el espanto de los pequeños por la cara nomás.

Primera lección, el docente en el aula tiene un tiempo según la rama... Así se llama a cada nivel educacional: inicial, primario, secundario, terciario-universitario.

Me sentía culpable y frustrado, dudé. Me dije entonces *Dejemos que siga el curso de las cosas y demos tiempo para ver qué sucede*. Lo mejor vino desde la mitad de tercer año y durante todo cuarto, entre las prácticas y la residencia en escuelas secundarias tradicionales de adolescentes. Estaba en mi salsa. Más seguro de mí

mismo, y entre jóvenes, que era lo que yo quería. Esa monstruosa edad entre once y diecinueve años.

En una escuela pública de capital, entré en un tercer año. Me traspiraba hasta la raya del culo. Eran bien adolescentes, lo que yo quería, contestatarios, desafiantes, rápidos, inteligentes, con una maldad insuperable, incrédulos, soñadores y enamoradizos. Atenti lector, a todo eso súmele la época: estábamos en democracia, nuevamente los adolescentes hablaban de política, se comprometían. Alfonsín hacía peripecias para enseñarnos a vivir en democracia y armonía, ya que muchos se habían olvidado cómo era. Todo lo tiene que tener un joven para ese momento histórico de su vida y nuestro país, ellos lo tenían. Tuve la mejor onda desde el primer momento con todos, con óptimos resultados, pero todavía me faltaba la prueba de fuego: estar solo en el curso. Una tarde el profesor de prácticas se retiró con la profesora y me dejaron solo en el aula. Me sentí dueño y señor, hasta que el temor se apoderó de mí. Tuve pavor de la responsabilidad de hacer algo mal o que le pasara algo a los chicos... pero como todo es un ejercicio físico y mental terminé por acostumbrarme. Salí airoso con un nueve de promedio.

Experiencias pedagógicas y políticas

Mientras cursaba tercero del profesorado me anoté en academias en las que daban cursos de oficios, y pronto entré a trabajar, en ellas. Fue bueno, pero no era lo que yo quería. Personas adultas iban a aprender bobinado, hidráulica o neumática. Mi título de Técnico me habilitaba para dictarlos. También dicté física en un instituto tipo academia en el que luego los alumnos se debían anotar para rendir en forma libre. Nunca había dado clases particulares, y esto era parecido, la responsabilidad me parecía mucha. No podía imaginar siquiera que, a un alumno, luego de haberle enseñado, le fuese mal en el examen. Con esa experiencia de a poco me fui animando a dictar clases particulares en mi casa.

Los que cursaban en el instituto en un principio tenían sus exámenes en escuelas públicas. El crecimiento de aquella academia –de zona oeste– permitió que tiempo después los alumnos pudieran rendir en la misma. Increíblemente, para mí, hoy es una escuela secundaria y hasta tiene un terciario.

Siempre me sorprendió esas gentes que tienen facilidad para los negocios –eso de comprar barato y vender caro–

Por esa época, mientras me encontraba en una cursada en medicina, uno de los ayudantes comentó que estaban buscando alumnos avanzados para trabajar como ayudantes de cátedra de Tercera –y no de Cuarta porque no existía–, para dictar Biología en el Ciclo Básico Común de la universidad. Pocos se interesaron y cuando dijeron lo que pagarían sólo quedamos dos. Nos tomaron un examen y al otro día a las siete de la mañana nos encontrábamos –tres muchachos y una chica– frente a la Jefe de Trabajos Prácticos. Nos explicó que seríamos ayudantes de tercera, y deberíamos dictar esa cátedra con tales apuntes. Entrar al aula me hizo acordar del primer día que

estuve como alumno sentado en el piso. También entendí de qué forma se tomaban los exámenes, y con qué finalidad. Con dos preguntas de un parcial, en menos de un mes del curso solo quedaba el cincuenta por ciento.

Mi desilusión era grande, la materia me gustaba, pero no había tiempo para didáctica. La excusa era que eran universitarios y por lo tanto debían ser casi autodidactas. No estaba en desacuerdo con ese argumento pero pensaba que, de todas formas, no era esa la manera de dictar esas materias. La experiencia pedagógica de haber dado clases en las prácticas habían dejado su marca en mí. Trabajé dos cuatrimestres ahí. Me sirvió para “chapear”, conocer gente, ver que la obra social era buena, y también conocí al chiflete que corre a las seis y media de la mañana (yo había cursado ahí de noche), a veinte metros del río. El sueldo no me alcanzaba ni para los cigarrillos negros que fumaba en esa época. Rescato que todo sirve como experiencia.

Conocí las peleas encarnizadas entre radicales y justicialistas, aunque aquí se llamaban “Franja Morada” o “Juventud Peronista”, y por supuesto los muchachos de El Partido... Comunista”. Las peleas a las que me refiero no son las peleas comunes y anecdóticas de los alumnos, sino la otra, la de adentro, la de verdad, y los intereses que se jugaban y se juegan. La de saber quiénes van a tener el poder del alumnado. En esa pelea intervienen los decanos, el rector, los jefes de cátedra titulares... Nótese, que mi experiencia en el profesorado era distinta, la gran mayoría eran socialistas, comunistas y anarquistas, y a ellos se les sumaban pacifistas y nuevos ecologistas. Los debates eran muy distintos por el fondo social al que se pretendía llegar. Por un lado, “los troscos”, nos cargaban tratándonos de vendidos a nosotros, —y digo bien, nosotros— porque como buen alumno terciario y/o universitario, metido de lleno en sueños utópicos y buen idealista, me había afiliado al “Partido Socialista”.

Finalmente me recibí de profesor, pero no fui a la entrega de diplomas. Meses después pasé a retirarlo.

Al año había dejado medicina.

El infierno de los nombramientos.

Aún no me había recibido, cuando un compañero –cuyo padre era docente–, comentó cómo había que hacer para inscribirse. En esa época los docentes debíamos anotarnos por escuela, y así lo hice en varios establecimientos de Mataderos y La Matanza.

Una mañana mi santa madre me avisa que tenía un mensaje en el teléfono. No me daban los pies para correr hasta el establecimiento, un Liceo de Señoritas cerca de la Avenida Alberdi. Llegué muy contento y después de una charla corta y precisa del vicerrector, me encontré dentro del aula frente a cuarenta y cinco dulces pequeñas chicas de entre diecisiete y dieciocho añitos. Feliz, dejaba atrás a los muchachos de las academias, a los amigo Foucoult, Kirchhoff, Ohm, Coulom y Faraday, ahora me explayaba con Stalislasky, Grotowski y Chejov. Serio, como perro en bote, me puse a dar mis clases de teatro, su historia primero y más adelante daría las técnicas e improvisaciones. Daba clases magistrales de teatro como si cada una de las alumnas que tenía en los talleres fuera a ganar un Martín Fierro o una Estrella de Mar a la mejor actriz.

Fue todo un tema trabajar en una escuela de chicas. Todas adolescentes desbordantes de hormonas, exaltadas, competitivas. Y yo, no solo era el profesor de teatro sino que apenas tenía veintitrés años... había que “remar en dulce de leche”. Pero gracias a no sé qué o quién, con buena relación, siempre pude poner distancia para que nada se prestara a confusión. Imagínense, las de quinto eran bravas... Con respecto al resto de claustro docente, las profesoras, en su mayoría de lengua, historia y geografía, rondaban los cien o doscientos años cada una. Las materias de exactas y naturales la daban profesores varones, un tanto más jóvenes, entre noventa y cien años. Ellas venían vestidas como para una cena con el presidente dentro del Congreso de la Nación, nunca había vistos tantos tapados de piel

y tanto lápiz labial rojo, muy rojo, rojísimo. Había momentos en los que sentía que los profesores eran ejecutivos de multinacionales o gerentes del Banco Nación.

Pronto me di cuenta de que *las* profes estaban casadas, en su mayoría con “señores bien”, y *los* profes trabajaban tres turnos inclusive sábados y domingos, y no se tomaban vacaciones, cambiaban de ámbito nomás: escuelas de verano, comedores, colonias. Verdaderas máquinas de trabajar para darles a sus familias una vida digna. Comprendí por qué la mayoría trabajaba con dos infartos y un ataque cerebral.

El director era muy simpático y afectivo aunque con un cierto grado de locura, provocado por tantos años en la dirección del colegio. Daba lástima. Hablaba solo, fumaba la tiza o la lapicera, mordisqueaba el capuchón, era capaz de retirarse olvidándose el auto, tenía un tic que le hacía dar golpeteos de su cabeza hacia el lado izquierdo cual chicotazo, como si espantase un mosquito o cabeceara una pelotita de pin pon. No era para reírse, pero no se podía evitar.

Yo me preguntaba, *¿Así se termina como director...?* Los profesores de aula tampoco estaban muy distantes de ese paupérrimo estado siquiátrico. Debo aclarar que el hombre estaba muy determinado en su hacer diario: llevaba la escuela en forma muy ordenada, sin problemas disciplinarios y con gran altura académica. De igual modo los docentes que tenían un gran compromiso áulico. En todo momento me ayudó, claro el hombre era profesor de plástica, estaba dentro del arte. Pronto terminó mi suplencia. Me llevé la primera gran experiencia y muy buenos recuerdos, aunque no tuve oportunidad de hacer amistad con nadie, empresa imposible en solo cuarenta y cinco días.

Era muy joven, con el pelo un poco largo y si bien ni se me ocurría ir en zapatillas, con frecuencia asistía con pantalones vaquero. Imposible vestir otros, puesto que yo era una víctima del ferrocarril Sarmiento. Por lo tanto, mis modelos no se encontraban a la altura de las circunstancias como para que los señores docentes pusieran su mirada en mí.

Durante esos días me llamaron de otra escuela —de San Justo— dependiente de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires. En ambos casos yo me bahía anotado previamen-

te en esos mismos colegios como era lo apropiado. Según el título se otorgaba un puntaje previamente determinado en un calificador, agregando a un listado los datos del nuevo docente. En caso de necesitar profesores, el director convocaba por orden de mérito, pedía tu currículum vitae, te evaluaba y luego si daba el perfil comenzabas a trabajar. ¿Qué era dar el perfil?, bueno, que el director se diera cuenta de que no estaba frente a un incapaz, faltador, sin sentido ético ni profesional. Que comprobara que el candidato sabía dictar su materia de forma didáctica, con un buen nivel de exigencia. Por tal motivo las cinco primeras clases te las observaba. Cuando me presenté en la escuela, vi a mi izquierda un teatro con un escenario enorme y capacidad para unas seiscientas personas. *¡Guau!, aquí la especialidad debe ser teatro, no daré un taller como en la escuela de capital, esto será una materia obligatoria.* Fue una observación muy equivocada. En las escuelas de provincia no existía esa especialidad, solo había talleres de teatro y muy escasos, peor aún, me habían convocado para dictar física, ya que era técnico y aparecía como estudiante de ingeniería. No lo podía creer. Sentí una gran desesperanza, pero precisaba trabajar. De nuevo con las fuerzas paralelas, Stevin, las leyes de Newton y las velocidades. Sin que me gustara demasiado a la física la hacía bastante entretenida y los alumnos aprendían mucho más de lo que yo hubiera esperado, tal es así que hasta algunos me traían a sus hermanos para que les explicara algo de los temas de los cursos de ingreso a la facultad. Y entraban...

Lo más interesante, sin embargo, fue ir conociendo gente dentro de la docencia. Aclaro, hay que dividir las dos experiencias, una es conocer a los alumnos y aprender, otra es conocer la docencia como enseñanza, siendo un trabajador, formar parte activa de ese ambiente tan especial. En esta escuela de provincia la directora —una señora petisa, seño fruncido y nariz respingada—, aparentemente fría y seria, profesora en física, me miró con cara de pocos amigos. Mi juventud la inquietó. Para colmo debo reconocer que de casualidad quedé trabajando. Me equivoqué de fecha y me presente una semana después de cuando me habían citado. Me olvidé por distraído no por desinterés, ya que se me habían hecho interminables las dos semanas que tuve que esperar para comenzar.

Aclaro que toda la vida tuve un problema extremadamente serio con mi memoria, no sé ni dónde vivo, ni quién soy, a tal punto que mucha gente se enoja conmigo. Me equivoco con fechas, me presento a la misma persona mil veces, un verdadero colgado. Pero lo peor es que se trata de memoria selectiva, porque fíjate, (¿lo puedo tutear?, gracias), que me acuerdo de todas estas estupideces. Y no tenés idea la cantidad de celulares, documentos, dinero, tarjetas y todo lo que se te ocurra que he perdido. Antes me preocupaba porque pensaba que lastimaba a alguien. Ahora me importa un corno.

Para colmo la directora no estaba de acuerdo con que yo estudiara medicina y menos un profesorado de teatro. La tranquilizó que yo seguía ingeniería. ¡Si hubiera sabido que yo pensaba que entre un médico y un ingeniero la única diferencia era el color del guardapolvo! Para ella la suplencia no duraría más de un mes, la mujer se habrá dicho para sí *Esto es pasajero*.

Mientras me acercaba a mi aula caminaba por el largo pasillo del primer piso y observaba a los profesores dar clase, intentaba registrar sus caras, sus movimientos, quería copiar todo. Cuando entré al aula tomé conciencia de lo que había dicho *Tranquilo con la exigencia, son adultos...* había suspirado.

Mi ansiedad no me dejó analizar que significaba ese *son adultos*. Tremenda realidad. No era, ni es, lo mismo el adulto de un curso de bobinado, que el adulto de un secundario.

Muy distinto es enseñar la diferencia entre una conexión en triángulo o estrella que hacer cálculos. No era lo mismo un curso de cinco, que uno de cuarenta ni cincuenta chicas adolescentes, menos aún diez hombres y treinta mujeres entre veinte y sesenta.

Cada aula es un mundo distinto, aunque sea la misma escuela, el mismo año y la misma especialidad. El docente debe sí o sí saber adaptarse. Con mis sesenta y cuatro kilogramos de esa época, y como todo joven medianamente aceptable, me sentí violado por ellas y despreciado por ellos. El estado de nervios era tal que la transpiración de la espalda daba cuenta de cómo el cuerpo enseña cuando hay miedo o estamos apabullados. De inmediato mi estrategia fue acercarme más a ellos que a ellas, con suma humildad, pero con el carácter digno de un señor docente.

Cuando quise escribir mi apellido en el pizarrón rompí la tiza que hizo ese desagradable chirrido capaz de romper muelas y dientes, el mismo que hoy hago a propósito, solo por maldad. El problema, luego del chirriiiiido, fue poderme enfocar sobre la madera verde, pues la vista la tenía casi nublada. En un primer momento sentí que daba resultado acercarme más a los varones que a las mujeres, al menos pensaba que esa estrategia estaba saliendo bien. Era tal la alegría que tenía por esa suplencia que no me daba cuenta de los horarios que tenía. Solo una vez por semana veía a la directora o la vice, no muy diferente a la dire, con una notable diferencia de medio centímetro de altura, con la misma cara seria y similar actitud. Poco a poco fui conociendo a la gente de secretaría, aunque nunca tuve con ellos verdadera confianza. En esa hora libre pronto hallaría lo divertido del turno noche, la preceptoría. El primer día que había estado ni había pasado por ella, ni siquiera me presenté como correspondía. Me fijé sobre la puerta del aula el curso y entré. A la siguiente clase me presenté, con algo de vergüenza, con los preceptores.

En el centro de la mesa al final del pasillo, estaba la jefa, una mujer gordita muy cálida y bondadosa. Siempre atenta me ayudaba y enseñaba todo. A la derecha de ella, Carlitos, un preceptor simpático y bueno, un muchacho solterón con algunos pequeños rasgos de locura que, sin dejar de llenar un registro, con una voz medio gardeliana me dijo:

—Tranquilo pibe, acá no pasa nada, estamos para ayudarte.

Al lado de él se encontraba *La oveja*, un preceptor más joven, de pelo largo, muy enrulado, que tocaba la flauta traversa. Y por último una chica jovencita, de cabello renegrido. Lo que son las casualidades, su mamá era portera de una escuela vecina, portera que supo correrme con una escoba por merodear alguna chinita cuando era adolescente. Ese fue mi primer contacto con una preceptoría de verdad, ya que en el liceo mis dos horas sin recreo no habían dado lugar a conocer ni a los preceptores. Enseguida me comentaron dónde se encontraba la sala de profesores, a la que si bien entré y conocí gente buena, no era lo mío. *Serás lo que debas ser o no serás nada*, dijo el general San Martín. Con igual prontitud conocí la portería. *La covacha*.

Hagamos un alto aquí, viste que la gente de alguna manera se rejunta con el viento como dice el dicho. Bueno, así fue, no había pasado un mes que ya me encontraba en el recreo con el portero y un profe de contabilidad para tomar mate en aquel cálido lugar. No era como la sala de profesores; no había libros, ni cuadernos de departamento, ni una pizarra. Aquí había escobas, escobillones, trapos, una radio y el mate. La charlas variaban, entre ellos dos fútbol, y entre los tres hablábamos de mujeres, política o cualquier otro tema del momento.

La directora vio en mí algo, creyó que era bueno, y me recomendó a una escuela de Atalaya y otra en Gregorio de Laferrere en la que no encontraban suplentes, ambas eran por solo una semana de trabajo. Antes que pudiera presentarme se inició un paro docente. Fueron más de cuarenta días de huelga. Yo temía que me cesaran. Nunca había hecho un paro en mi vida. Cuando recomenzaron las clases pude notar que a nadie le habían descontado un peso.

No terminaba de dar mis dos o tres horas totales en la semana, en estas suplencias cortas, que enseguida me decían que el titular se presentaba al día siguiente. Me preguntaba si era yo que estaba haciendo algo mal. Pero en tal caso algún directivo o jefe me hubiera llamado la atención, sin embargo, nunca nadie se acercó a mí y en ninguna de las otras dos escuelas pude conocer a los directores.

No entendía cómo era el tema de las suplencias, podían ser de una semana, o de nueve meses. Para peor todavía no había cobrado en ninguna escuela de provincia y ya hacía cinco meses que trabajaba en el sistema escolar de la provincia de Buenos Aires. El sueldo de la escuela de capital no sumaba ni treinta australes, alcanzaba para comprar un kilo de churrascos de cuadril más o menos, para que se hagan una idea de lo que representaba usando un parámetro agradable. A pesar del pago escaso o inexistente, estaba muy feliz, *En algún momento cobraré*, me decía, *lo importante es que ya estoy adentro. Y sin ayuda de nadie*. Sin embargo el tema del dinero pesaba. Me había puesto de novio con otra señorita. Si bien a ella no le importaba que yo fuera profesor o astronauta tampoco vivía en una nube. Eso sí, *Nada de guardias y tempranito en casa, como la Cenicenta*. A esta chica sí le interesaba que, si algún día nos casábamos, pudiéramos comer.

Me tenía que decidir a dejar el laboratorio y dedicarme de lleno, pero no me animaba. Me habían reconocido dos compañeros en el colectivo, lo tomé como un indicio de pertenencia. En ese momento semejante estupidez significó mucho para mí. Fue todo un acontecimiento que dos compañeros me hubieran saludado *Estoy por el buen camino, lo sé, lo sé...* me decía a mí mismo. Era más que nada una cuestión de autoconvencimiento, de que había elegido lo correcto. Era lo que más me gustaba. Tal vez, también quería refregárselo por la cara a todo aquel que no había visto en mí a un verdadero docente, o bien precisaba una confirmación exterior, cualquiera fuera por el miedo que sentía de haberme equivocado. Supongo que a la mayoría le pasa, y si no les pasa no se imaginan la angustia machaza que se pierden...

Intenté dar las mejores clases de biología, química y física del mundo, y obviamente de teatro. Les digo la verdad, hoy a la distancia tengo un profundo sentimiento de vergüenza. ¡Pobres mis primeros alumnos! no solo por lo que intentaba enseñar, sino por la manera. Sé que los resultados fueron más que exitosos.

Lo que te enseñan en el profesorado es mucho y sirve, pero uno termina de aprender ejerciendo y hoy, más viejo, entiendo que el sesenta por ciento de ser un buen profesional te lo dan los años. Aunque algunos pocos no aprenden nunca.

Vos te estarás preguntando porqué dije *Pobres mis primeros alumnos*. Bueno, el docente suele querer enseñar mucho más de lo que realmente sabe. Lo comprobé muchos años después y me lo confirmó uno de mis más grandes maestros, dentro de la docencia, que más adelante nombrare. Es bastante normal ver un profe de matemática joven dar un ejercicio tan difícil que ni él puede resolverlo. En el momento de corregirlo quedarse mirando el pizarrón con los ojos absortos y perplejos viendo como hace para llegar al resultado, ojo que esto también lo vi en ingeniería y medicina. La gran mayoría de los jóvenes de ninguna manera van a admitir que no les sale. Metido en tal brete, consciente que nadie sabe nada, lo termina de cualquier manera, diciendo cualquier estupidez, por ejemplo. *Bueno chicos, tranquilos, este es muy difícil, se los di como ejemplo, en la prueba o parcial será mucho más fácil*. Pero en el fondo de

su mente sabrá perfectamente que no tenía la más remota idea de cómo hacerlo. Irá a su casa y verá en algún libro cómo se hacía, o hurgará en alguna página de su universidad si existe algún resultado aproximado. Seguramente tampoco lo descubrirá y terminará consultando con algún compañero de trabajo o colega, haciéndose el tonto y diciendo que lo vio en un curso de posgrado que está haciendo, sin dar mayores detalles. Juro que a mí nunca me pasó, a tal extremo al menos, pero sí vi que les ocurría a muchos de los que estaban a mi alrededor.

Yo cometí otros errores, como por ejemplo hacerme el serio o recio como para que se entendiera que yo no era amigo. Estúpido error, porque uno puede marcar la diferencia y dar pautas de responsabilidad y respeto sin seriedad o frialdad. Claro, eso lo digo hoy después de treinta años... Aunque para ser honesto, tan serio no era, tal es así que a menos de un año de trabajar en la Media, los alumnos me pidieron si podía hacerme cargo, ser el responsable, de un baile que ellos querían organizar, en la escuela, para un viernes a la noche. Era para juntar unos pesos para la cena de fin de año.

Dije que sí. Para mí era lo más simple que me podían pedir, además de todo un honor y el mote *profesor compinche que exigía mucho* estaba declarado con este título. Una profesora de lengua muy simpática de unos cuarenta y cinco años se quedaría las primera horas conmigo. En esa época ni me paso por la cabeza que los demás docentes ni locos hubieran aceptado semejante responsabilidad. Estaba convencido de que la elección se había dado por mis dotes de buen docente y la confianza que mi aspecto daba... ¡Noooo! ¡Era el gil de turno! Los gritos de la directora, cuando le fui con el tema, solo, ya que casualmente la profe que estaría conmigo ese día me dejó solo, como Adán en el día de la madre. Después de dos horas de reto, cuestionamientos y repetirme mil veces *Por qué se dejó convencer*, la mujer terminó aceptando.

—¿Y con quién se va a quedar? Ni loco solo, aunque sean adultos.

—Con la profesora Martelli —respondí inocente.

—Ah, ella está metida en esto... y claro, no pudo venir hoy a poner la cara...

No podía entender por qué tanto miedo. Inconsciente yo, ni idea en qué me metía y el nivel de responsabilidad que significaba. Quedar a cargo de un edificio del Estado con personas adentro. Y como iba a sospechar de la profe. A pesar de tanta prevención e inconsciencia el baile fue de lo mejor. No hubo ningún tipo de problema, hasta mi flamante novia estuvo un rato con nosotros.

Pronto pasé a ser visto más como un profe copado pero muy exigente, y así se acercó a mí una profesora de matemática y un profe de química. En los próximos veinte años, o casi, serían mis compañeros de charlas y consultas alternando con la covacha de la portería.

A fin de año esperaba mi cese por la vuelta del titular, por lo que fui sorprendido cuando la directora, junto con el beso de despedida por el fin de clases me dijo *Hasta el año que viene*, pues el docente en cuestión no se reintegraría todavía. No pude ocultar mi alegría ya que unos días atrás había decidido casarme. Dos meses de novio habían sido suficientes para tomar una de las decisiones más importantes de mi vida. ¿Y qué había hecho? La planeamos para febrero para no tener que tomarme licencia. ¿Vos te das cuenta el nivel de idiotez? Me casé en pleno verano –con lo que siempre me molestó el calor– para no faltar a la escuela. Te digo algo, no estoy arrepentido, después de ver lo que veo y ver lo que vi, y cómo están haciendo bolsa la educación con las exageradas ausencias, estoy orgulloso de haber sido un tonto. Aunque, aclaremos, muchas de esas ausencias no son responsabilidad del docente.

Cuando volví de la Luna de miel renuncié al laboratorio. Justo entonces se arma la fiesta de la reunión de los “8”, y los vende patria de los neoliberales capitalistas conservadores, dueños de grandes campos, bueno, dueños... terratenientes a los que Roca les regaló las tierras después de habérselas robado a los originarios. Y, por supuesto, nuestros benditos comerciantes especuladores de siempre. Todos ellos juntitos con Menem a la cabeza, (diciendo que era justicialista o peronista o como quieras decirle), le dieron una fiestita bien preparada al presidente Alfonsín, todo era un verdadero desastre económico.

El regreso al cole fue caótico, en medio del desconcierto general de la población y la incertidumbre económica, por lo tanto, política. La reunión de los “8” dio el resultado esperado, una hipe-

rinflación descomunal, el presidente renunció unos meses antes del fin de su mandato, se adelantaron las elecciones. Fue el turno de uno de los peores presidentes de la historia argentina, bueno no tan tenebroso como Videla, Galtieri y Roca, sí comparable a Mitre. Llegó Carlitos Saúl y el uno a uno, cierre de las industrias argentinas, fiesta para los especuladores, la instalación de la droga, la delincuencia y el viaje a Europa de algunos estatales, la explosión de los Porche y BMW para los intermediarios. Para el trabajador, obrero, empleado, técnico, ingeniero: nada. Ni hablar de los científicos.

El cómplice mayor fue el ministro Cavallo cuando mandó a lavar los platos a cientos de investigadores. La educación no podía quedar afuera de esa algarabía, se le venían algunos cambios también unos años más tarde, entre ellos se adoptó la forma de enseñar primarizada para el secundario. Apareció el gran EGB (Educación General Básica), de la mano de la peor directora de Escuelas y Cultura de la Provincia de Buenos Aires, una rubia mal teñida llamada Giannettasio.

Antes uno se anotaba por escuela, luego apareció el referéndum, es decir el director te otorgaba las horas y la Secretaría de Inspección daba el visto bueno y firmaba. En caso de no haber nadie en el listado —como ocurría, y de hecho pasó conmigo—, el director llamaba a Secretaría de Inspección pidiendo docentes u a otros directores por si tenían a alguien en su listado para que tomara esa suplencia. Se respetaba el orden de mérito, y a la vez que el director nombrara al docente agilizaba los trámites y no permitía que los alumnos estuvieran tres meses sin suplentes como suele pasar ahora. Quedémonos con esa vieja y obsoleta idea, y continuemos.

Se comienza a utilizar el denominado *acto público*, esta vez definitivamente. Se primariza el sistema de elección del personal. Aclaro que este nivel trabaja por cargos, lo que significa que el docente asiste todos los días la misma cantidad de horas en el establecimiento. El profesor secundario, terciario y/o universitario trabaja por horas, como las personas que limpian casas, o como algunos/as que ejercen la prostitución. Al aplicar el sistema primarizado, comienzan a darse distintos problemas que se irán notando a través del tiempo. Luego de la conmoción y el descontento de la mayoría de los docentes, los gremios

tranzaron e hicieron lo que se les dio la real gana. Ellos querían ganar adeptos y agremiados, haciendo esto convencerían a muchos de que teníamos gremios democráticos y que todo el mundo podría tomar horas. Se peleó, y siendo bastante joven me di el gusto de putear a un par de delegados y tirarle un banquito por la cabeza a uno, en una reunión gremial. Fui a toda movilización que hubo y como afiliado al socialismo pude poner de manifiesto mi descontento contra un estado de monopolios, neoliberal, déspota y vendepatria. Tener que ver al presi en la Ferrari, jugando a la pelo, y de picos con Bush, era demasiado...

Lo que se ganó con el acto público es que hay horas libres durante un semestre, que muchas horas no se cubran durante meses y que aparezcan docentes con licencias en su mano el día que deben hacerse cargo de su cátedra. Algunos te dicen que se democratizó la adjudicación de horas, no che, te mintieron, no es así. Lo que había que haber hecho era actualizar la forma de los listados por escuelas y entrelazar la información, (recién se estaba informatizando todo), para que exista una designación más transparente. Luego se debería hacer, con cada docente, una evaluación de idoneidad mediante la defensa de un pequeño proyecto, con currículo en mano.

Sin más el nivel educativo comenzó a bajar. En las universidades pasaba lo mismo, el nivel bajaba día a día. ¿Qué se podía esperar donde un gobierno rebaja al mínimo el presupuesto de educación? Fue un logro de un sistema intrínsecamente perverso. Te cuento cómo lo veo y cómo funciona el acto público. Es como si fuera una subasta de horas, las gana el que tiene más puntaje. ¿Y cómo se llega a esos puntajes...? por tu título, carrera de postgrado, cursos, congresos, ediciones. Parece bueno, pero ¿qué sucede?, se transforma en una carnicería humana donde –yo mismo lo he visto–, se denuncian, se putean, demuestran la calidad humana que tienen... ¡Ojo! algunos son buenos. Al final de este texto te voy a dar los porcentajes específicos. No bromeo, algunos son más que buenos, pero es ese porcentaje aterrador de todo lo malo que viene, eso es lo funesto. Quizás vos digas, bueno no es para tanto... ¡¿Qué bueno?! porque no le tocó a tus hijos como profesor. Por otra parte los cursos ahora se compran o se hacen a distancia con unos cuadernillos que los llenan en salita naranja. Además implica que tenés que ausentarte a tus propias

clases. En algunos casos se dan cursos por el estado, y muy buenos, pero para hacerlos también tenés que ausentarte.

Lo que se debería implementar es que, cada cuatro años se diera un un año sabático, para actualización, como se hace en algunos países, donde la educación no es mejor que aquí, pero esa idea sí es buena. No, mi amigo, no me malinterpretes ni pienses mal, esta profesión no es como las demás, es muy compleja... Sí, ya sé que todas tienen lo suyo, pero mirá, hay algunas en las que tenés que actualizarte según los adelantos técnicos, científicos, o por nuevas tendencias artísticas. No dejemos de lado a los deportes, constantemente hay nuevas técnicas o elementos necesarios para obtener mejores tiempos, más precisión o lo que sea. En el caso de la educación, ésta cambia en función de los estados de ánimo de la sociedad, es constante, inmediato, vertiginoso, hay cambios del orden económino-social. Sí, más que la informática... La escuela no puede estar adelante pero tampoco muy atrás, tiene que estar un cachito atrás y corridita unos centímetros para un costado cosa de no tocarle los talones...

Volviendo a mi historia, a esas alturas mi vida no había cambiado mucho con este sistema. Yo seguía tomado suplencias de una semana, pero en las escuelas de Nación que todavía no habían implementado esa resolución. Recién casado, con mucha hambre y muchas ganas, comencé a tomar suplencias en escuelas privadas. Una noche, cuando llego a la media y cuando voy a firmar el libro de asistencia me estaba esperando la directora. Con una (casi) sonrisa me advierte que a partir de ese día no era más suplente, ahora era provisional.

—¡Uau, buenísimo profesora, gracias! —contento, mostré mi ignorante alegría de no saber qué era ser provisional. Pensaba que se podía ser titular o suplente y punto. Pero no, se podía ser provisional, como el paso previo, como estar en el purgatorio o limbo de la educación, todavía no podías entrar al cielo, el tema era si me convenía o no, pero sí.

La provisionalidad se daba hasta que por alguna ley llegara la titularización de los docentes, luego de una cantidad de años en el cargo. Todos me dijeron: eternamente serás provisional, y así era. Quien te iba a sacar horas provisionales en esa época. A nadie se le

ocurriría hacer un MAD, (moviendo anual docente), que es trasladarte a otra escuela sobre las horas de otro, desplazándolo. Casi no se utilizaba, excepto de ciudad en ciudad. Sobre todo los docentes viejos que me lo explicaban me decían, que si lo hacías podías desplazar a un pobre tipo y complicarle la vida. ¡Cuánta ética! Parece prehistoria. Un solo año trabajé como provisional, y de pronto la noticia impensada, cuando algunos me comentaban que habían estado diez años como provisionales, que era el mejor estado de la materia, vino una titularización masiva.

Así pasaron veinte años, hasta que un día como tantos se jubila la directora. *Se nos va la peti*, se decía, *No va a ser lo mismo*, comentaban otros. Yo me decía, *¿Será para tanto?* y comenzaron a caer una sarta de personajes a los que no les importaba lo más mínimo la escuela. Entre ellos un flaco alto que se dedicaba a escribir libros de texto. Supongo que pensaba que sería una forma de escalar más alto. Pronto la escuela comenzó a ser un desastre, sobre todo con los alumnos del turno mañana y tarde que eran adolescentes. De esos años nunca voy a poder olvidarme, más que nada de un alumno al que años después encontré trabajando en una conocida casa de electrodomésticos (de Perú y Arieta), y que lamentablemente falleció de un infarto.

Mi señora tuvo a la hija de este muchacho en el Normal de la zona. Imposible olvidar sus chistes ni a ese curso, mi primer curso en una escuela de provincia. Recuerdo la amistad laboral que logré con el auxiliar, el profe de práctica, el profe de contabilidad, matemática y química, igual que con los preceptores... Me fui por MAD, autodesplazándome para no desplazar a nadie como me habían enseñado los viejos profesores. Motivó mi salida lo harto que estaba de dar quince vueltas a la escuela para poder encontrar estacionamiento. Ya la profe de matemática se había jubilado y el gordo profe de química, se había ido al cielo con su mujer fallecida poco antes... ya no era lo mismo...

La escuela de capital municipal fue la primera escuela a la que accedí por medio de un acto público. Éste se realizaba por la avenida Paseo Colón. Subí las escaleras hasta el tercer piso del edificio donde se registraban los títulos. Una vez ahí una señorita me preguntó para qué iba y le expliqué que me quería anotar en las tres escuelas municipales que existían en ese momento. Sentada sola mi alma, veo una

puerta abierta con dos señoras paradas y un señor en igual posición. Sentada frente a ellos una mujer muy mayor. Todo en silencio y susurros. Cuando se retiran las tres personas, la señorita que me había atendido va hasta ella y me llaman. Le comento que me quería anotar, me solicita los títulos, originales y copias, y me anota en un libro enorme que ocupaba todo el escritorio. De inmediato y sin decirme que me siente ni mirarme me dice:

—Usted puede dar estas materias, —dijo, señalándome una lista—, y esto son los puntajes. Y ya que estamos, hay unas horas suplentes en una escuela.

Me preguntaba si las quería tomar. Le dije que si sin preguntar horario ni lugar. Me da un papel y me dice que me presente ese mismo día. Fue mi primer, y único, acto público en la Municipalidad. Me fui contento sin saber a dónde. Preguntando llegué, por suerte el horario era en turno tarde y me quedaba de paso luego de las ayudantías en la facu.

Trabajé unos meses, pero fue increíble puesto que daba algo relacionado a mi profesorado que era “Técnicas de filmación”. Algo raro dentro de una escuela técnica, pero que realmente tenía una función dentro de la especificidad de la especialidad. Quise entablar relación con alguno de los compañeros, pero la falta de tiempo hacía, y hace, casi imposible relacionarse como es debido.

Me sorprendía el excelente desenvolvimiento de los alumnos, realmente aprendían mucho. Comprobé cuánto tenía que ver el nivel económico y el ambiente familiar. —Es obvio, pero una cosa es leerlo y otra es comenzar a palparlo en carne propia—. Lo que se le solicita al alumno a la siguiente clase lo tiene. Ni hace falta comentar el equipamiento de la escuela, estaba realmente sorprendido. Hacer un cortometraje y un video musical fue más que suficiente para que pudiera sentir que mi estadía en la escuela no había sido en vano.

Maestro rural, hasta ahí nomás.

El hambre se había hecho carne. En ese momento estaba trabajando en una Media de provincia. La preceptora de la escuela de San Justo, que era maestra, me asesoró sobre cómo debía hacer para anotarme en primaria... no era lo que quería, pero la época del idealismo se lavaba como mate de pobre y solo iban quedando las ganas de ganar algo para poder cubrir comida y ropa. Sin darme cuenta me iba aburguesando.

Contento fui al acto público, yo canchero creía que era como el de la escuela municipal: cinco minutos y tres personas, todas ellas amables, educadas y sin gritos. No fue así, muchos gritos, muchas personas muy poco amables y mucho descontento. Así y todo conseguí mis cargos de maestro de teatro. La última primaria del distrito, con papel en mano a modo de designación –tipo constancia– cual servilleta de pancho, me presenté, y ese mismo día comencé a trabajar. Me dieron un tercero y les dictaba teatro. Ahí logré querer a los chicos de primaria. Perdón, queda mal decir querer, digo por si esto lo lee un especialista en didáctica o pedagogía, quise decir sentirme a gusto. La suplencia fue demasiado breve y cuando le iba tomando la mano ya me había ido. Guardo el simpático recuerdo de las maestras, aunque apenas me saludaban, y del maestro, a quien a veces cruzaba en el 88. Al mismo tiempo había tomado otra primaria, más cerca, pero más lejos de la ruta. La de los Chacareros. La señora que me atendió en Secretaría de Inspección me dijo que estaba *a unas cuadras de la ruta...* mentirosa, ¡eran seis km! En el medio de la nada, Todo campo, chacras, caballos, vacas, ovejas y chanchos. Un penetrante perfume a hinojo y un toro que me veía pasar con cara de pocos amigos. A las maestras las iba a buscar un tractor y a mí, que iba a media mañana, que me partiera un rayo, total era hombre y por-

día caminar. Me calzaba mis botas amarillas de goma y caminaba los ¡seis! kilómetros mientras pensaba lo bello que era eso. La directora estaba totalmente loca, *peruca* hasta las muelas. Estaba tan metida en esa escuela que se quedaba a dormir dos veces por semana. Otra suplencia corta, aunque muy intensa. Vivía tirado en el pasto, dando teatro con la mayor de las libertades, con chicos de cuarto grado. Un día cuando ya me estaba yendo uno de los chicos al saber que me fascinaban los animales se acercó a mi tímidamente con su camisa blanca abultada.

—Tome maestro, para usted, —me dijo.

Y sacó de entre su camisa y su cuerpo una lagartija de color verde brillante del tamaño de un yacaré. El bicho me observó con típica expresión de amor reptil y sacando su lengua intentó darme un beso. Estupefacto observé a la fría escamosa bestia mientras me imaginaba la cara de mi mujer si llegaba a casa con tan noble animal. Ella, ¡que lo único que tuvo de pequeña fue una tortuga con cadena perpetua! Agradecido abracé a la criatura y en su abrazo sentí cariño de verdad. A unos tres km de la escuela lo solté del otro lado del alambrado que separaba la ruta de tierra de los sembrados de los portugueses. Mientras veía como desaparecía entre los pastos me di cuenta de que eso era lo mío. Pensé que me encantaría trabajar en una escuela de campo, secundaria mejor que primaria. O tal vez en el sur, lejos de todo, de la gente, del ruido, del apuro, la maldad, la competencia, la vanidad, sobre todo del materialismo y todo lo que tiene nuestra bendita sociedad. Pero como dar teatro en una escuela de campo, imposible me dije. ¿A quién, a los gauchos, potrillos, terneros y cabras? Y no nos olvidemos de la noble oveja.

Que miedoso fui siempre, cuan conservador terminé siendo, que poco arriesgado, ¿Por qué no lo hice en ese momento? ¿Por qué no le dije a mi mujer *Vámonos de aquí que esto está enfermo, hay demasiada maldad*? Como dice el dicho, “No hay nada más arriesgado que no arriesgarse”. En realidad mi mujer ya me lo había dicho: *Vámonos a Córdoba* y yo hice como que no escuchaba. Fui el miedoso, el arraigado a los afectos. Mi mujer es hija de italianos. Ellos lloran cuando escuchan Mama por Benamiglio Gigli, pero si se tienen que ir, por unas monedas más, no lo dudan. Ella estaba acostumbrada

a eso. Yo no quería monedas, quería PAZ... ¿Por qué no me atreví a darles a mis hijos un futuro mejor, lejos de todo esto? No hay ciudad en el mundo donde el dinero no mande pero en los pueblos del mundo, la gente todavía es gente. Seguramente, como veía que mi futuro laboral se iba asegurando no quise tentar al destino, tal vez por ser hijo único, tal vez por temor a no poder trabajar bien, tal vez por ser un verdadero cobarde. No era por sentirme responsable de mis viejos o por la certeza de que uno de ellos algún día iba a quedar solo. Sino por mí mismo y lo aferrado que estaba a mis sentimientos. No soporto no ver a la gente que quiero, no entiendo la lejanía cuando hay amor. Estoy demasiado pegado, no se mal entienda. No hubiera podido vivir lejos de los afectos, no solo de los parientes sino de algo muy importante para mí, mis amigos.

Unos días antes de terminar la suplencia la dire me comentó que quería abrir la escuela secundaria en ese lugar, pues ya había presentado un proyecto en Jefatura de Inspección. *Bárbaro*, respondí, *¿será una escuela con la especialidad agraria?*, pregunté, ya que la única en esa modalidad era privada y estaba en Uribelarrea.

—De ninguna manera, —me contestó—, hay que mostrarle a los chicos otra realidad, quiero contabilidad.

Esta vieja está loca, me dije, pero ¿quién soy yo para emitir opinión en esta escuela que es casi de ella? Me pareció la peor decisión, igual que eso de meterles el *mensaje peronista* constantemente, supongo que ella sabría lo que hacía. Para mí hubiera estado bueno meterles un *mensaje socialista*, pero... la ética.

Hoy, a la distancia, sigo difiriendo en un montón de formas de hacer las cosas con esa directora, lo que es innegable, y le reconozco, es el amor y la dedicación que esa mujer ponía en la escuela. No nos preguntemos el porqué y comencemos a tirar teorías filosóficas y psicológicas, veamos los logros nada más. Los ovarios que tenía para hacerla crecer y lo criticada que fue siempre. Lo sola que la dejaron muchas veces y la contra que le hicieron colegas. Insisto, yo *la hubiera matado*, pero si la cuarta parte de los docentes directivos tuvieran esos ovarios y no fueran tan olfas, buchones, chupa medias, siempre cuidando su quintita, seguro que la educación estaría un poquito mejor.

Debo hacer una observación de estas dos escuelas: al llegar a ambas instituciones noté el placer que sintieron las maestras al saber que durante dos horas sus pequeños estarían con otro, y además la tranquilidad que les dio el tener asegurado, pensaban, el acto de fin de año, ya que el recién llegado —yo— era el maestro de teatro... Una lástima, no llegué... jaja.

A todo esto, un docente me comenta que su primo, profesor en un pueblo a unos cien kilómetros de ahí —en un bello lugar conocido por su laguna—, había tenido un accidente y no encontraban suplente. Ni corto ni perezoso fui al día siguiente, con el auto que le pedí prestado a mi padre. Sin más, tomé el cargo de esa escuela. Salía a las cinco de la mañana y estaba todo el día. Cualquiera pensaría que tendría ruralidad, pues no, cómo la iba a tener si se encontraba a dos cuadras de la plaza central del pueblo y a cinco de la laguna. Ahí pude sentir un pequeño escozor hacia mi persona ya que, con razón, a los compañeros les molestaba que un forastero viajase todos los lunes desde el cono suburbano, quitándole trabajo a los profesores del lugar. La experiencia como siempre sumó ya que fue la primera escuela en que di una materia de taller. Me emocioné al encontrarme frente a mi grupo de quince jóvenes de primero y lograr al final que amaran algo. Fue una delicia ver los ojos de los pibes y comprobar cómo ese pedazo de hierro amorfo se trasformaba en un pisa papeles o pincha papeles o abresobres. O como esa simple chapa ahora era una budinera o una plantilla de metal. Una de las cosas que más recuerdo era lo desestresante que resultaba ir y venir por la soledad de la ruta. No por el tránsito, sino por el simple hecho de ver el verde pasto durante una hora del viaje. Aunque equilibraba la tranquilidad, con un toquecito de inquietud el ver cómo bajaba el combustible del Torino del viejo. Cada viaje era como comprarme un costillar entero, litro más, litro menos.

Una noche al llegar a la secundaria de San Justo me encuentro con la directora, muy seria, con ceño fruncido y cara de bruja. Me saludó desde la puerta de la dirección.

—Buenas noches profesor, venga, por favor.

Asustado, pensé que me había mandado una macana, pero

no me dijo que al día siguiente, bien temprano, me presentara en una escuela secundaria de Gregorio de Laferrere. La causa era que la directora estaba muy preocupada pues una docente se iba a tomar dos meses de licencia, por enfermedad. Cuando me presenté encontré una escuela que ediliciamente se estaba construyendo. Era una obra muy grande. Muy buen ambiente entre el personal. Los alumnos eran agradables. Me sorprendió la directora, que tenía –día más, día menos–, unos cien años. Lo más interesante resultó ser que el regente era un profesor de teatro, lo cual me daba cierta esperanza de que algún día pudiera desarrollar mi materia como quisiera. Hoy me doy cuenta de que hubiera sido un gusto el ir a los asados y salidas que organizaban. Aunque mi timidez me hubiera impedido concurrir, porque sentía mucha vergüenza ¡demasiada! Entre tanta gente había un preceptor que no me caía nada bien. Con los años ese joven llegó a ser un gran director, muy reconocido en La Matanza, pero yo no podía olvidar que siendo muchacho nunca me había agradado. Un día uno de mis grandes amigos laborales, –quien llegó a ser regente de este director–, me comentó que ese hombre había cambiado mucho. Ante esa observación –un reto en verdad– me fue inevitable prestar más atención y descubrí cuan grande había sido mi error al juzgarle. Había conocido a uno de los mejores directores de aquella perdida escuela de los altos de Laferrere –que terminó llevando el nombre de un colega, ya fallecido–, que bien merecido tuvo ese reconocimiento.

En cuanto a mi labor docente... no pude enlazar demasiados hilos entre los alumnos y yo. No me preguntes por qué, eran chicos iguales a cualquiera de los que había tenido hasta ese momento. Tal vez me estaba alejando de la llama y me iba acercando al común de muchos. Lo triste fue que solo fui profesor de los chicos, solo enseñé una materia, nada más, no dejé nada...

De la cárcel a la construcción: Todo es aprendizaje.

Otra experiencia fundamental fue en la cárcel. Hasta ese momento había trabajado entre pobres, pero nunca había trabajado con falta de dignidad. Solo las había visto en algún que otro asentamiento de inmigrantes de países limítrofes.

De repente —con la fuerza de un golpe—, vi de manera distinta la pobreza, la indigencia, la globalización, el capitalismo desmedido, la droga, la frustración y hasta el propio crimen, fue un cambio de visión total. ¿La causa? Esas chicas, esas mujeres...

Toda la perspectiva cambia cuando uno lo ve desde adentro, cuando tocás al asesino, al matador, al vengador, al justiciero. La bronca, la impotencia, el hambre, la barbarie de los que más tienen frente a los más desamparados, el abuso hacia el pobre, las prostitutas, los obreros, los cartoneros, el racismo, la incompreensión. La miseria de verdad, la del hambre, la del frío, la del barro y la humedad. Esa bronca contenida, ese odio que se genera, esa envidia despreciable de la injusticia provocada por los gobiernos de los países imperialistas y llevada a cabo por manos hermanas mugrientas de desigualdad. Conciudadanos nuestros que cómplices de abusos, e histéricos de poder quieren más y más. Y nada les alcanza, porque todo es desprecio en ellos, hasta el fastidio que les da ver mejor a los pobres y su progreso, porque solo quieren tener a la gente asfixiada bajo sus polainas. Escuchar las historias de esas alumnas, violadas desde los cinco años, por padres, madres, hermanos, parientes, amigos... Prostituidas por su propia madre o llevadas a delinquir desde pequeñas, no pudiendo escapar de esa prisión abierta, de su propia injusticia *ajusticiadora*. De su propio idioma y su propio mundo. Ante la mirada acusadora del resto de la sociedad que señala sus huellas del alma como si fueran heridas de guerra en forma de sonrisas ma-

cabras para que el resto de la gente se ría y se burle. Es cierto, no son todos iguales, pero muchos de ellos son víctimas de nuestro egoísmo y desinterés, de la cara de disimulo, de la mirada hacia el costado frente a sus gritos, a sus pedidos de ayuda, en la gran ciudad, en el barrio, en la calle, la vereda, tu esquina... con nuestra complicidad hacia ese neoliberalismo tan asesino como el propio gatillador.

Una de ellas me contó como fue despreciada y segregada por un profesor. Eso la marcó, me contó, también, lo que le hubiera hecho de haber podido. No podía creer tanto odio, pero cuando estás ardidado si encima te tiran ácido se hace intolerable el dolor. Duele hasta el hueso del alma.

Me fui de ahí, después de dar unas clases, algo sobre Ciencias Naturales, como todo, terminó siendo una anécdota más para contar en esta historia muerta. No pude ayudar. Apenas fui un instructor de una materia más que solo pudo ver y escuchar.

No podía salir de mi angustia, de la impotencia, de mi pecado al juzgarlos injustamente, sin embargo Dios aún me tenía preparada otra lección. *Aprenderás a no juzgar o aprenderás*, me dijo, y en esos días tomé la escuela hogar. Tuve que quedarme a dormir y hacer las guardias lo que me recordó aquellas guardias con mis padres en los hospitales, aunque debo admitir que esas eran un poquito más tranquilas. Mi señora en un solo grito, pero bueno, ya habíamos pasado del arroz al fideo seco... Nuevamente con chicos más pequeños, otra lección enseñada por ellos y por colegas. No hay nada más interesante que pasar una fiesta de Navidad, Año Nuevo o Rosh Hashaná trabajando con tus compañeros. El espíritu de camaradería que se logra es increíble... hubiera sido increíble, pero otra vez el poco tiempo de la suplencia me jugó una mala pasada. De la alegría ante lo nuevo e inesperado me encontré con la peor de las realidades. Claro que todos sabemos que hay miles de chicos abandonados en la calles del mundo. Países ricos, pobres, medianos y no países. Hay de todo, y lo sabemos, sin embargo de verlo y saberlo a verlo, palparlo, tocarlo...

Hablar con ellos, mirarlos a los ojos, querer adoptarlos —¡a todos!— cuando sabés que es imposible. *Hay gente que lo hace*, me dije, y que se saca de comer para darle a ellos y los lleva a su casa

a vivir. Yo, evidentemente, no era tan idealista, no era tan socialista. Quería terminar mi casa, comer mi asado, tomar mi vino e ir a teatro con cena incluida en un lugar bonito. Ahí descubrir que no era tan bueno, ni tan humano, ni tan creyente. Me descubrí avaro, cuidadoso, temeroso, cómodo, frívolo.

Aprendí la desgarradora verdad, innegable, de padres que abandonan a sus propios hijos, a los cuales yo juzgaba sin comprenderlos. De solo pensar que mis hijos pudieran tomar frío, se me desgarraba el alma ¡pensar que había padres que mandaban a sus hijos de seis años, descalzos, en pleno invierno, a pedir limosna en el tren a las once de la noche! *¡Hijos de mil puta!*, decía, juzgaba y juzgaba sin entender, sin pensar, sin ver, sin preguntar ni estudiar. Con un compromiso etéreo, en mi casa, calentito, sin sobresaltos. Solo veía a los chicos que llegaban al hogar. A los que años atrás, con mis propios ojos los había vistos pasar en el tren Sarmiento, ante mi mirada muerta, gris, fría, nublada, insípida. Pasaban mientras yo me comía un sándwich, tomaba mi jugo, mientras estudiaba o leía divertido la revista Humor. Todo pasaba al lado mío y no lo veía. Estaban tan cerca, el hambre, la pobreza, la desigualdad, la falta de esperanza y no hice nada. Recién ahora lo notaba, lo masticaba, rumiaba y tragaba. Sentía su gusto, recién ahora, de grande, ahora era consciente de mi idiotez. Ahora conocía su sabor. Antes apenas la había degustado, ahora la masticaba.

¡Pobre, mi país rico! Con tanta gente de dinero, mi país donde podés estudiar cualquier carrera gratis, los mejores hospitales gratis, el país donde se recibe a todos los inmigrantes y todos pueden progresar. ¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué hubo una parte de la sociedad que quedo afuera? ¿Cómo no lo vi antes? ¿Por qué fui tan torpe? No ayudé, no hice nada. Porque de última era mi trabajo, me pagaban por enseñar, no es que estaba ayudando, solo lo hacía por un sueldo. Me había gustado el tema, supongo que para lavar mis culpas. Comencé a buscar algo distinto dentro de la educación. Y como en todo, el viento nuevamente me llevó. Un camarada del partido me comentó que había un proyecto en marcha, una investigación sobre educación en las comisarías. Era para aquellos que estaban esperando juicio. Solo había que estar con algunos presos, charlar y hacerles

una serie de preguntas como para saber si les interesaba seguir estudiando, qué especialidad les gustaba más allá del resultado del juicio en sí mismo. No me sorprendió la realidad que encontré, después de las chicas nada me sorprendía, se me iba haciendo un callo en el corazón y el alma. No es algo bueno, pero es.

Pude ver que la policía no era tan mala... que los abogados y los jueces sí lo eran. De última, delincuentes y policías son víctimas de una justicia desapareja, insensata y sin valores. Comprobé el valor de la inocencia y el valor de la culpabilidad. Ahí, sin más, ante la mirada absorta y sorprendida de la ley y el maleante. Ambos boquiabiertos por el manipuleo de intereses y bajezas, no tan profundas para ciertas clases sociales adineradas y sin valores. Es mucho más delincuente el abogado ladrón que el propio hurtador. Es mucho más asesino el abogado o juez, que el simple matador.

En esa ensalada de sentimientos encontrados, la vieja y ya querida directora me vuelve a recomendar a otra escuela. Una casi terminada, grande y fría (como sus aulas y su personal). Se encontraba cerca del centro de Atalaya y con una comunidad de clase media progresista –de progreso material–, no en sentido político. No entendí por qué me recomendaba si, pensaba yo, no me soportaba. Si apenas me saludaba. Resultó que había hablado maravillas de mí, aunque de sus halagos me enteré veinte años después.

Cuando llegué a esa escuela me sentí bastante incómodo. Nunca conocí al director y los comentarios sobre él me bastaban para intentar no conocerlo. Una escuela que poseía un edificio grande y una gran cantidad de alumnos. Su fama en la zona era muy buena, solo empañada por una escuelita de Nación, del barrio San Carlos, cerca de ahí, a la que todos nombraban.

Ordenada por demás. Muy fría. Frialdad entre los miembros del personal y hacia sus alumnos, solo era comparable a los gélidos muros de la cárcel de Ushuaia, en invierno. Una suplencia de quince días me fue suficiente para reconocer que el nivel era bueno y óptimo, la disciplina, por demás, como del Polo Sur me parecía, por lo helado del lugar. Como en todos lados, estaba ese grupo de alumnos deliciosos que buscaban con ansias formar un rudimentario centro

de estudiantes. Aunque frustraran su iniciativa yo ya lo daba por hecho por el único motivo de la inquietud de los pibes. Nunca más volví, pero sí tuve varios encuentros años después con aquel director que no había tenido el gusto de conocer.

Poco a poco me fueron reconociendo mis colegas y uno de ellos, de Laferrere, me comentó que había una suplencia corta para la que no encontraban quien aceptara ir, eran dos horas allá lejos, por el kilómetro treinta y nueve. El director estaba desesperado, ya hacían casi dos semanas que los chicos no tenían profesor... en esa época era inadmisibile esa situación. Una semana sin profe, quería decir que, dependiendo de la materia, los chicos tuvieron de una a tres horas libres.

Fue la primera escuela en la que me reí mucho y fui conociendo a los Verdaderos Docentes. En ese lugar disfruté mi profesión, desde mi lugar de compañero. Ahí vi, por vez primera, lo que hacen los profes para llevar adelante un proyecto-escuela. Ahí entendí que uno también se podía divertir, con personajes como el petiso de lengua, el tucumano y el gordo de música. Conocí a algunos profesores que terminaron siendo mis amigos y a otros con los que veinte años más tarde casi nos matamos.

Era una escuela que recién comenzaba a construirse. Con típicos docentes que laburaban de verdad para conseguir algo de dinero y hacer cada año una aulita más. Los pibes laburaban, junto a sus padres, y a la par de los profes poniendo ladrillos. Se trabajaba, hacían asados, loterías familiares... Fue la primera vez que vi que los docentes iban un sábado o domingo al colegio sin obligación, por propia voluntad, a trabajar y disfrutar.

Hagamos un paréntesis aquí [0], imaginate que vos sos arquitecto y trabajas en urbanismo para la Nación. Imaginate que vos te tenés que hacer la oficina, comprar la computadora y regalárselo al patrón – el Estado – cuando te va; o imaginate que sos médico, vas por el barrio con tus colegas, haces rifas para ir construyendo el hospital, instalás el quirófano y todos los servicios, y luego te vas y se lo regalás al Estado, que es su dueño. ¿Entendés lo que hace un docente, te cierra?!

Entre las anécdotas que contaba el profe de música recuerdo una esta en particular: Él trabajaba como profesor pero era concertista de trompeta —con un título muy grandote— por eso dirigía un coro muy conocido, en su época, en el Mercado Central. Cuando comenzó a dar clases en la secundaria, su primera directora, sin muchas explicaciones le entregó el programa de la materia y él, con tal guía, comenzó a dar sus clases. Pasadas dos semanas volvió al despacho de la directora y le dijo:

—Ya lo di. ¿Qué hago ahora? ¿Qué les doy?

La directora, sorprendida e indignada por la poca capacidad y nada de pedagogía, con un rostro horrorizado, le contestó:

—¡No puede ser!

—Pero sí, —y con inocencia y algo de temor, agregó—. Lo saben todo ya.

—¡Bueno, entonces, déselos de nuevo!

—¡Es que no puedo avanzar! ¿y después? ¡Este programa es una tontera hecha por un inepto que no sabe nada de música!

—Lo vuelve a dar, todas las semanas, lo repite...

Esa fue una de mis primeras lecciones de cómo eran algunos directores.

Nunca más volví a ese colegio, pero cada vez que me encontré con sus docentes era una fiesta, una enorme alegría.

Escuelas y comunidad, EGB y después...

Nombro aquí escuelas técnicas, pero no aquella en la que hice mi secundario, la dejo para lo último.

Los cargos se daban ya por acto público y ahí fui, al único acto de secundaria, en la provincia.

Como conté antes, a finales del ochenta y nueve la Dirección de Secundaria impone junto al gremio SUTIBA el acto público. No es que –por la vejez– no recuerde lo que escribí. Sé que lo dije, pero quiero volver a recalcarlo. No te olvides que los hechos que cuento en esta humilde historia a veces se superponen, puesto que trabajé en varias escuelas al mismo tiempo, y en muchos casos, a veces volví a esas instituciones, por lo cual llevar un orden cronológico exacto me es imposible. ¿Entendido, no?

Traté de beneficiarme de este revoltijo de excremento y parte de la caca fui yo. Me acerqué y terminé hurgando para saber de qué se trataba. Me encontré tomando de a dos horas en distintas instituciones, por dos o tres meses, en muchas ya habían pasado un mes y medio de la fecha de inicio de la suplencia. Todas el mismo día, en barrios muy diversos en mi querido y controvertido partido de La Matanza. Me convertí en una verdadera guía Filcar. Comenzaba la época del profesor taxi.

Como eran por poco tiempo y pocas horas, no se lograba formar grupos de trabajo. Pude sentir cómo si bien las características propias de las escuelas variaban, había algunos puntos en común. Como te imaginarás la situación socioeconómica del barrio influye mucho sobre la escuela, siempre y cuando ésta tenga una comunidad educativa, lo que llamamos una relación bilateral entre los padres y la institución. En el caso de instituciones situadas en los centros comerciales es muy difícil tener una relación

con la comunidad, ya que el alumnado llega de distintas partes geográficas lo cual le quita intimidad al asunto. En aquellos años las escuelas de zonas no comerciales no tenían problema en la heterogeneidad del alumnado, dado que no había problemas entre los barrios. Todo era más doméstico y la gente se conocía más. Para el equipo directivo era más fácil y familiar trabajar la disciplina con la cooperadora y en relación al nivel de aprendizaje de los alumnos. Al ser la situación sociocultural más o menos similar nadie se sentía fuera del círculo.

Poco a poco esta situación fue cambiando para mal. En la sociedad argentina se gestaba una vuelta de campana pocas veces vista.

Si bien nuestro pueblo ha pasado por situaciones altamente conflictivas por causas políticas, gremiales, golpes de estado, –represión, raptos, asesinatos–, todavía nuestro país se caracterizaba por poder dejar la puerta de la casa abierta, los chicos jugaban en las calles y cuando encontrabas algo lo devolvías en la comisaría. En diez años cambió todo. A finales de los noventa se producían verdaderas batallas campales, en las que se pretendía arreglar en las escuela conflictos que se habían disparado el fin de semana en las casas.

Además de las escuelas situadas en centros comerciales se sumaba el problema de la mayoría de las escuelas técnicas, cuya comunidad está geográficamente lejos. El problema que se presenta es el del sentido de pertenencia a la escuela. El alumno, quizás, puede sentirse parte de ella, pero no del barrio, a ello se suma la cuestión, de ser necesaria, del traslado de los padres o encargados al colegio. Es más lento y tardío, o bien no se produce. Los padres casi no participan en la cooperadora. La lejanía hace que, en caso de haber un gabinete es más complejo llegar hasta sus domicilios. Y la escuela se transforma en algo distante mucho más de lo que yo creo que debiera ser. La escuela, para mí, es un lugar que los alumnos deben sentir que siempre está ahí, para ellos, es un referente, es Su lugar, un mojón en el camino.

Parte importante de todo esto es el equipo directivo de la escuela, lo que le da la personalidad a esa institución, y lo esencial aquí, es el Director. Él es quien le da forma a la institución escolar.

Los alumnos eran más o menos similares a los de cualquier colegio, en su mayoría jóvenes a los que les interesaba estudiar. Algunos, como siempre sucede, solo querían eximirse en sus materias para luego poder seguir otra carrera o bien para trabajar. Todos con esa inmensa pasión que le ponen los jóvenes a la vida. Pasión que los hace pasar de la comedia al drama sin que te des cuenta o apenas percibas el porqué. Aprendí que para ellos Todo es importante.

No es que no dan valor a las cuestiones que los mayores consideramos como los Grandes Temas de la vida. Se lo dan, pero por dentro, de modo muy cauteloso, porque les da vergüenza, tienen miedo de que los demás se rían de ellos, miedo a la crítica cruel... o, simplemente, porque no es el momento.

LA TÉCNICA DE ISIDRO CASANOVA fue una escuela que supo comenzar como hospital pero que no fue como tantas cosas en nuestra querida república. Solo quince días trabajé allí. Fría, de largas e interminables escaleras, con profesores muy serios. Con un notable divorcio entre los docentes de teoría y práctica. Con algunos docentes mañosos que no querían que el agua del estanque se moviera demasiado por temor al fango que había en el fondo.

El director era un viejito muy simpático y amoroso que trataba de calmar a algunas fieras salvajes, los docentes, no los alumnos. Como en todo, había un par de docentes que daban la vida por la escuela. Como es habitual nunca iban a ser reconocidos, de la misma manera que tampoco lo fueron algunos alumnos que terminaron siendo profesionales, y de lo mejor.

Dos hechos vinculados a esa escuela olvidada por la Dirección General conservo en el recuerdo: Tenía un ascensor preparado para camillas, anduvo dos o tres días en distintos períodos en un total de cuarenta años. Por su hueco se cayó un alumno, sin otras consecuencias —aparte del susto correspondiente— que unos hermosos moretones. Y de su sótano, reino de las tinieblas, que se inundaba con frecuencia, una vez un profesor debió salir nadando, durante una de las tantas inundaciones. Te juro que no exagero.

Si hay algo que la Dirección General tiene, es que siempre deja al libre albedrío la construcción o mantenimiento de los edificios es-

colares. Déjalo ser es su lema. Quedan a la buena de Dios y, como siempre, los profesores arreglan los problemas mientras los inspectores miran para otro lado.

Cuando tomé las horas en la TÉCNICA DE CIUDAD GUÉMES, poco tiempo antes que terminaran las clases, me encontré con que los alumnos jamás habían tenido un profesor en mi materia durante todo el año.

¿Qué podía hacer? Decidí mandar a todos los alumnos a examen, para que aprendieran algo. Cuando se los dije se quedaron mirándome como si estuviera loco. ¡Ojo! Eran alumnos de cuarto año de una escuela técnica, si querían me podían meter bajo la estampadora y me dejaban finito como pa' bandeja choricera. Luego de un silencio y un murmullo entre ellos me preguntaron cómo iba a ser el examen.

—Chicos. Los voy a eximir a todos, pero permítanme mandarle estos trabajos para que los realicen y se los evalúe, aunque sea para marcarles los errores. Ustedes no tienen la culpa del acto público y que el director no pueda designar las horas.

Los muchachos estuvieron de acuerdo y así se hizo. Muchos años más tarde, en otra escuela técnica, me encontré con uno de esos alumnos que estaba trabajando allí, como jefe. Se había recibido de profesor. Increíblemente lo primero que hizo, cuando me vió, fue agradecerme:

—Gracias profesor, otro hubiera tomado las horas y listo. A cobrar que venían las vacaciones.

Eso me hizo sentir bien otra vez. Cada vez que un alumno te agradece algo, que no fuera eximirlo en la materia, es un aseveramiento de que lo que hiciste estuvo medianamente bien.

Una vez entré a la sala de profesores y escuché las risas de los colegas —que apenas me dirigían la palabra— y me enteré que el director al volver de pescar había perdido una lancha. Es decir, se le soltó la lancha de la camioneta familiar. Lo peor fue, contaba un compañero, que el conductor de un auto le hizo señas, y el director ignoró la advertencia. La frase era, *Perdió una lancha, imagínate la escuela...* Sin embargo la escuela funcionaba y crecía día a día, pero

ese hecho lo persiguió de por vida, veinte años después, ya jubilado aún lo seguían cargando.

En la escuelita más cerca de casa, ahí sí que aprendí, conociendo lo que realmente se llama una señora con muy mal sexo. Encima tenía la desgracia de dictar la materia que a mí más me gustaba: teatro. Tan desagradable como el director de Atalaya. Insisto, ni los alumnos, ni el personal tenían similares características. Sería un necio de mi parte si negara que esas escuelas funcionaban como un reloj suizo. Con el tiempo pude encontrarme con gente que, en una escuela te resulta insoportable y cuando cambiás de contexto, los hallás en otra institución, son excelentes profesionales, y un amor como seres humanos.

Conformar un ambiente cálido para que la gente trabaje en un clima agradable y de armonía, es tarea y mérito del director o, idealmente, del equipo directivo.

Es probable que algún profesor muy serio, muy profesional, de mucho pelo en pecho —o con pechos muy grandes, si es ella— dirá que no es así, que lo importante es el trabajo, que no se viene a hacer amigos, sino a trabajar y punto. No estoy de acuerdo. Me parece que el que piensa así es un verdadero idiota. ¿Queda claro?

Retomando lo que contaba, era tal el malestar que existía entre la gente que en los recreos me iba a dormir al auto. ¡Epa, che! Ojo que ya tenía auto. Todo un progreso. Luego de programar ir con los alumnos al cine, la “señora directora” no me permitió ir a ver la película con los chicos, recuerden que no todas las escuelas tenían videocasetera. Resolví citar a los niños en Ramos Mejía. Previamente les dije en la clase que ya que eran del barrio, e incluso con algunos nos conocíamos de vernos por la calle: *Chicos, el sábado voy a ir con mi señora al cine de Ramos a ver tal película, en una de esas nos encontramos...* Una patraña como para hacer lo que quería de forma legal; no era obligatorio, y no tendría responsabilidad sobre los pibes. Agregué: *Sería muy bueno que vayan con sus padres a verla...*

Dicho y hecho, fue casi el ochenta por ciento del curso. Como todo se sabe en la docencia, el martes cuando llegué al colegio, “la

impenetrable” me estaba esperando en la escalera con su típica cara de enema y su nariz hacia arriba, como quien huele excremento.

No hay nada peor para un ser soberbio que lo pasen por arriba. Me increpó sin decir buenas tardes, exclamando:

—¿Cómo va a llevar a los chicos al cine sin autorización?! ¿Y un fin de semana?!

Claro, la señora me vio muy joven e inexperto —aún lo era— más que nada por no saber muy bien en qué te puede apretar un superior. Porque ésa es otra de las cuestiones, si sos joven, te amenazan y ante tu ignorancia, el miedo de estar haciendo algo fuera de la ley educativa —que va mucho más allá de la ley civil—, te achicás. Era inexperto sí, pero estaba aprendiendo rápido, además que, por una cuestión de personalidad, siempre me gustó jugar a hacerme el tonto y reírme del verdadero gil de turno.

—Perdón señora, no entiendo.

—Usted se llevó a los alumnos al cine.

—De ninguna manera señora, yo fui al cine con mi señora y de causalidad me encontré con alumnos de mi curso que justamente son vecinos míos.

No me había dado cuenta pero la muy pilla había traído a la hermana —que tampoco tenía sexo—, como testigo, encontrándose detrás de mí, cual rata por abalanzarse sobre un desprevenido queso. Era una de las integrantes del gabinete, licenciada en educación que, oculta entre la bandera Argentina y el mapa de nuestra República, intentaba ser testigo no sé de qué cosa. ¡Cuánta energía en vano...! Te imaginarás que si antes no me saludaba, ¡ahora lo que sería! Pero para eso estaba un obsecuente, paje de ella, el vicedirector. Un señor muy alto, afroamericano y muy racista. Odiaba a los rubios y a los judíos.

El racismo es malísimo, pero hay cosas que son ridículas. Al llegar al día siguiente, el tipo desde la otra punta del patio, con sus dedos pulgares enganchados al chaleco, me grita, ¡*Profesor...*!, te imaginarás que fue como cuando toca la sirena de la fábrica Siam, —a tres cuadras de mi casa— la misma importancia le di. En el medio del recreo podía verse la escuelita estatal, que parecía privada. Debido al pánico que le tenían los alumnos parecía que el recreo había quedado estático.

Seguí mi camino. Subí la escalera y fui al curso. Me tuvo que venir a llamar una preceptora. Cuando voy al despacho del vice, éste —sin hacerme sentar— me comenzó a decir que no estaba de acuerdo con mis clases. Reitero, yo era joven e inexperto, pero, como ya dije, siempre me gustó jugar:

—¿No fue bueno el informe de la observación? —Le pregunté, mirando azorado sus patillas tan largas como las mías.

Obvio que nunca me había venido a observar una clase. Esto es una idiotez, pero un profe joven ya se hubiera desmayado o entrado en pánico y presentado su renuncia que era lo que esperaban de mí.

Enseguida tomé nota de lo que me decía, desorientando al hombre.

—¿Qué hace?

—Nada, señor, solo tomo nota para no olvidarme lo que usted me diga, para ponerlo en práctica.

Mi amigo, no hay nada peor que a un docente lo hagas trastabillar, porque en la docencia nada es claro, y todos tienen miedo de hacer algo que no corresponda, (yo también). El tipo se habrá pensado que le iba hacer una denuncia o algo por el estilo.

No era ese el caso, primero, yo no tenía idea de lo que estaba haciendo; segundo, en esa época a ningún docente se le iba a ocurrir hacerle una denuncia a un directivo; tercero, yo tenía tanto miedo que solo atiné a tomar el papel y la lapicera y hacerme el entendido, justamente como acto reflejo y por no tener idea de lo que podía pasar. Sin querer, acerté. Nadie más me molestó pero fue inevitable la cara de placer de ambos cuando Giannettasio quitó los talleres de teatro y quedé cesante. Treinta y seis horas en un día perdí, un amor. Me fui de la escuela con la frustración de no haber podido dictar la materia de la forma correspondiente, nunca pude concretar ni una obra, ni un video. Y todo gracias a un equipo directivo muy bien armadito en este caso.

La MEDIA DE RAMOS MEJÍA fue una suplencia más corta que la anterior y bastante desagradable. Llegué a un quinto año muy activo y muy avivados, los alumnos no tenían un pelo de tontos. Totalmente desbordados me pregunté cómo hacer para enganchar

un poquito a estas criaturitas que además de un nivel sociocultural bastante alto, no tenían la menor gana de aprender una sola molécula orgánica. Rápidamente intenté hacer un repaso de química inorgánica para meterme con orgánica y biológica. Te imaginarás que a los pibes les importaba tanto una molécula de un hidrocarburo, como la de un aminoácido, como a mí me puede importar quién ganó un juego de ese deporte que se pega con un palo a una pelotita mientras otro se la tira. Se me ocurrió enganchar la parte de hidrocarburos haciéndoles hacer una maqueta de una planta de extracción flotante y, a partir de ahí enganchar la parte molecular y los derivados del petróleo. Imposible llegar a la parte de biológica o farmacopea.

Charlando me encuentro con uno de los preceptores que estudiaba arquitectura. Por supuesto que colaboró con mi proyecto. Ni te cuento lo que logramos, sinceramente era una obra de arte de los alumnos, muy asesorados por el prece. El tema, en ese momento, fue que no quedara solo como la anécdota de hacer una maqueta. Luego de la lección fácil comenzarían a estudiar la parte teórica para ir metiéndonos de lleno en hidrocarburos y sus moléculas. Me encontraba en plena exposición ante los alumnos cuando se apareció en el aula, sin previo aviso, la jefa de departamento, junto con la vicedirectora para hacer una observación de mi clase. No me pareció mal, pero se iban aburrir bastante de ver cómo exponían los alumnos, más allá del debate lógico que se tiene que realizar para sacar conclusiones. Cuando salí del curso –hacía rato que se habían retirado ambas docentes– me encontré con que me esperaban en el pasillo para comentarme lo disconforme que estaban por el disparador utilizado para enseñar ese tema en particular.

Para ser sincero no me hice demasiado problema, firmando en disconformidad el informe. Al día de hoy sigo convencido que fue un excelente disparador por las características del curso. No hay curso igual y cada uno precisa que le des lo que él necesita, no lo que le diste al otro. Mientras, iba conociendo cómo se manejaba esa escuela, con un director emblemático de la región, con séquito de mujeres, muy arregladas, muy pintadas, con unos cuantos años encima, y con muchas batallas también... De qué manera tenían armado un grupo

de trabajo bastante compacto e impenetrable. No palpé ningún sentido de pertenencia de los alumnos, sin embargo, hace un par de años atrás sucedió algo interesante. Fue al salir de un local muy famoso, en la zona de Ramos donde me fui a hacer uno de los tantos análisis clínicos. Al pasar por el umbral de la puerta escucho a un joven que me chista:

—Chist... Chist... profe, ¿se acuerda de mí?

—Por supuesto... —ni la menor idea tenía.

—Soy de la escuela tal, uno de los que hizo la maqueta de la estación de bombeo.

—Pero claro, cómo me voy a olvidar —seguía sin tener idea.

—Soy bioquímico profe, trabajo aquí. La verdad, gracias. Nunca me voy a olvidar de usted.

Con abrazo y beso en la mejilla se metió dentro del laboratorio de análisis clínicos. A ver, él es bioquímico por mérito propio no por mí, eso es obvio y lo sabemos vos y yo. Si no les hubiera hecho hacer ese trabajo, sería igualmente bioquímico, seguro, pero que bien se sienten esas caricias al alma. Al término de mi suplencia conocí a un señor muy viejito, que no sabía cuál era su función y una profesora de francés muy simpática, ninguno de los dos se percató de mi existencia. ¿Por qué los nombro? porque al tiempo los iba a conocer en otro contexto, totalmente distinto. Me fui de la escuela sibando bajito y sin haber dejado en el establecimiento nada más que la maqueta. Me la quisieron regalar los alumnos, y no acepté. ¿Dónde me la metía, si medía cuatro metros...? Casi veinte años después pasé por la escuela —para hacer un curso— y vaya sorpresa la que tuve: la maqueta estaba en exposición en el laboratorio.

La otra escuela media que tomé fue en San Justo, a unas cuatro cuadradas de aquella en la que venía trabajando. También era una suplencia por dos semanas... terminé trabajando en ella por casi quince años. Al entrar recordé que una de las porteras del lugar, cuando tenía catorce años, me había corrido una cuadra con una escoba, porque estaba merodeando a una señorita de esa escuela. Como buena gallina con sus pollitas, a este gallo cantor le bajó el copete de un escobazo.

Dictaba Química y Física básica sin demasiados sobresaltos, pues los alumnos eran casi dulce de leche. *Veamos como se motiva esto*, pensé.

En física, respondiendo al programa del año y pidiendo prestado un dinamómetro, en la escuela técnica a la que me referí antes, construimos palancas y aparejos. Tomamos el peso y sacamos la diferencia de error por el rozamiento de las poleas.

En química se complicaba más, *¿Qué hacer? Fácil*, me dije, *Fabriquemos detergente, lavandina, desodorante y desinfectante para pisos*. Todo aquel que entiende un poco de lo que estoy hablando sabe que esto no es, precisamente, fabricar. Pero con maña, papel PH y algunos tubos de ensayo, en un aula abandonada —que luego terminó siendo un laboratorio de verdad—, para chicos de segundo año, todo parece fantástico. Y de pronto me encontré apoyado por la jefa de preceptores, una gordita maravillosa, y por su compinche. Ellas eran los ojos de la dire y las vices. Hoy soy amigo de aquella directora, pero tuvo que pasar mucha agua bajo el puente. A esta señora la había visto un par de veces en otra escuela, aunque no sabía que era la directora, pues no coincidíamos en los turnos. Bien que la conocí cuando se enteró que estaba organizando un viaje al Museo de Ciencias Naturales de la Plata. Cual saeta entró una mañana a mi curso, me tomó de la mano, me sacó del aula y me dijo:

—¿Usted es Leonardo Soquete?

—Sí.

—¿Usted está loco?

—Y...

—Me dijo la jefa de preceptores que quiere hacer un viaje.

—Sí, pero todavía no lo organicé.

—¡Usted esta loco!

—Bueno, pero...

—No, está loco y de ninguna manera lo autorizo.

No entendía el miedo.

Dícese del MIEDO DOCENTE DIRECTIVO, que es una *reacción nerviosa y negacionista que se produce cuando un profesor sale con sus alumnos, miedo basado en que todo lo malo que pudiera ocurrir, a priori, es por culpa del director*. Es decir, si cae un meteorito en el

viaje sobre el micro, será culpa del director e irán por sus partes mas íntimas para arrancarlas y enterrarlas bajo tierra. Luego de días de súplicas y llantos de mi parte, cual chico caprichoso, me dejó ir... a ese y muchos viajes más. Convengamos que no estaba tan loco, sabía a quién lloriquearle: las dos preceptoras que me habían adoptado como a un hijo. Terminé aprendiendo mucho de la directora y del manejo de una institución grande, con un equipo directivo, formado por ella, digno de envidia. Allí aprendí como a generar una buena relación entre el personal, tener un buen nivel entre los alumnos – con la disciplina y participación acorde a la época– en un lugar muy céntrico y concurrido, logrando generar un clima familiar y de gran camaradería en pos de un proyecto comunitario serio.

Después de quince años –ya aplicada la bestialidad del EGB–, al tener las horas de segundo y tercero del ciclo básico, me encontré que me metían en una escuela primaria frente a la plaza. Era la gran escuela de la zona, por ser la primera del distrito.

No me interesaba. Tomé la decisión de irme, autodesplazándome, fue el mismo día en que me fui de mi primera escuela de provincia. Hoy paso por sus puertas y me llena la nostalgia de aquella vieja portera que me corría, madre de la preceptora compañera.

Ambas escuelas de San Justo dejaron una huella en mí y me permitieron aprender mucho de mi profesión.

Se entiende que cuando hablo de escuela le doy vida a las paredes, ¿no?

La escuela media de Lomas del mirador fue toda una experiencia. Sobre todo porque el director me corrió. Estaba enclavada en un club, ya que ni siquiera le habían dado la piedra para que se parara sobre ella. El director, y su escuela, se encontraban de prestado en el primer piso de un club. En solo dos semanas de clases pude ver a un tipo panzón, con grandes bigotes, traje y un poncho marrón, como el que usaba Rodolfo Ranni en *Un lugar en el mundo*. Diría con similares características. De las dos semanas que estuve, en una llovió y fue tal el diluvio de primavera que los alumnos no fueron; en la otra hubo un acto, por lo tanto no llegué a conocer a los pibes. No bromeo, es cierto. A los tres meses cobré dos semanas por no hacer

nada. Pero un día antes de cesar, me llama el director para entregarme la planilla cesante. Cuando entro veo, en la pared del fondo del despacho, una foto del General y la señora. Como buen socialista es inevitable no tener cierta afinidad sobre ambos personajes históricos. Pero me sorprendió no ver la del otro General, el del sable.

—¿No le gusta?! —me gritó el director, apuntando sus grandes cejas gruesas hacia el centro y medio de su nariz.

—No, lo que pasa es que me...

—¡Salga de aquí inmediatamente, no lo quiero ver por aquí!

Este gaucho saca el facón y me cocina a la cruz en el asador, pensé rápido.

Como el temor no es tonto, ni corto ni perezoso sabiendo que mi suplencia había terminado, no esperé que me dijera lo bonito que era. Corrí por las escaleras, como cuando Isidoro escapa de la paliza de su ahijado, el honesto Paturuzú. Si bien el hombre nunca me había caído simpático, el tipo tenía su merito; terminó consiguiendo el terreno. Supo pelearlo cuando trataron de convertir su escuela en un patio de negocios y comida. Por si fuera poco junto a otros luchadores de la educación fundaron otro gremio docente, que al principio fue mucho más luchador que el histórico, aunque hoy es tan parecido a ése...

Esa piedra que nombré antes muchas veces, está en el medio del barro. El tipo mira para todos lados y solo ve pasto, fango, asentamientos y pobreza. O no, tal vez pobreza no, pero no hay escuela. Y ahí comienza a remar para hacer un establecimiento de la nada. El pobre director acaba de ser nombrado como tal, está solo con su alma y algunos locos de la nave, pidiendo sillas, pupitres, mesas, techos, chapas, maderas, puertas. Así comienzan algunas escuelas. Haciendo mil y un viajes a la Plata, a infraestructura, para que le construyan el establecimiento. Ni hablar de rogarle o suplicarle al presidente del Consejo Escolar para que apure el trámite, es decir las partidas de dinero. ¿Qué sucede? Te comienzan a mandar pizarrones y pupitres, pero vos no tenés las paredes, raudo el dire con un par de secuaces hurta algún panel de madera y arma un aula y así, un poquitito caminando y un poquitito a pie, logra tener media escuela hecha, a requechos y pedazos, pero antes no tenía ni eso. Después viene la infraestructura en serio y luego de diez años, cuando ya dejó de ser el rancho de la

Cambicha, la escuela es de material y en ese momento le dicen que está todo mal. Lo cual suele ser cierto, la escuela se hace sin planos, ni papeles ni nada. Prendés la luz y sale agua por una canilla, abrís la canilla y toca el timbre. Puede ser que entonces sobre lo hecho se termine la escuela y llegan todos los políticos para sacarse la fotito. Vos sabes que es así, solo te lo quería confirmar. Este fue uno de los tantos casos, por más que lo repita mil veces es difícil para el que no es docente entender qué es y cómo funciona...

Otro instituto en el que estuve fue la de Ciudad Oculta. Una escuela armada en una comunidad complicada, solo a una cuadra de los fondos de una de las villas de inmigrantes más grande y violentas de la Matanza. Estuve solo unos días, en los que conocí una directora muy emprendedora y de armas tomar. No me refiero a un directivo empecinado en hacer las cosas bien, para nada, esta era de las, literalmente, tiran...

DE ARMAS TOMAR: Dícese de aquella persona que hace o intenta que los educandos alcancen un muy buen nivel de conocimiento, con disciplina, haciendo buena propaganda del establecimiento para tener muchos alumnos. Pelear para que en el caso de una baja de matrícula no se cierren los cursos, cuidar la fuente de trabajo de los docentes, buscar asignaciones y talleres extraprogramáticos para los estudiantes, cursos para los docentes dentro del establecimiento...

Esta mujer tenía varias de esas características, sobre todo manejaba la problemática del lugar, la disciplina, y la publicidad de la escuela de una forma muy eficiente. Uno de sus logros fue, en la época del abominable polimodal, que una escuela media tuviera TTP, (trayectos técnicos profesionales), esto le daba a los alumnos una visión del mundo laboral mucho más aguda. Tal es así, que años después, cuando yo manejaba un sistema de prácticas con muchas industrias, ella intentó poner ese sistema en su escuela, aunque lamento que no lo lograra. En esa escuela fue la primera vez que vi entrar a un alumno con un revólver y a una alumna con una pistola; vi chicos que dejaban de venir porque los ponían presos el fin de semana; o que no venían nunca más porque morían en un intento de robo; vi a alumnos que morían por peleas entre bandas o, lo que es peor, entre villas; supe de

estar dando clases, que se arme un problema y escuchar el tiroteo ahí nomás o que las balas peguen en las paredes de tu aula. Vi, también a la directora, con su rodete, pegándole a un alumno un coscorrón en la cabeza porque había faltado por estar demorado en la comisaría.

Profesores que iban a buscar a los alumnos a la villa para que no faltaran y alumnos que por agradecimiento intentaban regalarle un filmadora “fresquita”, recién salida, a un docente que se había ocupado de él. Te mentiría si te digo que vi algún docente que lo haya aceptado, en esa época al menos no se aceptaban tales regalos.

Con un edificio casi terminado, aceptable, y muchos alumnos en tres turnos, fue una de las escuelas que me enseñó cómo debía ser un director. Coincidió ahí con gente de varias instituciones, pero como en los anteriores casos no había sustancia de aglutinamiento, no por ellos, sino por mis pocas horas y lo corto de la suplencia. Casi no pude conocer a los alumnos y mi ida, como en tantos lados, fue sin pena ni gloria.

La escuela de los monoblocks, era otro lugar donde los vecinos arreglaban sus cuitas en el medio de la calle, tipo duelo a muerte, sea con revólver, pistola, cuchillo o palo.

Un día, en la puerta, se fueron a las manos las mamás de dos pequeñas que se peleaban por un novio.

Aclaremos: las dos chicas se disputaban el pequeño pene y las mamis defendían a sus chancles.

—¡Tu hija es una buscona!

—¡¿Mi hija buscona?! ¡tu hija es una puta...!

Para qué... Mi señora, en esos años era preceptora de uno de los cursos, intentó separarlas. Una de ellas, muy subida de peso, ataca tomando del cabello a la otra. Esta última, que tenía unos gramos menos, tomó uno de sus pechos y lo retorció. El conflicto entre Bolivia y Paraguay armado por los británicos de hace cien años ya terminado, se reiniciaba frente a la escuela. Sopapo en mano, la primera lo esquiva, el golpe lo ligó mi mujer que cayó de trompa sobre la vereda. La que se quedó con el mechón en la mano, tenía la mitad de su rodete en la mano de la otra. Se abalanza sobró ésta, que quedó de culo sobre el mosaico, con su dignidad quebrada. No podía levantarse. Llorando, le dijo:

—Yo, por lo menos, puedo seguir teniendo hijos.

Cada una de las contrincantes tenía nueve. Mi mujer seguía en el suelo y nadie se apiadó de ella.

Cuando me lo contaban mis compañeros no lo podía creer. Me salió una sonrisa, pues estaba separado de mi señora temporariamente. En esos días nos habíamos tomado un recreo. Éramos muy jóvenes, habíamos estado muy poco tiempo de novios... éramos aún recién casados y decidimos que antes de matarnos sería prudente tomar una pequeña distancia y ¡No va que mi momentánea ex esposa era mi preceptora! ¡Justo la de mi curso!

Si hay algo que debo reconocer es que nunca fui muy puntual, nunca fui de faltar, pero sí de llegar un poco tarde. No por quedarme durmiendo —nunca me pasó— sino por vueltero. No hubo día —de esos en los que trabajamos juntos— que no me pusiera el ausente con rojo, cuando lo legal era poner tarde...

Nuevamente me topé con un par de docentes, conocidas de otras escuelas y con el director que había sido profesor mío, de contabilidad, en el secundario. Era también director de una escuela en otra región y de la técnica de la esquina. No podés... pero sí, y lo hacía bien. Ya experto en formar equipos de conducción, —algo envidiable y que muy pocos pueden lograr—, aportó otra forma de llevar adelante un colegio.

Conocí a varios personajes. Uno de ellos era un profesor de buen beber. Un sábado a la noche, luego de un asado en el colegio, festejando no sé qué cosa, salimos de la escuela los dos junto a un tercer amigo. El hombre en cuestión no estaba en condiciones de manejar. El otro —que terminó siendo mi ahijado—, apenas más sobrio, le dijo, *Dejá que manejo yo*. El dueño del auto, el ebrio, atina a abrir la puerta, pero entre los vahos del alcohol y la oscuridad del lugar abre la puerta trasera del auto, cae atrás cual gorila adormecido y grita:

—¡Negro! ¡Me robaron el volante!

Esa persona era el regente del establecimiento, ¡lo que sería su vicedirector! Tenía una calidad para manejar la violencia entre los alumnos del lugar pocas veces vista. Yo, intentaba comparar los métodos poco ortodoxos, carnales y antipedagógicos de la directora de Puerta de Hierro, con los de este hombre que era pura corrección y didáctica. Ambos obtenían resultados óptimos, y ¿por qué otros no?

¿sabés por qué?, porque eran auténticos, y los pibes eso lo advierten de inmediato. Tengamos en cuenta que, si bien cada lugar socialmente complejo, tiene sus variables muy personales, la autenticidad del director es fundamental.

¿Por qué hay docentes a los que el alumno, si pudiera, los mataría? Porque se dan cuenta que están fingiendo. Los jóvenes se dan cuenta cuando lo fabricás, cuando no te nace, cuando te esforzás por algo que es únicamente profesional o de oficio. Cuando se hace y dice lo que siente, con respeto, con afecto, desde la sensibilidad, desde el alma, el corazón, desde todo aquello que no está en las teorías educativas, ni en los autores de psicología, filosofía, sociología o pedagogía, desde aquello que no es profesional sino humano. Entonces está todo claro. El alumno no precisa más explicaciones. Está ahí, es palpable, es real, no es ficticio, no es mentira. Ellos tienen un sexto sentido que detecta la autenticidad, cosa que los adultos perdieron.

Más adelante ya cerrando las notas por término del año, estaba solo en el aula, calculadora en mano con mis benditos promedios y los recontra decimales. Me encontraba preparado para salir de la escuela cual gacela disparada. Iba a comer con un compañero y luego tomaba rumbo al otro cole. En ese momento entraron dos alumnas, que eran del curso, y un profesor. Muy alto, muy buen mozo y de voz muy grave. Muy suelto de cuerpo el tipo me dice:

—Che, Soquete... —por el apellido me trataba porque era muy formal el hombre— mirá, las chicas tienen una propuesta para vos. Ellas se llevaron la materia y...

—Sí —lo interrumpo—, ya les di los temas.

—No, no me dejaste terminar. Las chicas no tienen problema de ir al departamento de ellas un rato con vos. Viven solas, aquí enfrente. Son discretas, van siempre conmigo... Y ojo, son limpititas...

No podía creer lo que oía. Me quedé duro, no sabía qué responder. Sí, ya sé. Alguno que esté leyendo esto pensará que soy un idiota. Sabés lo que pasa, entre nosotros te digo. No puedo, eran pibas de tercer año, aunque mayores de edad por ser repetidoras. Muy lastimadas, sufridas, baqueteadas, con una vida *muy vivida*, promi-

cua. Ni se me pasa por la cabeza, algo así. Yo quería sacarlas de esa vida, no, ser un cómplice.

Justo en ese momento pasa por la puerta el profesor que iba a ser el conductor destinado de la pasada noche.

No sé que cara tendría, que el profe entró y me dijo:

—¿Qué te pasa, rusito?

No podía contestarle, el profe y las chicas no decían ni pío. Solo atiné a decirles:

—Chicas, están aprobadas, no las quiero ver más.

Y me fui con el profe. Fuimos a un bodegón del que éramos habitués y se lo comenté.

—Negro, ¿qué hago? ¿una denuncia?

—No, van a negar todo los tres. Hay cosas que no vas a poder cambiar. ¿Es la primera vez que te pasa? No le des bola, mientras no entres en esa. Vos sos muy inocente y te falta experiencia, la docencia está llena de hijos de puta y de chicas pobres. Más en estos departamentos y en esta zona. Ojo hay muchas que quieren salir y se dejan ayudar, pero otras no tienen remedio. Esto es como terapia intensiva, el porcentaje de salvar gente es del treinta por ciento, el resto se muere, es estadística pura, conformate con ser parte de los profesores que salvamos a ese treinta por ciento.

Me quedé callado mientras el profe manejaba, ya estábamos en camino a la otra escuela. Terminé con otra sensación de amargura, por no haber hecho nada por las chicas y por lo que estaba conociendo de los docentes.

Entre toda esas parva de escuelas hubo una en particular, con horarios complicados y que se encontraba —lo supe por comentarios de profes que estaban a mi lado el día que tomé las horas—, en un lugar muy peligroso. A varios docentes —robos mediante— los habían dejado en calzoncillos.

Con mi señora estaba en una pequeña interfase, aunque eso no quería decir que no nos viéramos. Se lo comenté y me dijo:

—Estás loco, ahí no vayas. Dicen que te roban, que te matan...

La cuestión fue que el día que me presenté, ella me acompañó en colectivo. Porque si bien tenía auto, este como buen FIAT funcio-

naba cuando se le daba la real gana. Le entrego la designación a la preceptora quien me dice que me presentara al día siguiente.

El barrio no era de lo mejor. Oscuro, casas humildes, tampoco era peor que otros que yo ya conocía. Dejé a mi señora en su casa, llanto de por medio, aunque puntillosa, me aclaró que, como estábamos separados no iría a derramar una lágrima si me mataban.

Al otro día me recibió el director, de inmediato me invitó a dar una vuelta por el barrio. Luego de una caminata de media hora y de que averiguara a qué partido político pertenecía, de inquieto y curioso le pregunté, con cierta timidez, qué estábamos haciendo caminando por ahí: *Nada profesor, lo estoy mostrando así no le roban. Al verlo conmigo, ya saben que es docente de la escuela y no le van hacer nada.*

Así comencé, hacia 1989, en esa escuela en la que, durante unos cuantos años fue en la que más horas tuve,. Fue la primera de la que realmente me enamoré. No solo de sus alumnos. Fue esa sensación inexplicable que te domina, cuando sentís que las paredes tienen vida. Sí, como la cancha de Boca, aunque no soy un fanático, viste que es la única que late, bueno de ese modo.

Todo el espectro de ciencias naturales, más los talleres de teatro rezagados iban desapareciendo lo cual, *de paso cañazo*, me afectaba. De igual manera que me afectó otra escuela a la que me sumé al poco tiempo. El director trabajaba también en la Escuela de Suboficiales, por defecto del oficio, gritaba mucho. Exigía que la disciplina fuera muy rigurosa, con la consiguiente reacción de los alumnos. La enseñanza era importante, al igual que la disciplina. El hombre tenía como base primordial sacar a los alumnos de la calle, del robo, del alcohol y la droga. El *bendito* Menem y su actitud “vende patria neoliberal” estaba instalando la droga, ya no como un país de tránsito, sino como un verdadero experto en el tema. El plantel docente, como dicta el manual de escuela peligrosa, era mayoritariamente de profesores varones. Las pocas mujeres eran docentes de experiencia que no se amedrentaban con nada ni con nadie.

No encontraba como enganchar a los pibes en cada una de las materias, y encima a los quince días el *dire* me dice que me iba a observar una clase. Dicho y hecho, el tipo me cae en una clase de física. No le pareció mal, pero me llamó y me sugirió que buscara algo para

motivar a los alumnos. Yo, *el gran motivador*, evidentemente no lo era tanto. Todas mis propuestas caían en saco roto. No encontraba el disparador ni con poleas, ni palancas, ni sustancias homogéneas, ni las células, ni siquiera en teatro. Pues bien ante problemas drásticos, soluciones que te traen problemas legales. Yéndome por primera vez en mi vida del programa, por temor a que me dijeran algo, cosa que después hice siempre, encontré un cuarto vacío. Hablé con el dire y le pregunté si podíamos armar una especie de laboratorio. No muy convencido, con temor palpable, me dejó. Y ahí me llevé a los pibes. Primero a trabajar para acomodar el lugar. A la semana estaba entre ellos, sucio, sin la corbata, atornillando estanterías y pidiendo, en el viejo laboratorio donde había trabajado, productos químicos y algunos vidrios. Buscando mezclas extrañas y llamativas se engancharon, al igual que en física, si bien volvimos a las poleas, en este caso no las mandé fabricar en su casa, ellos tenían que ver cómo yo las hacía frente a ellos. La idea era sencilla, primero mostrar en la práctica alguna reacción y luego intentar explicarlo desde lo teórico. Con biología terminé dando únicamente clases de educación sexual, que era lo más importante para ellos, además, sin ningún tipo de vergüenza lo reclamaban. Debo aclarar que aquí sucedía algo extraño, la escuela era solo de turno vespertino ya que se compartía el edificio con una primaria, pero los chicos no eran adultos, eran adolescentes. Es decir, en un turno de adultos jóvenes que intentaban ayudar a las familias de la forma que podían. No se olviden que la era de la gran falta de trabajo se iba instalando, con todo lo que eso lleva a una sociedad totalmente desprotegida por el Estado. Cuando cada familia tiene más de cinco hijos, sin trabajo, hacinados y sin la claridad de los métodos anticonceptivos, ya sea por falta de información o por un problema cultural, dejás de lado la célula y el ATP, las enzimas del aparato digestivo y todo lo demás.

En teatro las improvisaciones eran sobre violaciones y chicas embarazadas, mujeres golpeadas por sus esposos, varones golpeados por sus mujeres. No solo les servía como catarsis, sino que muchas veces me permitía escudriñar la verdadera problemática del alumno, ya que esa era una de las falencias de la escuela, no tenía gabinete ni nada que se le pareciera. Entre el director, la secretaria y dos preceptores intentaban amainar semejante desastre. Las exposi-

ciones civiles caían en bolsa rota, pues ¿quién se iba hacer cargo de esa parte de la sociedad? Para quien estaba a cargo del Estado en ese momento, éste no era un tema.

Una noche me encontraba escribiendo en el pizarrón, cuando escucho la dulce voz de una niña que dice:

—¡Tucho! ¿me das una chupada?

Me doy vuelta con, gesto de malhumor cuando veo al tal Tuchito con una paleta en su mano y chupeteándola.

—Señor, deje la paleta para el recreo —y volví a mi escritura. En ese instante escuché un golpe. De inmediato me doy vuelta y veo al Tuchito tirado en el piso, con pupitre y todo.

—¿Qué pasó?

—Ella me pegó.

Ella era la señorita de al lado.

—Señorita, ¿cómo le va a pegar a su compañero?

—Pero si es mi novio, profe, además, esa tarada se lo dijo a él y este tonto se rió.

No había terminado de decir la última palabra cuando la tal tarada ya estaba arriba de la dama acusadora.

El revuelo era digno de una película de *los cinco grandes*. Todos se abalanzaron contra todos. Lo cual tenía una cierta lógica, era una pelea que involucraba a parientes, vecinos, países limítrofes querían arreglar todo en ese momento.

No obstante comencé a los gritos. Del agarre de pelos y orejas salí intacto, apenas unos rasguños y mordeduras y muchas enseñanzas... estaba aprendiendo.

Con respecto a este tema, no olvidemos a los siempre presentes desgraciados —por no decir otra cosa, como se dice en mi barrio— que califican de inservible a la inmigración de los países limítrofes, y la comparan con las inmigraciones *buenas* de 1880, la del Centenario o la del 30 y 40... Todos eran, y son, inmigrantes. Difiere el país, no las personas. Soy producto de una de esas inmigraciones. Que ningún desubicado con apellido europeo, del sur o del norte, latino o sajón, se sienta con más crédito del que tengo. Por otro lado en su momento bien que se menospreció a los inmigrantes del Sur europeo, ya que se esperaba a los del norte, los sajones, germanos o nórdicos...

La comunidad en que estaba inserta la escuela se componía mayormente de paraguayos, bolivianos, chilenos, peruanos y unos pocos uruguayos. Completaban, y enriquecían, esa heterogeneidad cultural, unos pocos provincianos.

Un día hice una salida didáctica propia, toda una experiencia. Simple y sencilla, a un campo no muy lejos de ahí, como para comer un asado, jugar al fútbol y voley, todo un paso en la vida de este humilde docente. Pero claro, a un pibe le das un dedo y te toma la mano, así que al ver dulce al dire le propuse hacer una muestra de teatro. Imaginate la poca imaginación de un profesor de matemática, me miró con cara extraña, pero aceptó. Ya se había empezado a resignar. De forma humilde y sencilla invitamos a las escuelas de la zona, únicamente de provincia. A esas alturas del año ya me había hecho más o menos amigo de un compañero de trabajo quién no solo me ayudó con la loca idea, sino que me enseñó como organizarlo. Era un profe de filosofía que también había hecho teatro de forma independiente y actoral, con una característica insuperable. Recitaba de forma escalofriante, pero lo mejor era que él mismo escribía. Cinco escuelitas participaron de la muestra, salió estupendo. Cada una presentó una obra de teatro mostrando la creatividad de los alumnos. Entregamos constancia de la participación con formita de diploma y todo. El dire bailaba en un pie y yo, como es lógico, me empecé a agrandar. El dire me pidió que organizara una muestra de ciencia y tecnología, aunque esa temática no me gustaba tanto, lo hice, mejor dicho, lo hicimos. Ahí se prendieron todos los profes y los pibes se engancharon como debe ser.

Un día, por la época de los exámenes, el dire me alcanzó a casa, aunque antes me hizo pegar una vuelta de dos horas... él, personalmente, le llevaba el recibo de sueldo a la mayoría de los docentes. “*Esto también es ser director*”, me dije.

Con el tiempo me hice amigo del profesor que me había ayudado a armar la muestra. Roberto se llamaba. Dábamos charlas de educación sexual juntos, caminábamos, juntos, bajo la lluvia hasta la terminal del famoso colectivo de la Cabaña, que más de una vez nos dejaba de a pie. Actividades que nos acercaron y permitieron cimentar una amistad, más allá del compañerismo como colegas.

Él se había comprado un Citroën RCV y cierta noche, bajo una lluvia torrencial, maniobraba para no quedarse en la calle de barro y entró a la ruta cual bólido, pasando a centímetros de un camión Scania. Faltó poco para que el chofer se bajara para meternos en la oreja la bocina cual rugido de Goliat. La inconsciencia hizo que él y yo riésemos por el peligro. No pensó lo mismo el profesor que, sentado atrás, venía con nosotros. No esperó a que llegáramos al semáforo, unas cuadras más adelante, y *se tiró* del auto, no sin antes putearnos, muy enojado. Ese profe fue quién me había vacantes en el Nacional, por él entré. Otra noche, cuando ya me había podido comparar un autito, un FIAT, se larga la típica lluviecita de primavera. El 125 coupé, con su tracción trasera, no hizo más de siete metros que de colita se fue a la zanja. Unos vecinos que estaban comiendo asado en la esquina, me vieron y me gritaron: “Maestro, no baje”. En calzoncillos, y descalzos, me empujaron tres cuadras hasta la ruta, enterrando sus pies hasta la pantorrilla. Esa es mi gente, ese es mi pueblo.

Y tengo idiotas a mi alrededor que no lo entienden.

Como en todos lados lo bueno y lo malo venía mezclado, una de cal y una de arena...

Un profesor, conocido como el Tano había impuesto la picada de los viernes. El clima era ideal, buen tipo... ¡Pobre! El día que se apareció con auto nuevo, a la media hora le avisó un alumno:

—Profe le faltan los faros del auto.

El Tano estaba a los gritos, pero lo más curioso fue la lealtad de los alumnos, como se preocuparon por él... Casi en la sexta hora, un alumno le dijo:

—Sabe profe, que conseguimos dos faros iguales a los de su auto, se los vendemos.

¡Pobre Tano! compró sus propios faros.

Tal era el clima de trabajo y camaradería que todos comenzamos a ayudar para conseguir un terreno para la escuela. Comisión designada, los profesores iban y venían a La Plata, mucha buena voluntad pero ningún resultado positivo.

Entre tanto aparece un profe de biología que era médico alergista dando unas horas de biología. Fue apodado por los alumnos “verde”, ya que siempre le colgaba un moquito de su nariz. Hijo de un reconocido e histórico médico de González Catán, amable y educado, tímido y de poco hablar. Al tiempo vino con la noticia de que estaba en una cooperativa que vendía duplex. Me querés creer que *empernó* a siete compañeros de trabajo estafándolos por una buena cantidad de dinero ¡el ahorro de diez años!. De esos también hay en la docencia. Ver a una preceptora llorando por los pasillos de la escuela, desgarrada por haber perdido todo. El pedido de captura no era suficiente para nosotros, pero ni eso, huyó y no lo pudieron mandar en cana. Hubiera estado lindo si le ponía una mano encima un profe de lengua —maestro y abogado— que había estado en las Malvinas. Medía casi dos metros diez y en esas situaciones le afloraba el estado de locura que le habían dejado los gurkas.

Un día vino el dire y nos comunicó que renunciaba, se iba al tribunal de clasificación. Nos quedamos perplejos. Quién vendría ahora. Mi amigo, obvio, se presentó, pero le faltaban unos meses para cumplir con los años mínimos de antigüedad y ni siquiera pudo rendir. En la docencia tenés que tener mas de siete años, tenés que ser mayor de edad. Entre tantos docentes que se presentaron, había uno que no saludaba nunca, ni cuando entraba ni cuando salía. Tipo raro, osco, muy alto para mi gusto. Por supuesto él fue quien ganó.

De repente, como el país, la escuela cambió. No pasó mucho hasta que mostrara su perfil peronista, cosa que a mí no me desagradaba. Me invitó a que lo ayudara a conseguir un terreno. No tenía idea cómo ayudar, sinceramente, lo único que hacía era asistir a algunas reuniones con los vecinos.

El dire de la primaria, que también trabajaba a la noche con nosotros, estuvo muy metido en el tema. Luego de no más de un año de idas y venidas nos encontramos firmando la donación de un terreno, detrás de una iglesia: Escuela primaria y jardín dentro de una sociedad de fomento. Un grupo de profes firmamos como testigos, la verdad que no sé bien como era la cuestión, y nunca pregunté.

Fuimos a trabajar sábados y domingos a poner alambrados y postes, porque sino ¿sabés lo que podía pasar?, qué hay otros entes muy pícaros. Era sabido que un corralón estaba buscando un terreno en el centro del barrio. Vos sabés como es eso, si no ponés un aula de cartón y un profe adentro como mínimo, al otro día viene un tipo con platita y te lo quita y andá a sacar a un *uzurpa* con dinero de un *cacho* de tierra.

La matrícula comenzó a aumentar. Antes de mudarnos apareció un regente, un profe macanudo, de matemáticas. Era tranquilo y bonachón, no así el barrio: durante un entredicho de los chiquis en la puerta de la escuela tuvimos que ir a separarlos. Nos metimos entre golpes y cuchillos. Yo terminé derribado, dormido en el piso al primer golpe y él con un tajo en la mano. Obvio, ni él ni yo fuimos a hacer la denuncia, eso se arreglaba en la escuela. No era cuestión de que lo echasen, era cuestión de cambiarlos.

A fin de año con ese profe hicimos un asado y los chiquitos del barrio, de siete años los angelitos, nos robaron las tiras de asado, nos quedamos solo con el vacío.

Llegamos al momento en que apareció otra titularización masiva. Me tocó a mí esta vuelta. *De aquí nadie me mueve, esta es mi casa...* me dije. Luego de realizada esta hubo que hacer la revisión médica y, cual mansas ovejas, aquellos de la escuela favorecidos con la designación, allá fuimos. Era en el edificio de la Dirección General de Escuelas, en ayunas, orina en frasco... a una de las profes se le rompió el recipiente. ¿Qué podíamos hacer?, y sí, compramos un franquito enfrente. Como la chica no tenía ganas de orinar, cada uno *donó* una parte de su frasco. Lo peor no fue esto sino que, cuando entró el segundo de nosotros a hacerse la radiografía, al radiólogo al quitar el chasis de la máquina, se le resbaló, y que vio nuestro colega: ¡No había radiografía dentro! ¡No es broma!

A todo esto algo estaba cambiando en la escuela y no nos dábamos cuenta. Habíamos mejorado la calidad educativa. Mermado los problemas disciplinarios casi en un treinta por ciento y los embarazos casi en un setenta, sin embargo, faltando meses para mudarnos algo no andaba bien.

Para esa época se implementa la Educación General Básica (EGB). Los profes que teníamos horas de primero y segundo cursos, de Secundaria, pasábamos a depender de la Primaria (como profesores de octavo y noveno grado). Con todo lo que significaba y mucho, pero mucho más. En la esquina, la directora no nos recibió con pitos y cornetas, sin embargo tuvo más fortaleza que muchos otros directores de ese nivel. La disciplina clásica de la Primaria no iba a funcionar, de ninguna manera, para alumnos de esa edad, y menos aún en nuestra comunidad. Todo el sistema se había primarizado. Por otro lado el regente y la esposa —ahora vicedirectora de la Secundaria—, habían dejado de interesarse por lo pedagógico y disciplinario. Como corolario toma la jefatura de la preceptoría la esposa del dire. Sin criterio se comenzó a perseguir a docentes desde lo ideológico, no desde lo político, sino desde lo laboral. Había listas negras, se cambiaban los horarios sin respetar los puntajes, algunos quedaban cesantes sin tener en cuenta su situación de revista. Desaparecían legajos y las denuncias que se hacían en jefatura no llegaban a nada. El clima de trabajo era pésimo...

Dos profesores de la escuela nacional fuimos reubicados en la EGB y, por desplazamiento en la media. Nuestro dire, que también trabajaba en esa escuela nacional, pretendió entonces que continuásemos con las mismas tareas solidarias que realizábamos antes: eventos, rifas, loterías, peñas. Sin embargo para realizar tales movidas en una escuela hay que lograr un buen ambiente. Yo continué trabajando con la mejor relación con los alumnos. Participábamos con mi señora en cumpleaños de quince y casamientos en los lugares más humildes. Mi mujer se iba adaptando...

Un día decidí irme por MAD, (autodesplanzándome) otra vez aunque significara que volvía a perder muchas horas. ¿El motivo? No podía dar “mi” *pelea* en esa escuela cuando ya estaba dando otra, muy grande, en una técnica. Dos enfrentamientos al mismo tiempo era demasiado. Dejé con tremenda tristeza, esa institución que tanto quería, —¡tantos amigos y compañeros quedaban!— con la impotencia de saber que se instalaba un déspota que se había apunado con el sello de Director y que, seguramente, la iba a destruir...

Escuelas privadas, hogares, hospitales, todo enseña.

-CA.1997-2000-

Un día, cuando ya hacía varios años que trabajaba en la escuela de Nación, la rectora, que a su vez era dueña de un colegio en San Justo, me propuso dar un taller de teatro a contra turno. Fuera de la planta funcional, como contratado, no titular. Esto quería decir que no cobraría vacaciones ni aguinaldo y mi contrato se renovarían cada inicio de año lectivo. Varios compañeros, tanto de la escuela de Nación como de otras, se encontraban trabajando allí. Para mi desgracia no compartía con nadie el turno, estaba solo con mi alma, con los alumnos y una auxiliar muy viejita y muy efectiva. Intenté hacer lo que podía, con pocos alumnos, a los que les gustaba jugar más que otra cosa. La mayoría eran chicos de una clase social media, con características singulares, como todos.

Se notaba que la mayoría de las familias mandaban a sus hijos ahí por el nombre del colegio y algunas propuestas de alternancias, tal es el ejemplo del taller que yo dictaba.

El nombre de la institución hacía referencia a la comunidad italiana y ese dato es algo que tiene peso en nuestra Calabria chica, San Justo para más datos. No hay nada peor que la ambigüedad. En lugares pobres y humildes suele suceder que la mayoría de los chicos jamás pisó un teatro, ni idea tiene de tan sublime experiencia. Cuando se trata de la clase alta sabés que, sino vieron teatro, si pueden haber tenido alguna experiencia o asistido a algún evento de tinte espectacular. El tema es encontrar un equilibrio entre intelectualidad y sensibilidad artística.

La mayoría de los padres de los alumnos eran clase media acomodada, muchos comerciantes, algunos profesionales, una pequeña minoría era hijos de obreros o empleados, que se sentían

mejor si mandaban a sus hijos a una escuela privada. Nos encontramos con gente de buen poder adquisitivo a la que no le interesa asistir a una obra de teatro comprometida. Al menos la mayoría era de ese parecer.

A algunos profesionales, hijos de inmigrantes, lo único que les interesa es la apariencia, tanto o más que a sus padres, y quieren que sus hijos sean profesionales, como si eso los hiciera más intelectuales o más inteligentes. Pero a diario vemos que tener un título profesional no te hace culto, ni mucho menos.

De pronto me encontré que los pocos chicos que asistían al taller creían que les interesaba o que sabían, porque habían ido una vez al teatro, y en realidad no tenían ningún conocimiento sobre el tema o, lo que es peor, tenían ideas erradas al respecto. Si vos venís virgen, sea con expectativas o a regañadientes, o te sorprendés para bien o para mal, genial. Pero saber a medias y mal es lo peor, porque crees que sabés y te sentís con autoridad para opinar, de cajón que vas a opinar pavadas, porque tenés conocimientos con pies de barro...

Ante esta disyuntiva intenté buscar intereses comunes al grupo, pero ninguno de mis intentos ninguno llegó a buen puerto. Me hago cargo, no supe cómo hacerlo, me faltó conocimiento e imaginación. Faltaban, no se comprometían ni se entusiasmaban. Ellos querían ser galanes de novelas y ellas vedettes. Me causaba gracia y ternura, pero la dueña, por más afecto que me tuviera, no lo iba a tomar a bien.

Si bien el taller era optativo se anotaban... porque pensaban que, quizás, sería como la tele, viste. Uno se acercó y me dijo que él quería seguir dirección de cine. A partir de ese momento, ese muchacho terminó siendo casi un ayudante de campo. Dos años me la pasé intentando y fracasando. Llevándolos a muestras, logrando únicamente hacer juegos teatrales. Ni las improvisaciones les llamaban la atención. Hasta que se me ocurrió hacer un video institucional de la escuela, con una introducción de llegada de inmigrantes italianos en función del nombre de la escuela. Esto trajo aparejado que varios alumnos que tenían la tan conocida bandita de rock me pidieran que los ayudara a hacer un video musical, algo que entusiasmó a muchos y logramos filmar con gran éxito. Esa fue la única vez que logré

que todos los alumnos participaran. Luego del corto y los dos videos pudimos presentar unas improvisaciones y el cortometraje. Aunque nunca logré el entusiasmo, la magia, la pasión de preparar una obra de teatro de forma correcta y eficiente. No digo al estilo Discépolo, o una adaptación de Las de Barranco. Algo sencillo no más... Cada vez que faltaban pocos días para una presentación los dominaba el pánico escénico, se descomponían o se tentaban. Parecían de primaria. Por lo menos uno, como dije antes, terminó estudiando dirección de cine. Como consuelo sirve, pero no es la idea.

Terminé yéndome de la escuela cuando esta debió cerrar, porque no daban los metros cuadrados. Era una escuela privada perteneciente a la Nación y al pasar, por la Ley General de Educación, todo a provincia, quedó fuera de las reglas que aquí regían. Al año de cierre, la misma provincia te armaba un colegio en una cochera... pero esa es otra historia.

Un día una compañera muy seria y trabajadora, aunque no muy querida, de apellido [Maleva](#), me dijo:

—Leonardo, soy la directora de una escuela privada que se acaba de inaugurar, ¿quierés trabajar en ella?

Al otro día le pedí a mi padre que me alcanzara, y él, que no entendía nada de educación, me dijo:

—¿A quién se le ocurre poner una escuela privada en este barrio?, además no parece una escuela... —me comentó al dejarme en la puerta.

Como no le puedo decir no a nada, chamigo, sin ver horario, frente al secretario de la escuela, que era uno de los dueños, tomé todo lo que ofreció. La escuela era chiquita —trabajaban, en total, unas diez personas—, el barrio de obreros, el ambiente cordial.

Los dueños, oriundos de un pueblo del interior de la Provincia de Buenos Aires, eran bastante campechanos y agradables. El secretario, el más amable de todos, estaba casado con la hija de los dueños.

Pronto me dejaron hacer... es decir armar muestras, salidas didácticas y hasta acompañar a campamentos a la laguna del pueblo tan querido para ellos. Al término del primer año, en la evaluación

anual, nuestra directora y compañera, quien nos había llevado, desaprueba a todos, menos a mí. ¡Semejante revuelo se armó! Su mejor amiga nunca más le habló. ¡Hay que ser pavo, digo pava!

Poco a poco fui comprendiendo cómo funcionaba esa empresa familiar. En apariencia, como dije antes, los dueños eran los padres de la directora de la primaria, que a su vez estaba casada con el secretario, la hermana de ella y su marido eran socios minoritarios —¿o simples empleados?— atendían el buffet y vendían la ropa oficial de la escuela. La directora de la secundaria, mi compañera, era una simple empleada, al igual que el resto de los docentes. El preceptor —que también era maestro de primaria—, y una auxiliar constituían el staff del secundario.

La comunidad era la típica de un barrio muy pobre, de gente trabajadora, sin estudios, mayormente, obreros de la construcción. Mandaban a sus hijos a una escuela privada, barata, pensaban, probablemente, que sería mejor que las estatales. En el folklore popular se piensa que una institución que no pertenece al estado es mejor. No es así. No hay mejores ni peores. Hay escuelas estatales de excelencia y otras que no, al igual que entre las privadas, todo depende de la gente que la dirija o de los dueños, como en este caso. La verdad que no me importaba, mi trabajo —educar— lo hacía como correspondía, pero iba por el dinero. Ya era un pequeño burgués...

Una mañana al llegar me encontré con que la noche anterior, un chico de la escuela había matado a otro cuando estaban jugando con el revólver del padre. Alumnos, docentes y padres quedamos pasmados de dolor.

No había forma de consolar a sus compañeros. Conocieron la muerte de sopetón, a la tragedia en sí se le sumaba la forma, producto de la suma de inconsciencia y tontería, combinación fatal que no respeta la edad de las víctimas. A partir de ese momento la escuela no fue la misma. La fiesta de colación de grado no pudo tener la alegría que hubiera merecido. Un día, ante una salida didáctica al Delta, a las cuales siempre me acompañaba el secre, vigilante. Me tocó una situación que me puso en una lamentable evidencia. En cada salida, sea la escuela que sea, se armaba un almuerzo comunitario. Cada alumno debía traer una porción de asado, (prohibida la hamburgue-

sa, por no ser nacional y popular), cada cinco una bolsita de carbón chica y compartíamos con los alumnos. Debo ser honesto y aclarar que no puedo tragar un trozo de carne, sin un poquito de la bebida que tomó Cristo en su Última Cena, una medida medicinal pediátrica, obvio. Para no abusar de la confianza de uno de los dueños le solicito al bufetero que me pusiera en una botella de gaseosa un poquito de vino, y le comento lo delicado del tema. Esperando complicidad y viveza de un hombre de bar, de gastado codo por el estaño curtido. Me equivoqué, éste tenía menos esquina que una rotonda.

Asado en boca, se acerca el hombre y me trae una botella de gaseosa de un litro, pero no la de bebida negra imperialista, sino la que sabe a lima limón, con un cuarto de vino tinto adentro. ¡Qué poco estaño, as de cartón ! ¡Cómo me mandó al frente...!

Los años fueron pasando y un día la dire ya no estaba. No era mala como directora, pero no creaba buen ambiente, lo confirmé cuando al llegar a la otra escuela no solo me contaron que la habían despedido, sino que me cuentan atrocidades sobre la mujer...

Cayó un hombre tranquilo, un correntino. De inmediato cambió el trato con los alumnos. La escuela se hizo más amena y familiar, por lo tanto continué participando de los campamentos y hasta de los viajes de egresados. Incluso fui cuando mi segundo hijo recién había nacido... al día de hoy mi mujer no me lo perdona. Yo me justifiqué pensando *Y, unos pesos me tirarán*. Y le erré fiero. *Plata no nay*, decía el tano Darío Vittori. Creo que salí a mi padre por tener tan poca visión en los negocios.

Los años pasaban, la escuela crecía y cobraba fama en los alrededores. Notaba que muchos profesores, iban y venían, es decir, duraban poco y los comentarios sobre los dueños no eran buenos. Como yo entraba y salía de la escuela y casi no hablaba con nadie, no hacía amigos con los compañeros. Eran todos muy serios, pero que Muy Serios. Hacías un chiste y se te quedaban mirando. Al no sintonizar su onda, no me enteraba de lo que pasaba, ni podía escuchar los siempre sabrosos comentarios de pasillo. Así que aunque el trato conmigo siempre fue el mejor, con lucidez me dije que *Esto no pinta bien* y en cuanto pude dejé algunas horas.

Es increíble que a los dos años también despidieran al otro director, y en ese enjambre se instala el tan nombrado Polimodal que ya mencioné varias veces. Con las horas con que me había quedado pasé directamente a la primaria. Ahí me encontré con una secretaria fea y muy mal llevada.

El marido de la dueña se fue de la escuela y a poco nos fusionamos con otra de la que también eran dueños. Llegó una directora nueva, que era abogada. El ambiente cambió radicalmente para mal. Los comentarios de pasillo seguían circulando, pero yo sin poder escucharlos. No pasaba de enterarme de chusmeríos menores. Cuando hay mal ambiente y la directora es déspota, uno precisa saber para estar alerta... por si te quieren echar. Esa mujer le hacía la vida imposible a la gente. Quise hablar con la dire de la primaria, —la hija de los dueños—, para explicarle la situación, que empeoraba día a día. No fue posible, el ambiente era demasiado rancio. *Esta escuela se convirtió en lo que teóricamente se supone que es, solo un negocio*, me dije. Solo un negocio. Comprar barato y vender caro, ya sea pulloveres, autos, casas, droga, salud, educación o ideas. Cada día que iba me encontraba con una noticia que ya no me preocupaba, solo me causaba gracia. Ya había resuelto alejarme de la institución y no me importaba si me echaban o no, pero para los profes jóvenes era otro el cantar, un mundo de situaciones de inseguridad laboral.

Pero al menos la escuela construía más aulas e instalaba laboratorios, aunque eran aulas sin gas natural, ya que no lo había en la zona, por lo cual las aulas no tenían estufas. Como decía Larrea *Una de cal y otra de arena*.

Entre tanto humano suelto apareció otro docente, abogado él, muy simpático, que con su colega —la dire—, parecía que se habían comido la escuela. En ese nido de cuervos me entero que dos maestras históricas de la primaria estaban en juicio con la dueña de la escuela, cuyo abogado era este compañero amoroso. Yo podía llevarme muy bien con la dueña y ser muy amigo del marido, pero ante todo era, y soy, pueblo... y el gen se hace sentir. No me interesaba hablar con la dueña, ella como comerciante haría lo que tenía que hacer. Mi problema era el compañero, con él estaba enojado.

Debería haber estado de parte del trabajador, no de la patronal. Lo agarré a solas y se lo dije:

—Mirá, gordo, me parece que te equivocaste, estás del lado equivocado. Yo no sé porque las chicas se fueron ni me interesa. Pero vos sos compañero de trabajo, sos un igual, ¡cómo te vas a poner de parte de la patronal! Yo me llevo muy bien con Susana y con el marido, pero si yo fuera abogado no estaría de parte de ellos, en tal caso no me meto y punto. Lo tuyo es de chupa medias alcahuete.

—Vos sos un boludo y no entendés nada, no sos abogado.

—Puede ser, pero tengo códigos.

A parir de ese momento no le hablé más, apenas un saludo y punto. Pero la vida da revancha. Las maestras se fueron, no sé ni me interesa si les fue bien o mal, ni quién ganó el juicio. Lo que sí me interesó fue que ese “señor” abogado llegó a director, ya que echaron a la otra directora, su colega. La doctora se enfrentó con él, —¡hasta se habían recibido juntos!— y encima no mucho después falleció. ¿Para que le sirvió el *tregar y pisar cabezas*? Quedó mal, entró en conflicto con su amiga, tuvo que enfrentar juicios. Se confirmó lo sabido: Abogados en la docencia, lo peor...

Pasaron los años, me enfermé, me jubilé, me fui y volví, le pedí a la dueña si me podía dar algunas horas como para no estar en casa tanto tiempo. Así lo hizo... no entiendo por qué, quizás realmente me apreciaba. El colegio, estoy seguro, podría ser mejor a nivel humano, porque los pibes son de primera y hay profes, —como siempre, son profes jóvenes—, con un potencial que en la mayoría de los casos se desperdicia. El viejo preceptor —que era profesor en lengua—, estaba como director, procurando mantener un inestable equilibrio entre la patronal y los trabajadores, dentro de un clima laboral aceptable.

* * * * *

Una tarde, viajando de una escuela a otra entró una llamada en mi teléfono celular. Una voz femenina, muy aguda, luego de presentarse me propone una reunión en una gran escuela privada de Ramos Mejía. *¿Qué querrán conmigo?*, me dije. Al otro día estuve en un flor de despacho, de quien creí debía ser el director, pero no, era el despacho

de la secretaria privada del jefe de personal. Ella era la dueña de la voz que me llamó. Menos mal que llegué temprano, a la hora exacta me atendió un hombre de dos metros de alto, cabello muy rubio –corto–, de nariz pequeña y voz grave y pausada, que me dijo:

—No me entregue su currículum, cuando se retire se lo deja a mi secretaria, ya lo hemos investigado.

Epa, che, pensé...

Se presentó, tenía un apellido germano imposible de pronunciar –doce consonantes, con una pobre vocal, una A, en medio y con diéresis– y me comentó que el profesor de teatro que tenían se había ido a hacer un curso a Moscú... (¡y yo que solo asistí a una charla de mimos en José C. Paz y tuve que juntar monedas para la nafta!).

—Lo único que tiene que hacer, profesor, –me dijo el hombre, poniendo distancia no solo profesional, sino en metros– es terminar de dirigir la obra.

Los alumnos habían escrito una adaptación de un cuento de Borges. Me mantuve sereno, aunque por dentro sentía pánico –*¿podré?* me dije– y acepté la tarea. Antes de irme me mostró el teatro, las salas del teatro San Martín no tenían nada que envidiarle. El sábado estuve ahí y llegaron mis treinta y tres alumnos. Todos parecían hijos del director, igual de rubios y altos. Los chicuelos manejaban motos japonesas y alemanas, y autos de igual procedencia. Muy educados y serios, luego de presentarme se quedaron mirándome como diciendo, *¿Y...?* Comenzamos el ensayo. Los vi actuar y me pregunté para qué me habían llamado. Parecían actores y actrices del conservatorio. Cuando llegó la parte de un duelo a facón un alumno tomó un bandoneón y lo tocó al estilo Pichuco. La alumna que recitó a voz oculta parecía Lola Flores. *¿Y si me vengo yo a estudiar aquí?* me dije. En un descanso pregunte por qué habían elegido el taller.

—Porque es obligatorio –me respondieron.

—¿Alguno va a seguir estudiando teatro?

—Nooooo... yo ingeniería, yo medicina, yo económicas, yo abogacía, y yo concertista de piano, yo violín, yo oboe...

Todos iban a estudiar, pero ninguno teatro, ninguno maestro, ni uno profesor... Todos como papi o mami.

La presentación fue un éxito, todo Ramos y Haedo estuvieron ahí. Algunos políticos, gerentes, terratenientes, generales y los comerciantes más reconocidos del lugar. Aunque yo no lo podía creer al término de mi suplencia el director me propuso continuar el próximo año, como ayudante del profe titular. Hasta aparecieron algunos padres agradeciendo mi labor. Todos los alumnos muy amables y educados me saludaron mostrando gran respeto. Eso sí, con distancia, dejando un espacio de por medio. Pero me mató uno que vino y no solo me dio la mano muy cortés, sino que sonrió y todo. Y no va que una chica en semejante osadía afectiva me dio un beso en la mejilla. Salí extasiado ante tanta emoción. Aunque en el fondo debo decir que la experiencia fue muy enriquecedora, pero uno debe estar donde se siente cómodo. No eran ellos, era yo...

El celular comenzaba a servir para algo, además del uso que le daba mi señora –saber a qué hora ponía la cena– recibí otra llamada por trabajo. En este caso fue la voz de un hombre la que me dijo que era médico psiquiatra y que le interesaría hablar conmigo sobre una propuesta diferente. *¡Zas!*, me dije, *Mi mujer consiguió un tipo para internarme.*

Al otro día concurrí adonde me había citado, un geriátrico y hospital privado, de la península itálica, de la zona de San Justo. Cuando llegué vi a una persona que se encontraba sentado en las escaleras, vestía un guardapolvo blanco, y estaba masticando una pajita de pasto a lo Alberto de Mendoza. Le dije:

—Disculpe señor. Soy el prof...

—Ah, sí, sí, lo estaba esperando, yo soy el Doctor Neurina, el que lo llamó. Lo está esperando el jefe, el licenciado Dramatello.

La propuesta era integrar un grupo para trabajar para los ancianos. Dicho grupo estaría formado por un psicólogo, un psiquiatra, un kinesiólogo, y el profe de teatro, o sea yo. La verdad que me pareció bárbara la propuesta, y ahí estuve, también sábados y domingos, lindos días... Al principio fue ad honorem, y la noticia no me hizo nada de gracia sabiendo a quienes les iba a regalar mi trabajo. No me refería a los ancianos, sino a los dueños del hospital. Pero el jefe se portó y gestionó mi contrato. La mayo-

ría de los ancianos eran italianos, algunos de ellos habían pasado la Segunda Guerra y unos pocos hasta habían sobrevivido a la Primera. Eran muy hoscos y desconfiados. Las primeras que se acercaron fueron las chicas noventonas.

Si bien había trabajado muchas veces con adultos y algunos ancianos muy mayores, nunca lo había hecho con todo un curso de ancianos, entre los ochenta y noventa y cinco años. Bien pre-dispuestas para actuar la mayoría y las que no, al menos tenían curiosidad por ver como venía la mano. Lo primero que hicimos fue escribir sobre algo que les gustaría contar sobre su vida. Me llevé a casa la Biblia, la Torá y el Corán juntos para corregir. A partir de lo que me contaron, les dije, que luego trabajaríamos una improvisación sobre esos textos, sobre la vida de una de ellas. Descubrí que muchos sabían tocar algunos instrumentos, y si hay algo que une a la gente y atraviesa fronteras es la música. Ante la propuesta de tocar o cantar frente a todos, el “no” fue rotundo. *¿Por qué no?* les pregunté, si se animan a cantar en grupo *¿por qué no para todo el hospital?*, pero no había caso. *Entonces traigamos a alguien que cante y los anime*, me dije. ¿Y a quién tenía más a mano?, a mi compañero de la escuela de Nación, el puntano que ya era mi ahijado, el profe La Angosta. Y como a un padrino no se le dice que no, le pedí que viniera una tarde a cantar. Pobre mercedino, no sabía de qué forma zafar.

—¿Para viejos tanos, yo, folklore cuyano? Pero vos estás loco, ruso. Me van a tirar con brócolis por la cabeza.

—No son únicamente tanos, hay gallegos, rusos, turcos, gente de tierra adentro como vos... es más, hay de todas las religiones, católicos, judíos, musulmanes, protestantes y hasta una señora ortodoxa griega...

—Andá..., estás exagerando.

—¿Yo?, no... Seguro. —No le mentía, pero él dudaba....

Luego de tres días de insistir, al sábado siguiente por la tarde se apareció con su guitarra. Dos horas cantando a los gritos, sin micrófonos y para ancianos que apenas escuchaban, —sin pretensión de ser agrandado— a eso yo lo llamo un éxito. Nunca le comenté hasta qué punto sirvió ese favor que me hizo y que solo fue pagado con un vaso

de buen vino en mi casa. A partir de ahí todos los que sabían tocar algún instrumento comenzaron a tocar y cantar. Algunos de sus hijos traían sus viejos instrumentos, olvidados en sus casas. Sorprendido escuché gente que interpretaba bandoneón, acordeón a piano, arpa, piano y violín, hasta una soprano italiana con la voz gastada y sin desafinar una sola nota nos deleitó acompañada por un polaco que hacía hablar al arpa.

Y al ser una comunidad bastante heterogénea, por aquello de que iba el que podía pagar, hasta hicimos una especie de concierto. Volvían a vivir... Canzonetas, zarzuelas, tango, polca, jotas, tijera, chacareras y zambas. Esto me dio pie para poder presentar una obra de teatro, que era lo que quería, aunque mi sueldo ya lo había justificado. No había que ser un erudito para darse cuenta de que el tratamiento era un verdadero éxito. No faltaba ni sobraba nada, con el grupo habíamos formado realmente un equipo de trabajo. Este psicólogo había tenido una idea fantástica.

Volviendo a lo nuestro no servía trabajar el cuerpo o la desinhibición, los ancianos son, en su mayoría, caraduras, más después de esa experiencia. Pero no había tiempo no porque se fueran a terminar las clases, ahí se terminaba la vida. Y, sin ser macabro, se me estrujaba el corazón al ver la cama vacía de un alumno que ya no iba a venir. Nunca los pude ver como pacientes, soy profesor, para mí eran alumnos... El hospital, o geriátrico, no era lo mío, debí asumirlo. Todos sabemos de esa característica de la memoria de los ancianos, recuerdan hechos viejísimo y se olvidan lo que hicieron hace un rato... como me pasa a mí. Recuerdo todo esto que es viejo y no recuerdo qué hice ayer. También sabemos de la tremenda necesidad de contar lo que han vivido, sí, igualito que yo con todo esto... Las primeras cuatro clases nos dedicamos a escucharnos hasta que un señor comenzó a contar cómo el padre de chico le enseñaba a cubrir los tomates para que el viento frío de la montaña no los dañara. De la magia y la emoción que se produjo al recordar a un padre severo, se pasó al bombardeo de los ingleses y después al bombardeo de los alemanes. A las violaciones de yanquis y rusos... Escuchamos con sumo detalle la crueldad de la guerra, como seguramente sus hijos y nietos nunca quisieron escuchar. Es así, escuchamos a los otros, a los

nuestros no. No por mal, sino porque está ahí y lo tenés. Sabés que cuando quieras están, hasta que desaparecen. Como improvisar una guerra, el hambre, el odio hacia las razas, ¿estaba haciendo bien, o no era esto lo que se esperaba de este trabajo? Se estaba transformando en psicodrama. Por un momento me encontré desconcertado, me sentí culpable, hasta que entendí que ellos lo tenían mucho más asumido de lo que uno piensa.

Tras dos años de trabajo, había llegado el momento de presentar, ese fin de año, la improvisación que más les gustaba, basada en un guión que habíamos armado, hilvanando algunas de las historias contadas por ellos mismos. Muchos se peleaban porque fuera la suya la elegida para ser representada. Al final le entregábamos un diploma, diseñado y confeccionado por una preceptora compañera de la escuela de Nación. Muchos lo tomaban como si se hubieran recibido de ingenieros nucleares. Volví a tener el mismo sentimiento de cuando era joven. Seguía sin gustarme el trabajar con la muerte, no es lo mío. Debo ser honesto, había otro punto que no podía soportar, durante el año se iban muriendo la mitad de los alumnos. Ante lo lógico, brota de adentro lo que uno es. Pero a pesar de eso para mí no es lógico pensar en renunciar.

El viejo geriátrico se iba a transformar en una subsección del hospital central, con unos pocos abuelos como para que nadie dijese que no se estaba respetando la donación de esas tierras para tal fin. Antes de que desmembraran el grupo renuncié, sintiendo culpa y una sensación de no haber luchado, pero no era mi ámbito.

¡Qué bien que le hizo a esas personas!, reflexionaba, pensé que quizás estábamos sentando un precedente, iniciando una senda que otros podrían transitar, pero no... lamentablemente, ahí quedó todo. Los geriátricos están para otra cosa... son un negocio.

En esa época (1998 aprox.) trabajaba en una escuela con un profesor que era director de estudio de un terciario, un profesorado privado católico. El hombre, sabiendo de esta especialidad extraña que tenía, me invita a que le diera clases a los estudiantes del profesorado para la enseñanza primaria. Como en esa misma institución se cursaba la carrera de Ciencias Naturales, él mismo me insistió que

cursara las materias de zoología y botánica, que sumadas a las humanas, ya rendidas en medicina, podría obtener otro título.

Fue la única vez que trabajé en un profesorado, enseñando la didáctica de juegos teatrales para que los maestros lo aplicaran a sus alumnos de primaria. No se podían presentar ni obras ni improvisaciones, según programa. Pero pude comprobar cómo a la mayoría de los docentes de esa área, les interesa utilizar los juegos teatrales para elaborar con los alumnos, no solo un clima propicio de juegos y desestructuración, sino por aquello tan importante que es sacar de adentro lo que está pasando en sus hogares. Ahí está el meollo del asunto, siempre es la casa, y ésta es la única manera de meterse adentro del alumno. Pero los genios de la educación ponen talleres de teatro para que los pibes hagan a fin de año El Quijote. ¡Giles, no entienden la herramienta que se pierden...!

Terminé renunciando, el viaje era trasmano, el horario de los sábados cada día me pesaba más y el cargo que tenía en la escuela técnica cada vez me absorbía más. Así era, ya me podía dar el lujo de elegir...▪

* * * * *

Años después, hacia el 2000, gracias a unas charlas que había dado en colegios de abogados, contadores y en distintas cámaras de comercio e industria, por mi cargo en la escuela técnica, me llamó un ingeniero que trabajaba en la Universidad de Ingeniería Obrera. La idea era que aportara datos y realizara los contratos con empresas a través del sistema de pasantías. En realidad sería un ayudante del encargado, a mí me convenía porque me pagaban por empresa. Ya me había hecho muy conocido en el ambiente industrial. Esta gente pensó que podía ayudarlos a conseguir más empresas para las prácticas universitarias. El hombre se había quedado sin fábricas gracias a Menem, y a mí no es que me sobraran, todo lo contrario. Pero ya que por años tuve ese cargo, me era relativamente fácil suplicar un puesto. Me propusieron trabajar por contrato ya que el presupuesto no daba para trabajar como efectivo en planta.

—¿Entonces...? ¿cómo me van a pagar?

—En negro... no, mentira, hacemos una especie de contrato.

—¿Es posible eso en una universidad estatal?

—Todo se puede, mi amigo.

Por lo tanto mi trabajo era decirles a las empresas que tenían a mis alumnos practicantes de secundario técnico, ¿quiere usted pasantes universitarios? Sí o no, avisaba al ingeniero, el tipo hacía el contrato y me pagaban.

De la misma manera, me llamó otro ingeniero de una universidad que hacía poco se había abierto en la zona. Me propuso exactamente lo mismo y acepté. Con el tiempo la situación en estas universidades se fue regularizando y la industria creció exponencialmente, a partir del 2000, lo que llevó a que un día me intimaran cordialmente...

—Bueno, usted, deberá firmar un contrato y deberá cumplir un horario para realizar este trabajo.

Ahí radicaba el problema, para esa época ya tenía dos cargos y no tenía tiempo ni para respirar.

—No, gracias, —les respondí.

Huí antes de que me agarraran de las pestañas. El dinero no era tanto y no necesitaba decir que trabajaba en una universidad. Todo esto sucedió unos pocos años antes de jubilarme, el trabajo me sobraba, y los problemas también. El dinero me faltaba, pero ya me había acostumbrado, no iba a crecer más en mi vida de lo que había crecido, o sí y en tal caso no me interesaba. Dejé ambas universidades, sin haberme enterado ni siquiera de qué trabajaba en ellas, ya que a las dos iba una vez por mes como mucho a cobrar y a llenar datos en la computadora sobre las empresas intervinientes en las pasantías.

* * * * *

El último asentamiento en [que trabajé fue en](#) el de Laferrière, en una casa que se encontraba a unos doscientos metros de la vía. Fue la única vez que me tocó vivir una inundación —de casi tres metros y medio de agua— y debí nadar en una calle.

Un pastor protestante que había sido alumno en una escuela de adultos, me propuso dar clases en su templo, ad honorem como correspondía. *Será de Dios...* —me dije—. *¿Pero, por qué gratis?* Bueno, es obvio, a uno se le nota...

El templo era una prefabricada de cinco metros por diez y unos dos metros de alto. Por un convenio que había hecho el enviado del señor con la Dirección General, se instaló el sistema “fines-coa”. Eran clases semi presenciales. Los inscriptos tenían así la oportunidad de terminar el secundario para personas mayores. Trabajé solo un año, y no gratis, en ese lugar, pues se mudó y ya no podía por los horarios. El nivel era bajísimo, con gente que tenía mucho entusiasmo pero que hacía años que había dejado de estudiar, y se notaba.

Logramos que muchas personas terminaran sus estudios y para mi sorpresa muchas de ellas luego intentaban estudios terciarios o universitarios, incluso algunas lograron recibirse.

Una tarde se largó una tormenta típica de primavera otoño, como la moda. Al auto lo dejaba del otro lado de la vía, ya que por días estar dos horas para cruzarla. Una de las señoras me dice:

—Profesor, mire que se va a inundar.

—Bueno, —le dije sonriente—, no hay problema.

—Si usted lo dice...

Y sí, yo pensé en el auto, y del otro lado no se inundaba. A los cinco minutos vi como el piso se mojaba y el agua entraba gradualmente.

—Dejamos por hoy, mañana seguimos —dije.

—Ya es tarde —escuché del fondo del templo.

Cuando abrí la puerta, la calle no existía. Gente que corría, chicos que gritaban. Aparecieron en seguida las pequeñas canoas de plástico. Como buen asentamiento en tierras fiscales, no estaban aptas para que la gente viviera.

Muchos de los inmigrantes de países hermanos vienen escapando del hambre, —a veces del hombre—, llegan y se quedan a vivir en cualquier parte. Cuatro maderas y una chapa y aunque no lo crean ya están mejor que en sus lugares de origen. Aquí había, para esa época, mucho trabajo. Menem ya se había ido, De La Rúa también y un tipo poco conocido estaba haciendo las cosas bien. Inmediatamente tomé mi valija y la puse sobre una estantería, quise correr pero no había dónde. No quería ayudar, me quería ir, no me quería mojar ni embarrar. A la noche debía seguir trabajando, eso solo pensaba. ¡Qué pedazo de bestia! No me interesaba en la gente

que se quedaba sin eso que le decían casa, no pensaba en los chicos, yo pensaba en mis zapatos... Pero apareció el pastor.

—Gracias, profesor, por quedarse y ayudar.

Me sentí de lo peor.

Terminé ayudando a subir algunos colchones a los techos, llevar chicos a otras casitas sin tanta agua. Luego de cuatro horas que parecieron cinco minutos, dejó de llover y el agua se estancó.

—Tranqui, profe, —me dijo un vecino— en dos días baja.

Me llevaron hasta la vía, con mi valija, en una canoa verde limón. Falté a la escuela de la noche y me fui a mi casa pensando en todos los hijos de puta que piensan que esa gente son vagos, que dicen que no deben entrar al país, los que dicen que son todos delincuentes. Comencé a sentir que había mucho humano suelto, amigo, pariente, compañero a mi lado que no valían tanto como pensaba. Sin darme cuenta tomé distancia afectiva. Había algo que se estaba rompiendo. No los iba a dejar de querer, pero es como comparar el primer amor con el último. Seguro que el último es más permanente, pero nunca será con la inocencia y la espontaneidad del primero.

Experiencias distintas, negocios y dolor.

La colonia [ca. 1980]

Un día, ante la falta de dinero para irnos de vacaciones, con mi mujer nos preguntamos por qué no armar una colonia para chicos. La idea germinó en nuestras mentes durante el invierno. Como buen profe de teatro yo tenía una cierta idea de como debería ser, aunque era pura teoría, nunca antes había encarado tamaño emprendimiento solo. Justo se dio la invitación de un ex vecino, que era profe de educación física, a su casamiento. Él, justamente estaba armando una colonia, y muy grande. Le comenté nuestra inquietud y nos invitó a sumarnos a la suya. La experiencia no fue buena, pero aprendí mucho, como por ejemplo que o yo soy muy bohemio o a la gente le gusta mucho el dinero...

El primer año participamos en su colonia. El año siguiente lo terminamos siendo socios, mi amigo, su socio –su colectivero– mi mujer y yo. Luego nos distanciamos, teníamos ideas muy distintas de lo que es la educación. Sí, ya sé, los equivocados éramos nosotros, eso era un negocio... De manera especial nos gustó la idea de trabajar con orfanatos, primero que nos gustaba por el solo hecho de trabajar con chicos que lo necesitaban y segundo, que sumábamos una cantidad importante yendo a solo tres lugares, sin tener que hacer toda una recorrida para recoger a los alumnos. Uno de los motivos que nos separó con mi amigo, era mi idea sobre el cooperativismo. Yo creía, creo aún, que los docentes no eran empleados nuestros, sino que si se sintieran socios, trabajarían mucho mejor. En coherencia con nuestra idea, al año siguiente implementamos la preparación de los chicos que se habían llevado materias a marzo, durante el mismo horario, después del almuerzo. Además, agregamos

talleres de teatro, manualidades y los tan lucrativos campamentos de los viernes. Luego de tres veranos nos cansamos, como además se venía nuestro primer hijo, decidimos abandonar esa labor. La verdad que ganamos un dinero extra que nos vino muy bien. Tal es así que nos animamos a meternos en una plan para un cero kilómetro y un dúplex. ¡Viste como, casi sin darme cuenta, me había transformado en un capitalista! Ya era parte de esta inmundicia sociedad.

Nuestra academia [ca. 1993]

Nuestro primer vástago estaba en camino, y la implantación del polimodal –cuya intención era que nadie se llevara ninguna materia–, con lo cual las clases particulares que daba mi señora dejaban de tener sentido, decidimos poner en nuestra propia casa una academia y librería con imprenta incluida. De esa manera, ante la propuesta de que todos los espacios curriculares se dieran en el mismo lugar, además de preparar chicos de primaria, secundaria, terciarios y universitarios, vendrían muchos más. Nosotros conseguíamos los alumnos, prestábamos el lugar, y el docente que daba clase se llevaba el setenta por ciento de la ganancia. Preparábamos apuntes, y ayudábamos a armar tesis, nada mal para tres aulitas.

El proyecto resultó... hasta que la malaria de la era Menem y la imposibilidad de comprar esa casa que queríamos, nos hizo desistir del negocio. Terminamos cerrando, y el soñado dúplex se transformó en un terreno en el que levantamos una casa, humilde, pero con pasto y espacio, que era lo que nos importaba que tuviera nuestro hijo.

La televisión [ca. 1997]

Ya en pleno desastre económico de ese vendepatria de Menem, un día, un par de periodistas, se aparecieron en la escuela técnica para hacerme un reportaje. El tema era un sistema del cual yo era el jefe, por las características que tenía de inserción al mundo laboral. No vinieron por lo bien que desarrollaba mi cargo, sino que el diario que me hizo el reportaje, era el padrino de la escuela. Era el diario de la corneta, obsecuente del gobierno neoliberal, cómplice de los desmanes y actos de corrupción. Vienen y me hacen un reportaje

sobre lo bueno de este sistema que vinculaba a los alumnos con el mundo laboral, en un país tan industrial como el nuestro. Yo, por adentro sentía una cosa que me enfurecía, pero no dije nada, solo me importaba promocionar el sistema, mientras que andada desesperado buscando empresas para los alumnos, puesto que todos los días se cerraba una distinta. Gracias a esto comenzaron a llover reportajes de programas de televisión, radio, y hasta me pagaron para dar charlas. Me hicieron reportajes de otros países y hasta tuve una propuesta para ir a la república caribeña que no acepté. No me preguntes por qué, no lo sé.

Un día me llaman del canal patriota. No solo me hacen un reportaje, sino que me invitan a trabajar como columnista de educación en un programa que, en plena era de Menem se llamaba *Revolución industrial*. Jajajajaja, ¿te lo imaginás?... *Revolución Industrial*... ¡Por Dios! Iba en el horario central de la cinco de la mañana, grabándolo un día antes a las once de la noche. Duró solo dos meses, es decir, ocho programas, ya que no era un contrato. Me llamaban y me decían, véngase el martes, lo esperamos el martes, no se olvide del martes. Y el martes a la noche iba, grabábamos el martes y me pagaban. Hasta que luego de expresarme contra el polimodal me dijeron, el martes no venga. No podía no decirlo, el polimodal no acreditaba a los técnicos, y las colegiaturas no le daban las matrículas. El programa era visto por una multitud, así que se enteró toda la humanidad... En fin, pero también ayudó a mi economía ya no tan devastada, o sí... no sé, no soy buen parámetro, dado que soy muy conformista con el dinero y pésimo administrador. A todo esto a esa altura de la vida ya tenía unos doce años de antigüedad en la docencia.

La escuela especial [ca. 1997]

Durante una cena típica de docentes por festejos patrios, en Rafael Castillo, una profesora que no conocía se acercó y se presentó.

—Hola, profesor, dicto las clases de técnicas de estudio. Además soy profesora para alumnos especiales. Mi especialidad es hipocácicos.

Estaba con un huesito de asado en mis manos, dispuesto a darle un mordisco... me quedé con el bocado frente a la boca.

—Sí, un gusto. Mi nombre es Leonardo, decime.

—Mirá, trabajo en una fundación aquí nomás en González Catán y estamos armando un equipo de trabajo para todas las especialidades.

Me interesó a tal punto que mi bocado cayó al plato junto a mi ensalada de lechuga criolla y tomate sin cebolla.

—¿Con internación? —pregunté intrigado.

—Por ahora no.

Ella se puso cómoda al darse cuenta de mi interés. Se hizo lugar entre el tano de biología y yo.

—Ya estamos con un profesor de no videntes y una especialista para chicos Down. Ella se ocupa de algo que casi no hay, que son los fronterizos.

—¿Y vos me estás ofreciendo trabajar con ustedes?

—Bueno tanto como trabajar no, porque no tenemos un sueldo.

—Pero vos me decís que es una fundación.

Ya no me gustó la idea. El traslado, la nafta, el tiempo. Mi mujer iba a pegar el grito en el cielo.

—En realidad se cobra una especie de cooperadora, obvio, no obligatoria. Y de ahí sacamos el dinero para lo que vamos necesitando.

—Sí, me imagino. Y lo más seguro que pongan guita de su bolsillo todos los días.

Ella sonrió sin necesidad de afirmar.

—Pero, profe yo no tengo ninguna de esas especialidades y no me gusta para nada el psicodrama. En algunos casos se dispara mal y todo se te va al cuerno. Termina siendo mucho peor.

—Nosotros necesitaríamos que hagas un pequeño taller de juegos teatrales.

—Sí, pero yo sé como termina eso. Termina con una improvisación que los mismos chicos intentan representar. Y en esa improvisación por momentos todo se complica. ¿Y qué hago yo con un chico especial?

—Nosotros te ayudamos, ¿te animás?

—Bueno, le respondí —ya lo había resuelto a la primer palabra, aunque sea quizás fuera por curiosidad.

El miércoles por la mañana estuve ahí. Me estaba esperando un señor de unos cincuenta años.

—Hola, profesor, soy el padre Raúl.

Cagamos, un cura, me dije, ni un mango voy a ver. (Nombro tanto el dinero que pensarás que soy materialista. No me hagas enojar, che, te juro que no. Pero estaba terminando mi casa y no me alcanzaba ni para comer).

—Mire, profe, las instalaciones son precarias, dividimos a los chicos por grupos de una hora.

Al rato estaba en mi especie de aulita. Tan pobre como algunas de las escuelas que ya había trabajado. Pisos de cemento, paredes sin revocar y techo de fibrocemento. El primer grupo con los chicos sordomudos y la profe ayudando; un éxito. Segundo grupo, con los chicos no videntes y el profe, un éxito también.

Tercer grupo, con chicos Down, fonterizos y con problemas físicos severos, en silla de ruedas (pero eso no era el problema.) con enfermedades cerebrales motoras importantísimas. Algunos con una inteligencia extraordinaria, otros no hablaban ni escuchaban.

Y el último grupo era de niños autistas. Cuando salí al medio día no podía más. Estaba contracturado, me dolía la cabeza. Al llegar a la calle, salió el pobre cura que venía de revocar con los profes una pared del fondo.

—Profesor, lo venimos a felicitar. Me han comentado los docentes que tuvo un enganche maravilloso. Gracias profesor, muchas gracias. Quédese tranquilo los viáticos los abonamos una vez por mes.

—No, por favor.

Todos me dieron la mano y un beso.

Estaba callado, atónito.

—¿Les puedo decir algo? ustedes están locos. No sé cómo hacen, no sé cómo aguantan, esto es muy triste para mí.

La profe que me había contactado me explicó:

—Lo que no hacen los gobiernos lo hacemos nosotros, el pueblo. Sonreí y me fui.

Como siempre le mentí a mi mujer y le dije que había tomado unas horas y que tenía muchas horas libres en el medio. Todo quedaba en la nebulosa de horarios, deudas, escuelas y peleas.

Trabajé un mes, había logrado comenzar con los juegos teatrales, pero era consciente de que no podía evitar mi falta de preparación con los chicos con problemas de neuromotricidad. Me pasaba lo peor que le puede pasar a un docente: me daban lástima. Los tomaba de las manos, quería que me entendieran, les susurraba al oído, suave, alto, bajo. Sus temblores, sus movimientos, su ausencia me lastimaba. Me sentía impotente, fracasado, vacío y sin nada para entregar.

—Mire, padre, —le dije una mañana al cura—: no estoy haciendo bien las cosas. Con los dos primeros grupos todo va viento en popa. Pero no estoy capacitado para los chicos que...

No me permitió seguir.

—Pero me dijeron los docentes que lo hace muy bien. Algunos chicos están respondiendo a sus estímulos. Usted es bueno en esto.

—¿De verdad? —sonreí— ¿no me miente?

—No, jamás lo haría. Pero convengamos que si te hace sentir mal no podés seguir.

—No sé, padre, voy a intentarlo.

La próxima semana estaba ahí, cuando llegué me quedé en el auto mirando la puerta del lugar. Estacionado a unos metros sobre la calle de tierra, miraba, con mis dos manos agarradas al volante, recosté mi cabeza sobre el mismo volante y de costado observaba la puerta desde adentro del auto. Debía reconocer mi fracaso, más allá de que estaba haciendo bien o mal. No lo estaba disfrutando. Era mi fracaso, no servía. Como buen católico con genes judíos la culpa se apoderó de mí. *Soy una mierda*, me dije. *¿No me interesan estos pibes?* Era un sentimiento contradictorio, me emocionaban, me hacían llorar, me sentía impotente, sufría, cuestionaba a Dios por el libre albedrío, sentía la injusticia de lo divino. Dejé de tener fe... Un ruido me llamó a la realidad, eran los golpes suaves de los dedos en la ventanilla mojada por la lluvia del cura.

—Abrí la puerta.

—Buen día, padre, ya voy.

Estaba tomando fuerzas.

—Venga, que tengo unos mates para usted.

Me senté en la precaria cocina sobre unas bolsas de cemento.

—No lo soporta —me dijo.

Rompí el silencio acumulado:

—No, disculpe, no puedo. Pero me puedo quedar con los dos primeros grupos.

—No quiero que se enoje con Dios. Todos tenemos un camino. Usted no es mejor ni peor.

—Pero hoy me quedo.

Mientras preparaba el mate como parte de la ceremonia dominical, suspiró y me dijo.

—Como usted quiera, no está obligado, Leo.

Di mi clase más relajado, hasta lo hice mejor. Nadie me dijo nada. Al terminar al mediodía, cuando entraba al auto, se acercaron todos los profes, la mayoría de mi edad, y algunos más jovencitos. Me distraje pensando *Pero yo también soy joven todavía... o ya no tanto...*

Mi compañera me dijo con una sonrisa, medio adivinando parte de mis divagues:

—No te hagas problema, Leonardo, ya nos estamos contactando con otro profe, lo hiciste muy bien.

Me dieron un abrazo y un beso.

El Multi(uni)verso: Nación, Provincia, Técnicas, ex Nacional, EGB, ESB, Adultos...

–CA.1996-2000–

[Nación transferida]

Comenzaron los actos públicos de reubicación que se mezclaban con los ya comunes de designación de horas. Otra vez la desorganización y la gente que se peleaba a gritos. La desesperación por poder seguir trabajando, ni hablar de quedarte donde estabas. En uno de estos actos públicos, (el segundo de mi vida) iba a reubicarme, vaya a saber dónde. Pero antes pude observar que había una horas en distintas escuelas que nadie tomaba por los horarios, por el número de inmediato te dabas cuenta si era histórica de Provincia o era una de Nación transferida. Las escuelas de Nación no eran muy amadas ni por los inspectores ni por los docentes. Los inspectores porque las consideraban elitistas no porque exigieran más, ni porque los profes fueran mejores –de hecho, eran los mismos– sino que los programas eran mejores y, fundamentalmente lo que sucedía era que los rectores era verdaderos gestores, no pusilánimes que todo se lo debían consultar al inspector. No caía bien ese hecho, maltrataba el ego del inspector. Para los docentes que nunca habían trabajado no eran apetecibles, porque no tenían ruralidad. Y eso, mi estimado, para un docente es como sangre para tiburones... no sé si te cabe la comparación. Así que aproveché la situación y de inmediato tomé algunas horas, en lo que viniera, fuera exNación o Provincia de siempre, me daba igual.

A la primaria que fui a parar fue a la escuela de Rafael Castillo, que me recibió con los brazos abiertos, aunque poco duré por las complicaciones de horario que me traía. Había pasado del turno vespertino y de la noche, al de la tarde y se me superponían las ho-

ras. Llegaba tarde a otros colegios. Pedí un MAD (Movimiento Anual Docente), y más horas perdía.

La escuela de Nación era una unidad académica con inicial, primaria, secundaria, terciario, oficios y helipuerto. En ese monstruo, a la noche, se ocupaban unas aulitas de una vieja escuela, también de Nación, pero paria: no tenía edificio, y compartía el turno con el profesorado de la principal. El director era una persona muy hábil, hijo de un conocido director de antaño, tenía gran muñeca y el carácter suficiente para que semejante yacaré no se comiese al pobre carpincho. Era la típica escuela de Nación, muchas horas para pocos profesores, todos se conocían hasta el tono de voz al saludar. Agueridos y luchadores ante la pequeñez mostraban sus dientes cuando les querían quitar algún espacio.

Peticiones de todos los colores para que les consiguieran un terreno que hasta hoy, por lo que sé, nadie les dio. Nadie –ni en Nación, ni en Provincia, ni en la Municipalidad– tenía ganas de donar unos metros cuadrados de tierra, como algunos grandes patriotas habían hecho en años anteriores.

El alumnado se componía de jóvenes y adultos, es decir, que había dos sistemas con mucho sentido de pertenencia a ese gran colegio. Con un diálogo político muy similar entre alumnos y docentes. Lo explico porque esto es importante, pues pertenecer a otra rama educativa implica más papeles, una pesada burocracia.

En el establecimiento funcionaban varias ramas: inicial, primaria, la media (secundaria), la secundaria de adultos, y el terciario, cada una con su director. Muchos jefecitos, pero más allá de mis sornas con lo de los jefes, era razonable esa situación, ya que cada rama era, y es, *un mundo de sensaciones*, diría Sandro. Más que sensaciones deberíamos hablar de problemáticas a resolver. No te olvides, mi estimado lector, que en la educación bonaerense Nada es para mañana, Todo es para ayer. ¡Ya, ya...! ¡Urgente! porque viene el cuco y te comerá y se termina el mundo. O sino te llama tu bendito inspector o peor aún, viene a la escuela y te empieza a pedir papeles de cuando los vikingos llegaron a América complicándote bastante la

existencia. El director de esta escuela no aceptó la reubicación de sus horas en el EGB; ESB, Polimodal y todas esas yerbas que se habían inventado. Suspendido, sumariado, mal visto, despreciado y orinado por los perros. Gallego Cabezón, se encaprichó, hizo lo que todos pensaban, pero nadie se animaba por olfas, chupamedias, y se salió con la suya. Ganó el juicio pero no ganó un peso. Se quedó con su cargo y horas, sin embargo no se llegó a jubilar, murió antes de un infarto. La Dirección General de Escuelas, como Dios, te da la vida y te la quita.

La Técnica de Villa Celina, *la escuela del Tano.*

Cuando fui a este colegio ya sabía con qué director me iba a encontrar, era un viejo lobo de mar, que había sabido pasar por los mareas más infectas de sirenas con cantos somníferos, especializadas en hundir los acorazados mejor armados. Luego de un saludo afectivo pero distante, dado que me había visto en alguna reunión del gremio, y le cayó bien algún comentario que hice. Nada más que eso y sin demasiada confianza, me tiró los pormenores del curso, y con escasas explicaciones de los dime y diretes de su equipo, me largó como todo un caballero, creo que para no dar una impresión de chusma y conventillero. Al entrar al sexto, con una materia como resistencia de materiales me dije, bueno esto hay que verlo en el laboratorio, el que, obvio, no existía.

Llenar de problemas teóricos a los pibes es muy divertido para desaprobarnos, pero los pibes tienen que aprender a llevar lo teórico a la práctica. Soy un convencido de que todo se debe ver y palpar. Me pareció una buena estrategia dado el poco tiempo de la suplencias, hacer distintos moldes con materiales en proporciones no santas, como empresa que ningunea el cemento u otras sustancias de construcción. Someterlos a una presión excesiva, hasta que se parta o presente fisuras, para que los pibes vean lo que podría suceder. ¿Cómo hacerlo sin una máquina de resistencia? Tomé prestado de otra escuela técnica en la que trabajaba, un dinamómetro grande, (era lo que había...), y en el rudimentario taller había pensado en hacer presión con una morsa... Una estupidez total, pero lo intenté. Al presionar los cilindros, de diez centímetros de largo por cuatro

de diámetro. Atamos el dinamómetro a la manivela de la morsa, y estirando el hilo, vimos cuantas vueltas habíamos dado. En realidad no servía para nada, solo por comparación hacíamos un gráfico cartesiano y sacábamos porcentaje de error. No volví a encontrarme con ningún alumno de ahí, espero que les haya servido aunque sea para llevar a la realidad un cálculo aburrido y amorfo. El dire discreto y simpático, no sabía cómo avivarme que la vice le estaba serruchando el piso. Por lo tanto dejó que el buen criterio y observación dieran cuenta de la realidad. El motivo de los contratiempos entre el dire y la vice era una disputa con la escuela Primaria y la Media de al lado. (Sí la de al lado, como la canción de Palito). Al final la docencia es como el Club del Clan... Porque otro de los chistes que suele hacer la Dirección de Escuelas –además de decirte subite arriba de esa piedra, aquí tenés tu escuela... hacela– es que en muchas ocasiones les dice a varios directores ahí tienen esa piedra, (no te olvides de la piedra), hagan su escuela. Por supuesto es la misma piedra para todos... En esos casos agarrate, peleas encarnizadas, denuncias, piquetes y movilizaciones de directores muy enojados entre ellos. Una simpática panorámica –un verdadero culebrón–, con la que cualquier sociólogo sádico o psicólogo embustero se podría ganar el Nobel. Ni Migré ni Abel Santa Cruz podrían haber escrito mejor una novela de media tarde. En ese contexto podía ver cómo la vice hablaba mal del director, escondía formularios, legajos y ocultaba información, datos u estadísticas –solicitadas por Jefatura de Inspección, Secretaría de Inspección o Consejo Escolar– que debía trasmitírsela con lo que el tipo quedaba pagando.

¿Qué son esos tres entes que varias veces nombré por separado? Como el Espíritu Santo, tres en uno. Jefatura de Inspección es el lugar físico y burocrático donde se encuentra el jefe de inspectores, los subjeses y los inspectores de inicial, primaria, secundaria, técnica, agraria, psicología, artística, educación física, especial y lo que fuese apareciendo. Donde se *asesora*, (jejeje), a los distintos equipos directivos sobre lo estrictamente pedagógico y/o administrativo que tenga que ver con alumnos o personal.

Secretaría es otro lugar físico que puede estar, arriba, abajo o en el medio, pero que se dedica a la parte administrativa de los do-

centes. Designaciones, puntaje, cantidad de alumnos por curso para saber cuántos docentes tiene que haber, entre otros asuntos.

El Consejo es donde se administran las partes edilicias o equipamientos y se liquidan sueldos, cooperadora, y otros gastos posibles.

Es decir, que el humano directivo responde a tres jefes y con todos debe andar bien y ser feliz. Si la información no llega el mismo día solicitado, si sos católico te excomulgan, si sos judío, el rabino habla con tu madre, y si sos musulmán a vivir en la mezquita. Pero sobre todo significa que además de quedar afuera del paraíso tu inspector te labra un acta u otro tipo de sanción, las cuales, de a poquito, te forman una úlcera, te provocan infartos o ataques cerebrales.

Me fui de la escuela habiendo aprendido que un equipo directivo muchas veces no funciona como tal. Si son seis los miembros del equipo, por más que cinco quieran que funcione, si el sexto no rema a una con los otros, el bote hace agua y tenés que andar metiendo el dedo en el agujero para que este no se hunda. Una situación así al inspector no le importa, siempre la culpa va a ser del director o, en su defecto, de todos. De ninguna manera se pondría a escudriñar que es lo que está pasando, si hay alguno que pone palos en la rueda o quién está detrás del pedazo de carne, cual buitres desesperado. Como mencioné varias veces hubo grandes cambios en la política educativa en la era Menemista. La primera embestida fue la Ley Federal de Educación, que en teoría iba a homogeneizar la educación en la República Argentina: Los jardines maternos solo privados, los preescolares privados de Nación, o Provinciales, más los estatales que podían ser Municipales, Provinciales o de Nación, al igual que la Primaria y Secundaria. Los Terciarios, provinciales o nacionales. Las universidades solo nacionales.

El problema era que cada jurisdicción, y a su vez cada institución, tenía un programa semejante pero no igual. En los casos de países era todo un problema, de ahí que se multiplicaran las equivalencias. Pasaron años entre los cambios de unos a otros, y se sumó que la municipalidad de la capital dejó de serlo.

La Nación se desprendió de todas las escuelas primarias y secundarias. Pasaron a ser del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires o Provinciales. Por lo tanto las privadas de Nación también pasaron

a depender administrativamente de las provincias o del Gobierno de la Ciudad. A su vez aparecieron las Universidades Provinciales, sin facultades y con departamentos.

En teoría debería ser perfecto, se unificaba la educación, pero qué pasó, se lo hizo a través del Polimodal, EGB y luego ESB. Lo de los departamentos de las universidades era solo para ahorrar dinero, no se le pagaba, ni paga, lo mismo a un Jefe de Departamento que a un Decano.

Las escuelas de Nación, que pasaron al municipio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, al ver el horror de los diseños curriculares no aplicaron la Ley. Divinos los tipos, quienes inventaron este asunto, ahora no lo aplicaban.

No interesaba que fueran de adultos o comunes, técnicas, medias o de artística, —hubo otros cambios ahí—, pero las escuelas de adultos de la Nación en la provincias, se negaron terminantemente al acto público por ser *convenidas* con empresas privadas o municipios. ¿Qué es esto?, que del sueldo se hacía cargo el estado, pero de las instalaciones no.

No olvidemos que en las escuela privadas al ser subvencionadas por el Estado, éste es que abona el sueldo. Por lo tanto la platita queda para el dueño. [¿El motivo? digamos que es la franquicia que debe pagar para que todas las escuelas privadas se rijan por una misma curricula]

Como dije antes, la primaria toma el primero y segundo año del secundario, llamándolo octavo y noveno. Fue un verdadero desastre, ya que las maestras tenían que trabajar con adolescentes y esto es como que a un cardiólogo de un día para el otro lo hagas trabajar de odontólogo, o que a un arquitecto le des las tareas de un ingeniero naval. Como fue un verdadero horror, con un pase de magia crearon la ESB, que era una escuela secundaria en sí misma, de solo tres años —séptimo, octavo y noveno—, o sea que ahora se le quitaba el séptimo a la primaria. El Caos Total. Más escuelas que no tenían edificio propio, directores que no tenían preceptores ni secretarios. La clásica pelea de compartir un edificio entre dos instituciones, se multiplicaba, ahora se compartía entre tres o cuatro... sin contar que el título del Polimodal no estaba avalado por nadie. Este último pun-

to era muy grave en cuanto a la acreditación de las matrículas, para los técnicos. Las colegiaturas no les permitían sacar una matrícula al Maestro Mayor de Obra recibido en la provincia, teniéndose que meter el título –de duro cartón corrugado– donde mejor le pareciera. (Gracias Menem y Giannettasio...) Eso sí, en Capital nada. El lugar donde habían nacido estas genialidades no implementaba este sistema, solo la transferencia, pero no las currículas ni el EGB.

En lo que a mí tocaba, me repartieron como media res en carnicería de barrio, un sábado. Al domingo un pedazo en cada punta. La de San Justo frente a la plaza, donde duré dos horas. De mi escuela de Nación terminé en la otra esquina, otra parte en Atalaya, en una escuela donde la directora era mi vice y otra parte en el kilómetro treinta y dos. La de Rafael Castillo en otra punta. Me había costado veinte años de mi vida concentrar todo en cuatro escuelas, ahora tenía doce de un día para el otro. Tal es así que a los actos públicos de reubicación terminé mandando a un compañero o a mi señora. La consigna era, *si es posible dentro del planeta...* Los profesores se tomaban a golpes de puños y las profesoras se arrancaban las mechas... *digno* espectáculo el de los educadores, *tristeza nao ten fin*.

Por supuesto no fueron los profesores los culpables, ellos también fueron víctimas de una política desquiciada y neoliberal que improvisó sin miramientos, ni contemplaciones. Aunque decir esto es ser, también un inocente, nada se improvisó, todo estaba digitado para que los argentinos no tengamos la educación de excelencia que siempre tuvimos. [No te confundas con mis idas y vueltas en los tiempos, lo que pasa que este es libro es, en cierta forma, mi manera de reflexionar en voz alta] aquí estoy de nuevo con el presidente de la República vende patria, más corrupto, hasta ese momento. Se le dio vía libre a la droga y a la Directora General de Escuelas, mal teñida además. Así es como fui bien recibido en la EGB, que anteriormente nombré, donde no llegué a conocer a nadie, frente a la plaza San Justo. En el caso de la escuela de la esquina, Primaria de provincia, se nos apareció la directora con una maestra en una reunión explicándonos que los docentes de secundaria no sabíamos nada, que no teníamos pedagogía alguna, además de ser irremediablemente expulsivos, y más aún aquellos que proveníamos de una escuela de

Nación. Y me querés creer que con estupor vi cómo algunas de mis compañeras asentían con la cabeza... (Al olfa se lo respira de lejos no más...) Mi amigo y ahijado, profe de historia, que había sido profesor de algunas de esas maestras, estaba boquiabierto de las sandeces que escuchaba. A todo esto apareció un nuevo cargo llamado coordinador, era como un puente entre la Primaria y el Polimodal, y entre este, y la Secundaria. Cómo si fuera, –para que se entienda– como un sacerdote, rabino u oman, que media entre los pecadores, (secundaria), Dios-Jehová-Ala, (la primaria), y el irremediable Purgatorio del EGB. El clima se enrareció, la directora no nos permitía hacer salidas didácticas, (excepto las que ella quería aunque no tuvieran la mínima relación con lo pedagógico), cambiaban notas, eximían alumnos desaprobados, los pibes se mataban a golpes en la puerta y nadie hacía nada, los alumnos asistían el primer día de clases y volvían el treinta y uno de diciembre, doce menos cuarto de la noche, y nadie quedaba libre.

La coordinadora Prof. Clavija se jubiló, no sin antes pelearse con el profesor de historia. Lo recuerdo y no lo puedo creer. Resultaba que el profe quería venir a un viaje que yo había organizado, como era del placer de la señora directora, me fue aprobado. Pero a la coordinadora, compañera de toda la vida, se le cantó que ese docente no iría. En realidad no le gustaba la dupla que hacíamos juntos. Es increíble cómo ciertos cargos hacen que la gente muestre realmente lo que es.

La nueva coordinadora resultó ser otra vieja compañera que me había llamado para trabajar en la escuela privada, doña Maleva. Como si el cargo de coordinador significar ser el cacique del pueblo originario más bravío, la señora se subió arriba del caballo y pretendió cortar tanta cabellera como era posible. Ya sabemos como terminaron todas las batallas entre originarios e invasores, desde la República Argentina a Canadá ¡Pobre gente perdió todo! Aunque aquellos tenían una causa justa para su lucha, ésta no. De mala que era nomás. Porque arreglar los problemas de base, como eran la indisciplina o el aprendizaje que bajaba día a día, no lo hacía. Hasta que un día se mandó la máxima con una compañera. Entre tantas niñas amables que habían aparecido, hubo una que realmente tenía

problemas serios de conducta. La pequeña se escapa al salir de un curso del Polimodal, durante la hora de lengua, y aparecía a las doce de la noche en su hogar. Tanto su hermana como su mami eran igualitas a ella. Al otro día semejante escándalo en la escuela, vino toda la familia, madre, hija hermana y padre incluido, aunque el tapir no hablaba.

¿Qué hizo nuestra coordinadora, amiga y compañera de trabajo de tantos años? Primero le echó la culpa a la profe de lengua que se le había escapado, la cual respondió, *En mi hora nunca estuvo, se encontraba ausente desde el comienzo*. Como la cosa se complicaba y la mami gritaba mucho, cuando se fueron, la coordinadora le borró el presente. Esto trajo denuncias, gritos e inspectores en la escuela. En una de las citaciones a todos los docentes para declarar, me encuentro con que la mami, la amable señora, había dicho de mí que yo me había querido propasar con la hija. *Sí, claro, justo yo*, le respondí a la inspectora:

—¿Dónde y cuándo?,

—En el aula, y frente a los alumnos.

Suavemente le respondí a la directora que quería una reunión con la familia, el curso completo y todos los padres, de no ser así me dirigiría a los medios de comunicación. Y que me lo dijeran en la cara frente a todos. El papi, muy rubio de rulos y muy alto, albañil, seguía sin hablar. La nena se puso a llorar y la hermana que estaba embarazada no dijo nada. La madre acusadora balbució dos o tres pavadas y todo quedó en la nada. Hace un par de años me crucé con las nenas y me detuve a hablar con ellas. Habían entrado a la policía bonaerense como suboficiales ambas y ya tenían tres hijos cada una. Pobre policía bonaerense, también la estaban destruyendo, eso era la policía de aquel momento para el país. ¡Qué fracasado me sentía ante las políticas que no me dejaban enseñar!

Con el tiempo la escuela se transformó en una ESB, varios directores pasaron sin ningún tipo de personalidad, hasta que llegó un profesor de inglés, educación física, psicólogo y creo que hasta maestro era... El tipo se puso la camiseta de la institución y teniendo todo en contra logró que se asemejase a una escuela. Con las falencias lógicas por falta de edificio, personal y respaldo de los

inspectores. El muchacho fue claro en el concepto de elevar el nivel y acomodar la disciplina. ¡Increíble! A este director supe respetarlo, odiarlo y volver a respetarlo.

En tanto me había reubicado, no resignado —no es lo mismo— notado en una nueva escuela primaria, en el Km 31, a unas diez cuadras de la ruta, en el turno vespertino. Seguro se equivocaron, no puede ser vespertino pensé, si es ESB. Pero no... no había sabido interpretar la ley con todas sus resoluciones, disposiciones y comunicados que se habían ido sumando para bajarla a la realidad. Resultó que sí, era vespertino, y los niños eran jóvenes, no adultos, o sea que los pequeños debían tener más de dieciséis años. Ahí solo trabajé un año. Los chicos eran muy buenos y con actitud, tenían ganas de aprender y los que no, supe cómo hacer para que aprendieran. Pude ver que se estaba produciendo una especie de unificación con la escuela media de la zona, como si fuera un plan piloto, con una vice que tenía ganas de hacer cosas raras. ¿Qué significaba raro en este contexto...? Sumar al aprendizaje la integración de la familia a la escuela. Planteo que no estaba bien visto en aquella política educativa. Todo aquello que aunque fuera bueno para los alumnos si no estaba especificado era un riesgo, y si pasaba algo, el responsable —la dire en este caso— quedaba colgado de la brocha (como el pintor al que le quitan la escalera).

Rescato también que la directora de la Primaria se llevaba muy bien con la vice de la Media. Flaquita, petisa, muy rubia, de cara angulosa, pálida y nariz respingada, pero grande. Era un colibrí. Su voz aguda y chillona recordaba el gorjeo de un ave pequeña, pero al ser atrapada por otra rapaz. Con gran sensatez había impuesto un consejo de docentes para que la ayudaran a tomar decisiones, ya que ella había asumido no tener muy en claro el mundo del adolescente. Ojalá todas hubieran hecho lo mismo, pero la soberbia de algunas maestras le complicó bastante la vida a los chicos. En ese colegio aprendí mucho del trabajo de las maestras encargadas del apoyo escolar.

Partí hacia otra escuela. Caí en una, donde la dire era, a su vez, vicedirectora de la escuela de Nación. Entré tranquilo, creía que conocía el paño. Iba dispuesto, como siempre —o casi—, a trabajar,

pero no a entregar la vida como en la escuela de Castillo, o como lo hacía en la de Nación, o donde me había recibido. Primera sorpresa, la señora vice que mucho no hacía en la otra, en esta sí que hacía, y quería que todos hiciéramos. A mí me pareció bien, y estaba de acuerdo, el problema era que yo sabía hacer las cosas *a lo secundario* y ahí había que hacerlas *a lo primario*. No podía responder de la misma manera que lo hacía donde ella era vice, y como ella pretendía que así lo hiciera, el choque fue inevitable...

El quid de la cuestión no era la disciplina, algo que siempre supe manejar. El tema era que yo enseñaba y quería que los alumnos aprendiesen. Para lograrlo hay que evaluar. Si la evaluación no sale bien, hay que desaprobado. Si desaprueban hay que repetir. Repetir no es un castigo, por el contrario es una oportunidad para que el alumno aprenda al año siguiente lo que no pudo aprender ese año. Ese era el meollo de la cuestión: la política de Menem ahora llevada a cabo por el descerebrado de De la Rúa. La educación continuaba funcionando en paralelo, basada en dos clases sociales, baja y alta, por lo tanto dos educaciones, de primera y de segunda.

Los enfrentamientos aparecieron con la preceptora, no con la directora. Y se sumó la vice. Cuestionamientos y amenazas, que no me atreví a compartirlos con la dire, al menos por ese entonces, ya que la consideraba casi una amiga laboral. Trabajé a desgano por varios años. Hacia el final de mi ciclo en ese lugar, comencé a faltar. Dado mi cargo en la escuela técnica (y a un problema con la directora) los inspectores me llenaron de citaciones. Sumado a los cambios que se venían en la educación, las reuniones aparecían en todos lados. Tal es así que un día llevé a la vice, joven e inexperta, que no se dio cuenta de lo que estaba haciendo, *como constancia de este colegio* a la otra ESB. La tomé de la mano, la metí de prepo en el auto, la llevé hasta la primaria y la hice entrar al despacho. Llegué al colegio y entré a la dirección:

—¿Qué hacés aquí a esta hora?! —me gritó la dire, que a la mañana me había visto en la escuela de Nación.

—Tuve una reunión con la inspectora de Primaria y como no había constancia, se la traje en vivo.

¡La cara de la gorda cuando la vio!

—Y vos nena sos tan boluda de hacerle caso a éste, ¿no ves que es un delincuente?

Por si no quedó claro se refería a mí: El delincuente era yo.

Cuando uno llega a esta situación, es como el matrimonio o una sociedad, una de las partes mira al otro y le dice en la cara, ¿sabés que sos realmente un desgraciado, un hijo de...? (Complete usted la palabra.)

Ya no me interesaba nada. Todo me importaba un real pito.

Me tenía que ir... Al término del año lectivo perdí unas horas y otras las tuve que afectar al cargo que tenía en la escuela técnica, por un antojo de uno de los inspectores. Me fui con el sentimiento de saber que no había trabajado bien. Lo peor que se le puede hacer a la gente es cambiarlos de ámbito sin consultar, sin acordar con el afectado. Nos impusieron algo que no había salido de nosotros, sin planeamiento, sin adaptación, ni información. Fue una mentira la reconversión, mal planeada, mal llevada a cabo, diseñada un viernes a las cinco de la tarde de un treinta y uno de diciembre. Y la educación no se merece tal mediocridad, por decir lo menos. No se debe improvisar con respecto a los educadores, porque ellos son quienes tienen en sus manos el futuro de las personas que nos gobernarán.

Tras haber perdido varias horas por los cambios de las políticas educativas, sumado a la tristeza por el fallecimiento de mi padre, me sentía devastado. Acababa de terminar una de mis peleas más grandes dentro de la educación. No me quedaban fuerzas, ni tenía, obviamente, la alegría que proporciona el trabajo que hacemos convencido que es lo mejor. Yo era, a esa altura de la vida, todo un profesional de la educación.

Con un carguito que me relacionaba con ámbitos muy diversos, conocido por las denuncias, con dolores de cabeza insupportables, estrés, ulcera, presión alta y una sobrecarga cardíaca. Iba a la Dirección General de Educación (en La Plata), como si fuera a mi casa. Todo lugar común para un docente bien metido en la vorágine educacional bonaerense, se me podía aplicar sin mengua de verdad.

En la escuela, que sentía como mi casa, no se podía estar. Fue uno de los peores momentos de ese lugar tan querido de Nación. Un nefasto director, un tal Sadán, que había sabido ser mi amigote.

Después de ganar la pelea de la Técnica, mi amigo y compañero, español él, me invita a trabajar en la escuela donde estaba como director. Un colegio de adultos de Nación, lugar en el que un par de veces había dado charlas sobre anticoncepción y planificación familiar. Se estaba implementando un sistema nuevo —que nombré más arriba—, el famoso semipresencial. Excelente sistema para aquellos con un nivel de conocimiento con huecos o grandes desiertos en su formación, y/o de escasos recursos económicos. O bien para aquellos que habían dejado de estudiar durante muchos años y no habían podido acceder a estudios secundarios. También para gente proveniente de países limítrofes o pueblos muy alejados y pequeños. En el caso de la policía, era para los suboficiales que no habían completado el secundario. Todos sabemos del escasísimo tiempo con que cuenta la policía por sus horarios tan complejos. Los muchachos y las chicas venían vestidos de azul a la escuela a tomar clases. La sociedad se iba integrando de a poco con el nuevo gobierno.

En esas circunstancias fue que pasó, por segunda vez, lo inesperado: una alumna me besó sin mi permiso. Llegó hasta la puerta del aula, que compartía con el profe de historia, para hacerme una pregunta. Me dijo algo sobre el examen y, ahí nomás, me dio un pico... frente a los alumnos y en el medio de un recreo. Y se fue. Yo me quedé quieto y tieso. El profe y los alumnos no paraban de reírse y yo como un idiota.

La experiencia educativa fue sorprendente, aprovechando las políticas del nuevo gobierno, de tendencia mucho más social, la educación se hizo más accesible para aquellos que de ninguna manera podían acceder a una institución tradicional. La gente de menores recursos tenía la posibilidad de estudiar y de cobrar una pequeña cantidad de dinero a través de uno de los planes de subsidios, sea por ser madre soltera o por familia numerosa.

Repito, al ser semipresencial podían asistir a la escuela en los horarios en que se encontraban los profesores de las materias que

cursaban. Ellos elegían qué espacio curricular cursar dentro del año que les correspondía, y elegían en que momento darían los exámenes para aprobar las áreas. Para los suboficiales, este sistema, por el poco tiempo de que disponían, era ideal. Venían a la escuela las veces que podían. Para ambos casos era una especie de tutoría. Mucha gente estaba en contra de ese sistema, por el solo hecho de que era una oportunidad para los pobres, sobre todo aquellos sectores más pudientes que veían ese sistema como un regalo, cuando en realidad era más costoso para el alumno ya que dependía del mismo estudiante.

En mi caso pasé por varias etapas. Había pensado que iba a ser fácil, luego me di cuenta que trabajaba el doble, eran casi clases particulares. Lo hacía más duro el bajo nivel de conocimientos que tenían. Pero me adapté y comencé a tomarle la mano. Con el grupo de profesores fuimos intentando distintos métodos de aciertos y errores. Tardamos, aproximadamente cinco años en encontrar óptimos resultados. Aquí tocamos uno de los grandes problemas de la educación: la experimentación, prueba y contra prueba. Cada error, en realidad termina siendo un fracaso. Si el docente lo hace mal hoy, el resultado catastrófico recién se va ver en diez años. Revertir la situación, a su vez, llevará veinte más.

Cuando ya teníamos todo armadito, sabíamos como trabajarlo, a que grupos se les podía aplicar la metodología que habíamos desarrollado con tiempo y esfuerzo, siempre considerando lo conveniente para el alumno, más allá de los aspectos legales, nos topamos con un nuevo gobierno neoliberal... Otra vez se vino la quita de beneficios para los alumnos. Hasta que ese parate llegó, –trabajando en el centro neurálgico de Laferrere y en Oro verde–, fue extraordinario el nivel humano y de conocimientos logrado. Hoy, alguno de esos alumnos, son profesionales y colegas.

Antes que este juego del aprendizaje por prueba y error, alcanzara resultados satisfactorios, el dire nos dejó. Se fue como inspector. Ipso facto comenzaron las peleas por el cargo. En estos casos sucede que la gente se deja de hablar, al que antes se consideraba un excelente director, ahora se le comienzan a encontrar errores y equivocaciones. Yo no me metía en esa. Dícese que es de sensatos, cuando sos nuevo, no hablar, ni opinar, mejor quedarse en un rincón evitando ser visto.

El nuevo dire, pollo del viejo director, conocido mío de años, me solicitó que les explicara el tema de pasantías que ellos querían implementar. Los asesoro, les tiro un par de empresas y comienzan a darse. Para mí no era un tema menor. Yo que amaba la práctica laboral me sentía satisfecho por que aquello por lo que habíamos luchado tanto se estuviera haciendo masivo. No obstante las críticas estaban también presentes. Críticas de las más dolorosas, de esas que se dicen sin saber.

Por ser una escuela de adultos las pasantías se les dabab únicamente a los más jóvenes, solo a aquellos que tuvieran entre dieciocho y veintiún años. Enclavada a pocas cuadras del centro neurálgico de Gregorio de Laferrere, pude conocer gente muy variada y heterogénea, mucho más que en cualquier otro lugar. Por su situación socioeconómica, cultural y con etnias diferentes, era de valorar la unidad que había entre los alumnos. Era el producto del trabajo exhaustivo de todos los docentes.

Un profesor que trabajaba en la escuela que yo dirigía, y que me había peleado la dirección, me invitó a trabajar en otra escuela de adultos, en la que él era director. El profesor Levanteti, apenas unos años menor de edad, dirigía otra escuela, también de adultos, con la mayor cantidad de anexos que vi en mi vida. Para el lector que no entiende mucho del tema la situación descripta no le será para nada conmovedora. El que conoce el paño, sabe que es casi imposible manejar un establecimiento en el que la sede tiene tres turnos a lo que se le sumaban seis subsedes más. Levanteti recorría, semanalmente, medio conurbano, desde San Justo –la sede central–, a Villa insuperable, Tapiales, González Catán, Rafael Castillo, Gregorio de Laferrere e Isidro Casanova. Y con el mismo sueldo que cualquier director. A favor tenía que contaba con un equipo de preceptores muy capaces y un secretario digno de admiración. Siendo la misma escuela cada sede era, sin embargo, un mundo distinto. La experiencia que uno podía adquirir era fabulosa, inimaginable. La comunidad educativa de adultos estaba cambiando, ahora eran muchos más jóvenes. Entre las dos sub sedes encontraba un enriquecedor condimento para la experiencia laboral. Así como los adultos de Villa Insuperable, eran admirables los de Laferrere, comunidad que me resultaba conocida.

La técnica, (la casa paterna) y el nacional, (mi casa)...

–CA.1990-2014–

No pude evitar la emoción al llegar a la escuela donde había hecho mi secundario.

Si bien fue una de las primeras escuelas en la que comencé a trabajar la he dejado para lo último, o casi, debido a la importancia que ha tenido en mi vida. En esta escuela hice el secundario, por lejos, una de las mejores épocas de mi vida, no solo por los compañeros y lo que disfruté con tantas situaciones reideras, sino también porque el setenta y cinco por ciento de los profesores fueron de excelencia. Así fue que tomé mi querida técnica, con un cambio estratégico educacional y pedagógico.

Habían cambiado también las siglas y los números. Por ejemplo lo que antes era la escuela Nº 2 de Mataderos ahora era la Nº 3. Una vez más el cambio, es fundamental en la educación. ¿Vos entendés lo que significaba para un sentimental como yo trabajar donde estudió el secundario? No es como la Primaria que pasa y deja gratos recuerdos y punto. Ni como el Terciario o la Universidad donde te formás para poder sobrevivir en este planeta. La Secundaria es otra cosa...

...en la secundaria es donde todavía hay compañerismo de verdad y donde los ejemplos hacen mella. Es ese lugar, donde realmente se crean los verdaderos lazos afectivos y te insertás en la sociedad. Donde fumás un cigarrillo escondido en el baño, aunque no fumes, por el solo hecho de la adrenalina y el desafío. Donde te hacés una rabona o rateada y te pasan mil cosas por primera vez en la vida.

Para muchos, señores y señoras, con un alto grado intelectual y varios títulos, el secundario es solo un paso, y a lo lejos dicen algunos que de él nada aprendieron y que fue solo un trámite. Suele pasar que aquellas personas que creen saber mucho, consideran al secun-

dario como una institución para limitados, en la no se enseña nada, o al menos nada importante, ya que todo el conocimiento que dan, un adolescente inteligente –sus hijos por ejemplo– podría aprenderlo solo, sea con libros o, ahora, a través de la computadora. No creen que el secundario es la base de todo, es donde afianzás tu personalidad y, muchas veces, elegís qué estudiar, aunque luego cambies por otra cosa a mitad de la carrera. Hay decisiones que dan forma a la vida del adulto, y se maduran en esos años de formación. El Secundario es donde uno encuentra parte de su futuro, en muchos casos en la forma, fundamental de esos grandes amigos que estarán siempre presentes. Incluso, para algunos, es encontrarse con el amor de su vida.

Algunos pocos tienen sexo por primera vez, sacás el registro, las primeras vacaciones solo con tus amigos y por supuesto se termina de forjar ese carácter insoportable que vas a tener durante toda tu vida. En fin, escribo esto en un capítulo imaginario aparte, porque ahí fue donde tuve mi primer cargo, viví una de mis peleas más desagradables, aprendí mucho e hice amigos mucho mejores que otros..

Cuando llegué, pasada la tarde tipo siete, para ser más exacto, me recibió quien había sido uno de mis profesores en química, en cuarto año. Era el suplente del ingeniero Pasyita, que en esa época se había tomado unos días para recibirse de ingeniero, justamente. El Gordo, como le decíamos cariñosamente al Profe Vejiga, ahora era regente, ¡quién lo diría! Ya no estaba mi profe de música que cuando egresé era la regente, ahora era inspectora. La secretaria era la misma que estaba cuando era alumno. Mujer de unos cien y tantos años, muy educada, que siempre se la endosó a mi profe de lengua. Habladurías de la escuela solo eso, pero servía para pasar el tiempo.

La de cal fueron los recuerdos, la de arena vino cuando me recibieron... recordaron mi prontuario de alumno y maldijeron entre dientes al acto público que me había permitido llegar como docente. Y lo bien que hacían.

No se olviden que yo había pensado, cuando los implementaron, que el acto público podía llegar a ser algo bueno. Había hecho oídos sordos a los que, desde la primera hora, me habían comentado que por el contrario, sería malo. Y tuvieron razón.

Tomé dos materias: Ciencias y Cálculo, La primera era una especie de combo entre Merceología y Química industrial mezcladas, y con un toque más moderno. y la segunda algo así como Mecánica técnica y Estática y resistencia de materiales, también mezcladas. Dos materias muy conocidas para los técnicos y, por qué no, el cuco para muchos más, si utilizabas el texto del Ingeniero Ranault.

El regente me explicó, someramente, que yo había tomado horas en un plan piloto dentro de la Provincia de Buenos Aires, pero que era viejo en las escuelas de Nación o del CONET.

—El Plan Dual, nene, —me dijo y continuó como si fuera una cátedra de técnicas de movimientos de Stanislavski—: la Dualidad proviene de la obligatoriedad de cumplir cierta cantidad de horas en una empresa, a fin de la especialidad, en lo que sería cuarto y quinto año, ¿me entendés...?, suplantando a las materias prácticas. Con un título intermedio de auxiliar, más dos años de superior para adquirir el título de técnico, ya con práctica en el establecimiento, en este caso en la especialidad química, ¿está claro, pibe...?

Dependía directamente de la rama de Media, Técnica y Agraria, aunque con sus propios inspectores y regenteados por la comisión mixta, un grupo de asesores y empresarios con acceso directo al COPRET, ente encargado del crédito fiscal.

Había un Coordinador que se encargaba de los contratos entre las empresas y la Dirección General de Escuelas, y el seguimiento de los alumnos. Era demasiada información para mi poca experiencia. Yo todavía no tenía idea siquiera de cómo se dividían las ramas dentro de la Dirección General de Escuelas y Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Entro al curso y había cuatro alumnos, una soledad abrumadora, dos grandotes, los otros más pequeños, todos con cara de cansados y preocupados. Dos que hacían prácticas en una empresa conocida de gaseosas de uno de los países del norte, bebida negra venenosa de etiqueta roja y blanca, que ni me atrevo a dar su nombre porque me da escozor, y que se suele utilizar para aflojar tornillos oxidados.

Durante cuarto y quinto año los alumnos iban solo dos veces por semana a la escuela. Tan raros como el nombre de las materias, eran los programas que a ellas pertenecían, todos muy batidos con la industria química, bastante teoría y muchísima práctica para de-

sarrollar en los laboratorios. Lugar en el que yo me sentía como gato entre ratones por la experiencia que había tenido en el laboratorio industrial. No sabía aún que para los docentes recién llegados el laboratorio estaba vedado. Lo mirábamos de afuera, por la ventana, con la ñata contra el vidrio.

En la época que yo egresé, la especialidad química no existía en la escuela y, por lo tanto los laboratorios, contruidos después, eran relativamente nuevos. El jefe de laboratorio, al que no conocía, tenía como norma que ningún docente púber le tocara un solo vidrio. En este tema el profe Partícula era intransigente. Increíblemente al final de los dos años de cursada los pibes terminaban sabiendo más que el resto de sus compañeros de la escuela tradicional, e incluso que algunos profesores, al menos en el aspecto práctico, sobre todo de aquellos que nunca habían pasado por una industria. Era tal la práctica que adquirirían en las empresas que realmente resultaba casi imposible igualarla en los laboratorios de la escuela. El Plan, tenía varias especialidades, según las necesidades de la zona geográfica, industrias e instalaciones del establecimiento educativo. En este caso, y como en otros tantos, Dios me iba a demostrar que estaba conmigo. Lo hace siempre, y nunca me lo explicaré, porque sé que no me lo merezco, pero ahí estaba Él.

Para fin de año, el regente, —el profe Vejiga—, estaba sorprendido por mi excelente desenvolvimiento. Pobre iluso, no se olviden que como buen Profesor de teatro yo sabía actuar. Aunque es cierto que me esforzaba por dar clases magistrales, enseñando mucho más de lo que sabía. Me ayudaba mucho lo que había aprendido en el laboratorio en que había trabajado. Experiencia que me venía como anillo al dedo por las características del sistema.

—EEEEEEh, —sonido característico de la muletilla emitido por Vejiga—, Soquete usted trabajó con empresas, ¿no?, porque nuestro coordinador del Dual renunció...

De por sí yo ni quería aparecer por la sala de profesores, ya que todos habían sido docentes míos. Ahí se encontraban el terrible Gafas, el temible Pasyita, Durmilín, el que no sabía reírse, que cuando me recibí era pañolero y ahora preceptor y allá en el fondo quien también hubiera sido me preceptor, el flaco Garquello, denominado

Loquillo, Flequillo y/o Saavedra —y con esa muletilla tipo, eeeeeee, vi-tiiiii, no como el EEEEE de Vejiga. Eran distintos los eEeEeE.— Todos habían sido docentes míos. Para lo que me valía, casi ni me saludaban. Me miraban por arriba del hombro y si hablaban entre ellos ni me miraban.

El gordo Vejiga me llamó a la regencia y me explicó que dado lo que había leído en mi currículum, sabía que había trabajado en un laboratorio, y que en una de esas conocía empresas y podría hacerme cargo del puesto vacante.

—¿Pero, usted, dice para el cargo de coordinador? —le pregunté ante la propuesta.

—Usted sería jefe del Dual.

El Gordo era un vendedor, en un instante de Coordinador me había pasado a Jefe.

Ni me imaginaba teniendo una especie de cargo, y menos siendo casi jefe. Vejiga terminó por convencerme y me presenté. Recuerdo que no estudié, apenas leí algunas leyes y artículos referidos al tema. No tenía idea de lo que era un concurso. Creo que buscaban un chivo expiatorio, o alguien arriba se enteró y querían que un inútil alegre destruyera el Dual, que lo cerrara, por qué ¿qué iban a ver en mí, que podía hacer yo?

Nunca había visto un examen, un coloquio, una terna. Ya de por sí hubo un problema para que me presentara porque no daba la antigüedad. Por lo tanto, el concurso salió de la escuela, al distrito, al no presentarse nadie fue a la provincia, casi llaman a marcianos porque nadie sería tan idiota de tomar un cargo como ése. Luego de idas y venidas una noche me llama nuevamente el regente y me dice:

—Soquetito, tranquilo ya convencí al inspector... El lunes se presenta.

—¿Este lunes?

—Sí.

—Pero hoy es viernes...

—Después pase por la regencia para que le dé unos papeles para que estudie, son solo leyes nada más.

¡Leyes, yo leyes!, Yo que no tenía idea de una y siempre estuve en contra de todas.

Cuando fui a la regencia me entregó cuatro mamotretos de casi quinientas hojas cada uno. Obvio, leí las tres primeras hojas de cada fajo y así me presenté, nos presentamos mejor dicho, Vejiga vino conmigo.

Una puerta vieja de madera sobre la calle Salta era la entrada a una oficina, que en realidad era jefatura de inspección. Con un aroma a humedad y pisos de parquet que retumbaban a la llamada de Drácula al pisar. Se encontraba en pleno San Justo, entre la Escuela Técnica y la Media en que yo trabajaba, frente a la Brigada donde “mi santa madre” una vez quiso mandarme preso por ratearme con alguna chica. En el fondo de la oficina me esperaba un individuo viejo y colorado como vendedor de tomates, llamado Pedro Kaskanueces. Sin saludarme dijo:

—¿Años en la docencia?

—Dos profesor, dos...

—¡Retírese, salga de acá! Siete como mínimo.

Yo salí con la cola entre las patas y el dire se quedó *charlando* con el vendedor de tomates.

—¡Pero Vejiga! No puede. ¿Sos boludo? Si vos lo sabés ¡para qué me haces perder el tiempo!

Del otro lado de la puerta vieja continuaba la contienda:

—No puede, dejate de joder, Vejiga.

—Es el único boludo que encontré, ya lo habíamos hablado, recordá. Además, me parece que el pibe tiene algunos contactos. Es la última oportunidad, sino tenemos que cerrarla y dejamos sola a la técnica de Casanova.

Si estaban hablando de mí, el boludo que mencionaban era yo, justamente. **Pegaron en el palo**: no lo era, pero así me sentía.

—Que cierre ese plan piloto, que quede la otra técnica y listo. Es una cagada ese plan Dual. Solo en Nación funciona bien.

—Pero no, EEEEEEEEEEEEE, lo va hacer bien, no seeeeeeeeeee, lo veo al pibe... además trabajó en una empresa química, en el laboratorio y departamento de compras y ventas. Tiene contactos, yo sé lo que le digo, Don Pedro.

Muchos años después me enteré que para este cargo no necesitaba antigüedad por las características del mismo.

Al final cedió el colorado, y me llamó de nuevo:

—Mire, vamos a hacer una cosa. Yo lo tomo, si sabe lo dejo, pero solo para que a fin de año cierre el Plan, y me dejen de joder con los pibes en fábricas, se pueden volar la cabeza con un balancín.

La cuestión fue que en la terna estaba yo solo, y los tres inspectores eran uno. Di bien, obvio, sabía tanto...

Cuando llegué a la escuela tenía mi propio escritorio, me lo había asignado Vejiga. Hasta con máquina de escribir de carro largo y un armario. De movida me habían dado poca bolilla, desde ese momento, directamente ni me miraban.

Garquello, el mismo día de presentarme como jefe murmuró alto para que yo escuchara, ...y *este que es profesor de arte y fue unos de los peores alumnos como técnico, es jefe...* Era verdad. Aún solo trabajaba como profesor de arte, pero en pocos años tendría el título en Ciencias Naturales. Además, en ese entonces, con el título de técnico podías dar unas horas en el taller. También era cierto que no había sido, un alumno promisorio al egresar como técnico, pero había sido muy bueno en la práctica... pese a que odiaba todo lo que fuese máquina herramienta, sobre todo la grasa que se metía bajo las uñas. Así fui dándome cuenta que aquellos que como profes y preceptores me habían parecido piolas, hasta capos, ahora, como compañeros de trabajo no eran tan así, y otros que había considerado malos, eran excelentes colegas. Al pasar al otro lado del mostrador, no solo cambia la visión de las cosas, sino que también ves la otra faz de muchas personas. La directora no me quería ver, ni a mí, ni al Plan Dual, ni a nada ni a nadie que se pareciera o estuviese cerca de un alumno en una fábrica.

—Mirá, nene, —me dijo cuando volví con la designación—: Si no me jodés vas a poder laburar hasta fin de año. No me traigas quilombos con esos pibes y ese plan que me metieron y todo va a estar bien. Ahora andate y no vuelvas hasta diciembre.

No dije nada y como perro mojado me fui a mi escritorio en la preceptoría.

Ya había desaparecido el escritorio y todo lo mío. Se lo habían apropiado otros preceptores. Enseguida me di por aludido y me sen-

té un rato afuera en el mástil a meditar qué hacia iba a hacer, cuales eran mis prioridades y cómo hacerlo.

Si bien había dos chicos sin trabajar, para mí el problema más importante era que hubiera solo cuatro alumnos. Cosa que a la directora le convenía dado que era la fundamentación que iría a utilizar para sacar ese sistema que a ella le molestaba .

¿Y por qué le molestaba? primero por que los alumnos hacían prácticas en las empresas, lo cual significaba una posibilidad cierta de riesgo, y por otro lado el turno... ¡Era vespertino, y por el mismo precio! Es decir, el mismo sueldo. A la mayoría de los directores les molesta tener que quedarse a la noche y sin ninguna compensación salarial, les importa bastante poco lo que necesita la sociedad... ¡ajo! algunos, no todos.

Puse manos a la obra. Pronto llené La Matanza de pasacalles con propagandas del sistema. Obviamente lo hice ad-honorem y sin avisarles nada... a ver si no me autorizaban. Como siempre me salió bien hacerme el gilí. En poco tiempo subí la matrícula y la cantidad de empresas. Les conseguí la práctica a los dos alumnos que estaban sin industria y a los que vinieron por pase.

La matrícula no fue difícil, como buen profe de teatro sabía algo de publicidad, además de la propaganda callejera me dirigí a un par de radios. Uno de los lugares para poner propagandas eran las puertas de las escuelas técnicas. No respeté códigos. Me dirigí a unos canales de TV de la zona y les pedí que comentaran de qué se trataba. Un par me reportearon. El lema que mataba era *La escuela que da trabajo*. Imaginate, eso en la época de Menem, mientras las fábricas cerraban lentamente, una escuela les daba trabajo a los jóvenes. Para conseguir las empresas llamé a algunas de las que había conocido en el laboratorio: dos entrevistas, asesoramiento, convenios firmados y ya tenía a los pibes colocados. En pocas semanas me había hecho un experto en el aspecto legal del sistema, más la experiencia que había tenido en el departamento de compras y ventas del laboratorio, todo se me hizo fácil. Motivo por el cual este crecimiento no le permitió a doña Berta Lokisky cerrar el Dual y al año siguiente, el primer año se había llenado de alumnos, (para sorpresa del gordo y bronca de la señora y el inspector jefe). Para que se entienda, el pri-

mero del Dual que era el cuarto lo tomé con cuatro alumnos, terminó con dieciocho, es decir que sobró para abrir el segundo del Dual, lo que sería el quinto. El sexto o superior se iría abrir por crecimiento vegetativo. Todo iba viento en popa.

La señora directora –la *vieja*–, mientras yo no le trajera problemas no me pondría más palos en la rueda. Había cambiado de actitud, aunque eso no significaba que apoyaba el sistema ni implicaba que me sonriera. Había que tener controlado a los alumnos y a los empresarios y evitar cualquier tipo de abuso que potencialmente se pudiera dar. Ante un gobierno neoliberal la explotación hacia los trabajadores y practicantes era una amenaza cercana. Una vez por mes me dirigía a las empresas para ver cómo se manejaban los alumnos. Fui descubriendo cuáles empresas se mostraron correctas y cuáles no. Qué empresarios eran explotadores y cual lo veían como una inversión a largo plazo. La verdad de la milanese: la mayoría eran explotadores. Los empresarios se iban avivando que el neoliberalismo, de fuerza abrumadora, aplastaría a las clases menos acomodadas, y se instalaría por unos cuantos años. Al ir faltando trabajo, los tipos se abusaban de esa situación. Si como era habitual no querían poner en blanco a sus obreros o empleados, menos iban a respetar los derechos de los pibes practicantes. Algunos empresarios realmente daban asco, racistas, despreciativos, sectarios y tremendamente explotadores. Aquellos que eran decentes, (jóvenes en general), no les iba mal en sus industrias, por el contrario, peleaban el modelo. Lo cual mostraba que sin ser un explotador, se puede pagar a cada cual lo que corresponde y a su vez ganar dinero, a pesar de la importación indiscriminada que había abierto el gobierno de ese momento.

Al tiempo me citan a una reunión de coordinadores en La Plata. No tenía idea cómo llegar ni dónde era, así que Vejiga me acompañó. Dentro de mil estupideces que se dijeron, más que nada los asesores, me sorprendió escuchar a un coordinador de una escuela técnica agraria, que comentaba cómo los terratenientes de siempre pretendían usar a los alumnos y las peleas que tenía el pobre tipo para evitar el abuso de los señores de avionetas y camionetas muy grandes y muy masculinas. Otros coordinadores ese tema lo tenían mucho más manejado y no se les escapaba un solo tipo que quisiera hacer-

les realizar tareas no correspondientes a sus alumnos. Pese a que el trabajo mermaba los coordinadores todavía podían elegir. La mayoría eran técnicos con experiencia laboral en industria o profesores en disciplinas industriales, aunque también había un par de ingenieros.

Se daban el gusto de ir seleccionando las industrias y se quedaban con las que consideraban mejores. Escuché y aprendí mucho de los colegas profesores mayores, de gran experiencia. Por otro lado, se implementó un plan para resistir el embate del cierre de industrias que se venía llevando a cabo.

Todo muy bonito pero en mi escuela ni preceptores tenía para el Dual, los boletines no se confeccionaban. A duras penas les pasaban las notas a los calificadores y Vejiga les tomaba lista. Cosa que dejó de hacer cuando llegué.

Nadie quería al plan, nadie.

Luego del segundo año en mi cargo debía abrir el ciclo superior. Contento me dirijo a Vejiga para iniciar los trámites, vaya mi sorpresa cuando el Gordo me explica que no podríamos porque no nos daba la cantidad mínima de alumnos. Porque al segundo del básico habían llegado solo diez. Por lo tanto deberían hacer el ciclo superior en otro establecimiento. Nuestra escuela era la única que tenía química en la Matanza, por tal motivo tuvimos que mandar a los pibes a la Capital, al barrio de Villa Devoto. ¿Te imaginás pibes de Laferrere y Catán viajando dos horas y media? Encima nadie les había avisado de esa posibilidad, se enteraban de golpe y (tremendo) porrazo. Me sentí frustrado, recuerdo que con bronca llevé a mis chicos a la escuela con mi auto para inscribirlos en tres viajes. Me sentía culpable, responsable. Iban a llegar a sus hogares a la una y media de la mañana. Al menos algo salió bien: los muchachos quedaron efectivos en las empresas luego del vencimiento del convenio, lo cual amainó la decepción de los chicos e hizo más llevadero el trago amargo por el que tuvieron que pasar. Hoy, uno de ellos es licenciado en Seguridad e Higiene y dueño de una importante empresa.

Abrir el Ciclo Superior del Plan Dual en Química, para que los estudiantes pudieran terminar en la escuela, fue mi segundo gran proyecto dentro de la educación argentina. El primero había sido subir la matrícula del Dual. Tanto hice crecer la matrícula y con ella la

cantidad de fábricas, que Vejiga al final terminó ayudándome a abrir el Ciclo Superior. Para el Gordo era su propio éxito, aunque él tenía su pelea con Lokinsky y Kaskanueses.

A esto sumé la loca idea de abrir la especialidad Electromecánica. Entre las estrategias que utilicé, una fue colocar otro pasacalle enfrente de la puerta de la técnica de Casanova, que justamente tenía Plan Dual... en electromecánica. Al coordinador, un ingeniero vecino, conocido en La Matanza como Serrucho, vaya uno a saber por qué no le gustó demasiado, aunque disimulaba bien, cuando me veía se reía y me saludaba afectuosamente.

Entre tanto, al convertirse en habituales mis idas y venidas a La Plata, pude conocer a los responsables de la dirección del sistema Dual. Las reuniones con los jefes me hacían ver estrategias de otros, lo cual me demostró que había escuelas que estaban de acuerdo con el sistema. No solo los apoyaban desde la dirección de su escuela, sino también desde las mismas Jefaturas de Inspección de esas regiones: Mar del Plata, Tigre, Bahía blanca, Tandil, Lobería. Todo ello me fue generando una lógica, y bienvenida, alegría.

En esos momentos apareció una reunión del Plan Dual en la técnica de Casanova, la del ascensor que nombré antes. Serrucho estaba en La Plata, y el vice de otra escuela técnica, pero de Nación, era el nuevo Coordinador. ¿Para qué me citarían?

Al nuevo, obvio, lo que menos le importaba era el Dual. Quería el cargo para ganar unos pesos hasta cerrarlo, ya que de ninguna manera se iba a dignar a recorrer las empresas una por una como hacía yo. En un momento de la reunión, Don Pedro Kaskanueses dice, me acuerdo patente, “¿Cómo es que en la técnica donde está Soquete el Plan Dual crece y se abre como una flor, y aquí se cierra y seca?”. Todo un poeta. Al profesor Porango no le interesó, no le hizo mella, se hizo el tonto y miró para arriba. ¿Me querés creer que en ningún momento el viejo dijo, “Soquete esta haciendo bien las cosas”? Me odiaba nunca me quiso, ya de chiquito nomás. Al regreso, ya en la escuela, Vejiga andaba murmurando:

—Eeeeeeeee, no me equivoqué con el pibito, eeeee, donde pongo el ojo pongo la..., eeeee... —mientras se dirigía al baño con evidentes intenciones higiénicas.

No nos dieron electro..., había que seguir esperando. La dire no lo quería, por el contrario, a nosotros nos dijo que presentaría el proyecto y por detrás le dijo a Don Pedro que ni loca lo quería. Por lo menos designaron al flaco Garquello como preceptor, lo aceptó a desgano y murmurando su disgusto por lo bajo.

La matrícula fue creciendo. Cierta noche, llegaron dos alumnos —que años después estarían entre los primeros egresados completos del Dual— a inscribirse. Uno flaco y alto, carilindo, con ojos a lo Johnny Tedesco y otro más bien feúcho parecido a Roqui Pontoni, morocho y bien peinado. Simpáticos ambos y muy amigos entre sí, ambos llegaron a jefes en distintas fábricas.

Sin embargo, mucho antes de esto los veo salir del aula con actitud extraña. En la mochila de uno se veía mucho bulto. Al otro se veía que también algo le pasaba. Algo serio intuí. Los llamé y les pregunté si pasaba algo, que llevaban en la mochila... El jopo se le enruló a uno y al otro se les pusieron blancos los ojitos celestes, pero el primero me dijo, *Me equivoqué*. Así, sin más, me devolvió tres libros, que él jamás hubiera entendido ya que eran de electrotecnia y ellos eran de química. Una estupidez de pibes que me llevó a hablarles durante media hora. Los hice sentir conscientes de su culpabilidad y no hubo sanción. Hoy en día el Ojitos sigue en su fábrica como encargado. Jopito es licenciado en química y trabaja en un laboratorio. La última vez que lo vi me gritó desde su auto —de alta gama— en el que iba con su mujer e hijos, *Soquete te quiero...* ¿Qué más le puedo pedir a Dios?

Mi esposa odiaba cada vez más el Plan Dual, vivía para la técnica, no por el sueldo que no era tanto, dado que me pagaban solo medio cargo, nunca sabré por qué. Inocente de mí, en aquellos años, mis reclamos eran únicamente verbales a Vejiga.

Un día vino la directora con la novedad de que se jubilaba. Fue todo un revuelo. No es que hiciera demasiado, pero cuando pasa cierto tiempo la gente se conoce y sabe para qué lado va el loco...

Tan abrupta como fue la ida de la Doña Lokosky fue la llegada de Don Daniel Barrito, que me conocía por referencias, aunque yo, a él, no.

A estas alturas yo entraba al piso doce —de la torre donde se encuentran las Oficinas Generales de Educación de la Provincia, la Jefatura del Dual y de la Rama Técnica, así como de las otras—, como si fuera el dormitorio de mi casa, y al viejo ministerio como si fuera la casa de mi abuela. Esta confianza algunos la interpretaban como que yo conocía a alguien arriba.

El rey Daniel no me dio tiempo a mostrar mi proyecto de abrir la especialidad electromecánica. Esta vez lo había escrito, a pesar de que a mí siempre me pareció una pérdida de tiempo, lo de andar elevando proyectos de cincuenta páginas, pero era una de las tantas *burrocracias* de la educación argentina, como diría Enrique Pinti. Mi proyecto no tenía cincuenta sino veinte, o diez, o quizás cinco páginas. Pero ahí estaba mi fundamentación. Iba por la primera frase cuando Daniel me dijo:

—No te acepto que lo abras... te ordeno que lo hagas.

El tipo venía con unas ganas de trabajar tan grande que era digno de admiración. Todo un erudito en la educación técnica secundaria, con un solo (gran) defecto: las reuniones. A la segunda palabra te dormía, y él seguía susurrando durante tres horas.

En el medio de un acto público me arrodillé ante Noelia Normanda, la inspectora de ese momento —que estaba controlando todo—, como para pedirle matrimonio en lugar de la apertura de la especialidad. Con sonrisa burlona firmó los papeles de la apertura. Noelia era directora de mi mujer, a quien odiaba, pero me tuvo lástima a mí, y lo hizo. Quedó, por fin, en marcha el Plan Dual en Electromecánica.

Daniel, el obsesivo, me explicó durante cuatro horas las estrategias y proyectos para la escuela, me dopaba. Ese tipo, hoy amigo, tenía la virtud de que si le decías algo sobre educación era capaz de escribir un compendio para fundamentar por qué los alumnos debían asistir con un chupetín en el bolsillo.

Quería una escuela modelo. Comenzamos a soñar, quería fabricar algo grande, que nos hiciera conocidos. Nos enteramos de una escuela técnica de zona sur que había fabricado un Fórmula Uno. Si era por este dire éramos capaces de fabricar en la escuela una nave especial para llegar a Marte. Este hombre en pocos meses logró hacer

toda un ala nueva de cinco aulas y duplicar la cantidad de alumnos, pero sobre todas las cosas, como una vez me dijo mi amigo Oscar Serio, (sobre lo que luego me explicaré), nos hizo entender que nuestra escuelita podría ser la Mejor Escuela Técnica de La Matanza.

Al final de su primer año como dire logró el aula tecnológica: un aula especial, con dispositivos en escala, es decir herramientas didácticas de nivel aceptable, que eran de gran ayuda para los alumnos. Otra sorpresa, Daniel me dio una preceptora únicamente para el Dual, casi una secretaria, en aquella época era la esposa de Dormilín. Por supuesto reemplazó a Garquello –que siguió su ruta– que no hacía nada.

El gordo Vejiga se fue de la escuela y apareció una ex compañera de la escuela nacional que a su vez iba conmigo al ateneo de niños. Se jubiló la secre y tomó la Secretaría una señora de química, muy activa, pero muy tranquila a la vez. Daniel nos encomendó participar, y ser representantes de la escuela, a mí y al jefe de la oficina técnica, un tal profesor Fierro a quien poco conocía y que no me caía bien, no por su machazo rostro –un mix italo-mejicano–, sino porque parecía siempre enojado, y me miraba como si quisiera decirme que hacer...

El Rey Daniel nos mandó a una reunión en La Plata. Ahí vi, por primera vez en mi vida, un tipo con dos celulares rugiendo cada cinco minutos. Esto significaba que el tipo era muy serio y muy importante, además, y de no menor importancia era que tenía un buen cinturón para que no se le cayeran, pues el tamaño y peso de esos aparatos hacía merecido el mote de ladrillos que se les daba popularmente. El individuo en cuestión regía quién iba a ganar la licitación para el aula tecnológica. Yo me preguntaba *Qué tengo que ver con esto*, y de pronto me encontré con parte de la cúpula de la Dirección General de Cultura y Educación, algo que se llamaba COPRET. Si bien sabía que era este departamento y a que se dedicaba, las veces que me quise asesorar por el tema de la desgravación impositiva me sacaron corriendo. Nunca había podido contactarme con nadie, y eso que lo había intentado varias veces. Como a las dos horas me di cuenta –¡recién!– que estaba todo digitado. De las cinco empresas ganó la que quería el viejo de los celulares, a pesar que algunos pro-

fes argumentaban en contra, porque debía ser una de las dos empresas nacionales. Terminó ganando una Israelí. Qué tonto e inocente que era. Recién hoy me voy dando cuenta de todo. Ahí estaba con Fierro, el que nombré antes, que me miraba con cara de desprecio. Unos meses después, acercándonos al fin de clases, Daniel Barrito me llama a su despacho para saber qué pasaba con el aula que todavía no la habían instalado *¿Que tengo que ver yo?* me dije para mis adentros.

—No sé, profesor, —le contesté con mi mejor voz de envido.

—Mirá, Soquete, vos firmaste como parte de la Cooperadora.

—¿Cómo? ¿qué firmé yo? —dije.

—¿No te acordás que firmaste que eras parte de la Cooperadora?, sos responsable, junto con el presidente y con Fierro.

Ni sabía lo que había firmado. Me quería matar. A partir de ahí dejé de firmar sin mirar. Había puesto el gancho como parte de la cooperadora y docente responsable.

La Dirección General de Educación y Cultura de la Provincia de Buenos Aires no compra objetos para las escuelas y los reparte. Así sería demasiado fácil. Hay que burocratizar la cuestión. Deposita el dinero en la cuenta de la Cooperadora de la escuela y, a través de ésta, la escuela emite un cheque de esa cuenta corriente, para pagar a la empresa que provee el material, la cual fue designada, obviamente, por la propia dirección general. Luego lo registra en sus libros como que salió de ahí. Excepto algunas veces, cuando directamente manda algo o construye u ordena la reforma directamente. En estos casos el director solo firma que se construyó, refaccionó o que recibió el equipamiento que le mandaron.

No fue este caso, la “cosa” se manejaba de la forma tradicional. *La puta madre*, me dije, se venían de La Plata para inaugurar el aula tecnológica y ni una tecla había. Era lunes y los tipos venían el viernes para la presentación, con periodistas del diario *Corneta* y todo, ya que el matutino era nuestro padrino. Eso significaba que vendría Jefe de Inspección, otros inspectores, directores y todos aquellos que quisieran aparecer en la fotito. Aclaro que el diario *Corneta* nos hizo varios favores, como por ejemplo darnos el busto de Mueble, su fundador, el cartel de acero inoxidable con el nombre

de la escuela: “Doctor Mueble”, unos cinco libros y una nota de la escuela y del Dual en particular. Todo un padrino comprometido con la educación.

A todo esto el Rey Daniel nos mandó, a mí y al el presidente de la Cooperadora, hasta unas oficinas que estaban por Primera Junta, frente a una ex-escuela de Nación, ahora Municipal. La señora que nos atendió nos miró con cara rara y, en sumo silencio, nos hizo subir hasta las oficinas. No se imaginan que azul se ven las alfombras, de ese color, cuando ni cortinas, ni sillas, ni escritorio hay en una oficina y el sol pega de frente. Me corrió un frío por la espalda, (era muy tierno), el presidente de la cooperadora puteó:

—¡Hijos de puta, nos cagaron, se fumaron la guita los del Ministerio! —dijo casi a los gritos.

Capo, ponele onda, pensé. Llamé desde mi celu al director, (así como leen, tenía movil propio, regalo de mi mujer que quería saber dónde andaba en cualquier momento).

—Daniel, aquí no hay nada —se hizo silencio del otro lado, un silencio *audible*—, venite a la escuela ya, que nosotros ya vamos para allá.

Cuando llegamos gritaba como loco:

—¡Fabríquenme un aula tecnológica ahora, y si no algo, hijos de puta, algo. Quiero aunque sea una puta computadora que prenda una luz, lo que sea en esa aula!

Desde el martes a la mañana hasta el miércoles estuve llamando por teléfono a todos los que se me ocurría, que podían ayudar... nada che, ni un pío conseguí.

El profesor Fierro había desaparecido. Decían que había viajado a Uruguay, para mí que se había ido a Marte. *Voy en cana*, me decía yo, con la moral por el sótano. El presidente de la cooperadora también había desaparecido del país, total, él no era docente. El rey Daniel estaba con un preinfarto.

Ya desahuciados, el jueves por la tarde se produjo el milagro: vino el camioncito con los equipos, y en quince minutos conectaron todo. Setenta mil pesos —dólares, era la época del uno a uno— salió un aulita con siete computadoras, una mezcladora de viscosidad y un escáner. ¿Qué tul...? ¡Pero ojo! estaba *re linda*. El viejo de los dos

celulares lo había logrado. Todos contentos por la revolución productiva de Menem y la alta tecnología de las escuelas industriales ... escuelas en proceso de extinción por la falta de industrias en nuestra querida patria.

A pesar de estos contratiempos había logrado abrir el Dual y la especialidad electromecánica. La escuela crecía con la aulita tecnológica aunque lo malo era que me quedaba sin empresas, ahora que tenía todo. Menem había logrado cerrar toda industria grande, mediana, pequeña, o ínfima. Era la explosión de los intermediarios, y los remiseros, recuerdo que para esa época me fui de vacaciones a un país hermano con mi familia y unos amigos. Cuando cobré y fui a sacar el dinero del cajero casi me desmayo. Nunca había visto tanto billete en mi vida. El cambio nos favorecía, mientras, la gente de ese país también estaba sin trabajo. ¿Pero a quién le puede importar eso? *Y bueno que se jodan*, decían muchos a mi lado. Demasiado egoísmo en tanta gente que conozco muy cercana a mi entorno. El tema es que Latinoamérica es como un péndulo...

Nadie se replantea nada, me decía. Esto no está bien. Sin embargo, no sin ironía y en forma de chiste, le decía a mi mujer: *Nos mudamos aquí y voy todos los días a dar un par de horas de clase y vuelvo, que son tres mil kilómetros*. Era la hora del docente y los estatales, todos a pasear por Europa, comprar cero kilómetros y decir a viva voz: *¡Esto es lo mejor que hay!*, claro, siempre están los tontos como el que escribe que en ese momento decía, *Nosotros, y todos los estatales que sobrevivimos a los masivos despidos, estamos bien*. Los docentes no éramos los únicos, estaban igual los bancarios, los de sanidad, los de seguridad y los judiciales. Habían quedado solo afuera de esos buenos sueldos las Fuerzas Armadas que ya estaban devastadas y repartidas. *Están destruyendo a la clase media*, les decía a mis amigos y compañeros, *No hay trabajo para nadie, desapareció la industria, se instaló la droga, la delincuencia y de todos los estatales quedamos la décima parte*. De todos los compañeros y amigos a los que se los dije, grité, esboqué, lloriqueé, uno solo, un hombre grande, sin la necesidad de darme la razón, reconoció que lo que dije y rebuzné era verdad. *Es verdad*, dijo en un asado, *el ruso nos lo dijo, el país se está quedando sin trabajo*.

También fue él único que reconoció que yo decía, *Nosotros estamos bien, el resto se está muriendo de hambre*. A los demás con sus viajes a Europa o sus cerros kilómetros poco les importaba el país.

Tal era el cierre de fábricas que debí realizar contratos con algunas industrias de otras zonas, más o menos lejanas. Me movía en un autito un poco más nuevo, con el que recorrí Adrogué, San Martín, Banfield y lugares indescritibles en zonas que aún no habían sido exploradas por el hombre. Es el día de hoy que pienso que Dios se apiadó de mí. Como el típico inexperto y poco baqueano, solía ir por los caminos menos convenientes, guiándome por mi pequeña Filcar. He terminado en descampados, bañados, cementerios, ruinas y asentamientos. Hasta podría haberme adjudicado algún descubrimiento arqueológico y por qué no de la ciencia antropológica. Créeme, no tenés idea de lo grande y vasto que es nuestro suburbano bonaerense... No me amedrentaba pero... Aunque como profesor había trabajado en asentamientos y villas, y deambulado por lugares similares que también eran de temer, pero en mi entrañable y pacífica Matanza, viste como es esto, uno cuando está en su tierra se siente más seguro.

Iba solo, de saco y corbata y con mi autito. La época estaba cambiando a pasos agigantados, todavía no le decíamos inseguridad, la llamábamos violencia. Y cómo no la iba a ver si la gente no tenía para comer. Las empresas cerraban y las fábricas bajaban las cortinas, excepto las que eran filiales de algunas multinacionales, de capital extranjero naturalmente, y estas no servían para el Dual pues solo buscaban mano de obra barata para su conveniencia.

Como comprenderán la vida escolar, con o sin empresas, no se detiene, y entre uno y otro tour buscando empresas para pasantías pasaron varias anécdotas interesantes, comunes a cualquier escuela de nuestras características. Tal vez no sean muy conmovedoras, pero para mí, que las viví, son inolvidables...

Aclaro antes de comentar lo ocurrido, que se podían hacer prácticas durante el verano, mediante un acta. De hecho hay industrias en las que su trabajo más intenso es durante la época estival. Como para los alumnos las horas eran acumulativas, se compensaba pues luego no asistían en invierno.

Ahora sí, va la historia. Estaba de receso escolar. Recostado bajo la sombrilla de mi entrañable costa bonaerense tomaba mate mientras observaba las olas del Atlántico. Me llamaron al celu. Era una mujer con voz de desesperación quien me aúlla que un alumno se había caído a la fosa del taller donde trabajaba. Casi me trago la bombilla del mate. El muchacho practicaba en una concesionaria de una conocida marca alemana, el instructor le había pedido que se fijara donde estaba la pérdida de aceite de un camión. El chico, concentrado en su búsqueda caminó hacia atrás y cayó de espaldas en la fosa. Lindo ¿no? Se desmayó. Llamaron al servicio médico y al jefecito del Dual, responsable de los niños en cuestión. No terminé de escuchar lo que había pasado que ipso facto dejé a mi familia, tomé el auto y me vení raudo por la ruta. Cada kilómetro, cada hora, cada metro y minuto eran un maldecir.

Cuando llegué a la clínica, luego de cuatro horas de rezar, orar, llorar, pedir, rogar e implorar, ahí estaba él con el papi, el instructor y el médico contando chistes. Eso significó estar cuatro días llenando papeles, elevando otro tanto y yendo a La Plata una semana seguida. Años más tarde ese joven se casó con la secretaria de uno de los socios y el otro día me lo encontré en la puerta de una escuela evangélica esperando a sus hijos en su auto. Hoy en día sigue trabajando ahí, es ingeniero y no le quedó un mísero rasguño de la caída. ¿Vos pensás que yo lo escribo de forma graciosa y poco seria? pero en ese momento todos los problemas recaían en mi estómago, corazón, arterias y matrimonio...

Similares a ésta hubo varias más. La peor de todas, fue cuando me encontraba dando clase en la escuela de Nación y me avisaron que un alumno había tenido un accidente grave. Desesperado fui hasta la empresa, en Lomas del Mirador, y el chico ya estaba en la clínica. El accidente había sido muy serio. Estaba haciéndole mantenimiento a un balancín, al agacharse oprimió el pedal con la rodilla, este bajó y le quitó dos dedos. En el convenio que se firmaba entre las empresas y la Dirección General, se establecía que el alumno recibía la misma protección que en las escuelas. En otras palabras, la industria quedaba sin responsabilidad ante los practicantes según apartado nueve. Como si la industria fuera una continuidad de la

escuela. Luego de denuncias policiales, exposiciones civiles, trámites y tratamientos, al alumno le pagaron. No lo que debía haber sido, yo creía que deberían haberle abonado mucho más. La industria no fue protegida por la Dirección General,

En esta época Daniel logró que me abonaran el cargo completo, porque, cuando no, aún estaba cobrando la mitad de mi sueldo. Nunca me pagaron la deuda acumulada de los seis años anteriores en que me desempeñé en el mismo puesto.

Había crecido tanto el sistema, que un empresario que había sido compañero mío del secundario y tenía alumnos del Dual, me invitó para exponer en la Rural. En la exposición de la máquina-herramienta, en el lugar para exposiciones más grande de Buenos Aires, la Rural, –con todos los oligarcas del país– estaba nuestro cartel, ahí brillaba el escudo de nuestra querida escuela técnica. Fue tal el éxito que hasta vinieron de La Plata para ver la exposición de bombas sumergidas que los propios alumnos fabricaban y explicaban los procesos. Fue tema de conversación durante varias reuniones. Lo recuerdo y no lo puedo creer. Justifico que el Rey Daniel, que estaba enloquecido, no hubiera tenido tiempo para decir, que bueno, pero los demás... en fin, en la escuela nadie lo reconoció.

Lo inusual me ocurrió cuando trabajé en la televisión. Comencé como columnista y terminé haciendo publicidad para la escuela. Daniel intentaba agradecer, pero él estaba en la vorágine de su mundo, yo veía que trabajaba, pero no me daba cuenta cuánto había sobre las espaldas de ese hombre. En aquella ensalada de manjares exquisitos cayó una denuncia contra él, por un supuesto fraude en las reasignaciones de profesores. Por si fuera poco al día siguiente le robaron al profesor Partícula, jefe de laboratorio, un cheque de treinta mil pesos del portafolios que había dejado en su oficina y era de la escuela.

Desde un año atrás estaba en el colegio, una profe de educación física que trabajaba conmigo en la escuela de Nación. Una mujer muy simpática que tenía un problema físico, este hecho hizo que le dieran tareas pasivas en nuestra escuela. De repente me vi envuelto en un centenar de discusiones, otra vez yo era el gran idiota, en este caso por defender a esta señora, que conocía de otro lugar.

Renunció mi amiga, la regente, y designaron a una profe de casi noventa años. También renunció la secre y apareció el nefasto de Afanetto. Algunos compañeros que no confiaban en mí, me tiraban la lengua, imposible porque no sabía nada. Me decían que era una tapada y que ocultaba sus verdaderas intenciones. Sinceramente casi no la cruzaba, por mis horarios estaba poco tiempo en el establecimiento. —No pienses mal—. Mi cargo se dividía en una cuarta parte de las horas en la escuela y el resto visitando empresas. Algunos sospechaban que la denuncia a Daniel la habíamos hecho algunos de nosotros. Tal es así que un día, mi ex profe de dibujo técnico Fachinja y el profe Partícula, se llegaron hasta el aula en que me encontraba dando clases, y me increparon acusándome de que yo hecho la denuncia. Se basaban en que la misma había venido desde La Plata, y el único que tenía esa llegada era yo.

No podía creer el estado emocional en el que estaba el personal y —¿me querés creer?— no hubo un solo inspector que defendiera a Daniel. Ni siquiera se acercaron a la escuela para averiguar lo que estaba pasando en realidad. La Inspectora profesora Normanda le dijo las palabras mágicas: *Andate o te hacen un sumario*. Esa cama injusta hizo que renunciara.

La abominable Magali Sorbete lo reemplazó en el cargo. Había sido la denunciante, junto con la de tareas pasivas —mi compañera a la como un pavo yo defendía—, la profe Zorpazo. Convenientemente acompañada por el marido de Sorbete quien tenía conocidos políticos de la vieja época. Esta ex ayudante de laboratorio, resentida como ella sola, era como una lamparita al revés, de iguales características físicas. Cuando fui alumno, era ayudante de laboratorio, y su novio que era el profe de educación física —en esa época ya su marido—, dormía en el viejo auto anaranjado, cuando dictaba sus clases en Monte Dorrego. De pibes le decíamos barrilito por su forma y aroma. Y a ella arco iris, por no tener marrón. Pensá y descubrielo...

La cuestión fue que, según me han contado las malas lenguas, la señora le hizo una denuncia al director Petette, nuestro querido director en mi época de alumno, quién terminó renunciado antes del sumario, (igual que Daniel), y así fue como llegó la profe Doña Berta Lokisky.

¿Vas entendiendo a la docencia? ¿se pone lindo, no...? La causa de tal actitud fue que no pudo acceder a algunas horas que pretendió, porque el dire se las había dado a otro candidato con más puntaje que ella. Ante tal “injusticia”, a su criterio, Magalí Sorbete se enojó, hizo pucheros, fue a papi y le contó. ¿Cómo es que este monstruo de las tinieblas tenía tanto poder?, claro, Barrilito, tenía contactos políticos, no demasiados, pero los suficientes.

Sorbete ya en el cargo, quería cerrar el Plan Dual y el turno vespertino. Quería transformar a la escuela técnica en una escuela media y abrir un profesorado de inglés a la noche. Mente siniestra, no le importaba lo que le sucediera al personal ni las necesidades de los alumnos. En un mes había cerrado el turno vespertino tradicional, pero le quedaba un granito, *el Plan Dual de Soquete*, como se lo llamaba a estas alturas. Bien mirado, desde el punto de vista lógico político era lo más acertado, ya que en el país no había industrias. Solo quedaban pequeñas pymes familiares que resistían el embate de la política de ese momento; que en la época del romanticismo menemista habían comprado dos o tres máquinas, herramientas importadas de China, Taiwan, Corea o Vietnam, aprovechando el uno a uno y ahora se las tenían que meter en la oreja dado que todos los productos venían importados de esos mismos lugares. La gente de fe, pensaba que algún día ese tipo se iría y por lo tanto se insistía por no cerrar la escuela.

A la semana comencé a hacer notas de denuncia, porque a los nuevos alumnos que se querían inscribir, les comunicaban que el Plan Dual estaba cerrado. Cuando cruzaba a Fierro casi no me miraba y hablaba de boca. Serrote, se encogía de hombros y hablaba de Independiente, Partícula hablaba de Trosky; Fachinja, de Almirante y Dormilín, de San Lorenzo. Garquello solo sabía hablar de Boca y autos, (que los cambiaba como “adolescente, el peinado”). Estaban los que no les importaba la escuela, los que se querían acomodar con la dire y otros que se decían: *Cuando me toque me voy y listo*. Los peores eran esos que se querían acomodar con ella, los olfa, alcahuetes, rastreros y chupamedias. Típicos mediocres incapaces y pésimos profesionales. Y que en última instancia también los iba a dejar sin trabajo o sin escuela

teniendo que reacomodarse en cualquier lugar. Pero la pequeñez de su cerebro no les permitía ver más allá de sus narices. No había ningún docente que me apoyara, o al menos parecía que estaban todos hipnotizados. Muchos se regocijaban al ver cómo la escuela se iba deteriorando día a día, ya casi no había alumnos y ningún profesor que se llamara honesto y de criterio quería tomar horas en el establecimiento. Tal vez se estaban reuniendo o debatían, pensaba, pero a mí no me llegaba, no me tenían en cuenta. Era terror que le tenían algunos y otros pensaban que nunca iba a perder una hora. Había preceptoras que lloraban todo el día, gente que se enfermaba de estrés y el malhumor era insoportable. Al ser la mayoría titulares, sabían que en tal caso se los iba a reubicar en otras escuelas. Escuchaba en el taller los gritos y peleas entre viejos profesores, pero cuando yo entraba se callaban la boca. Mis denuncias caían en saco roto y no entendía el porqué, claro, yo se las elevaba a ella. Mientras el secretario me tiraba indirectas de amenazas. Como que el Plan Dual no era legal, que mi cargo no estaba visto en el estatuto, que no podía ser itinerante. A tal punto que un día, voy a la regencia donde tenía los contratos del Dual y cuando estoy adentro dispuesto a llenar uno con una empresa que había conseguido aparece el tipo.

—¿Qué hacés aquí, quién te autorizó a entrar? Yo te voy hacer una denuncia. Algo estás buscando o querés robar —dijo desde el umbral de la puerta.

Me quedé tieso, frío, sin palabras, me asusté, no sabía qué hacer y era el lugar donde estaban mis cosas. Era tal el temor que les había tomado a todos que sudaba y me temblaban las piernas. Sentí mi pecho cómo se llenaba de adrenalina y latía fuerte.

Quizás lo que esté contando resulte difícil de creer, pero es verdad. En eso entra la coordinadora del EGB, cómplice de ellos.

—Profesor Tortella, quiero que salga de testigo que Soquete estaba dentro de la regencia sin autorización, —le dice Afanetto.

A la coordinadora apenas la conocía, ni me la cruzaba puesto que el Dual estaba en el superior y ella era del EGB. Lo único que sabía era que se acababa de comprar un hermoso terrenito con una excelente vista hacia un quebracho en un cementerio privado.

—Sí, como no, Afanetto, hacé un acta que yo ya te la firmo.

Los dos se quedaron observándome agudamente y yo con los papeles del Dual en la mano.

No sé de dónde saqué valor, pero desde adentro y con voz temblorosa les dije:

—En tal caso el que va hacer una denuncia soy yo por estar en un lugar no autorizado por mí. Ya que mi cargo depende directamente de La Plata y si quiero me lo llevo de la escuela. —Era verdad en parte, pero ni loco se me hubiera pasado por la cabeza irme. En realidad como nadie conocía bien los pormenores del Dual y sus leyes, dudaron. Yo tampoco estaba seguro de que fuera así, como lo dije, de hecho dudaba, pero como jugador de truco, y muy mentiroso, le puse ímpetu y severidad a la frase. La mente trabaja rápido en esos momentos, pensás lo que puede pasar y como en el box, tenés que tratar de adelantarte al movimiento —el golpe— del rival.

—Esta es la regencia y aquí están mis papeles y documentación muy importante. No tiene por qué estar el secretario y menos aún la coordinadora, —agregué con seriedad.

—¡¿Qué, vas hacer una denuncia, vos?! —respondió de inmediato Afanetto. Pero ella se dio media vuelta y se fue.

Sin decir nada tomé todos las carpetas del Dual, contratos y leyes y no dejé nada en el lugar. Los subí al auto y me fui a Jefatura. Era la primera vez en mi vida que tenía un altercado verdadero a nivel laboral. No sabía qué era eso y no me gustaba, yo quería trabajar y pasarlo bien. Que no me rompieran las que te Jedi, no sé si soy claro. Mientras manejaba pensaba adónde llegaría esto y si el viejo me haría la denuncia. *El que canta pri, gana*, me dije y me apuré para llegar con mi inspectora. Al llegar a jefatura en Ramos Mejía, ya que se había mudado, pedí directamente hablar con ella. Me atendió y luego de escucharme me dijo:

—Mire, Soquete, ustedes deben arreglar sus problemas, esto a mí no me incumbe.

Volví a la escuela pasada las seis de la tarde. Llegué para el turno vespertino, pero no encontré a nadie. Esa misma noche una compañera se me acercó, justo había sido la primera persona que me había enseñado a hacer una denuncia, la profe Mirta Toblerone,

bibliotecaria de la noche, que a su vez era directora de una primaria en la Villa Palitos. Me llamó y me dijo:

—Vení, Leonardito, que yo te voy a enseñar a confeccionar una nota y explicar cómo se eleva. Porque vos las estás elevando a la dirección.

—¿Pero, acaso, esa no es la forma correcta, no pasar la vía jerárquica?

—Es muy sencillo, quedate con copia y titulás, *Eleve ante quién corresponda*, luego vas con las copias a los gremios.

—Pero yo no quiero llegar a eso, quiero que reaccione.

—Nene, vos sos medio boludo me parece.

Ya no era un nene, pero sí era medio boludo por no decir del todo.

Le hice un par de notas instigando a la apertura de la inscripción, no me contestaba y le pedí a mis padres que llamaran por teléfono preguntando por el Plan Dual. Contestaron desde la secretaría que estaba cerrado, siendo que todavía me quedaban treinta y seis empresas y cerca de ciento cincuenta alumnos. En realidad me quedaban en pie solo unas doce fábricas. Era tal la indignación que el orgullo se hacía más fuerte ante la impunidad del hijo mal nacido de Menem. Hasta sentía que la directora fuese una extensión del mismísimo gobierno. La Matanza, cuna de la industria argentina... HdeP si los hay...

Mirta, otra noche, me llamó y me dijo:

—Yo te dicto, no estás utilizando las palabras apropiadas, vamos a ser más agresivos y vas a pedir que el inspector venga a la escuela, de no ser así la llevás a los gremios. Leonardito, a vos te conoce todo el mundo, vos podés ir. Animate a ir y pelear.

—Y... tengo miedo, soy provisional en este cargo. ¿Si me hacen un sumario?

—Nene, nene. Aquí nadie te va hacer un sumario por nada. La única forma de que haya un problema serio es que te metas con los alumnos.

—¿Pero vos decís que me conocen?

—Sí, mucho más de lo que vos pensás. Hay gente que piensa que vos tenés un padrino. Yo me di cuenta que no, sino no serías tan inocente o boludo.

—¿Y por qué no haces vos la denuncia?, si cierran la noche vos tan bien perdés.

—Porque esta es tu pelea, querido, no la mía. Yo tengo otras.

¿Puede ser que fuera tan inútil de no saber eso? Sabés que sí.

Mientras tanto las reuniones de los jefes del Dual comenzaban a darse mucho más esporádicas, ahora eran con asados, en quintas en pueblos del interior, ciudades como Mar del Plata o Bahía Blanca, en los mejores hoteles. Los temas de charlas eran sobre nuestros entretenimientos, la relación con los empresarios —cada vez menos— y cómo cuidarlos para que no nos dejaran sin prácticas. Nadie hablaba de que el país no tenía más fábricas y que era imposible meter a los chicos en un lugar digno.

El inspector del Dual de esa época era un calco de Carlos Thomson, mostraba todos sus blancos y relucientes dientes sin opinar. Los coordinadores más viejos se miraban como extrañados. Uno de ellos, un hombre mayor de Merlo, no se podía contener, ladraba y criticaba al gobierno. Mientras tanto, con un poco más de autoridad me atrevía a opinar y discutir. Por primera vez me sentí escuchado y hasta algunos me preguntaban por estar inmerso en La Matanza. Tenía la loca idea de que en el partido todavía quedaba alguna industria, como la gente, en pie. La fama del Dual de nuestra técnica había llegado a toda la provincia y era reconocida en todos lados... menos en nuestra escuela. Así como también se iban enterando cómo era la directora y que intentaba cerrar el Dual, pero nada podían hacer más que escucharme y darme algún consejo. Algunos coordinadores se ponían felices porque alguna empresa había logrado una desgravación impositiva importante y nos invitaban a comer un asado y le regalaban una computadora, de poco valor, a la escuela.

El vاپuleo de la educación, en el estado más paupérrimo de un establecimiento, se conforma con las migajas más denigrantes. Mientras en nuestra escuela el clima era aterrador, amenazaba a las preceptoras diciéndoles que no iban a cobrar. El docente nuevo vive al día, su vida es tan miserable que la desesperación le nubla la mirada. Piensa en los impuestos, los servicios, la tarjeta, en sus hijos, ¡en la comida!, cómo comprarla y cómo viajar al otro día a la escuela.

—Te voy a dejar cesante —amenazaba por lo bajo Sorbete, mientras la *amiga* se regocijaba en la regencia.

Todo sucedía en una escuela de la Matanza. Si algún compañero lo lee sabrá que es verdad, y aquel que no es del gremio, no se sorprenda, porque en todos lados se cuecen habas. Ya muchos se habían puesto de parte de ella. El secretario obsecuente e inoperante había renunciado mientras la escuela se iba a pique. El ciudadano común aprovechaba el “uno a uno” y se compraba terrenitos en Brasil para hacer dúplex y alquilarlos en verano a, entre otros, muchos de los idiotas alegres de sus compañeros, a su vez. No lo podía creer... ése era el secretario.

Las notas no daban resultado, y a esto se le sumaban los problemas en casa, que yo y mi estado de ánimo fomentaban. Porque te imaginarás cómo llegaba y cómo repercutía esto en mi familia, no me podían hablar, estaba obsesionado con el tema.

Unos días después desaparecieron todos los legajos de los alumnos que estaba inscribiendo y que por distraído me los había olvidado en un momento, al buscar el sello de la escuela. Me puse tan nervioso que le di una patada a un escritorio y garabateé una nota de renuncia al cargo. Dispuesto a hacerlo se la fui a llevar a Fierro, el nuevo secretario. Sin tener confianza con Fierro se la tiré en el escritorio y le dije que me iba. Con él, en esa semana, pudimos vernos del mismo lado y casi inmediatamente entramos en confianza, ya me miraba con algo de indulgencia o mejor dicho con lástima. Cuando le presenté el papel, me dijo que no me la aceptaba, una terrible discusión se dio entre él y yo.

—No doy más, Fierro, estoy harto. No me rompás las bolas, me voy a mi casa. No se puede estar aquí. ¡Nadie hace nada y esta hija de mala madre deshace todo!

Me empujó, cuando intenté por la fuerza que tomara la renuncia al Plan Dual. De un empujón que me dio terminé sentado de traste en el piso contra un armario llorando en el piso abrazado al tano grandulón.

—Tranqui, Leonardo, ya vamos a salir de ésta. Vos no te tenés que ir. Sos muy importante, todo el mundo sabe que si no fuera por vos, la noche se hubiera cerrado.

Era la primera persona que me hizo sentir valorado en la escuela, mientras las denuncias iban y venían como chorizo en bandeja de loza, aunque nadie se hacía cargo de ellas. Más denuncias presentaba, más fuerte se hacían la directora y su amiguita que ahora se daba el tupé de hacer las veces de regente y/o secretaria o *diosa del universo* en tal caso. Casi en una relación lésbica, que no hay nada de malo en ello, siempre y cuando no sea obscena. Los matrimonios que trabajan juntos no comentan en sus puestos de trabajo los por menores hogareños.

Se había hecho dueña de todo. Hacían el contralor entre Magali y su secuaz Zorpazo. Manejaban el horario, y dejaban cesante a la gente como si estuviéramos en una empresa privada. A Fierro, como secretario, no le fue permitido tocar el contralor, que era su responsabilidad. Documentación pública por la cual se recibían los haberes de toda la institución, y que cualquiera que la solicitaba tenía plena potestad para revisarla, fotocopiarla y metérselo en el bolsillo más profundo si era de su agrado. Manejaban a dedo las designaciones y reasignaciones de los profesores cuando cerraban cursos para que su gente se quedara en la escuela, y no hacerle lugar a otros. De esa forma dejaban el campo libre para realizar sus planes. Nadie reaccionaba, solo Fierro había empezado a quejarse por no poder hacer el contralor. Yo, por mi parte, anotaba alumnos desde mi casa y me llevaba los legajos para que no los tiraran. Mientras, preparé nuevamente todos los convenios que me faltaban de las empresas, mintiéndoles a los empresarios, diciendo que había habido un robo en la escuela. Por otro lado comenzaba a tener problemas de cobro, y el sueldo no me venía como correspondería.

En esos días se realizó una muestra en San Justo en un local que pertenecía a la municipalidad sobre la calle Almafuerte. Me pareció coherente llevar allí propaganda del sistema Dual. Claro que no pedí permiso, ya que no me lo darían, pero de ninguna manera quería privarme de promocionar la escuela delante de todos, ya que sería una posibilidad de que quedaran en evidencia sus trastornadas ideas. Cuando me vieron repartiendo volantes, el que había sido mi preceptor, Garquello o *Saavedra* —como le decían ahora, no sé por qué—, de forma muy obsecuente le avisó a la directora. Me querés

creer que no solo me gritó en el medio de la vereda, sino que me dijo que me iba a denunciar por propaganda fraudulenta, pues el sistema Dual y el turno vespertino se habían cerrado. Respondí que, que yo supiese, no era así, pues en forma oficial nadie, yo incluido, había sido notificado de tal situación. Buscó a un testigo y el alcahuete de Garquello se hizo eco. Así como me gritó me fui hasta la comisaría de San Justo que queda a una cuadra y media y le hice una denuncia por discriminación y malos tratos. Aproveché que en su medio de su histerismo me dijo *judío de mierda*. Me dicen ruso, por algunos familiares de la colectividad y debido a que en su momento vendí alguna joyería para sobrevivir, pero no soy judío. Y, aunque lo fuera, su frase era abiertamente discriminatoria.

Convocó enseguida a una reunión de personal en la escuela, a la que, obvio, no asistí. Supe que me calificó como el enemigo público número uno. Dio a conocer algunos de sus planes para la escuela y se armó flor de discusión entre una preceptora —que estaba de acuerdo con ella—, el jefe de laboratorio Partícula y el secretario Fierro. Se sumaron al encendido *debate* Fachinja, acompañado del pelado Fernández. Ahora sí, se había metido con los peces grandes.

Mientras tanto yo seguía anotando alumnos en mi casa y en la casa de mis padres que oficiaban como mis secretarios privados. Daba los dos teléfonos y citaba a los interesados en la escuela en un horario donde ella no estuviera. Cuando llegaba a la técnica y veía el auto de la susodicha me daba dolor de estómago y comenzaba a transpirar. Aún no entiendo cómo mi mujer y mis padres no me mataron... Sobre todo ellos no podían creer lo que les comentaba.

Me había empecinado de tal forma que había entrado en una especie de locura, iba a dejar la vida, pero no me iban a cerrar el Dual. Tenía la convicción de que nunca hay que cerrar cursos, por el contrario hay que abrir más. Si la matrícula baja es porque se están haciendo mal las cosas, o porque el director se está equivocando. Entonces hay que rever la situación, hacer una propaganda estratégica, que haga más apetecible la especialidad o el turno. No solo era una convicción y orgullo, también pensaba en mi fuente laboral, que aunque no significaba mucho en la suma total de mi sueldo era algo. Aunque no lo crean, también en la de los demás. No soporto la idea de que la gente

se quede sin trabajo, es asfixiante, descalibra mentalmente, te vuelve inseguro y te asusta. Yo lo había pasado. Sabía muy bien de qué se trataba. Como era obvio, todo el lío de la reunión llegó a oídos de los inspectores, porque no le hacían caso a mis denuncias. Es más, había tenido una reprimenda dado que yo me había encargado de acercar la denuncia a Jefatura de Inspección evadiendo toda la vía jerárquica. A esas alturas no me importaba nada.

A poco de comenzar el siguiente año lectivo, por imperdonable descuido, me olvidé otros legajos en la preceptoría. Desaparecieron enseguida, Flequillo era fiel seguidor de la destructora Magalí. Hice una denuncia policial por robo en la escuela, lo cual sí era grave. Leonarda Leona, la jefa de inspectores estalló en cólera, pero no se iba a rebajar a una discusión mundana, menos entre una directorcita de escuelita técnica (ya casi sin alumnos) y un pibito que oficiaba de jefe de no se sabía qué sistema.

Mandó a Don Pedro Kaskanueces, que en ese momento era nuestro inspector, quién nos citó de inmediato. Habían desaparecido unos quince legajos de los alumnos. Magalí decía que yo mentía y que esos legajos no existían, pero el día de la reunión debió haber tenido miedo, no sé por qué motivo, y se apareció con los legajos. Argumentó que no sabía nada, que habían aparecido en su escritorio, por “alguna mano negra” que los había barajado. Ante las preguntas de Pedro, respondió:

—Yo nunca dije que estos legajos no estaban. Es una mentira de Soquete. Nunca los había visto, esta mañana supe de ellos por primera vez. Por eso dije que no sabía nada de ellos, no que no existían.

A lo que retruqué:

—Pero vos, hacés decir que el Dual y el vespertino están cerrados, y que yo sepa no hay nada escrito. ¡Sí, eso hacés decir por teléfono! —a los gritos lo dije.

—Eso es mentira, ¿qué pruebas tenés? —ella gritaba más que yo, con su voz ronca “de bajo, cual jabalí agonizando”. No tenía pruebas, no iba a llevar a mis padres. Era imposible buscar a la gente a la que le habían dicho que estaba cerrado. Además si llamaba a los padres de los alumnos se iban a enterar de los pormenores y bajezas de lo que sucedía puertas adentro del establecimiento. No dije nada.

—Bueno... pero en tal caso esto no alcanza para abrir un curso —agregó ella por lo bajo.

Pedro comenzó a los gritos, como un desaforado, una vieja inspectora de Nación que estaba en otro escritorio no podía creer lo que veía y escuchaba. Nos insultó y nos terminó echando a los dos de la oficina, no sin antes amenazarnos, diciendo que si se enteraba de otro problema nos iba iniciar un sumario a los dos. Yo estaba muy asustado, a ella la veía tranquila. Me faltó tacto psicológico, sin darme cuenta le estaba armando semejante despelote. Ella, con mucha más esquina que yo, sabía lo que me había dicho Toblerone: a nadie le hacen un sumario. Ya había llegado la denuncia por discriminación, que ilusamente creí que para algo iba a servir, nada, ni pío.

Cambió nuevamente el inspector, quién haciendo caso omiso a la disposición del Dual que autorizaba a abrir los cursos con quince alumnos, no me permitió abrir los dos primeros, (cuartos). El nuevo era el profesor Cerradsocur, un viejo abogado y temido inspector, pues tenía una alegre compulsión a cerrar divisiones, con el consiguiente amontonamiento de alumnos. Se pusieron de acuerdo con Magalí y con Pedro y se dieron el gusto, sin más los cerró, contando con el visto bueno de Pedro, que nunca me quiso, y la jefa de inspección, a la que no le importaba nada. No lo podía creer, quedé devastado, ya no había por qué pelear.

Le comenté lo sucedido a mi amigo del nación, Pipo, que con paciencia escuchaba todos los días mi relato de los nuevos capítulos de la telenovela técnica de la hora del mate. Me miró como diciendo este pibe está loco. Obvio, sabía de mis aventuras y desventuras pues no solo se lo comentaba, sino que eran vox pópuli en el distrito.

Para redondear el apocalipsis dual y vespertino me dejaron de pagar el cargo. Era el colmo. El inspector Cerradsocur me ordenó no ir más a La Plata, bajo ningún concepto, bajo amenaza de apercibimiento por pasar las vías jerárquicas sin autorización. Hago los reclamos pertinentes. Sabiendo todo esto Pipo decide acompañarme a La Plata a ver a un supuesto amigo junto con la rectora de la escuela de Nación — la profesora Pueblo Nogales— donde trabajábamos. Ellos tres, el intendente de la Matanza, la secretaria general de CTERA y un par de Personajes más del momento, habían sido todos compa-

ñeros del secundario, en la escuela madre de la de Nación de Casanova. Nunca voy a dejar de agradecerles su intento para ayudarme a salvar la escuela, sin tener nada que ver con la técnica.

Lo hicieron solo movidos por el afecto que me tenían a mí y a la educación en general. No podían creer lo que se estaba viviendo en una escuela, no entraba en sus cabezas. Uno de los Personajes que mencioné, era, ni más ni menos, que el jefe de la rama técnica. Cuando se encontraron se abrazaron los tres. Ellos tomaron café y mate y yo me metí en un rinconcito de la jefatura. Después de terminar de hilvanar recuerdos de su época de estudiante, le comentaron mis andanzas... que le eran en parte conocidas, yq que también se conocían con el marido de Sorbete.

Al otro día el Personaje se apareció a las cinco de la tarde en la escuela. Fue un revuelo, no sé que pasó. Pero ella cuando se fue me dijo:

—Yo también lo conozco ¿y qué?

No le dije nada. Se acercó a mí.

—¿Por qué estás haciendo semejante quilombo?, si vos ibas a seguir cobrando igual.

No atiné a mirarla ni contestarle y me fui. No solucionó el tema, pero hizo presión, y más aún, ya estaban seguros de que yo tenía contactos arriba con gente influyente, —¡lo que es la imaginación...!

Esto incomodó a jefatura. Me citaron y dieron tremenda reprimenda.

Me quedé callado durante todo el discurso de Pedro, cuando terminó le dije:

—Yo no le pido permiso a nadie para juntarme los fines de semana con mis parientes.

Mentiroso yo, pero resultó... El tipo se quedó callado, dudó.

A todo esto seguía sin cobrar.

Caminaba por la escuela como gato encerrado, entre la vergüenza, el miedo y la indignación me decía, *No es en vano esto, por lo menos logré unos días más, no es en vano, algo tiene que pasar.* Y de golpe, como arte de magia, un viernes en casa, a punto de cenar con mi familia, recibo un llamado telefónico. Era mi ex profe Fachinja quien me dice que se va a hacer una reunión en su casa, que fuera, era urgente. Eran las once de la noche. No confiaba, dejamos a mis

hijos con mis padres y fuimos con mi señora. Ella tenía miedo de que me estuvieran esperando con muy malas intenciones, matarme o algo equivalente.

Se encontraban, además del dueño de casa, el profe Fierro, Partícula y el jefe de preceptores Omar Garchola, con el cual mucha relación tampoco tenía. Hombre de muchos años y unos testículos del tamaño de dos melones. Ahí me enteró de la extraña relación entre algunos de ellos. Omar Garchola, el jefe de preceptores, había sido preceptor de Fachinja y Sorbete, en la escuela secundaria técnica, y Fierro, Fachinja junto a la dire, a su vez, se habían recibido en el mismo profesorado. —Increíble, estaba destruyendo a su preceptor y dos compañeros—. Resolvieron hacer una denuncia formal a todos los gremios, pues ellos eran delegados de dos. Todo esto mientras cenábamos un asado improvisado. Mi esposa y yo nos mirábamos sin entender demasiado. Nos costaba confiar.

Entre tanto, en mis horas libres en la escuela de Nación, la rectora me permitía utilizar el teléfono para llamar a todas las empresas que quedaban en pie y a la vez inscribir a todos los alumnos que pudiera en la escuela.

Éramos pocos y parió la abuela, cayó una denuncia contra un profe de química, el pelado Fernández, por acoso sexual. Sin siquiera tener la delicadeza de reparar que la mujer trabajaba ahí. Un problema más. La directora había arreglado, con el padre de una alumna, llevar adelante la denuncia contra el profesor, que en varias ocasiones había desaprobado a su nena. Era un grave problema ante la opinión pública y nos desviaría de nuestro tema.

La denuncia contra ella estaba en marcha. Se hicieron varias notas, muchos se negaron a firmar, por temor o por desidia o por comodidad. Mientras Garchola juntaba documentación que pudiera ser creíble y mostrara lo que estaba pasando. No era moco de pavo lo que debíamos hacer. Así, como quien no quiere la cosa, mi viejo decidió irse de viaje al cielo... obvio no se lo dije a nadie. Una discreción inútil fue esa. En la otra escuela se enteraron porque tenía amigos, y como en la región todo se sabe...

Mi papá para mí era casi Todo, extremadamente equilibrado, a quién podía consultar en cualquier momento, no en algo referido

al tema educación, ya que nada tenía que ver, sino con las actitudes a tomar en ciertas circunstancias.

Una noche, unos tres días después de su fallecimiento, al llegar de la casa de mi madre, me encuentro a Seriate, (un profe que había sido alumno de la escuela tres años antes que yo), Fernández, Fierro, Partícula y Fachinja. No podía salir de mi sorpresa. Me hizo muy bien ese gesto y me acercó mucho a ellos.

La nota que enviamos a los gremios –integrada por la denuncia y la documentación correspondiente– fue firmada por nada más que quince personas. Quince de ciento veinte que trabajábamos en la técnica. Busqué en vano la firmas de profesores y preceptores que me conocían en mi época de alumno... con mucho dolor, debí asimilar su negativa a firmar. En fin... cosas del trabajo, o no.

Los gremios, obviamente, se encuentran cerrados los sábados por la tarde, sin embargo ante la magnitud del temor de algunos compañeros, –chicas sobre todo– pedimos a SUTIBA, el gremio principal, que hicieran una excepción y abrieran para nosotros, queríamos charlar tranquilos, a solas, y en un lugar que representara un cierto respaldo. Dos representantes de SUTIBA (una chica y un hombre), nos abrieron. Te imaginás el nivel de terror que había generado esta mujer para tener que llegar a esta situación. Durante la semana se entregó la nota que mencioné más arriba en la FEB y UDOCBA.

Para algo sirvió nuestra movida. La separaron del cargo y mandaron un interventor a la escuela ¿a quién? a Don Pedro, no podía ser otro.

Terminamos declarando –algunos a las tres de la mañana– en San Martín. Mi citación era para las veintitrés horas –*No puede ser*, me decía a mí mismo– en una escuela vieja que había sido de Nación. Cuando entré me crucé con el profesor Apoyetti, (también ex compa del secundario), que salía pálido. *Hay picana*, me dije, *Es fija*. El inspector sumariante cuando llegué me dijo:

—Sentate, ¿querés un mate?

—No, gracias, –yo temblaba.

—¿No te acordás de mí?

—No profesor.

—Soy coordinador del Dual de Caseros. Nos conocemos de las reuniones.

—Ahhhhhh, sí. Disculpe.

Me volvió el alma al cuerpo. Le conté todo, aunque algo recordaba de lo que ya le había comentado. Pedro había sido castigado en la escuela, aunque se hacía el gil y no lo dejaba entrever. Citó a varios secretarios de otras técnicas para que lo ayudaran a organizar el desbarajuste. La victoria no fue gratis. Separaron del cargo a Fierro y al pelado Fernández —por investigación—, así que nuevamente volvió la secretaria Rapideli. La dire no solo hizo designaciones por su cuenta sino que también dejó cesantes a compañeros, y, ya en franca ilegalidad, *nombraba* suplentes, solo con su documento, es decir cobraba sus sueldos. En cuanto a lo de mi sueldo... vaya sorpresa me llevé cuando me enteré que me habían dado de baja por fallecimiento.

Se arregló todo rápido y a los apurones. Se realizó un concurso interno y ganó Oscar Seriate para director. Oscar era un profe de perfil bajo que se había recibido en la escuela tres años antes que yo, siempre abanderado e íntimo amigo de unos de los jefes del departamento y compañero del secundario del profe Apoyetti. Oscar había tenido un par de cursos del Dual, pero realmente a mí no me convenía, sería muy buen profesional pero no sentía pasión por el Dual.

Mientras tanto el viejo Pedrito y Leonarda me dieron una semana para conseguir treinta pibes para abrir solo un curso. Ahí debí pedirle auxilio, otra vez, a mis padres.

Me fui a los barrios más humildes y villas con panfletos, siempre abonados con mi peculio, en el que brillaba el lema *La escuela que da trabajo*, y traje ochenta, más unos cincuenta que me mandó la esposa de otro amigo de la escuela de Nación, el gordo Barbarroja, ya que su esposa era directora de una escuela de primaria en Catán. Así se abrió, electromecánica y química. Ahora había que conseguir fábricas y no era fácil. Pleno desastre de De la Rúa. Manifestaciones, piquetes, balas de goma y todo lo que se venía juntado desde la época de Menem. Cinco presidentes en una semana. Hasta que gana un tipo venido de la Patagonia y como si fuera magia, aunque no lo fue, en octubre apareció el trabajo de golpe, era un milagro.

[Una parte de la batalla había sido ganada, al menos una parte y con muchas bajas, ahora la pelea del trabajo]

Oscar, el primer año me dejó relativamente tranquilo. Después mandó un par de directivos a la noche, excepto los lunes que iba yo. Mi oficina volvió a ser la regencia, lo que estaba bien, salvo que todos los jefes tenían la llave de la secretaría menos yo. No se metía mucho con el Dual pero quería el vespertino y sobre todas las cosas era un tipo de un criterio impresionante, y más aún amaba nuestra escuela. Había estado en las denuncias pero siempre a un costado. Todos perfilaban para que fuese el director, era el más potable de todos. Yo ni enterado y no había opinado, cualquier cosa era mejor que la que se había ido. Siempre discreto y medido, lo suponía un blando y que algunos le iban a pasar por arriba. Otra vez la vida me iba a enseñar a no prejuizar ni en pensamientos. Su compañero de secundario lo apoyaba desde la jefatura de departamento. El tipo terminó siendo un héroe, pronto consiguió que el rey Daniel volviese, como vice, la secretaria Rapideli continuaría. Habíamos llegado a ser el hazmerreír de La Matanza y sobre todo de las escuelas técnicas, pero de a poquito Oscar la fue encaminando. El profe Oramos, (jefe de taller que había sido profesor del dire, y también de Apoyetti y mi profesor), no se había jugado a firmar y continuaba. Oramos al tiempo se jubiló, la escuela había tomado un ritmo que no era para él, y tomó la jefatura del taller el flaco Parletti, quién de inmediato acomodó el taller y le dio otra impronta. Lo suple Apoyetti; primero el flaco y luego el gordo, gestionaron una serie de máquinas herramientas que por momentos era demasiado para el nivel de algunos profesores que venían por acto público, muchos de ellos no tenían idea de lo que era la industria, con mucho título de profesorado técnico, no sabían cómo se encendía un torno de control numérico. Era la hora de las licenciaturas, maestrías y doctorados para los docentes. Ese verano me tocó guardias, como siempre, pero sin llave de secretaría, así que a todos los que llegaban a pedir los cheques les daba un beso y les deseaba felices fiestas. Recuerdo que un día vino un abogado —un chambón—, que me dijo que me iba hacer una denuncia por no tener las llaves. Con Oscar, creció la noche y el Dual. Se cuadruplicó la matrícula y, aprovechando el desarrollo industrial que le dio Néstor Kirchner a la Matanza, de repente me faltaban alumnos para tantos pedidos de fábricas.

Cierta noche, con los ocho cursos, Garquello, nuevamente como preceptor mío, seguía sin soportarme, y menos aún después de las denuncias. Además de preceptor estaba como casero en la escuela, y por lo tanto vivía ahí. Un día ante los gritos de los chicos salió en calzoncillos y comenzó a pegarle a la puerta que daba al pasillo de su departamento. Lo recuerdo y no lo puedo creer...

Lo más importante de la gestión del director Oscar Serrote, además de casi finalizar las obras de la escuela, fue que le dio un nivel jamás imaginado, hasta laboratorio de neumática y bacteriológico consiguió instalar. Vivía para la escuela. Había logrado armar un equipo directivo de primera. Claro que teníamos nuestras diferencias, en personalidad, en trato con la gente, con alumnos, pero era solo una cuestión de personalidad. Todos tirábamos para el mismo lado.

El hombre se mostraba muy serio y poco flexible. Sobre todo con los alumnos, pero algo tenía porque lo respetaban a la vieja usanza. Faltaba algo, me decía yo... *una exposición*, pensé. No le iba a decir al dire de hacerla, sino me iba a tirar a mí la organización. —¡Había aprendido!—. Y busqué la forma de largar la idea, y esconder el bulto. En una reunión en que me crucé con Kaskanueces, le dije:

—Sabe que Oscar quiere hacer una Expotécnica.

—Bien, que la arme. Hablo con él.

Cuando llegué a la escuela, Oscar me preguntó:

—¿Vos estuviste con Pedro?

—Sí, me dijo que le gustaría que armaras una Expotécnica.

Y me subí al auto antes que me tirara con una herramienta de corte. Se volvía a armar una Expotécnica luego de cinco años de haberse suspendido en la Matanza. ¿Y qué se iba a mostrar en esos años?, si fabricábamos dulce de leche nomás. Pedro, que seguía odiándome, no me iba a dar pie. Para mí era importante porque seguía creyendo en la publicidad de la escuela. Así fue pasando el tiempo, hasta se abrió el concurso de vice. Era mi oportunidad, ahí estaría la culminación de mi carrera docente. Tenía todo planeado, seguiría siendo el jefe del Dual, tendría el cargo de vice en la misma escuela, dejaría de correr de un lado para el otro, solo me quedaría con unas horas en la escuela que había sido de Nación, que ya no

era lo mismo, ya que se había jubilado Pueblo Nogales y teníamos un déspota. Pero bueno esa era otra pelea que había comenzado. Al tener un cargo provisional tenía que presentarme todos los años a dar concurso. Aunque en realidad no debería ser necesario por que aún, después de quince años, continuaba siendo un plan piloto, pero Serradsocur y Pedrito me lo habían impuesto. Siempre entre nueve y diez los exámenes, esta vez se presentaban varios, entre ellos, Rapideli y Fierro, por suerte el sumario ya había quedado en nada, estaba a salvo al igual que el pelado Fernández, pues la nena se había desmentido. No le salio gratis a pesar del resultado favorable, el asunto ya había dado cuenta del matrimonio de uno de ellos. Mi puntaje era mayor y quedé primero para el cargo, era tal la alegría que no entraba en mí mismo.

Al llegar a la escuela Oscar me llamó a la dirección, me suponía que para pedir más orden en mi escritorio. Me congelé cuando me dijo que diera un paso al costado para que Fierro fuese el regente. No lo podía creer, tanto sacrificio, tanta lucha y pelea, pero el tipo era demasiado ético como para fallarle.

—Mirá, Leonardo —me dijo—, yo necesito un vice que lo ayude a Daniel Barrito con los proyectos, que se siente frente a la computadora.

Sabía que en el tema de manejo de PC yo no podía darle nada a la escuela. Odiaba las computadoras y todo lo que fuese una argumentación pedagógica etérea. No le pude decir que no, ni ofenderme con ninguno de los dos, sabía que era lo mejor para la escuela.

Pero fue un trago que tuvimos que pasar con mi señora. Todo iba a estar más ordenado en nuestras vidas. Ante esta situación un tiempo después tomé el cargo de director en la que considero mi segunda casa, el Nacional. Dios sabe por qué hace las cosas. Con este cargo me fui alejando de la técnica, y Oscar jamás me dijo una palabra, por el contrario, él y Fierro siempre me ayudaron, haciendo más de una concesión. Quedó entre mis proyectos hacer un Plan Dual inmenso, pondría Dual en informática, ya tenía todos mis contactos. Para mí terminar ahí mi carrera docente era lo más importante. Además tenía como director a un compañero del secundario, como jefe de taller a otro, todo cerraba. Aunque me resistía a hacerme amigo

de ellos me daba cuenta que eran hombres de verdad y docentes de primer nivel. Todavía tenía rencor por el tardío despertar. Me había sentido solo, pero cada uno tiene sus tiempos. Aunque le dé vueltas de abajo para arriba y de derecha a izquierda tenía razón..., no le podía decir nada, la gestión de Fierro fue excelente. Yo nunca lo hubiera podido igualar.

Siguió creciendo el sistema Dual con algunos cambios, se fueron desdibujando las pasantías reemplazadas por la práctica profesionalizante. Vino un nuevo jefe para el Dual, ya que habíamos crecido a doscientas dieciocho empresas y ocho cursos, más los tradicionales de la noche. Los sextos, ahora séptimos del turno diurno. Oscar me hacía otorgarle pasantías a los mejores alumnos de los últimos años, se imponía con mucha sensatez lo que siempre había pregonado, una práctica obligatoria. Era otro avance en la educación, se implementaba la práctica obligatoria bajo el nombre de práctica profesionalizante. Era una verdadera locura para bien.

El dire resolvió que no podía seguir más yo solo. Alguien tenía que venir a ayudarme. No sé como hizo pero generó otro cargo. Al principio lo tomé bien, luego me dio algo de miedo. ¿Con qué ideas vendría este tipo? era uno de los que había estado del lado de Sorbete, o ahí nomás. Se ocupó, de inmediato, en informatizar todo el Dual. Ordenado, prolijo, cauto. No le molestaba el calor, parecía que nunca transpiraba.

Se nos jubiló Partícula y como jefe de laboratorio entró uno que había estado con Sorbete... la educación es así. A pesar de estas cuestiones el dire lograba que el equipo funcionara como un relojito. Por la noche se renovaron los preceptores, los auxiliares y un ayudante de laboratorio. Se había convertido en el turno que siempre había soñado. Recuerdo que una noche me llamó el nuevo preceptor, Quesote, y me dijo:

—Aquí no hay ningún jefe... —uno de ellos había tenido que ausentarse—. Mirá... Soquete, a mí no me pagan la diferencia de sueldo por estar a cargo de la escuela.

Yo me encontraba dando clases en otro establecimiento.

—Disculpame, —le respondo—, te pido que por favor hagas lo que puedas.

—Yo no estoy para que me forreén, es la última vez que me dejan solo.

¡Qué inútil!, pensé. Pero le dije que:

—Hay que ponerle el hombro a la escuela.

—Yo no le pongo el hombro a nada. Vengo por un sueldo, nada más. —Y me cortó.

No era la respuesta que esperaba, pero no me sorprendía. Muchos docentes piensan como ese tipo. Por mi parte continuaba mirando con resquemor a Garquello, a los que no quisieron firmar contra la dire, entre ellos el ya jubilado Oremos. Pero intentaba seguir el ejemplo del resto del cuerpo directivo, ellos, mejores personas que yo y mucho menos rencorosos.

Ya me llevaba mejor con mi compañero de tareas. Muy bueno con la computadora pero no le pidieras que moviera el trasero de su silla. Tenía un gran sentido *protocolar* telefónico con las industrias. Mi actividad, ahora que sobraban alumnos y empresas, ya no era tan necesaria. Lo mejor era que para el equipo directivo, el Dual estaba totalmente incorporado a la planta, más que eso, se había ganado un lugarcito en el corazón de los directivos.

Me fui alejando cada vez más del Dual, aprovechando que a esa altura ya era director en la otra escuela, y que me resultaba tan querida como ésta. Las tareas directivas de la escuela de Nación me absorbían por completo. Dejé de ir a la Cámara de Industria y a las Cámaras de Industria y Comercio, a ninguna más iba ahora. No daba charlas en el Colegio de Abogados, de Contadores o de Técnicos, para explicar las normativas del Dual. Dejé de ir a las reuniones de los coordinadores del Dual, para compensar a mi socio laboral le gustaba esa tarea. A él le encantaba ir a dar charlas y mezclarse con el mundo de los jefes e industriales.

Sin embargo veinte años de conocidos no se dejan de un día para el otro. Los empresarios me seguían llamando a mí. Yo le pasaba la información a él para que se ocupara, y cuando se le ocurría mandaba los alumnos a las empresas y firmaban los convenios correspondientes. Se notaba su preferencia por el turno diurno y la especialidad Química. Eso fue algo que siempre manejé de manera equitativa, no preferí química porque fue la primera especialidad

del Dual ni porque tuviera más glamour y por lo que sea. Tampoco electromecánica, porque era mi especialidad, o la histórica dentro de la escuela. Sentía que se debía manejar como a los hijos: a todos lo mismo, ni más ni menos. Sin preferencias.

Me llegaban quejas sobre mi colega, de parte de los empresarios. Decían que se manejaba como si fuese un gerente. Les ponía fecha y hora de reuniones a los industriales y muchos tenían que ir a la escuela a firmar los convenios. Ya poco me importaba...

* * * * *

Un mediodía, una alumna, en un horario que no había nadie, se escondió con una amiga en un aula del fondo, vacía por supuesto, y se desvistió. La amiga la filmó bailando sobre un pupitre. —¡Qué tierno...!—. En cinco minutos estaba subido a Internet. Aprovechando la buena relación del dire, y mía, con el nuevo jefe de inspectores, fuimos a hablarle para ver cómo resolvíamos el tema.

Nos recibió con abrazo y besos.

—¡Hola Oscarcito! ¡Qué tal Leonardito!

Serrote se acercó y le comentó por lo bajo lo ocurrido.

—Mire, profesor, —con ceño fruncido el tipo, desde lejos—, haga una nota y vemos cómo lo solucionamos con su inspector.

Así funciona esto.

Hasta que tomé licencia por mi problema de salud. Así fue como luego de cuatro operaciones y un año de licencia, me jubilé. En silencio, sin honores ni despedida. Excepto por unas palabras de Serrote, que dijo un día, en un acto —me lo contaron, yo no estaba—: *...y al Profesor Soquete, que defendió el Dual y la noche, que si por él no fuera, no existirían...*

Fue el mismo día que le hizo poner una placa al rey Daniel, quien inició esta patriada. Esas palabras fueron más que suficientes para mí.

Después de un año aparecí entregando mi renuncia por jubilación, atrás quedó mi secundario, mi cargo al que tanto le debo, mi Dual, mi turno vespertino por el que tanto peleé, mi úlcera, mis problemas cardíacos y mi hipertensión. Ahí nuevamente estuvo ese grupo apoyándome. No solo por mi salud, sino ante la impotencia de

una acusación de la cual yo no tenía nada que ver, generada por mi propio descubrimiento en la otra escuela.

—Sabemos que vos no fuiste, —me dijeron una tarde que vinieron a casa, con tanta seguridad lo decían que hasta sospechaba que ellos sí supieran toda la verdad y yo no. Pero no era eso, era simplemente la confianza en mi persona y me regalaron su amistad.

Lo que conocí se me hizo carne, defendí con uñas y dientes, la práctica laboral de los alumnos de escuelas secundarias. Sí o sí, deben realizarla en forma obligatoria, sean de la especialidad que sean. Si es una técnica debe ser mucho más intensa, para estar acorde a las necesidades de la industria y sus adelantos, pero los de media no se pueden quedar atrás. Es práctica e inserción al mundo laboral. Puede ser que la educación secundaria no pueda estar adelante de la ciencia o la tecnología como la universitaria, pero debe estar en forma paralela. Al lado, junto a ella, y acompañarla si queremos un país industrialmente avanzado.

Hoy paso por la puerta, a veces detengo el auto y me veo de pibe. Mis compañeros, los profes que ya no están sobre esta tierra. Las luchas por los derechos y lo que es justo, los alumnos y los compañeros de trabajo.

Lo que me costó hacer amigos —amigos que aún hoy, fuera de ese ámbito, lo son—, el tiempo que perdí por no querer abrirme a esa amistad con ellos. Ahora me digo, *Todo valió la pena y lo volvería hacer de la misma manera.*

La última escuela...

–1990 en adelante–

Llegamos a la última escuela, no la última que tomé, ya que estuvo entre las primeras, al igual que la anterior. La nombré bastante al principio, pero la he dejado para lo último por lo que viví en ella. Fue mi segunda casa, no tiene medida ni parangón.

A ver si encuentro las palabras para explicarme mejor, es como que la técnica fuera la casa de mis padres, siempre va a estar ahí. Esta otra como si fuera la mía, la que elegí, y los otros colegios como si fueran la casa de hermanos o amigos que uno tanto aprecia.

Una noche en la escuela de Castillo, el gordo Bosque me preguntó, luego de haber dado juntos una charla sobre educación sexual:

—Che, vos, Soquete, ¿sos el Soquete al que buscan en la escuela de Nación?

—No sé cual, —respondí mostrando desinterés, aunque si se trataba de trabajo la cosa cambiaba.

Un año antes me había anotado en varias escuelas de la zona, pero ya ni me acordaba cuales. Al día de hoy creo que el Gordo me avisó por su cuenta, pues en realidad nadie me andaba buscando.

—La escuelita que está a quince cuadras de aquí —me comentó mientras caminábamos hacia la terminal del colectivo siento setenta y dos, en Atalaya. Y agregó:

—Hay unas horas de biología porque dos profesoras están de licencia, una se fue a Bariloche y la otra está embarazada a término.

—Vamos ahora —respondí urgente, siendo las veintitrés y diez.

—¡Ahora no! —respondió riendo—. No tiene turno vespertino ni noche.

—Bueno, mañana. —Yo estaba desesperado.

—Sí, tranquilo.

Me dio la dirección y al otro día, media hora más temprano de

que abrieran, estaba ahí. Esa fue la única vez que llegué temprano a una escuela. Cuando la vi recordé que había pasado por la puerta aunque no recordaba haberme anotado.

Si tenías la fortuna de pasar por la puerta cuando ésta se encontraba abierta solo observabas una hilera de prefabricadas, que te recordaban un conventillo poco convencional, o el inicio de una próxima villa miseria, eso sí, limpia y muy prolija.

Nunca voy a olvidar ese día —martes a la tarde— cuando entré por primera vez de la mano de Bosque, me dije, *Es una villita de prefabricaditas amarillitas*. Pero así como me dije eso, me impactó la limpieza y pulcritud. Todo pintado y reluciente, ni un papel en el piso. Todavía más impresionaba el silencio sepulcral que reinaba, como jamás había sentido en alguna escuela.

Mientras esperaba observaba con los ojos bien abiertos: ni un alumno en el patio, eso quería decir que no había horas libres, o sea que ningún profesor había faltado. Me sorprendió ese detalle, menor para algún lector desprevenido que no sea docente. Luego de presentarme ante una señora muy bonita, —rubia y que se acomodaba el flequillo con la parte superior de su mano derecha— me dijo, con un pausado estilo:

—Bien profesor, vaya con el profesor Bosque. Él lo presentará ante sus futuros compañeros. Le recuerdo que usted tiene mañana dos horas, comenzando a las nueve y cinco, así que la vicerrectora va a charlar con usted ya que ella es de su área. *Qué mujer educada y amorosa, suave y simpática*, pensé. Parecía que había llegado al paraíso de la educación. Entramos a la sala de profesores. No era una sala de docentes, era una verdadera fiesta, así como el silencio celestial del patio, esto era un verdadero infierno con demonios y diablitas en una sana orgía de carcajadas y cuentos verdes, charlas con doble intención y sentido. Todo el mundo hablando de sexo. Si algunos de mis ex compañeros está leyendo no lo niegue ni diga que estoy exagerando, era el único tema, ¡Vamos...!

Sentados y parados, muchos docentes, entre ellos varios varones, raro para una escuela media y durante el turno tarde. En una nebulosa de humo de cigarrillo saludé desde lejos a todos. Mientras ellos continuaban con su tema principal, chistes verdes.

Entre bromas organizaban el acto del cumpleaños de la escuela. No me miraban, solo por momentos charlaban con Bosque. *¿Cumplirá veinticinco o cincuenta años?*, me preguntaba, por los preparativos que pude oler en tan solo tres minutos. Asado, banda municipal, desfile, grupo de alumnos actuando, padres que ayudarían. *Debe venir el intendente también*, agregué en mi inocente pensamiento. Error, solo cinco años. *Y tanto lío por solo cinco añitos*, me dije por lo bajo. Al sonar el timbre, luego del recreo, fuimos a preceptoría. Peor que la sala de profesores, chistes y chistes, pero todos estaban trabajando, los calificadores y registros iban y venían. Cuando entré al aula todos los alumnos se pusieron de pie de inmediato. Quedaban apretujados por la cercanía de los pupitres, dado que eran demasiado angostas las aulas. Los guardapolvos impecables, limpios y remendados a la mejor descripción de Galiardi. Salí del aula extasiado, en ningún lugar que hubiera trabajado hasta ese momento tuve semejante atención por parte de los alumnos. Al otro día, a la mañana me presenté en rectoría otra vez. Me recibieron con un par de críticas:

—Buen día, soy la profesora Serieli. Usted es muy joven, —me dijo, luego de saludarme y pedirme que me sentara, la vicerrectora y agregó con ceño fruncido—. Y me dice el profesor Bosque que todavía no tiene el título de profesor en biología.

—No lo tengo, tiene razón, soy profesor de arte, de teatro ¿violeta? Pero estoy estudiando... —en ese momento entró una señora prominente.

—¿Y este pimpollo?

Era la otra vicerrectora del turno tarde que se encontraba ahí de casualidad.

—¡Ay, pero es un nene!, las chicas de aquí lo van a violar —comentó riendo.

—Las alumnas, decís, —contestó la otra, mientras acomodaba unos horarios en un tablero.

—Las alumnas y las profesoras, querida...

Ja ja ja ja, yo como un salame miraba el tablero con el horario diciéndome, *¿Cuántos cursos hay aquí?*. Mil quinientos alumnos en dos turnos.

Mientras tanto la vice de la mañana me estudiaba. Me entregó un papel en blanco y me dictó tres preguntas de biología. ¡Me tomó una evaluación para saber si sabía! Ciclo de Krebs y Calvin, un cuadro de enzimas y hormonas, y sistema inmunológico. ¿Entendés?, Hoy algún director llega a ser eso y sale en la tele por discriminación y acoso laboral. Parecía que me estaba tomando un examen de biología el mismísimo Leloir. Al retirarme fui hacia la sala de profesores, esperando encontrar lo de la tarde anterior, me decepcionó. Era otra sala de profesores.

En un rincón estaban el profesor barbudo y el grandote de barba roja que había visto el día anterior. En otro lado estaban mi mentor, Bosque, con una señora con cara de muy mala, —pero de muy mala, de mala de verdad—, y con otra que parecía un plumerito, peleándose de una forma encarnizada por la jefatura del Departamento de Sociales. ¡*Guaaaaaa!*, me dije, qué importancia le dan aquí a una jefatura de departamento... Me dirigí entonces a portería, no quería incomodar. Otra fiesta. Encontré a una portera entrerriana, otra correntina y una viejita petisa ochentosa, que pronto me hicieron chistes más verdes que los que había oído en la sala de profes. La entrerriana, además, me dijo, *Nene para la semana que viene grasa y harina para las tortas fritas*. Cuando estaba por entrar a la preceptoría de la mañana, por delante mío pasó corriendo un preceptor, de apodo el Gayola, se tiró sobre el escritorio de una preceptora, muy seria ella, y exclamó:

—¡Te amo, vida, muero por vos!

Me quedé quieto y duro mientras todos reían. El muchacho, —estudiante de abogacía—, vivía molestando a la preceptora justamente por que mostraba ese carácter serio. Cortelli, otro preceptor, petiso, y otro de barba, entró casi corriendo e interrumpió la declaración de amor del boga:

—Che, Gayola, ¿compraste las damajuanas para el viernes?

—Che, después arreglamos, hay gente nueva.

Ése era yo. Todavía no me había atrevido a entrar, aún estaba congelado en la puerta.

—¿Usted es...?

—Soy el profesor suplente de bio... —no me permitió terminar.

—Soy el jefe de preceptores, Lamedbotín.

Me llevó al curso sin decirme demasiado. Los alumnos de la mañana, se comportaban igual que los de la tarde, eran quizás un poco más aplicados, y apenas menos demostrativos.

Mientras, pude ver cómo seguían trabajando para el cumpleaños, corrían, iban, venían, buscaban precios... No pude ayudar demasiado en esa fiesta, tampoco me dieron oportunidad. Era evidente que me tenía que ganar el espacio, y pronto me encontré trabajando con los alumnos en un proyecto de cuidado del medio ambiente. Me impresionaba la predisposición de los alumnos para el trabajo, el excelente nivel de conocimientos que tenían, pero sobre todo la calidad humana. En muchas escuelas encontré alumnos afectivos, pero aquí lo eran todos. Confeccionamos un carnet de asociados, con logo que los alumnos diseñaron e eligieron. Recuerdo que era una mano abierta con un ombú sobre ella, un dorado bajo sus raíces, de entre sus ramas aparecía un jaguar y sobre su copa un cóndor. Pintamos los cestos de residuos con el logo, separando los materiales en orgánicos e inorgánicos. La rectora firmaba los carnet de los chicos que eran los encargados de hacer cumplir con lo requerido. Cuidábamos los árboles de afuera, entregábamos un tríptico y explicamos a los vecinos del barrio de qué manera poderlos sin perjudicar su forma. Además comencé con mis charlas de educación sexual, con Bosque, que ya se habían hecho famosas en la media de Rafael Castillo. Bosque era un referente en la escuela, todos lo querían y era muy conocido en los dos turnos. Si bien casi no había chicas que quedaran embarazadas, o que los chicos dejaran embarazadas, o, mejor dicho, que ambos se embarazaran, nos pareció que era una cuestión de prevención.

Debo reconocer que pese a la cercanía con algunas de las otras escuelas en que trabajaba, la idiosincrasia de ésta era muy distinta. En su mayoría eran hijos o nietos de portugueses. Así fui conociendo varios grupos de profesoras, algunas chicas y otras no tanto y profesores varones, muy notables, predominantes, machos de voz grave y costumbres varoniles y telúricas.

Ellas me integraron bastante rápido, pero, cautas, en ciertos temas bajaban la voz.

Cuando los saludaba, los varones apenas me contestaban, casi de favor lo hacían y no con muchas ganas. Entre ellos estaba el macho alfa, un tal Pipo, al que todos y todas le rendían pleitesía. Hasta la rectora le consultaba algunos detalles. Elegante, de traje o ambo casi perfecto, siempre peinado, y afeitado impecable, todo un galán al mejor estilo de José Gola, aunque por momentos hacía miradas al estilo Isidoro Cañones. Había sido el primer rector, fundador y organizador y según los comentarios que me tiraban, fue insuperable en su gestión. Me preguntaba por qué había estado solo un año. Pero nadie me contaba nada. Hasta le temía, él se daba cuenta y gozaba al verme así. Hasta me daba pudor saludarlo. Cierta día me encontraba sentado en el pupitre dando clase, al pasar por el pasillo de las humildes casillas, se detuvo en el centro del corredor, con su dedo índice de la mano derecha me señaló, y me llamó:

—Profesor, si usted se sienta ahí, todos los alumnos lo pueden hacer, y realmente nos ha costado mucho conseguir estas mesas.

Me corrió la transpiración por la espalda, imagínate, me estaba retando el primer rector. Un señor grande y viejo ¡como de cuarenta años!

Cual gato mojado en el peor temporal le pedí disculpas, entré al aula y luego que el corazón volvió a su lugar retomé mi clase. Los alumnos me observaron y se dieron cuenta de mi falta. Con mirada aguda y cómplice al ex rector, también me llamaron la atención.

Además del que dirigía la manada, había varios profesores que sobresalían, sin disputarle el trono. Entre ellos un tal La Angosta, muy querido y respetado por los alumnos, que enseñaba únicamente Historia Argentina. Como si jugase con la materia de primero a quinto año.

Para él, todo lo que no fuese historia argentina no tenía ningún tipo de relevancia. Apasionado de los acontecimientos que han forjado al mejor país del mundo, el nuestro.

Escuchar sus clases eran como escuchar un cuento atrapante, capítulo tras capítulo. Las finas paredes de apenas una sola madera permitían escuchar las clases, siendo sus orificios utilizados por los alumnos para pasarse machetes y cartitas de amor. La Angosta se sacaba chispas con Barbarroja de igual formación y con el cama-

rada Bladimir, gran dibujante de mapas con tiza de colores sobre los pizarrones negros, pintados sobre las mismas paredes de madera. Los tres eran profesores de historia, aunque este último de ideas más progresistas y revolucionarias e identificado con el socialismo. Lo había visto en la técnica de San Justo, pero a gatas, casi no nos saludábamos. Los primeros dos tenían una formación más católica, conservadora, de derecha peronista. Entre los tres equilibraban los conceptos de los estudiantes. ¡Con qué calidad de conocimientos salían al mundo esos chicos; con verdaderos fundamentos, llenos de herramientas! Otro, con acento español, que se sentaba en el medio de los alumnos para dar clases, sabía dictar Filosofía, pero no sabía cuál era su cátedra. El tipo había sido sacerdote franciscano y esa armonía con el universo se las brindaba a los chicos... una paz, que cuando salían de sus clases, todos querían llegar ser Papa.

Uno de esos días vi que de un curso salían los alumnos hacia la calle, con tachos en las manos, acompañados por un profe. Por curiosidad salí durante el recreo, estaban pintando murales, mientras tomaban mate con el docente. Al día siguiente se fueron con una camioneta a pintar murales por la ciudad. Con ellos había hecho todas las imágenes de las aulas, frente y patio de la escuela, verdaderas obras de arte con mensajes vanguardistas.

Una mañana se encontraba dando clases al lado de mi aula, los pibes estaban gritando y no me percaté de que él se encontraba en el lugar.

—Señores, por favor, —advertí, desde la puerta de al lado.

El profe Pinzeleta salió de entre los pupitres del fondo con los trabajos de sus alumnos y me dijo:

—Mis alumnos trabajan así. No se meta.

Quería hacer un agujero en la tierra con un alfiler y enterrar-me. El hombre ya comenzaba a ser un artista plástico muy reconocido y sus clases eran como si fuera un atelier.

—Que no se vuelva a repetir, —me reiteró mientras se retiraba.

Gracias a Dios supo disculpar mi atrevimiento y fue quien me ayudó a filmar el primer video sobre ecología y medio ambiente de

la zona. El corto superó toda expectativa, tanto es así que lo presentamos en ATC, hoy Canal 7 o TV pública o lo que fuera. Así, de a

poquito fui entrando en confianza, sin demasiadas expectativas de ser aceptado del todo.

Tiempo más adelante, estaba en un tercero del turno mañana, estaban saliendo los alumnos cuando, al darme vuelta una alumna me da un pico y se va. Corrí a lo de la rectora que se rió e hizo un acta en un papel cualquiera. Yo pálido no sabía qué hacer.

—Quédese tranquilo, cualquier cosa yo tengo el acta. Su alumna debe estar más angustiada que usted. No le diga nada y haga como que no pasó nada.

La historia de la escuela la fui conociendo de a poco, no por que nadie me la contase, ni siquiera Bosque. Me largaban frases sueltas y yo por mi cuenta tenía que ir las uniendo cronológicamente.

Pipo vivía en la zona de Isidro Casanova, a unas veinte cuadras de la escuela y era profesor de la escuela madre, por llamarla de alguna manera, aunque no lo fue, ni es, ni será. Marcadas diferencias hay entre las dos. Era un colegio en el cual todos los años quedaban alumnos afuera por la gran demanda que tenía. Durante el gobierno del doctor Alfonsín una ley ordenó que ningún alumno quedara sin vacante y se crearon varios colegios nacionales en la zona. Se decidió buscar terrenos y se encontraron tres terrenitos utilizados por una sociedad de fomento, que tenía en sus fondos una precaria cancha de bochas. Con bondadosa generosidad la sociedad donó algo que no era suyo, dado que estaba a nombre de una inmobiliaria que se había dedicado a lotear los terrenos en la zona. La escuela se fundó en abril del ochenta y cinco con seis casillas de madera de dos metros de altura, tres de ancho y cuatro de largo. En el emprendimiento estuvo Pipo y un par más, siendo él el rector organizador. Nobleza obliga, cuando llegó el concurso todos estaban de acuerdo con que nadie debía presentarse para que él ganase tranquilo. Pero claro, cuando no, una señora muy aseñorada que tenía la costumbre de tirar perfume cuando entraba a las aulas de los monoblock en L. Gallo se quedó con el cargo. La movilización a favor de Pipo no se hizo esperar, al otro día nadie quería entrar a la escuela. Los alumnos se quedaron en la puerta, sentados en la tierra. El centro de estudiantes de esa escuela nació combativo y arraigado. Alguien llamó a canal 9, al famoso “Nuevedinario” con el inimitable José de Ser incluido, que

cubría las noticias más bizarras. En este caso un rector peronista en el medio de un gobierno radical, al que la comunidad no permitía que le sacaran la dirección.

Él lo primero que hizo fue intentar alejarse, pero tanto los alumnos, como los padres y la mayoría de los profesores querían que se quedara. ¿Por qué?, era claro, para llevar bien una escuela no hay que ser un iluminado de Dios, se necesita sentido común, criterio y mucha pasión por la educación y los pibes. Es preciso dejar que los docentes hagan, que se puedan expresar, crear, investigar no decir que no, dar espacios, buena onda, cariño y afecto. Consignas claras, tolerancia pero sin desbande. Entonces el docente le muestra los distintos caminos al alumno para que él elija, luego acompaña los primeros metros y más tarde se aleja, sin ruido, en silencio y sin prisa... Él tenía todo eso, según el club de admiradores que ostentaba. Y no lo dejaron ser... pero la imprompta que dejó en su corto año como rector no pudo ser borrada jamás. Otros en otras escuelas en treinta años de gestión no lo pudieron conseguir. El reconocimiento, el amor y el respeto, serán siempre un ejemplo de lo que es debe ser un verdadero rector de escuelas secundaria. La profesora que disputaba el sillón, en este caso banqueta de paja, terminó renunciando y tomó la rectoría una profesora de lengua, amiga de Pipó, también fundadora, compañera del secundario allá en la escuela madre.

Así como Pipó le dio la personalidad a la escuela, Fabiana Clavel Pueblo Nogales construiría el ochenta por ciento de la escuela, terminaría de moldearla con su personalidad, sumándole un nivel de prestigio y armonía pocas veces vista. Una escuela cálida, afectiva entre los alumnos y los compañeros de trabajo, con altísimo nivel de estudios, una disciplina envidiable, alegre, divertida y sacrificada. Alguien dijo una vez, ésa escuela es un tango... Todo en esta escuela costaba el triple que en otras. Era como el país, como la selección de Argentina, le costaba todo el doble. El diseño arquitectónico se le debe al secretario, el arquitecto Fratachi, sin dinero, sin ayuda y sin posibilidades de nada seguía la obra con dedicación y esmero. Construida a lo pobre, de a retazos, despacio, con desniveles a prueba del mejor equilibrista. Helada en invierno y un horno en verano. Cuando llovía no había forma de no mojarse, como cuando andás

en moto. Se iba terminando o haciendo según el poquísimo dinero y las necesidades y urgencias que aparecían. A tal punto que una de las tantas estrategias era que todos los alumnos que pudieran traerían un ladrillo todos los días, a modo de cuaderno de comunicaciones. Esto había sido organizado por la prof Clavija y dio un resultado increíble. Tres aulas de ladrillos. Ante el cambio del inspector que estuvo en la organización apareció una inspectora del ministerio que odiaba al anterior, (si capo, eso pasa en la educación), le sacó el rango de escuela normal. Si bien esa designación era obsoleta, uno de los argumentos fue que por tener terrenos demasiado chicos se prestaba a hacinamiento. Por lo tanto, pasó a denominarse nacional sin el terciario pertinente que debería haber tenido.

Increíble, cuando pasó a provincia, a los pocos años, se instaló uno de los profesorados más grandes de la región, que no duró demasiado tiempo, pero por otros motivos... En el medio de este embrollo los terrenos seguían perteneciendo a la inmobiliaria en cuestión.

Por tal motivo el Ministerio de Educación y Justicia no entregaba dinero para la construcción en tanto y en cuanto no se regulase la escritura. ¿Y quién debería arreglar ese tema burocrático?, los docentes del establecimiento. Como si el Estado colocara un aeropuerto en un lugar y tienen que ir los pilotos, ingenieros, técnicos y maleteros a poner en orden las escrituras del terreno para el estado. ¿No es loco...? El dinero recaudado para construir aulas provenía de peñas, encuentros, desfiles, campeonatos de fútbol, voley, handball, muestras de arte, ciencia, técnica, ferias del plato, venta de ropa usada, rezar, suplicar, o vender el cuerpo... Faltaba que el personal saliera a mendigar sobre la ruta Carlos Casares. Donaciones de alumnos, padres, docentes y cualquiera que pasara por la calle.

Yo había comenzado a participar un poquito de los eventos de la mano de Bosque, pero Pipo no me quería, me veía y se le paraban los pelos de las orejas. Para esa época con mi señora nos habíamos comprado un auto que yo venía persiguiendo desde hacía unos años, el Fiat 125 coupé potenciado, color amarillo pastel. Era un sueño pero tenía un defecto, era Fiat y de los viejos, no de los nuevos. Veloz como el solo, tenía la misma rapidez para romperse. En una de esas descomposturas, se lo había dejado a unos amigos para que intenta-

ran arreglarlo . A la mañana siguiente, me llaman para que lo fuera a recoger, justo me encontraba en la escuela y debido a que por la lluvia torrencial y la inundación que había, sumado al frío de escarcha, ningún alumno se había presentado, le pido a La Angosta, (uno de los profesores que peleaba la jefatura de Departamento de Sociales, y que ya se dignaba a saludarme) si podía alcanzarme hasta el taller que quedaba a unas cuadras. Pueblo Nogales nos dio permiso para ir y ahí fuimos bajo la lluvia, mientras los compañeros se quedaron en la escuela cocinando torta fritas. Cuando volvíamos noto que, desde atrás, el profe me hace una señal con las luces. Me detengo, bajo y le pregunto qué pasaba.

—Mirá, Soquete. Aquí hay un bolichito...

—Sí, El encuentro —dije, interrumpiéndolo.

—Ah, ¿lo conocés?

—Si-siii —agregué titubeante yo.

Era un pequeño restaurantito que los sábados por la noche se convertía en prominente bodegón para borrachones lugareños.

De adolescente yo iba a bailar a Casanova y más lejos también. Ése, como otros locales, me eran conocidos, ya que de vez en cuando se juntaba algún guitarrero inspirado entonando tango o zambas llenas de nostalgia.

—Mirá, a mí me dio un poquito de sed, —me dijo el profe.

Ya hacía unos meses atrás que notaba que ese grupo de hombres eran de asado, y me olía desde lejos que todos eran de muy buen beber. Hasta los más jóvenes como Corrales, Gayola y Cortelli, que si bien eran los más púberes les sobrada experiencia.

De hecho pude observar que más de una vez Trapero, el otro profe de plástica que solía venir en moto, se encontraba y desaparecía con el pañolero, el profe de educación física y quince tipos más, en un pañol de un metro por tres, en el que encima había un banco de carpintero. Al pasar por la puerta escuchaba las risotadas y se sentía un aroma a salami increíble. Se mandaban una picada a las nueve de la mañana acompañada de mate hirviendo y muy amargo. Sin embargo, ese oráculo era solo reservado para elegidos y yo no estaba entre ellos.

Rápidamente le contesté al profe que sí. Ya adentro, serios los dos, como pareja que se están por dar el primer beso, nervioso al

hombre detrás de sus anteojos, podía observar que sus pupilas se dilataban, se frotaba las manos y entrelazaba sus dedos, mientras esperábamos que el mozo se acercara.

—Buenos días —dijo el hombre morocho y engominado de cabello corto y muy prolijo con moño negro, voz grave y profunda, digna de un burdel lúgubre y enmohecido, y agregó— ¿Qué van a desear los señores?

—Mirá, pibe, yo tengo sed..., esteeeee. ¿Te molestaría si pido un vino?

Se me hizo agua la boca por dentro. A este lo hago que me las pague, pensé.

—Eeee, discúlpeme, profesor, pero no es mi horario...

Escuché un grito en forma alarido en el interior de aquel hombre, que se estiró hacia atrás y se acomodó en la silla ajustando su corbata y chaleco azul.

—Bueno... —balbuceó con voz temblorosa y entrecortada.

No lo dejé terminar, me daba demasiada pena.

—Si no se ofende, yo voy a pedir una ginebra.

La carita de La Angosta pareció la de un bebé, y detrás de sus grandes lentes se abillantaron los ojos, se había iluminado. Así comenzó mi amistad con uno de mis mejores compañeros laborales, ejemplo como docente, el que me salvó de la entrega de las alumnas, el día que me ofreció las pibas el profe de música en los monoblock un par de años después. Además, fue el pasaporte de entrada para poder participar de esas reuniones, claro con rito de iniciación incluido. Tal es así que fui invitado a la jabonería de Vieytes, como dije antes, que le decían el pañol, en donde se degustaba la pequeña picada, en el recreo de media mañana. Cuando tenían ganas de hacer una maldad se trasladaban hasta la pequeña salita de música de dos por dos, solo para dejarles entre las teclas del piano a los profe de música, fetitas de salamín. Increíble que de ese cuchitril aflorara uno de los mejores coros de la Matanza, dirigido por el profe Solfeo.

Si bien Pipo todavía no me saludaba y Corrales me miraba con cierta desconfianza, a la semana estaba con Gayola, Cortelli y Machete, el profe de educación física, poniendo arbolitos en el IOS,

lugar que nos habían otorgado para instalar el campo de educación física. Sesenta y dos tilos donados por mis padres de un tamaño aproximado de dos metros. A la semana una topadora había pasado por encima de todos. Cosas de los que tienen dinero y poder, viste... Ni uno quedó, pobre mi viejita jamás se lo dije. Hubiera sufrido demasiado por sus hijos verdes. Siempre le mentí diciendo que si bien el terreno fue entregado a un hipermercado que hasta ahora no se terminó, todos ellos crecieron altos y fuertes, como le hubiera gustado. Espero que no esté leyendo esto, así no se entera. Luego de haber sido invitado a la jabonería regentada por Kalpakian, el pañolero, el rito de iniciación era invitarlos a un asado en mi casa u otro lugar para demostrar mis dotes de buen cocinero a las brasas. En casa no tenía lugar, pues yo todavía vivía en el departamento, y si bien posteriormente muchas veces fuimos, la primera vez quería impresionar en la parrilla. Por lo tanto, manos a la obra hice un asado en la casa de mis padres. Nunca me voy a olvidar, hacía años que no veía tan contento a mi papá. Esa gente le hizo recordar a los amigos de su juventud, no eran como mis amigos de toda la vida que mis viejos a todos los querían como a hijos, estos eran como mi viejo, con otros códigos, con otras edades. Les gustaba el tango y el folklore como a él y a mí. Me encontré en casa con el secretario, el hijo, un ex profesor de teatro que ya no trabajaba que fue la persona que mejor he escuchado recitar versos, el negro Bladimir, que se especializaba en preparar una ensalada de ajo, cebolla y rabanitos, incomparable como anticonceptivo... digo por el aliento. Cortelli y Gayola especialistas en preparar tragos de entrada, Fratachi trajo muzarella con aceite de oliva. Trapero con Machete y Barbarroja preparaban la picada, mientras el catalán hacía fuego.

Lamedbotin estaba con nosotros... todos tenemos un muerto en el ropero... Por algo las profesoras y preceptoras no lo querían, las mujeres tienen más sentidos que los hombres... La Angosta y Pipo no hacían nada, solo degustaban los vinos. ¡Pero vaya que los sabían degustar! Lo increíble fue que casi toda la reunión se trató de trabajo, se habló de la problemática de algunos alumnos, de cómo elevar aún más el nivel, y sobre todo de cómo conseguir dinero para poder terminar la escuelita. Fratachi con sus planos, Pipo con la cooperadora

y la inventiva constante de sacar dinero de alguna parte. Cuando se fue Fratachi con el hijo, el auto le quedó enganchado sobre una montaña de cascotes que estaba enfrente de la casa del vecino por una reforma. Parecía la montaña movediza. No lográbamos desengancharlo, claro, cinco empujaban de adelante y cinco de atrás. A partir de ahí la escuela pasó a ser mi segunda casa, hice de todo, pintamos los domingos, conectamos reflectores, colocamos ladrillos, actué, canté, me disfracé, hice muchas veces el ridículo, organicé lo que pude, en síntesis traté de hacer todo lo que me pedían y dar ideas todos los días, pero sobre todo aprendí de ellos. Me enseñaron a ser docente de verdad, dar todo por una escuela. No existían los horarios, no había que decir no a nada, era todo sacrificio con alegría. Por momentos hasta me parecía que la familia se dejaba de lado, no había horarios. Se era docente “todoterreno”.

De las chicas también aprendí y mucho. Trabajaban a la par de los varones, con otras tareas. Organizaban desfiles entre Polansky, Maleva y Tedesky. Como buenas mujeres expertas en conseguir dinero, ahorrarlo, y sacarle dinero a los compañeros a través de rifas, tapaditas y loterías. Era una sangría. Cada día, al llegar, te pedían “guita” para algo. Las especialistas eran Acomodetti, Callati, Presenti, Sodeli, Beneton, Magnolia y Prado. Repartidas en los dos turnos, imposible zafar. Además se encontraban entre las profes más exigentes en las áreas de matemática, inglés, plástica y lengua. Terror de los jóvenes, aunque nadie como la temible Fernadez Quijotón. Otra cosa que me sorprendía era el nivel de exigencia y la respuesta de los alumnos. También las supe conocer muy combativas, entre ellas Clavija, con una ideología bastante anarquista, después radical y mucho pero mucho después neoliberal... La docencia nos produce ciertas cosas... Mandón, mi jefa de departamento era muy seria y responsable. Para ella todo era urgente, como lo era su modo de hablar. Lo hacía tan rápido que las palabras se le cruzaban en la boca.

—¡Ya quiero la planificación! —me dijo una vez.

—Bueno, la semana qu...

—No, dejá. La hago yo por vos. Hoy la quiero. Además aquí trabajamos en el último año con los apuntes de la facultad. Así que vos te tenés que adaptar a eso, y... y...

Todo así. Presentí, con una voz tan dulce como celestial y baja, era capaz de mandar a marzo en matemática a Sadosky. Se decía que había tenido sus cuatro hijos en la escuela para no faltar.

Lo primero que organicé de importancia fue un baile para comprar una video casettera, con dos profesoras, Jobeli y Prado. Hasta ese momento para ver una miserable película en un video debíamos ir caminando hasta la casa de alguno de los alumnos que no quedara demasiado lejos. Un año más tarde comenzamos a dar un curso de teatro los viernes al mediodía con Bosque. La escuela no tenía teatro como materia, pero había llegado un proyecto de Nación en que figuraba como materia extraprogramática, tipo taller. Si bien Bosque no era profe de teatro durante muchos años hizo teatro vocacional, y como intérprete era excelente. Me extrañaba que no lo invitaran a los asados, pero había aprendido a no preguntar, ya me enteraría. Esto nos llevó a organizar un encuentro de teatro para todas las escuelas de la zona, como ya habíamos realizado en la escuela de Castillo. Invitamos esta vez a los colegios de Casanova, Atalaya y Castillo. Al otro año hicimos un encuentro más importante aún. Esta vez las obras se presentarían en la Casa de la cultura de Ramos Mejía, pero ya en calidad de muestra, y siendo invitadas todas las escuelas de La Matanza. Fue más que un verdadero éxito, pero el desgaste fue demasiado y con poco reconocimiento, no tanto hacia mí y a los que ayudaron a organizar, sino a la escuela en general. Y, era de Nación...

Con el tiempo comprobamos que no nos habíamos equivocado, una gran mayoría de los alumnos terminaba recibéndose en carreras universitarias o terciarias. Las salidas didácticas eran cada vez más frecuentes, a lugares más lejos y con mejor relación pedagógica. Mientras que un grupo de profesoras seguía llevando a los alumnos a ver distintas obras de teatro, yo, que siempre fui un apasionado de los museos, decidí recorrer algunos de ellos. La estrategia era simple, íbamos a un pueblo o ciudad que tuviera un museo interesante relacionado con lo pedagógico y luego a un campo para compartir un asado con los chicos y los profes. Intercalamos grandes industrias metalúrgicas, comestibles, nucleares, para que los espacios de exactas no quedaran vacíos, de esa forma los chicos pudieran

relacionar lo estudiado con la producción. Asado para trescientos alumnos, almorzando y compartiendo con ellos. Como regla *Prohibido traer salchicha o hamburguesa*. Solo carne a lo argentino y criollo. Incomparable, obviamente, con los campamentos que organizaba el departamento de educación física, pero era otro granito para que el colegio fuese distinto al resto. Otra cosa que me sorprendía era la cantidad de profesores que acompañaban a los alumnos al viaje de egresados, cosa a lo que los docentes escapan bastante. Uno de ellos fue Corrales, que fue y vino varias veces con distintos cursos.

Durante una peña nos quedamos sin carne, Gayola había invitado a un centro de jubilados con precio especial para mayores de sesenta y cinco. Cayeron trescientos viejitos de noventa y cinco con tanta hambre como “la nona” de Roberto Cossa. A las dos de la mañana Machete estaba golpeando las puertas del carnicero, paisano paraguayo, para que le tirara aunque sea osobuco o chiquizuela.

Otra salida memorable, años más tarde, junto a la escuela en la que la rectora era la dueña: cuatrocientos alumnos entre los dos colegios en La vuelta de Obligado, asado compartido entre ambos colegios y muchos noviazgos interrelacionando transversalmente la pedagogía amorosa, con la totalidad de los jóvenes. ¿Marcaste?, así nomás te tiré cuatro palabras orgásmicas para los licenciados en pedagogía... Recuerdo que a la vuelta se rompió uno de los micros, ¡pobre Traperó! volvió a las dos de la mañana con los chicos, el colectivo parecía locomotora del siglo diecinueve echando humo por todos lados.

En una salida a San Antonio de Areco, almorzando con los alumnos y profes, pasa una nube y cae una gota. Barbarroja comenta, “una nube pasajera”. En cinco minutos el viento no nos permitía vernos entre nosotros. Las tiras de asado volaban por el aire con mates y heladeritas. Lluvia torrencial. Los chicos estaban repartidos en los tres micros, los contamos. Faltaba uno. No lo podía creer, iba y venía bajo la lluvia entre los tres micros.

Se cayó al río, pensé. Corro hasta un local de cuchillería, entro desesperado, una persona mirando llover por la vidriera y el vendedor. Le solicito al empleado el teléfono para llamar urgente a la po-

licía y los bomberos. Mientras estoy llamado, la persona que estaba observando llover me dice:

—Profe, ¿qué pasa? Estoy aquí.

Lo quería matar.

—¿Qué haces acá que no estás en el micro?!

—Llueve, profe, no me voy a mojar...

Cosas del trabajo...

En el medio hubo casamientos, nacimientos, amigovios y divorcios como en todas las escuelas. Compañeros tristes por perder media casa, compañeras que lloraban todo el día en la sala de profesores a la hora del almuerzo quejándose del mal marido que les había tocado. Esto pasaba y pasa en todos lados, pero lo comento aquí porque al ser una escuela de Nación había pocos docentes para muchas horas, por eso compartíamos mucho tiempo. Las penas y alegrías de tus compañeros son también las tuyas. Se da un tipo de amistad laboral, que sin ser una amistad del todo, se agiganta por las horas compartidas. Sos el apoyo de ellos y son tu apoyo ante las vicisitudes de la vida.

Los jueves íbamos con los muchachos a almorzar a un viejo bodegón, junto a las vías del tren que pasa por la estación de Casanova. Una vez se nos hizo tarde, el rector de estudios del profesorado en el que trabajé, —que compartió con nosotros un año nada más— y a su vez había sido profesor de Barbarroja y La Angosta, se tiró en la butaca, sacó un pañuelo blanco por la ventanilla del auto de Trappero y tocando bocina cual ambulancia transportando a un infartado, llegamos solo un minuto tarde. Esa estrategia se utilizó más de una vez para llegar a horario. Las auxiliares, por su parte, tenían a esa humilde escuela como decían las abuelas: pobre pero reluciente. Dos veces por semana se baldeaba. Se enceraba lo que se podía y se pasaba el lampazo con kerosene. Una agradable fragancia entre cloro, acaroína y combustible penetraba por la nariz hasta el cerebro, recordando que estaba limpia y desinfectada. Era casi una familia, a tal punto que el marido de la entrerriana, una de las porteras, experta en tortas fritas y empanadas, venía y baldeaba con ella a las cinco de la mañana. Además eran, junto a las chicas de la tarde —unos cinco años más jóvenes—, verdaderos granaderos a la hora de cuidar la

puerta para que nadie entrara o saliera. Como soldados en la puerta de la casa de gobierno. Para que los alumnos salieran les hacían pruebas de huellas oculares y para entrar era como visitar Moscú en la época de la Guerra Fría. Lo recuerdo y me brota una lágrima. Andá a decirle a los nuevos auxiliares que tengan limpia la escuela. Ni hablar de estar en la puerta.

—¡No soy portera, soy auxiliar! —vociferan—, y al otro día toman licencia.

Una tarde de noviembre entró la rectora a la sala de profesores, ofuscada nos informó que a partir del año entrante se implementaría la Ley Federal de Educación. Fue el primer indicio de la destrucción de la educación pública llevada a cabo por el más macabro de los personajes ya nombrados, el presidente Menem. La herramienta utilizada por éste fue la lúgubre y mal teñida Gianestasio, Directora General de Escuelas. Nos provincializaron de la forma más abrupta y destructiva. De una escuela de nivel, con grandes profesores, que no faltaban, no llegaban tarde y daban clases magistrales, aparecía el acto público y con ello, un veinte por ciento de indecentes, no docentes.

* * * * *

De pronto las profesoras tenían sexo a la noche, y a la mañana siguiente tomaban licencia por amenaza de aborto, o peor aún, sacándole punta al lápiz se quebraban una uña y pedían ART por tres meses. Los profesores, por su parte, al tener sexo con sus cónyuges, nunca amantes, solían tener hernias de disco corriendo de inmediato a su licencia correspondiente. Cuando yo he visto con mis propios ojos a mis compañeras venir con una panza que no pasaba entre el volante del auto y la butaca, a dar clases.

Al bueno e inocente lector que no pertenezca al gremio puede parecerle exagerado. Debería investigar un poquito las licencias de los señores que trabajan en las escuelas, esos que mandan a sus hijos a escuelas privadas porque se quejan de que los docentes faltan y ellos faltan más que sus propios compañeros. Tal vez esté hablando la voz de la bronca e impotencia y hasta la frustración, porque mi señora y yo queríamos que nuestros hijos fuesen al nacional de San

Justo, (la mal llamada escuela madre), como ella lo hizo, además de trabajar en ese mismo lugar. No solo porque para ella no hay otro establecimiento como ése, sino por su nivel académico y cercanía a nuestra casa. Pero por más que me pese, para cuando nuestros hijos se encontraban en edad escolar, ya estaba provincializado. Y ella misma vio el deterioro que se producía en su amada institución. Terminamos haciendo lo que hace la mayoría de los matrimonios que no se pueden dar el lujo de quedarse en casa si el profe falta. Fueron a una privada, donde si el docente se toma licencia, el dire ese mismo día tiene un suplente. En el Estado también se podría hacer si al director, aunque sea, le permitieran nombrar suplentes ad referendum. Pero no, el coágulo de excremento de los directores de educación, y de los dirigentes gremiales no les permitía ver el inodoro y andaban por ahí repartiendo sus heces por todos lados. Por lo tanto el director no podía nombrar un suplente.

Volvamos a las desventuras de la escuelita de Isidro Casanova. Una avalancha de docentes aparecía en la escuela, Pueblo Nogales, enloquecida ponía cara de malos amigos a aquellos que no cumplían, pero algunos, aunque eran muy buenos, cayeron en la volteada, como Asusteti, Tranquilevich, Stong y un par más. Una mañana hubo un conflicto entre la profesora Beneton y La Angosta, el motivo fue que ella organizó un viaje y el profe se olvidó de llamar al colectivo. Los gritos de la tanita cuando el otro entró y con la mejor cara de falta envido le tiró:

—¿Yo tenía que avisarle? ¡No sabía nada!

La profe casi hizo llamar a la SIDE para que lo torturaran, no se iba a conformar hasta que no viera sus partes íntimas colgadas del mástil. El viaje se hizo igual, pero todo se retrasó tres horas, lo que es una gran complicación: por los papeles del micro, el teatro que te debe dar otro horario, la hoja de ruta del día. Las chicas hicieron causa común y casi no nos dirigieron la palabra. Parecíamos chicos. Se decidió entonces que los varones almorzaríamos solos en una c silla, alejada de ellas. La vice Serieli al ver movimiento en un lugar donde había solo bolsas de cemento decidió ir a ver que pasaba con sus propios ojos. Ante la situación ni cortos ni perezosos la invitamos

a compartir el austero almuerzo de asado al horno con papas y batatas. No va que el tanito de Asusteti, recién llegado, le tiró encima la bandeja llena a la vice. No solo estuvimos seis meses sin cocinar en la escuela, sino que debimos bancarnos el nivel de disfrute de ellas, no lo podían ocultar.

El centro de personal regenteado por mi amiga Acomodetti era el centro neurálgico de los gastos internos mundanos y del elemento principal de un buen trabajador argentino, el mate. Sobre todo para el buen docente que necesita de este combustible para funcionar, si no lo tiene, le falta algo, no arranca, patina... Se debía pagar mensualmente la cuota, de no ser así te mandaba la DGI a tu casa. Este dinero tenía varios destinos prefijados: Yerba, café, té, azúcar, regalitos para cumpleaños, casamientos, nacimientos y divorcios. Pero también se derivó para otros fines igual, o más, loables: con él se compraron heladeras, cocina, estufas, y todo lo que le hacía falta a la sala de profesores, preceptoría, portería. Lo que debería haber proporcionado el Estado.

Además se organizaban eventuales asados los viernes a la noche o los sábados al mediodía. Las salidas didácticas fueron institucionalizadas casi como obligatorias, esto requería una fundamentación pedagógica que la profesora Mandón, mi jefe, me hizo escribir en largos e interminables papeles que yo odiaba profundamente. Entre tantas profesoras de lengua a una se le ocurrió hacer una experiencia institucional. Fernandez Quijotón, conocida como Agarrate, por aquello de agarrate si te tocaba en suerte como profe. A esta buena señora una vez se le ocurrió llevar a todos los alumnos de la escuela al teatro, un viernes a la noche, para ver *El Quijote*, en plena calle Corrientes. Tuvo la sagaz idea de permitirles a los alumnos que vinieran bien vestidos y no con guardapolvo. Realmente era emocionante ver a los chicos así con sus prendas de noche, ellas casi de largo y ellos, la mayoría, de traje. Imaginate cinco cuerdas de alumnos un viernes a la noche sobre Corrientes todos vestidos con ropa, casi, de gala. En un momento lo veo a Pipo desencajado en el medio de la avenida, entre los autos, contando a su grupo.

¡Qué maravillosa idea!, nunca más volví a repetir semejante experiencia con toda una escuela. Sinceramente no me atreví, debo

reconocer mis limitaciones. Al final de la obra el mismo Ulises Dumont pidió un aplauso para nuestros alumnos por el ejemplar comportamiento. Eso era el Nacional...

Recuerdo algunos amores y desamores, entre ellos el del profe Trapero, viejo lobo de mar solterón y feliz, que por llevar a dar una vuelta en moto a la bibliotecaria terminó con tres hijos al hilo. Otro fue el de la preceptora Angustia, que se casó con un alumno, para luego divorciarse y casarse con el preceptor Gayola, para ese momento ya devenido abogado. Por su parte Corrales se separó de la maestra de la esquina, para que lograra la nulidad del matrimonio salimos de testigos La Angosta y yo. Ese día entendí lo que era la Santa Inquisición. Frente al cardenal Empalarme que nos hizo todo tipo de preguntas con foco de luz apuntado a los ojos.

Otro recuerdo del nivel que tenía ese claustro es el de la profe Magnolia que realizaba exposiciones de sus obras recibiendo no pocos premios, lo mismo ocurría con Pinzeleta, con tanto éxito que ya no podía trabajar en la escuela. Por momentos no me sentía a la altura de mis compañeros. Mirá que tenían que caer todos en el mismo lugar.

Anécdotas más baladís, como diría Georgie fue la de una mañana fui a preguntarle algo a Serieti, como siempre agachada, intentando arreglar un horario, calidad que nadie igualó. Hacía mucho calor y se me ocurrió encender el ventilador de techo lo que hizo volar los papelitos del tablero.

—¡Qué hacés, Soqueteeeeeeee, rajá de acá! —y me corrió hasta el patio. Quince días seguido me vino a observar clases.

O cuando hubo un problema de horarios y para variar Lamedbotín alguna agachada se mandó. Caminaba por el patio y vi venir a Barbarroja, al que con entusiasmo fui a saludar. Su paso imitaba la locomotora “La Porteña”, cuando me acerqué me empujó y caí de traste al piso.

—¿Dónde está ese hijo de puta?, —rugió cual vikingo al llegar a Sajonia. Siguió rumbo a la preceptoría. Pipó me ayudó a levantarme y me dijo, *Dejá, yo voy a hablar con él. Lamedbotín se debe haber mandado una de las de las tuyas*. Decí que lo sujetaron entre él y Pueblo Nogales, sino todavía lo está masticando. Mientras tanto

el fracaso español del EGB y el POLIMODAL se hacía carne. Y ojo que los españoles nos decían: no lo apliquen porque aquí fue un fracaso. Clarísimo, Menem escuchó que no servía y se dijo, *¡Zaz yo lo aplico!*. Y eso también él lo hizo nomás. Para implementar el EGB nos reunimos con la directora de la escuela primaria de la esquina y una maestra llamaba Sandra Delgrano. Nos dieron clase de cómo dar clase, porque los profes no sabíamos enseñar, éramos malos, expulsivos, represivos, violentos y muy feos. No teníamos la menor idea de lo que era la pedagogía, didáctica, estrategias y la famosa transversalidad. Si vos supieras lo que rompieron con esa palabrita... La Angosta, presente en la reunión, que había sido docente en el Profesorado de muchas de las maestras escuchaba horrorizado. Angustia, la preceptora, que era bipolar, pasó como yo a pertenecer a la escuela primaria, en los cursos que habían sido de primero y segundo, ahora octavo y noveno. Vivía a lexotanil. Tenías que verla cuando se acercaba a la sala de profesores del Nacional a media cuadra y desde la ventana me decía:

—Estoy loca, me van a matar o los voy matar.

La directora suspendió los viajes programados y solo se hacían los que a ella se le ocurrían. Tal fue así que un día me dejó organizar uno y luego me bajó a los pibes del colectivo. Cuánto daño les hizo a esos chicos. En esa época tenía un negocio frente a la escuela, quiosco y bar para apalear la crisis económica. La mujer iba a propósito cuando estaba mi señora para que tuviera celos. El marido, un abogadito mediocre que hacía las veces de inspector de escuelas privadas, venía a observarme las clases a la privada, no lo podía creer.

Al salir la nulidad del matrimonio de Corrales dio como resultado que se casara Stronberg, dejando al tendal de enamoradas de quinto año. Aprovechando la ocasión se iban de la escuela. Comenzaba la diáspora. Asusteti que se casaba y se divorciaba de la peor forma. Pobre tano, anduvo casando mariposas para que la otra escribiera su tesis.

Para llenar el vaso, Pueblo Nogales permitió que se instalara un profesorado a la noche. Increíble. El Ministerio de Educación y Justicia de la Nación no había permitido que fuese una escuela normal con magisterio incluido y ahora entraba uno con cinco especia-

lidades. Comenzaron rompiendo la escuela y desprestigiando al Nacional. La Prof Eifel se jubiló pero antes de irse mandó confeccionar los buzos con nuestro hermoso escudo, diseñado por Pinzelato, que también huyó. Pueblo Nogales ya venía amenazando que se quería jubilar, no aguantaba pertenecer a la Provincia de Buenos Aires. Ella era la rectora y no estaba preparada para que una inspectora burocrática le dijese lo que tenía que hacer. A nadie le gustaba que la escolita pobre y transferida, que enseñaba bien, mantuviera la fama de excelencia. Clavija asumió como coordinadora, pensamos que haría una excelente gestión, pero vaya a saber por qué no pudo manejar el puente que debería haber logrado. Tal es así que una mañana se empecinó en que La Angosta no fuese a una salida didáctica, por el solo hecho de que quería ejercer su poder, ¿Poder de qué? Aprovechando un curso de historia que se hacía en el lugar, La Angosta se dirigió con su auto hasta ahí y al mediodía fue con nosotros a comer el asado. A todo esto Gayola se recibió de abogado y Cortelli de licenciado en administración, ambos renunciaron a la escuela. Lo inevitable llegó, Pueblo Nogales se jubiló, y nos quedamos como verdaderos parias, solos y desprotegidos sin saber qué rumbo tomar.

Durante casi un año estuvimos sin director, teníamos a Campanita de inspectora, que hacía las veces de interventora. Parecía que nadie quería la escuela, claro, no tenía ruralidad. Bosque para esa época estaba divorciado de nosotros y Barbarroja que tenía la intención de tomar la dirección se echó para atrás por una confusión con los compañeros. También tenía la intención Bosque, esa confusión generada involuntariamente por todos de quedarse en un costado y que entre ellos decidieran dio lugar a que ninguno se presentara. Los más jóvenes ni nos atrevíamos a ser dire de semejante escuela,. Quien se animaría a intentar llegarle a los talones a Pueblo.

Comenzaron los problemas disciplinarios, Pipo pidió una reunión con la inspectora en la que Polanky les cantó las cuarenta de lo que sucedía. Plancheti se hizo cargo de la escuela a su manera, puesto que Serieti también se jubiló. A causa de ella tuve un problema con la vice, ya que Mandón me mandaba sus practicantes, motivo por el cual yo llegaba media hora antes. Y pensó que yo la vigilaba, ¿se puede ser...? Dejé de ser su pimpollo para ser un cactus. Así llegó

Soslayan, una señora abogada, profesora de arte también, minifalda muy cortita de cuero. Era la contracara de Pueblo, no nos caía bien.

Casi todos los viejos compañeros se habían jubilado de un día para el otro o pidieron traslado. Me encontré solo...

En tanto, en la Casa de Gobierno despega un helicóptero con el inútil del otro presidente, radical de derecha. El país era un desastre, hiperinflación, desmanes, saqueos, manifestaciones con muertos y centenares de heridos. Las estrategias de Menem, peronista neoliberal con el “país del norte” habían dado excelentes resultados... —sin embargo tenía, y tengo aún, gente cercana que todavía lo extraña—. Luego cinco presidentes en una semana, una algarabía. La nueva dire, sin embargo, causó en algunos de nosotros sorpresa, cuando demostró abiertamente que le incomodaba el profesorado de la noche por los desmanes que hacían, y que quería abrir un turno noche o vespertino. La señora intentó caer bien, pero la observábamos por el rabillo del ojo, más que nadie yo, conservador para los sentimientos, no había nada que me viniera bien. La mujer tomó las riendas y organizó un par de salidas didácticas. Vino con nosotros, tomó mate y, de sopetón me pidió que pusiera pasantías —sabía de mí, del plan dual y de la técnica—, y que la ayudara a abrir el turno vespertino. Algo que yo le había pedido a Pueblo Nogales y me había sacado vendiendo almanaques. Sin que me diera cuenta la mujer, desde ese momento, me tuvo en la palma de la mano, no era ninguna tonta. Comencé, y todo iba bien salir hasta que una tarde me llamó a la dirección.

—Mirá, yo sé que vos manejas la escuela. Sos un líder, quiero que me ayudes, si vos estás conmigo todos lo están.

No era para tanto. Lo digo de verdad, ya estaba con ella. Salimos a los besos, justo cuando mi señora me llamó por teléfono.

—Hola, pa, tenés nuevo director.

—¿Qué?

—Sí, va Sadán.

No me atreví a decírselo. Sadán era un viejo amigote de bordegones con el que habíamos trabajado juntos en la Foresta, veinte años atrás. Me había alejado de él por que había querido perseguir a una preceptora de la técnica, de una forma consideré nada ética.

Me fui callado para la sala de profesores. Mi mujer se había enterado, porque estaba en Secretaría de Inspección y justo lo había atendido ella. El tipo se había anotado varias veces pero Pueblo nunca lo había llamado, por considerarlo misógino, cobarde, chupa medias y racista. Pese a esa *interesante* personalidad supo ser amigo íntimo de La Angosta con quien no solo era compañero de promoción, sino que además eran compadres de Barbarroja. Aunque desde hacía unos años no se hablaban. Pro milico, déspota y dictador hasta las muelas, todo en uno, se había quedado con las ganas de trabajar y ahora venía como director a vengarse, (al mejor estilo de la amiga Sorbete).

Al llegar saludó, sacó las pasantías, prohibió las salidas didácticas y convirtió la escuela en un caos. Comenzamos a perder alumnos, porque equitativamente maltrataba a padres, alumnos y profesores por igual. Se vivía un clima escalofriante, no existía la cooperadora y todo era un NO rotundo. Plancheti lo defendía, solo por conocido. Como antes en la técnica, comencé a organizar reuniones, a dar manija a quienes suponía luchadoras como Maleva, Sodeli, Prado, Polonsky, Mandón, Magnolia, Stong y Locovich, estas dos últimas llegadas por acto público.

No necesitaban que yo les diera manija... Deporti, esposa de Machete, hizo otra reunión en su casa, con el departamento de educación física, quienes tomaron la iniciativa de citar a su inspector, ya que el dire no les permitía hacer la fiesta de educación física por temor a que los alumnos se rasguñaran. Se había creado malhumor entre nosotros, “divide y reinarás”.

Recuerdo que una vez me llamó la directora de la EGB, ahora ESB. Cuando volví Sodeli y Oves me habían hecho una denuncia por haber dejado solo al curso. Le había avisado a la preceptora que me llamaba la directora. En fin, cosas del trabajo. Una semana después, ante una de las tantas burradas que había hecho esta mujer, definiendo a ultranza a mis compañeros del polimodal. Dejó que hablara, luego sacó la hoja del acta de denuncia y me la entregó para que la leyera y dejara de decir tonteras. Me quedé callado, miraba la hojita sin creerlo. Cosas del trabajo...

Muy enojado con los muchachos que se habían ido de la escuela por MAD, renuncia y jubilación, durante un asado los increpé.

—Me dejaron solo, así no se defiende a nuestra escuela.

Los viejos me miraron con tristeza. Lo entendí años más tarde. Ellos ya habían tenido sus peleas, todos me llevaban entre diez y treinta cinco años. Mi lucha anterior, en la técnica, me había desgastado y por momentos me sentía viejo. No se debe trabajar así, no es justo. Alguno pensará que no hay necesidad de pelear. Te aclaro, amigazo, que no se puede permitir que un inoperante destruya una institución, sea del orden que sea. Escuela, comisaría, hospital, juzgado o ministerio. Si trabajás para el Estado es un honor, sos el Estado, sos la cara visible de tu país. Por lo tanto hay que hacer las cosas más que bien y dejar la vida en eso. Los alumnos no se merecen que un bestia no permita que se les entregue las herramientas de conocimientos necesarios para su futuro. Tampoco se puede permitir que un verdadero idiota deje a la gente sin trabajo, llegando al punto de martirizar a los colegas. Si una escuela funciona mal y se cierran cursos la culpa es del director. Peleate, enojate, que te echen, pero no seas cómplice de los cobardes obsecuentes como muchos inspectores. Es mejor renunciar al cargo que mantenerlo sin hacer nada. Dignidad, entendés, dignidad...

No podía contar con los pocos varones que habían quedado, el tano Asusteti muy miedoso y Tranquilevich de parte de Sadán igual que Lamedbotin. Mucha esquina, poco estaño... Una nueva vice, la licenciada Mortaja no se acercaba a nosotros, ni se le caía una idea, tampoco hablaba ni hacía nada junto al nuevo secretario, el traductor Servil, un pibe al que por momentos le saltaba la chaveta y se ponía en contra nuestra. Al joven le faltaban cinco minutos de horno. Pensaba, *Algún día..., ¿me cansaré, bajaré los brazos o será simplemente dejar lugar a los más jóvenes que ellos hagan? ¿Será una cuestión de edad o de kilómetros recorridos? ¿Está bien lo que hacen algunos que se van?, ¿o hay que luchar y hacer que se vayan los destruyescuelas?*

Yo elegí la lucha a muerte, hacerle la vida imposible al viejo. Nuevamente no me importaba nada, a tal punto que en una de las

reuniones con el inspector que se hizo en nuestra humilde sala de profesores, con solo ocho personas le dije:

—Inútil, estás haciendo mierda mi escuela...

Pensé que el inspector me iba a sancionar, pero era un viejo conocido de la escuela de Nación de Güemes y me perdonó. La pelea duró casi cinco años, el mismo tiempo que en la técnica pero en otra época. Suficiente como para hacer bolsa la escuela.

De mil quinientos alumnos terminamos con doscientos ochenta y dos. En ese transcurso mi papá se fue de viaje por el cielo, perdí las fuerzas y las ganas de seguir.

Acomodeti, mi amiga, un día me dijo angustiada:

—No me invitaron a ninguna reunión contra el viejo en lo de Deporti.

No podíamos, había que pelear, y ella no era de esas. Doce veces vinieron los inspectores, cuatro inspectores distintos. Cuando todo parecía perdido, en febrero del dos mil ocho, nos enteramos que el tipo había pedido el traslado para Morón. Pobres, ellos por como iban a quedar y nosotros por como habíamos quedado. Otra vez sin director ni directivas... Tomando mates con mi amiga y compañera Acomodeti me dijo con la dulzura y cortesía que la caracterizaba:

—¿Por qué no tomás vos la dirección boludo? Dale, si podés hacer lo que hiciste en la técnica. Si total estás al pedo, que te cuesta.

No hacés nada, me decía y tenía los tres turnos completos. También se habían postulado Levanteti que tenía menos puntaje que yo y una abogada que, como tal y por no ser titular no podía presentarse, pero lo había hecho calculando que, total, si nadie se daba cuenta pasaba, porque tenía más puntaje que yo. Típico de un abogado. Cuenta la leyenda que Sadán cayó en una escuela técnica de mucha trayectoria y que quiso hacer lo mismo, pero se olvidó de los muchachos del taller que muy amablemente lo invitaron a una reunión. Un profe viejo cerró la puerta con un ímpetu de temer, eran todos señores grandes, viejos y muy musculosos. Uno, en la fragua remaba, mientras otro, una barreta en mano le dijo:

—Si no te vas, te metemos la cabeza en la fragua hasta dejarla como punta de reja...

Dicen, ojo, solo dicen, que el hombre se fue y que lo vieron una vez por Mar del Plata mirando de “rejojo” a ver si alguien lo seguía...

Durante la primera semana de clases, una noche, estando en la técnica me suena el celular: era Plancheti.

—¿Podés venir a mi casa, urgente? —me tira sin siquiera un “Holis...”

A la salida de la técnica fui, con temor, hasta su casa, que me quedaba camino hacia la mía. No sabía que quería, tenía tres hijos, muy grandes, muy machos y, para mí, muy altos. Vaya a saber qué le habría dicho a sus vástagos, a ver si todavía me querían dar un escarmiento por ponerme en contra de la pobre mami.

Cuando llegué le salió una sonrisa de la boca, cual colmillo canino. ¡Zas!, me dije, *Chau pichu, me matan entre los cuatro*. Entré con recelo, mientras un perro me olfateaba, otro ciego me escuchaba, un gato me sacaba una uña, hasta el pez estaba inquieto en su pecera.

—Mirá, Leonardo, ¿vos querés ser el director del Nacional?

Me extrañó la pregunta.

—Sí, por supuesto, pero no creo que pueda. La vice de la escuela que está aquí cerca tiene más puntaje que yo

—Mintió en su declaración y yo te puedo ayudar.

No confiaba en la Gorda pero, con temor, como quien va a la jaula de los lobos, estaba ahí, así que lo mejor era escucharla:

—Mirá el trato es el siguiente, vos tenés que hacer una nota denunciando que esta mujer que no puede ser la directora. Eso sí, si luego te nombran director, no quiero que me jodas. Estoy vieja y no puedo andar cumpliendo horarios, yo te prometo no ponerte palos en la rueda.

La Gordi fue directa, clara y astuta, como buena peronista de la vieja guardia. Así fue como me dirigí al acto público con temor de posibles peleas y no estando seguro si podría tomar el cargo. Sudé dos horas hasta que llegó mi turno. Lo tomé, y salí sin poder llamar a nadie, solo a mi señora que la tenía abonada sin crédito, ya que estaba sin saldo.

Al rato me llama Acomodeti.

—¿Y boloo, tomaste?

—Sí, deciles a todos que sí y que me disculpen por no haber llamado, pero tienen un director pobre y estoy sin crédito.

No fui a la escuela sino que, de las oficinas del Consejo Escolar, me fui directamente a las de infraestructura, a pelear el gas. A la semana hicimos una cena por el cumple de la escuela y cuando llegué me encontré un pasacalle dándome la bienvenida, encargado por Acomodeti y Maleva. Lo primero que me propuse fue hacer crecer la escuela, llenarla de alumnos, convertirla en lo que era. Una escuela donde los alumnos sentían la identidad del colegio como propia. Quería que volviese a ser la mejor escuela de la zona, como lo había sido siempre. Por lo tanto no era una cosa a la vez, sino que había que atacar varios frentes todos a una. No había tiempo, tenía solo hasta fin de año. Acrecentar la matrícula, lograr la unión de la gente trazando lazos y vínculos. Darle nivel académico a los estudiantes y una disciplina que hiciese que los padres estuviesen tranquilos. Todo en un relativo orden. Para tomar el cargo tuve que afectar horas, como dicta el estatuto. Pero por las dudas, ya me venía venir mucho trabajo, pedí licencia en otras más para estar más tiempo en la escuela. De por sí ganaba menos por acceder a un cargo, disminuyendo en la totalidad de las horas a cobrar, pero trabajando más tiempo. Terminé pidiendo licencia en diez horas más. Estaba todo el día en la escuela y pasé a ganar la cuarta parte de lo que ganaba antes de ser director.

Mi mujer chocha...

Si lo puedo lograr, a fin de año me voy y que venga otro y siga adelante lo que puse en marcha, me dije. Contento me iría siendo un héroe y volvería al aula y a mis salidas didácticas. Un año era suficiente para convencer a Beneton, Acomodeti, Prado, Sodelli, Mandón, Magnolia o cualquiera que quisiese. Me di cuenta que pensaba en las chicas, no en los pocos compañeros varones que me habían quedado. Alguien medianamente joven, pero con experiencia y lo más importante, que sintiera que la escuela era su vida. Su segunda casa. Para eso había que aplicar algunas estrategias ya utilizadas en la técnica y otras aprendidas de los buenos directores, entre ellos Pueblo Nogales. La escuela tiene que estar viva, me decía a mí mismo. En la técnica el atractivo eran las prácticas, que significaban

una entrada extra en una casa, aunque también tenía en contra, que era una técnica, por tanto con mayor carga horaria y más años de estudio. El trabajo se podía arreglar, le pedí autorización al inspector para poner nuevamente pasantías, aunque no fueran lo mismo. El tipo de empresas serían de servicios, sin embargo tenía un as en la manga: la fama que había tenido en la zona. Casi se había olvidado, pero no importaba, había que rescatar al viejo Normal, Nacional, eso le daba otro prestigio, por lo tanto de aquí en más volvía a ser, en la propaganda, el ex Normal.

Confeccioné una nota al inspector sin mucha fundamentación que de inmediato respondió con un sí a las pasantías. Designé a la profe Mandón para que las coordinara. Era mejor que yo en el Dual y sin sueldo. A Polansky y Presenti les pedí que preparasen una Feria del Libro interna, como se hacía antaño, algo sencillo. Junto a ellas una genio de la biblioteca, la suiza Jackelín por la tarde y un muchacho croata Persiguin por la mañana. Lástima que este último era provisional. La idea consistía en ir preparando a los chicos para el paseo a la Feria del libro, que hacía cinco años que no visitábamos. A partir de ese día se saludaría en cada turno, entrada y salida con los alumnos formados. Guardapolvos blancos como corresponde, nada de gorritas y sin aritos, labios, cejas, nariz o retina. No estaba loco, te comento, jugando se suelen tironear y sangran a chorreras. En realidad no estaba haciendo nada nuevo, solo volviendo a implementar lo que se había hecho siempre, excepto las pasantías que solo habían durado dos meses antes del nefasto.

A algunos preceptores le molestaba tener que formar y hacer callar a los alumnos. Dado que algunos parecen potrillos en la gatera esperando el clarín a la hora de salida y en la puerta parece que ya están en el túnel y meta fusta desaparecen. Me decía, *Yo llegaba tarde, pero después me pedían algo y me quedaba hasta tres horas de más*. Un anglosajón no lo entendería, menos un germano o escandinavo, pero por suerte somos latinos.

Una mañana, cuando no hacía una semana que era director, cuando llego a la escuela —a las siete y media de la mañana— me encuentro en la dirección al inspector esperándome, con cara de puma

para más datos. Enseguida me di cuenta que al ingeniero Corchete alguien le había hablado muy bien de mí, perspicaz que soy.

—Así que saluda a los chicos y los hace formar... —me dijo.

Para mí era lo más normal, primero porque hasta que había venido la bestia se hacía, segundo por lo que había vivido en las escuelas en las que había trabajado y, además, porque en la técnica lo seguíamos haciendo.

—Es algo que los directores ya no estilan —agregó sentimental.

No quiso ni mate ni café, apenas un mate cocido. Discreto, medido, desconfiado. Así como llegó se fue, vino a marcar la cancha nomás.

Me pareció muy ético e inteligente, aunque se le escapaba por los poros el antiperonismo, y más aún el antikirchnerismo. Le gustaban que las cosas marcharan, no le gustaba el acomodo, creía en el esfuerzo personal. Tal vez por eso no estaba de acuerdo con aquello de la copa de leche, el plan trabajar, plan madre, plan padres, plan pindonga, plan vengan juntos, vayamos todos y todas, que aunque estoy en contra estoy muy de acuerdo con esos planes. Soy claro, ¿no? Siempre tan contradictorio... Una de mis discusiones internas. No deberían existir esos planes, pero después de lo que había dejado Menem y De la Rúa, había que paliar el hambre hasta que el país se fuese acomodando. Y lo estaba haciendo, por lo menos se generó trabajo y la industria crecía día a día. Por otro lado, la educación ahora era algo prioritario en la sociedad. De hecho, así como no me alcanzaban los alumnos de la técnica para mandar a empresas, Mandón terminó llevando a los chicos de los dos últimos años a pasantías y no solo a los del último como en un principio se había decidido.

La secretaria, Mimi Oves, quería mucho a la escuela, pero como secretaria hacía agua en algunos lados. Aunque con la ayuda de las hermanas Palmito, Solari y Black se iba saliendo adelante. No olvidemos que no soy bueno para la parte administrativa, de hecho uno de los apodos que tuve en La Plata por el sistema Dual, era *auto gitano*, por “flojito de papeles”.

Oves había llegado a poner siete mil pesos de su bolsillo en la época de Sadan para que la escuela pudiese seguir funcionando, ¿sabés la cantidad de dinero que era en esa época? Intentamos

devolvérselo, pero apenas juntamos la cuarta parte, con todo el esfuerzo de la cooperadora. Al mismo tiempo era prosecretaria en otra escuela de Laferrere, y en alguna ocasión se les mezclaron los controladores de ambas escuelas. Nos reíamos, (para no llorar), con el otro dire y le quedó el apodo de *El viejo hucha* porque no dejaba nada en la escuela, andaba por todos lados llena de bolsitas de plástico con nuestros papeles de aquí para allá. Cuando se jubiló llegó Lagarti, un ladrón al que le gustaba golpear a las mujeres. Después Gatuzo, un chanta, pero simpático e inofensivo. Lo siguió un cabo del ejército y por último Sisi, una sumariada totalmente desquiciada que provenía de la técnica de los aviones. A Sisi se le suma La Muda, que no llegué casi a conocer. Todos ellos fueron los secretarios que tuve durante los seis años de mi gestión. ¿Quién los aprobaría?. Es decir, nunca tuve un Secretario, pilar de una escuela si los hay.

El invierno se hacía sentir y como mis reclamos por el gas no daban resultado, una mañana llamo a Jefatura y pido por el inspector jefe, el profesor Malindo. Golpeando los escritorios de la secretaria mientras hablaba por teléfono le dije:

—¡Tengo una manifestación de padres en la puerta, la escuela va a cumplir veinticinco años y no tenemos gas!, los padres están por romper todo. Llamaron a la tele...

Las hermanas Palmito me miraban, no lo podían creer, pero al instante me siguieron el juego y comenzaron a golpear los escritorios. La reina madre, una señora administrativa de unos cien años golpeaba el libro matriz más fuerte. A la hora hubo un camión con todos los caños amarillos del gas. Tener que llegar a eso, ¿te parece?

Ahora yo, tan machista, estaba a expensas de las chicas, de mis viejas y algunas nuevas compañeras que por amor a la escuela —y un poco de afecto hacia mí—, sacaron adelante a la institución con ayuda de algunos muchachos. Sabía que si todo iba bien Lamebotín estaría conmigo por obsecuente nomás, pero había que tener cuidado. Tranquilevich y Asusteti tirarían juntos del carro, si todo funcionaba. Pegué un papel afiche en la sala de profesores donde había anotado todo lo que quería hacer, con fechas incluidas. Stong lo quitó y lo escribió de forma prolija. Increíble, no se respetó una sola fecha ni el orden que les había asignado. Colocaron las fechas que

ellos quisieron... pero hicieron todo. Tal es así que en el primer acto de fin de año, ella mismo comenzó con el discurso diciendo:

—¡Puff, qué año...!

Con el dinero generado por los profes comenzamos a informatizar la escuela. La profe Rígido, ayudante de informática, logró que la escuela pareciera un centro logístico. Aprovechando la instalación del “Plan Conectar Igualdad” se pudo comenzar a pagar Internet. El nuevo sistema de televisión gratis se instaló en la secretaría, sala de profesores, preceptoría y, obvio, en la sala de video. Ahora estábamos conectados al mundo.

La profe Acomodeti se encargó de los proyectos Eratostenes y Analema. Y como buena profe de piano escribió letra y música del himno de la escuela. Ahora teníamos bandera e himno que habían mandado confeccionar Prado y Sodeli. Justamente esta última, persona obsesiva por demás, fue la encargada de organizar la fiesta de los veinticinco años, no la formal, la otra. Fue como el casamiento de Palito y Evangelina Zalazar. Presenti con Callati organizaron la primera olimpiada matemática en la escuela, siendo un éxito de organización en el que también intervino una ex alumna, Florcilla. Sancho, otro ex alumno, profesor en historia, por su amistad con nuestro ex compañero y amigo Bladimir, se sumó e invitó a los alumnos a participar de un descubrimiento paleontológico en el kilómetro cuarenta. ¡Nuestros alumnos ahora participaban con los estudiantes de la Universidad de La Plata! Trabajaban en el repositorio del Museo Rosas, coordinados por el profe Sancho y la preceptora Wait. Realizaron viajes a Mar del Plata con *Jóvenes y Memoria* junto a las profes Playa y Póntelo. Participaban en la presentación de los trabajos de investigación de las investigaciones paleontológicas y arqueológicas en San Bernardo, dirigidos por Sancho y Tranquilevich. Obtenían premios y menciones de honor.

De otras escuelas nos hurtaron iniciativas en cuanto a las investigaciones, y hubo directores muy enojados porque sus alumnos se pasaban a nuestro establecimiento. Entre ellos el profe Fraile, director de una conocida escuela de Atalaya, en la que había trabajado de joven y era muy organizada. Nuestra escuela no solo recuperó,

sino que superó la fama que había tenido. Volvieron las fiestas de educación física, los campamentos y el viaje de egresados, y de estudio, a Córdoba cuyo encargado era Tranquilevic, con todo el departamento de educación física, a cargo de la profesora Pitili y junto a ella coordinaban Deportivo, Machete y Aros.

Reanudamos las reuniones con los ex alumnos que comenzadas años atrás por Bosque y Oves, habían sido suspendidas por Sadan. Recuerdo que en la primera eran cuatro chicos. Al salir los acompañé a la ruta y al darme vuelta para saludarlos, —cuando estiras el cachete para dar un beso, todos apretujados— una de ellas me dio un pico sin querer. Era el segundo beso ese año de una alumna; el otro había sido en la escuela de adultos y el segundo en esa escuela, el primero había sido veinte años atrás. Me volví a poner colorado y ellas se comenzaron reír. Me quedé como un idiota, no cambié en nada, soy un gil.

De esa pequeña reunión salió otra donde se votó por primera vez al presidente del Centro de Ex-alumnos, siendo el elegido uno de la primera promoción, el que había organizado la revuelta cuando se tuvo que ir el primer rector. Ellos prepararían la cena anual de ex alumnos y serían los encargados del acto de entrega de diplomas para los que cumplirían veinticinco o, algún día, cincuenta años de egresados. Hoy la presidente es Florcilla, egresada nuestra y profe de matemática. Quedó como fecha de entrega de diplomas el segundo sábado de octubre, incluido en el festejo, la cena y baile para todas las promociones.

Como reconocimiento a los profes viejos se creó el Centro de Jubilados, con la correspondiente cena anual, en el día del maestro, con presidente, vocales y libro de actas. Además se agregó un reconocimiento a los que cumplían veinticinco años en la institución. Sancho se ofreció para organizar una peña. Como buen ex alumno y guitarrero había brotado lo sembrado en la escuela.

Todo sucedía rápido. Se jubilaron Polonky y Mandón, por lo cual había que designar gente para organizar las pasantías, desfiles y loterías. Un preceptor grande, Jusepe, se encargó de las prácticas, pero el MAD nos lo quitó, por lo cual se hizo cargo Florcilla.

Barbi, otra egresada, y Póntelo, un profe nuevo, junto a jóvenes docentes armaron un equipo de trabajo envidiable. Yo los miraba

desde lejos y me hacían acordar a cuando entré. Seguía sin gustarme el acto público, por la proporción de lo malo a bueno que llegaba. Otra profe también de apellido Florcilla, y de la misma materia que su tocaya, se acopló junto a una chica de inglés, ex compañera de Aros. Muchas veces se reunían en dirección para armar proyectos sin mi presencia, lo que me encantaba. La profe Mortaja, que era la otra vice murmuraba su disgusto —puf pof puf— sin mirarlos, desde la secretaría. No le gustaba mezclarse con los obreros. Por su parte Plancheti no me ponía palos en la rueda, y es más daba algún que otro consejo, porque la gordi sabía. Cumplía con lo prometido y yo con ella. La había visto dos veces en el año. Ston, inquieta por naturaleza, intentó refundar el Centro de Estudiantes junto a Locovich. Maleva se puso celosa, puesto que antaño ella era quien lo asesoraba y sentía que tenía más derechos que la otra para ocuparse del tema. Al disgustarse, Maleva, que tanto me apoyó, ahora ponía palos, no había nada que le viniera bien. Un día se pelearon mal en la sala de profesores, Ston terminó llorando y yo intentando consolarla. Para no ser menos se puso a llorar Maleva, e intenté consolarla también. Todo por el centro y el diario de la escuela. Muy bizarro el contratiempo. Maleva se había equivocado, pensó que ella manejaría la escuela. A un escorpiano... Superado el contratiempo me sorprendió ver la proyección que tuvo, con el tiempo, el finalmente instalado, Centro de Estudiantes. Viajaron y representaron a la escuela en cuanto proyecto surgía.

Los problemas menores existieron por supuesto, si bien eran para reír más que para llorar, desgastaban.

En tanto los otros personajes de la escuela tenían sus aciertos y desaciertos también: Barbi y otras profes de lengua terminaron por encargarse del diario-revista, que tuvo un nivel comparable a cualquiera que se vendiese en un kiosko. Tanelli estaba en tareas pasivas pero no se podía pedirle nada, lástima. Se jubiló sin pena ni gloria y podría haber dado mucho. Las hermanas Palmitos, una más complicada que la otra, desconectaban el teléfono para no atender a los padres. Se peleaban con la compañera centenaria, la reina madre Bailarcancan. Black otro [administrativo](#) era un vago que venía cuando se le cantaba, lo compensaba porque sabía bastante de las reso-

luciones de nación. Solari, de adjetivos bajos y verbos altos, discutía con las Palmito y lloraba. Pero si no fuese por ella nadie cobraba, ya que era la única que hacía contralor.

Recordé al dire que masticaba la tiza en la escuela de señoritas... sentía que iba a terminar mordiendo las paredes.

Al encontrarme sin equipo directivo traje de la vieja era de Nación un “Consejo Consultivo” reformado a mi manera. Participarían los jefes de departamentos y los profes asesores de los cursos, con la representación del presidente del centro de estudiantes. Ahí se decidiría el destino de la institución, algunos lo llamarían democrático, yo cooperativista. A los viejos jefes quería darles más vuelo, como si fuesen jefes de área de una técnica. La idea no era loca y así se hizo aunque no se sentían como jefes de área dado que no había dinero de por medio, claro no era lo mismo. Cuatro módulos no es lo mismo que veinticinco horas. A pesar de esa cuestión fue útil, se fueron metiendo, y comprometiendo, más en todas las decisiones. También formamos un Consejo de Disciplina, una vieja forma de manejar a los alumnos, conformado con un delegado del curso del estudiante para su defensa, el profe asesor, el presidente del Centro de Estudiantes y el jefe de preceptores. Pero Maleva le quitaba crédito y le decía a sus alumnos que no era legal. Claro, reconozco que era mucho para hacer en un par de años. Ya había decidido quedarme un segundo año y recién luego presentaría mi renuncia. Comenzaba a parecer “la despedida de Los Chalchaleros”. Lamentablemente en el reparto de paciencia llegué último.

No podía creer que para todo se tardase tanto. Pero se iba logrando. Quedamos con un tema escabroso para mí, la cooperadora, que no existía. ¿Por qué escabroso?, porque no tenía la menor idea de cómo manejar el dinero. Los padres no querían participar, pero podían los profesores, y por suerte había profesores padres de un par de alumnos.

Para las nuevas reuniones de personal tomé una idea del rey Daniel y de Serrote, de la técnica. Haríamos un manuscrito de los temas a tocar, horarios, proyectos a seguir, fechas de exámenes, salidas, vacaciones. Para mejorar el humor de las reuniones, acompañaríamos las charlas con picada y choriziada...

El 9 de julio hicimos el primer acto en la calle, con la primaria. El barrio no lo podía creer. Volvía a ser la escuela de la comunidad. Lamedbotin armaba los viajes, institucionalizados más allá de los que quisieran hacer los profes, de forma impecable. Parecía que tenía una agencia de turismo...

Las cosas marchaban, o eso parecía, pero yo sentía que no podía estar en todo... Tranquilevich un día me dijo:

—Ruso, ¿vos sabés cuánto cobra los viajes Lamedbotín?

—No, negro. Ni idea. Ni le pregunto ni me fijo, no tengo tiempo para eso.

—Vos el viaje de la escuela de adultos al Delta lo cobraste cincuenta pesos, él noventa y cinco.

El tipo era un empresario...

Luego de un diálogo ameno se tomó licencia y se jubiló. Cuando quise sentarme a descansar a días de las vacaciones de invierno, aparecieron veinte padres acusando a un profe de química —recibido con gran puntaje, con doctorado incluido, que quiso levantar a una piba en el laboratorio y los pibes lo filmaron— con los que tuve una amena charla, todos encerrados en la dirección. Había comenzado la era de las denuncias tecnológicas, por facebook y whatsapp. Con discreción llamé al inspector, y se solucionó a lo argento. *Decile que renuncie o le hacés una denuncia policial*. Renunció y se fue cantando bajito.

—Ingeniero —le dije—, habría que denunciarlo, sino va a trabajar en otra escuela y va a seguir haciendo lo mismo.

—Sí, —me contestó—, pero no desde la escuela. Yo le hablo al inspector jefe Tedeski y que lo maneje la jefatura, si a vos te escrachan la escuela, los periodistas van a decir cualquier cosa.

Estaba aprendiendo. El inspector se sorprendía que a la hora que llamara yo estaba, luego descubrió que yo, además de afectar mis horas había pedido más licencias, todas sin goce de sueldo. Me preguntó si no estaba perdiendo plata, me reí.

—Que mi mujer nunca se entere por qué trabajo el doble y no tengo tiempo, ni plata, para ir a almorzar los días de cobro como lo solíamos hacer.

—No se va a ir ahora. Quédese un año más y hace justo tres para su jubilación.

No estaba muy convencido, pero ya tenía el sí para abrir el turno vespertino y la especialidad tan querida: Arte-teatro. Lo que siempre había soñado. En diciembre de ese año invertí el poco dinero que tenía la cooperadora —más otra parte que puse yo—, en propaganda para el otro año, con lo que me gané una pelea con la gente que la integraba. La preceptora Wait junto a dos profesoras, una de geografía y la otra de lengua, a quienes no conocía, me decían que el gasto era inútil. No me importaba, estaba acostumbrado a poner dinero de mi bolsillo, así que lo hice. Pasacalles, avioncito, revistas y radio.

Casi le pongo un helicóptero arriba de la escuela de Fraile por dos horas, así aprendía y no me jodía más. Cuando comenzó el año pudimos abrir el turno vespertino para alegría del profesorado. Y la cooperadora me terminó por dar parte del dinero.

Rígido diseñó un proyecto para presentar al Plan Mejoras y nos fue otorgado. Cuando vino la tarjeta para retirar el dinero se la di a ella y a Prado, aprovechando que eran tesorera y secretaria de cooperadora. Además una de ellas vivía a tres cuadras del banco Nación. Yo era capaz de perderla o digitar mal y que me la tragara el cajero automático, dado que me llevo muy mal con la tecnología. Encima ya me habían asaltado varias veces y prefería perder la vida antes que la documentación de la escuela. Todo es mejor que llegar a eso. En cambio Rígido y Prado iban logrando que la cooperadora fuera pagando todas las deudas que tenía la escuela.

Era como que me volvieran a circuncisar. Me decía el inspector, *Se nota que sos técnico por lo expeditivo*, yo pensaba, *No, porque lo ato con alambre*. Si supiera que no era lo mío ser técnico. Pero como de casi trescientos chicos habíamos pasado a ochocientos, el inspector me veía con otros ojos, por tanto como teníamos más confianza, le pregunté:

—Vos viniste a verme temprano aquel día, cuando recién comenzaba en el cargo, porque alguien te habló muy mal de mí.

—Sí, tu amigo Kaskanueces...

Sabía que Pedrito nunca me había querido, ni cuando di el examen, y menos cuando no pudo cerrarme el Dual.

Otro viejo problema apareció entre Tedesquy y Maleva: la Jefatura del departamento de Sociales. Tedesky siempre hablaba de su

escuelita privada y de la otra, la del estado. Maleva tenía razón cuando le criticaba esa actitud, y ella, siendo sincero era extremadamente eficiente. Imposible seguirle el tren cuando trabajaba, pero tenía un gran defecto muy grande: era pedante y no confiable. El conflicto se solucionó cuando ganó la jefatura Sancho, un daño colateral fue que Tedesky no me saludó nunca más. Cosas del trabajo.

Una vez en marcha el turno vespertino, comenzaron los problemas con el vice del profesorado, el director muy formal de la escuela de Atalaya en la había trabajado una semana. Fraile no quería a nuestra escuela, ni al primer rector que trabajó veinte años con él, por lo tanto no se preocupaba por que sus alumnos la cuidasen. El dire de ese profesorado era otro inoperante, y la regente, un pulpo sin escrúpulos.

—Fraile, —le dije—, o hacés que cuiden a la escuela como si fuera la tuya o te vas a tu media de Atalaya con el profesorado. Si yo fuera el profesorado y permitiera esto que hacen aquí, vos me matarías.

—Vos no podés echar un profesorado.

—Es que yo no quiero que se vayan, te lo digo en serio, es más, puse mis horarios en función de los de ustedes.

No dijo nada y se fue. Hasta que un día fuimos a escondidas con el negro Bladimir a La Plata a pedir que terminaran el edificio. Yo pensaba que entre las dos entidades era más fácil. ¿Por qué tuvimos que ir a escondidas? Porque no lo dejaban ir. Si no hubiera sido por Wait, la preceptora de noche, ese turno no hubiera podido seguir adelante. La intensidad con que trabajó esa mujer, era solo comparable a lo que me hacía enojar cuando estaba en la cooperadora.

El piacere más grande que tenía, era llegar a la escuela y encontrarme con algún grupo de docentes en la dirección, tomando mate y programando todas las actividades que se realizarían. Ese era un regalo que me hacía pensar que cuando me fuera, lo sembrado por mí, germinaría y crecería por su cuenta.

Me manifestaban en lo que estaban en desacuerdo y generaban más ideas que yo. Por naturaleza los líderes sobresalen y ahí estaban Sancho y Barbi, junto a ellos Florcilla y Póntelo. Igualmente el resto no se quedaba atrás. Aros, un profe de educación física daba

basquet los sábados, otro enseñaba tango y cada uno en lo suyo, sumaba. Hasta agregamos el plan COA. Pero esto me llevó a mirarlos desde lejos, yo no era de ese grupo aunque los quisiese muchísimo. La mayoría eran más jóvenes que yo, los que eran ex alumnos tenían sus códigos y bromas internas. Eran amigos entre sí. Durante una salida didáctica a Lobos me di cuenta de que no pertenecía a Su grupo, yo había tenido mi momento y Mi grupo, y no era éste. Estaba de más, sobraba, en ciertas ocasiones y uno debe ser ubicado.

Entre tantas ideas ahora nos visitaban profesionales de distintas especialidades y daban charlas, sobre las carreras universitarias y sus características de inserción laboral, a los alumnos del último año. Algunos eran familiares míos o amigos, otros muchos eran egresados de nuestra escuela. El colegio era una cooperativa, se decidía democráticamente con docentes, no docentes, alumnos y padres. Yo era uno más, como debe ser, con las responsabilidades lógicas, y aunque todo fuera bien, siempre tenía presente lo que me había dicho una vez el dire de la técnica, Serrote: *Los directivos de instituciones públicas somos fusibles para que cuando algo sale mal volemos...*

Ante los conflictos que tenían con sus directivos los estudiantes del profesorado hacían manifestaciones. No eran capaces de hacer silencio cuando hacíamos actos. Acepto que una vez Rina y Maleva hicieron poner de pie a los alumnos en las aulas, durante el Himno. Pero Fraile no permitía que participaran. Ahora bien, si hay algo que los docentes jóvenes no saben es, justamente, hacer los actos. Espléndido sería que aprendiesen con nosotros. La cantidad de trabajos en conjunto que podríamos haber hecho, más teniendo nosotros la especialidad Sociales, además de Naturales y Teatro.

Era lo que yo quería de nuestros alumnos. Que los pibes fueran viendo de qué se trataba un profesorado, más que nada los de sociales que era la especialidad que más elegían —y por eso instalamos el profesorado posteriormente— que conocieran la temática, las currículas. Si a los pibes les gustaba la carrera, tenían un incentivo más. Hasta un padrino de primer año se podría haber conseguido, como para que hubiera casi un tutor. Cuando fui con estas ideas, Paisanasky, el jefe de prácticas del profesorado, me pidió que hiciera

un proyecto. Lo hice en cinco minutos y en media carilla. El muy burocrático me dijo que eso no era un proyecto. Él quería la famosa masturbación pedagógica, el verso inservible que a arruinaba a la educación argentina y todo quedó en la nada.

En una de sus visitas Corchete me preguntó por qué teatro.

—Porque es lo que abre más las cabezas, saca a los pibes de la calle, te hace incisivo y revolucionario.

No me dijo nada.

El profesorado se terminó yendo después de una gran manifestación donde tanto Gordelli como Fraile se escondieron en la dirección y yo tuve que dar la cara frente al alumnado terciario. Antes de esa semana fatal ocurrieron dos hechos. Ante el cumpleaños de la escuela tuve que dejar en la dirección decoraciones y cajas, imposible entrar a la oficina, lo cual molestó mucho a ambos colegas. Como corolario, al día siguiente, Gordelli osó gritarle a los pibes de la noche cuando se retiraban. Impotente, me quedé callado en ese momento. Más tarde le hablé a solas y le dije *O les pedís disculpas a los pibes o te hago una denuncia*. Debo reconocer que con toda humildad Gordelli habló muy bien con los alumnos.

Por otro lado, estaba el director de la ESB que hacía mucho por su escuela. En cierta forma también era la mía pues aún conservaba horas en ella, aunque estaba con licencia. El problema era que tampoco cuidaba las instalaciones de Mi escuela. Comenzaron las peleas y continuaron hasta que nos citó el inspector, a los tres directores nos citó... Nunca nadie en la docencia me defendió tanto como Corchete.

Esa misma noche tenía programada una operación por un problema en la vejiga, doce puntos. Cuando me dieron el alta al otro día, teniendo que hacer una semana de reposo, me fui a la escuela. Si seré...

El profesorado se terminó yendo, y el director de la ESB, el profe Campanita, no me dio más un beso.

El tiempo pasaba y se nos vino encima el concurso para titularizar directores. Todos aquellos que tenían menos de diez años en el cargo, a concurso. Primero las medias y luego las técnicas. Como si fuera poco se le sumaron los cambios por la desaparición de las

ESB. ¡Por fin! Aunque ya había destruido la educación. Las escuelas medias quedarían con seis años y las técnicas con siete. En realidad no se agregaba, se le quitaba el último año a la primaria. Lo que fue muy bueno, los niñitos de séptimo no son como los de antes...

Increíblemente me fue mal en el examen. Cosas de la vida. Lo que aún fue más sorprendente es que a mi socio de la esquina, que era maestro Campanita, profe en inglés, educación física, licenciado en ciencias de la educación y psicólogo, también le fue mal. Él sí que sabía, yo quizás no tanto, pero ese pibe estudiaba como un fanático.

¿Por qué me fue mal? le pregunté al inspector que estaba medio acongojado.

—Porque te reconocieron la letra que, de hecho, es muy fácil de imitar por lo rara.

—Pero yo soy partidario de esta gestión educacional.

—Sí, pero sos indomable. No sos obediente. Hacés lo que querés. No respetas las vías jerárquicas y hay gente que te tiene miedo. Porque vos conocés gente...

—¿Qué yo...?!, ¿A quién? Yo no conozco a nadie. ¿Vos también te la creíste ésa?

—Muchos piensan que sí. Antes que fueras director ya me hablaban de un jefe de practicantes, de una escuela técnica, que había hecho rajar a una directora, y ahora hacía rajar a un director.

—Pero no fui yo. Fuimos todos y por causas justas.

—Lo que vos quieras, pero... Vos sos el Problema. Si por vos fueras harías tus propias leyes para la escuela, y te lo dije en más de una ocasión.

—Usted nunca me dijo que no a nada.

—Siempre y cuando no me jodieras no había problema, pero siempre estaba al límite de la ley y eso nadie lo quiere.

¿Quién era unos de los correctores?, mi amigo Fraile, el mismísimo que supo andar caminando en la época de la dictadura con el librito de Videla. Claro, un tipo no puede ser zurdo, apoyar al kirchnerismo y encima hacer lo que quiere. Esto nos unió a Campanita, el dire de la esquina y a mí. Mal de muchos... Tal es así que mi abogado terminó siendo él. Íbamos para todos lados juntitos. Presentamos juntos un recurso de amparo y nos citaron para ver quién tomaba la

dirección de la escuela. Yo no quería porque me iban a cesar y con el recurso esto se iba a detener. Además Campanita con tantos títulos tenía más puntaje que yo. ¿Qué hizo el joven? Se tomó licencia y quedé yo como director no reasignado, porque me negué a tomar otras escuelas y no se podía poner suplente. Un verdadero hoyo negro en la legislación educativa. Devolví el sello, la tarjeta del Plan Mejoras, y no podía firmar títulos ni contralor. De esa forma quedé a cargo de lo pedagógico, pero no de lo administrativo, ¿Quién quedaba a cargo de la escuela? El inspector.

Desde noviembre del dos mil once pasé a ser director no reasignado. Era un cargo pedagógico, nada más. Te imaginás la alegría del inspector. No me importaba, había que seguir laburando para la escuela. Con un vecino, que me invitó a una reunión, establecimos la escuela como sede del Foro de Seguridad. La escuela tenía todo el sábado las puertas abiertas. Una vieja, pero joven preceptora, Flacucha se quedaba, ideal para los padres que trabajaban mucho por la semana y no podían llegar a la escuela en días hábiles.

Educación Física, COA, FINES, CAJ –lo que nunca logramos fue Patios Abiertos–, cursos municipales, talleres, narcóticos anónimos, alcohólicos anónimos, obesos anónimos, festivales de rock, peñas con tango y folklore. TODO. El edificio estaba vivo.

Otra de las metodologías para conseguir alumnos fue algo que años atrás organizaban Polansky, Tedesky y Maleva. Dar charlas con los alumnos del último año en las escuelas, promocionando la nuestra. En la Muestra Anual de Artes, Ciencias y Tecnología traíamos a otras escuelas, íbamos con un micro para facilitarles la cuestión, y los traíamos a recorrer cada uno de los stands. La encargada era ahora Beneton, con la colaboración de la mayoría de los docentes y, obvio, los que nombro constantemente, según Polonsky eran el grupo LMBS, *Los Mismos Boludos de Siempre*. La escuela seguía como hasta ese momento, pero cesó el inspector Corchete y llegó una maestra reciclada. De característica, narigona, pantalón blanco y bombacha roja. Al inspector lo cesaron por ser provisional. Le hicimos un acto como se merecía.

Con él abrimos un turno, una especialidad y dieciséis seccio-

nes en cuatro años, lo que nadie. Comenzó a ser atroz salir con los alumnos. Me tenía que firmar la inspectora que me odiaba, porque yo no tenía firma. Al edificio lo prestábamos para encuentros de los alumnos. No se alquilaba, se cedía los sábados o domingos a cambio de lavandina o detergente, o, eventualmente tubos fluorescentes. Quedaba a cargo alguien del personal.

Sumando a estos encuentros los juegos dirigidos por Tranquilevich, los desfiles de modas, loterías familiares, con la coordinación, según evento y/o día, de Barbi, Florcilla, Prado, Magnolia, y Presenti, todos los meses se hacía algo en la escuela. Colocar pisos, pintar, cerrar el tinglado, tener escenario. Todo, absolutamente todo era producto de lo que trabajaron esos docentes. La mayoría eran mujeres.

Campanita volvió para octubre del dos mil doce de su licencia, y a los días un profesor que había sido cabo del ejército, ahora abogado, tomó el puesto de secretario. Campanita no podía creer que hubiera tanta actividad en la escuela, hasta se quedó en uno de los festivales de rock.

El cabo comenzó a pretender hacerme la vida imposible a mí y a Campanita. Trataba mal a las preceptoras, perseguía al personal, daba contra órdenes, cuestionaba todo. Otro idiota en la educación. Hasta que un día se metió con la Flacucha, la vieja, pero joven, preceptora. Eficiente como pocas, la que veinte años atrás me había advertido sobre Lamedbotín y a quien yo había sabido escuchar. La arrinconó y le gritó al estilo de “Los colimbas se divierten”. Esta vez la escuela estaba unida y no tuve que iniciar yo las denuncias, Póntelo y Aros se encargaron de convocar a los compañeros. En unos meses se fue el cabo, antes que uno de los profes le metiera la cabeza en el inodoro. El tipo fue luego como director en otro colegio y más tarde llegó a inspector. No lo podía creer, ¿Quién evalúa? ¿Cómo evalúan?

En cuatro ocasiones estuve en mesas evaluadoras, con mi inspector Corchete y otras tres con el otro, el inspector Tedesky, primo de mi compañera, y también con mi inspector del Dual. Me enseñaron que el evaluar no consiste solo en verificar que se acuerdan de resoluciones o disposiciones, que en definitiva están escritas y podés leerlas en cualquier momento. Hay que estudiar al docente. Algunos, como tales, no son muy buenos pero quizás tienen capacidad para

ser grandes gestores. Hay otros que son malas personas, eso también debe evaluarse de una u otra manera esa gente en algún momento se muestra como lo que es. Así le fue al cabo, a quien el inspector Tedesky terminó sumariando y quitándolo del sistema. El gordo se dio el gusto, antes de jubilarse, de hacer justicia.

En febrero del dos mil trece a Campanita le aplicaron el artículo ochenta y ocho y lo cesaron otra vez.

Me quedo hasta fin de año para entregarle los títulos a los primeros egresados de teatro y me jubilo, me dije.

Mi recurso de amparo le estaba trayendo problemas a la escuela, y no quería que fuera así.

Un jueves de abril del dos mil trece, a eso de las diez y media de la noche, cinco minutos antes de retirarnos llegó una madre preguntado por la hija. No había llegado a la casa, que estaba a nueve cuadras del cole.

—Faltan cinco minutos para la salida señora, —respondo.

—No, ella viene al turno mañana.

Medio tarde se había acordado la mami en preguntar por la hija. Me desesperé y la fuimos a buscar por todos lados con Altón uno de los preces de la noche. Reuniones con el inspector, comisario y foro de seguridad. La nena había salido en tiempo y forma de la escuela, pero al llegar a la esquina se subió al camión de un amigo y se quedó encerrada cuatro días para charlar sobre la vida... Apareció con una sonrisa de oreja a oreja y yo haciéndome cargo de algo que no tenía nada que ver. La úlcera se agrandaba, pero más que nada la paciencia se achicaba. Eran muchas cosas en contra, si bien apoyaba al kirchnerismo, yo era socialista, y no dejaba de apuntar contra la inseguridad.

Durante ese mismo mes era el cumple de la querida escuela. Como siempre se planteó hacer una cena en el colegio. Yo quería un buen asado escolar, pero no me sentía bien. Cansado y un poco har-to me dejé convencer de hacer una cena en otro lugar para que nadie trabajase. Acomodeti fue la que insistió en organizarlo. Nos convocó frente a la escuela de San Justo, ya que ella trabajaba, y pensé que

había acomodado sus horarios. Así quedó establecida la cena. De los cuatrocientos que deberíamos haber sido, éramos doce. A los cinco minutos me descompongo y debí retirarme. La cena más cara de mi vida, doscientos pesos un vaso de agua. En la guardia, mi médico, que era un vecino del barrio, quería operarme de urgencia.

—¡Ya, rusito!, —me dijo.

—Ni loco, dejame llegar a fin de año, la escuela está sola, además se viene la primera promoción de teatro.

—En diciembre te opero sí o sí.

—Dale, después de la entrega de diplomas.

Seguí, con una operación pendiente cual espada de Damocles, y nuevos problemas vinieron a mí. Algunos auxiliares nuevos que no querían hacer nada, me denunciaban. Y algunos profesores que no venían nunca a trabajar... Mi mujer me decía, *¿Por qué no te jubilás? Ya está. La levantaste. Es una de las mejores escuelas. Salen en los diarios, está en Internet, ¿qué más querés?*

Lo comencé a gestionar sin decirle nada a nadie solo con mi esposa, lo haría en los dos cargos y me quedaría con las horas, no me imaginaba sin el Nacional, me moriría. ¿Pero si me quedaba, sería bueno para el que viniera? ¿y si el nuevo hacía las cosas mal...? ya no iba a tener fuerzas para pelear con otro.

Llamé a Pueblo Nogales y a Pipo, a eso de las diez de la noche, desde la escuela y les pedí permiso para renunciar. Ambos con indulgencia me dijeron que ya había hecho demasiado.

Por otro lado sabía que si continuaba en el Nacional jamás se iba a completar ediliciamente. La cosa era conmigo, yo molestaba, no sé a quién, pero era así.

Cambió la inspectora y llegó Estrella otra vez. Nos conocíamos de hace años. Intentó ayudar a la escuela. No duró. La reemplazaron y enseguida reemplazaron a la reemplazante: tres en un mes.

En esos días Beneton me comentó que dictó el Plan Mejoras, que se le debía dinero, a ella y a dos profesoras más, porque Campanita no había llegado a pagarles. Le pido permiso a Venipaqui, la nueva inspectora (vieja conocida) ya que yo no tenía la tarjeta del banco. La idea era sacar el dinero que había quedado hacía más de

un año atrás, retirar lo de ellas y devolver la tarjeta. Fui a la Plata con Sancho y Barbi, de paso les mostraba a quién dirigirse y a dónde, eran mis pollos. En una de esas con el tiempo alguno de ellos o alguno de los que nombré llegaba a directivo. Ya tenía asumido que me iba. Pediría licencia en mayo del dos mil catorce para quedarme hasta los treinta años de antigüedad, y me jubilaría ese año. Era un trato con mi mujer. Me entregaron la tarjeta en octubre del trece. Pido “Movimiento”. Yo había dejado ochenta mil pesos en el dos mil once. Había tres mil. No alcanzaba ni para pagarle a una de las profes. Llamo a La Plata, al que me atiende le dije, *Si a mí me llegan a decir algo me ato en pelotas al obelisco*. Llamé al ministerio y me mandaron los resúmenes. No lo podía creer, seis o más extracciones por mes. Yo la única vez que retiré había sido para abonar unas fotocopias. Hice la denuncia. Me citó la inspectora, estuvieron también presentes las inspectoras Venipaqui y Panquiqui. Me preguntaron mi nombre mientras Venipaqui anotaba. De repente la otra comenzó a ofuscarse:

—¿Vos llamaste a La Plata? —me dijo Venipaqui,

—Sí...

—Sos boludo...

—Pero como usted saco dinero en tal fecha, aquí está. —Comenta Panquiqui.

—Pero no, yo no la tenía la tarjeta, si la devolví hace un año.

—Pero alguien lo sacó.

—No fui yo. No voy a hacer una denuncia si yo mismo estoy robando el dinero, ya la devolví cuando dejé de ser director. Me la pidió el inspector.

—Bueno, el que escupe para arriba... —comenta Panquiqui.

Busqué el acta desesperadamente en la escuela, no aparecía. Llamé al inspector Corchete y me dijo.

—No me acuerdo del acta, sé que te la pedí. Fue un acta volante, sin libro.

Ya habían pasado dos años. Al llegar a casa comienzo a ir de cuerpo sangre, y a vomitar sangre, se me durmieron las piernas. Temblaba como una hoja. Eso fue para mi cumple, un regalito... Otra vez de urgencia a la clínica. Me internaron y operaron de urgen-

cia. No pude asistir a la entrega de diplomas de la primera promoción de teatro. Estaba devastado, pero entre Sancho y Barbi leyeron a los chicos lo que les mandé.

Marzo del dos mil catorce, segunda operación.

Estaba en la clínica cuando me llamó Plancheti para comentarme que una madre había iniciado acciones por un pibe que se había lastimado la nariz tres años antes. Ni me preguntó por mi salud, la atendí desde la clínica, internado. Le corté y no volví a hablar con ella. Nunca entendí por qué era así, en realidad no era mala, pero tenía poco tacto. Ahora debería trabajar y ese era todo un tema. Aunque debo ser honesto, jamás me puso palos en la rueda, la gorda había cumplido con su palabra a pesar de que jamás había estado de acuerdo con los tres turnos, con los viajes y menos con las pasantías. Sin embargo ni un pío, en realidad nunca estuvo de acuerdo con nada, pero hacía los horarios, y las reasignaciones y no me decía nada. Muchos quieren tener un cargo por el solo hecho de tener un sello o por ¡el poder! o algo así. Fijate, algunos creen que ser director o jefe es poder. ¿Poder de qué? Si te lo tomás en serio lo que menos tenés es poder, solo hay que trabajar y hacer las cosas bien. Una tarde de junio, días antes de mi tercer operación, me manda un mensaje urgente Barbi. Quería que tuviéramos una reunión en el local de Tranquilevich.

Era un domingo a la tarde y yo estaba con gente en casa, pero fui. Estaban Sancho, Barbi, Tranquilevich, Rígido y Prado. Me dijeron casi al unísono que yo los había dejado solo y que era un cobarde. ¿Cuál era el problema de la tarjeta y la cooperadora? Rígido dice que le había echado tierra encima. Increíble, por un momento me di cuenta de que se habían olvidado de que había dejado la vida en esa escuela. Horas de más, plata, soledad, por más que ellos me ayudaron, no lo supieron ver.

Me fui dando cuenta de que nadie había valorado lo que había hecho. Hasta que un amigo me comentó que en un bar de San Justo escuchó cómo algunas personas me criticaban. Claro, hay solo cinco Soquetes en la Argentina, nueve en Sudamérica y el resto en Francia. Según los comentarios, la suma había subido a doscientos mil pesos,

¡Mierda!, me dije, no había tanta inflación...

Me invitaron para los veinticinco años de la primera promoción. ¿Querés creer que hubo gente que apenas me saludó? Claro, la deuda que me adosaban, según los comentarios que me llegaban, se iba agrandando. A mis oídos llegó que la otra inspectora decía que me había robado cuatrocientos mil pesos. *¡Guau!*. No lo pensé más. *Mi mujer me dijo, andate de esa escuela, te está matando y no vas a conocer ni a tus nietos, cuando vuelvas de la licencia, te morís.*

Entre Deporti, mi señora y Machete me hicieron la jubilación en quince días. Me fui, sin despedida, sin abrazos, sin nada. Como se fue Illia del gobierno –bueno, como lo fueron—... y yo que lo que menos soy es radical.

Jubilado

Hoy más tranquilo reconozco que al ir a la entrega de **diplomas de otro año** Acomodeti dijo palabras sobre mí que me reconfortaron. Luego, un año más tarde la despedida junto a **mis compañeros fue** emocionante y dije lo que se merecían las chicas, el setenta por ciento de lo que se hizo se los debo a ellas.

Estaban mis viejos compañeros, los que me enseñaron a ser docente todo terreno. A todos les pedí disculpas, no pude terminar la escuela... *no la pude terminar.*

La mente es ágil y selectiva, te vas olvidando de lo malo y solo queda lo bueno.

Rescato a Pipo y sus palabras cuando le comenté lo de la tarjeta, a los viejos amigos del Nacional de la jabonería que estuvieron apoyándome y a los muchachos de la técnicas, que sin tener nada que ver con el nacional, todos creyeron en mí. Tengo defectos, miles, *Pero sos honesto* –me dijeron Serrote y Fierro–, *con la guita sos intachable.*

No fue en vano lo que hicieron e hice. El Nacional quedó con tres turnos, tres especialidades, mil ochocientos alumnos, muy buen nivel académico, convenios con empresas y universidades, competencias de matemática y biología ganadas, más veinte salidas anuales, buena disciplina y una excelente relación entre los alumnos, el personal y la comunidad, volvió a ser lo que fue.

De las cuatrocientos cuarenta personas trabajando hubo veinte que se pusieron la escuela al hombro y veinte más acompañaron. Ese porcentaje no era al mismo de cuando éramos de nación, en esa época el ochenta por ciento tiraba del carro.

Ya no es lo mismo. Esta frase es la fundamentación de porque debo estar jubilado. Hoy no puedo dejar de visitar ese lugar, entro y

miro sus aulas, veo la cara de los alumnos, algunos con el honor de que sean mis colegas, o la médica de mi madre, o el abogado que me defiende. La sala de profesores, escucho risas y llantos. Sus paredes pobres y sin terminar que laten y respiran y que uno las quiere abrigar. Que poco pude hacer, no la pude terminar. Era un regalo para los alumnos, Pipo y Nogales, Fratachi, la pro secretaria Cigarro, para mis compañeros. Pero otro lo terminará.

Hoy

Me preocupa el actual gobierno neoliberal que reprime manifestaciones y oculta sus siniestras relaciones con quienes actuaron bajo el Plan Cóndor. Es tan evidente como el diablo mete su cola para desunir a nuestra querida Patria Grande. Es tan evidente que no van a permitir la participación activa de los jóvenes manejando la información que a ellos debiera llegar, mintiendo y engañando. Espero que sepa defenderse la educación y mi escuela.

Pero el querido nacional cuenta con un excelente director que se enamoró de ella, como tantos, y parte de su equipo directivo son ex alumnos, hoy puedo dormir en paz, al igual que la técnica, que hoy tiene buena gente.

* * * * *

¿Cómo se puede querer tanto unas paredes y lo que ellas representan? ¿Cómo se puede querer como si fuera de uno algo que no lo es? Fue mi segunda casa, y siempre lo será.

Índice

<i>El desafío de crecer</i>	7
<i>Su intacta esencia</i>	9
<i>Este privilegio</i>	11
Ser Maestro de alto vuelo. 1978 en adelante.	13
Política y Teatro. 1985 en adelante.	21
De estudiante a profesor. 1984 en adelante.	31
Experiencias pedagógicas y políticas	37
El infierno de los nombramientos	39
Maestro rural, hasta ahí nomás...	55
De la cárcel a la construcción. Todo es aprendizaje.	59
Escuelas y comunidad, EGB y después... 1988.	65
Escuelas privadas, hogares, hospitales, todo enseña. 1997-2000	91
Experiencias distintas, negocios y dolor..	107
El Multi(uni)verso... 1996-2000	115
La técnica, (la casa paterna) y el nacional, (mi casa). 1990-2014	131
La última escuela. 1990 en adelante	173
Jubilado	223



Paredes que laten. Cuando la escuela es un paraíso regido por normas infernales, de HORACIO SACHELLO, obra editada por EDICIONES AQL e Impresa en LA IMPRENTA YA, sita en Alf. H. Bouchard 3481, Munro, Vicente López en noviembre de 2017.

